



Nina Blazon

La novia
MALDITA

Lectulandia

Serbia, año 1731: Por un puñado de oro, Jasna es vendida por su padre a un rico terrateniente. El misterioso extranjero regresa a su finca situada cerca de la frontera del Reino Otomano con la joven, a la que quiere casar con su hijo Danilo. Muy pronto, la novia descubre que sobre la familia pesa una terrible maldición. Cuando en el pueblo comienzan a morir algunas personas en extrañas circunstancias, la sospecha de que un vampiro está haciendo de las suyas cobra cada vez más fuerza. Mientras los misteriosos acontecimientos siguen sucediendo, Jasna se siente cada vez más atraída por el enigmático Dušan.

Lectulandia

Nina Blazon

La novia maldita

ePub r1.0

Morwen 05.12.14

Título original: *Totenbraut*
Nina Blazon, 2010
Traducción: Soraya Hernán-Gómez
Retoque de cubierta: Morwen

Editor digital: Morwen
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

CORCELES NEGROS

El forastero golpeó a nuestra puerta en mitad de la noche. Sobresaltada me desperté y escuché atentamente, mientras sentía los latidos de mi corazón en la garganta. «¡Lazar Kosac!», me vino abruptamente a la mente. En la penumbra de la alcoba vi que Bela también estaba sentada, erguida en la cama. En el exterior bramaba una de las muchas tormentas de primavera.

—Mujer muerta —murmuró mi hermana—. Tulipanes y plumas de paloma.

—Sigue durmiendo, Bela —le susurré, levantándome de la cama.

Padre ya se había levantado; oí sus pasos, irregulares y pesados. Una puerta chirrió. Después, silenciosos, como las pisadas de los ratoncillos, los rápidos pasos de mis hermanas pequeñas. Cuando bajé por la escalera, vi sus caras a la sombra de la puerta. Majda, la más pequeña, aún parpadeaba con ojos adormilados, apretando entre sus dedos el pico de su camisón, como si pudiera retener así su último sueño. Detrás de Majda estaba mi hermana mayor, Jelka. Ella ya sujetaba el hacha en la mano, y sabía manejarla como pocos por aquí, en la aldea del valle.

—¡Coge el garrote! —me ordenó.

No hizo falta que me lo dijera dos veces. Yo ya estaba corriendo hacia el gancho grande de la pared del que colgaba la nudosa madera. Pesado y familiar, yacía en mi mano; mis dedos conocían cada rendija y cada nudo.

De nuevo, un impaciente puño golpeó contra la puerta.

—¡Abrid! —tronó una voz de hombre—. ¡Por el amor de Dios, abridme la puerta!

Desconcertada, Jelka frunció el ceño. También yo me extrañé. El hombre de ahí afuera, si bien hablaba nuestro idioma, lo hacía con un acento extranjero.

Dos años atrás no nos habría extrañado en absoluto. Entonces venían muchos viajeros a nuestras montañas, provenientes de Novi Sad, Temesvár y Agram, a veces de Viena y de Ragusa.

Una vez incluso pasó por aquí un adinerado latino con muchos sirvientes. Venía de Venecia y era comerciante.

Todos ellos veían nuestra casa, con su pozo de agua y su espacioso establo, y agradecían el haber encontrado una posada.

Pero ahora ya era rara la vez en que nos sobresaltábamos durante nuestra parca cena por oír los tronadores cascos de los caballos al pasar a toda prisa por aquí. Desde que el ladrón Lazar Kosac y su banda atemorizaban la zona, la mayoría de los viajeros evitaban el paso por Fruška Gora o bien hacían el recorrido al galope, protegidos por escoltas armadas. A pesar de todo, más de un viajero había caído en manos de los ladrones y se había arrastrado herido de muerte hasta el borde de

nuestra huerta. Allí lo encontraba después mi padre, a la mañana siguiente, e iba a por nuestro caballo para llevar el cadáver junto a las demás tumbas en la ladera, muy alejadas de nuestro propio cementerio.

Nuestros difuntos..., mi madre y mi hermana Nevena, que hacía un año se había precipitado por el barranco del valle, descansaban en un pequeño círculo de tilos, muy lejos del último lugar de descanso de los viajeros sin nombre, sobre cuyas tumbas nosotras plantábamos rosas silvestres y espinos blancos para proporcionarles paz. Y tal como mandaba la costumbre, mi padre les clavaba a los muertos un cuchillo en el corazón y envolvía y ataba sus cuerpos en redes de pescar con las que les enterrábamos. Eso debía impedirles que volvieran al mundo de los vivos. Aun así, yo a menudo sentía miedo y untaba nuestras puertas con ajo.

Sin embargo, el huésped de esta noche no daba en absoluto la impresión de estar moribundo. La lluvia tormentosa tamborileaba contra las paredes de madera como si fuera el eco de sus golpes de puño. Jelka se mantenía erguida con su arma. La engrasada hoja del hacha estaba deseosa de probar la sangre del ladrón. Yo me coloqué junto a la puerta y alcé el garrote. Mi padre agarró con más fuerza su viejo y deteriorado sable.

—¿Quién va? —su tronante voz no hacía sospechar que pertenecía a un hombre menudo y curvado; padre parecía menguar de año en año.

—Un viajero —contestó el forastero—. Vengo de Hungría y llevo muchos días de camino. Con este tiempo he perdido de vista a mis hombres. Os daré un buen dinero por darme cobijo si me dejáis entrar..., al menos hasta que escampe la tormenta.

Jelka y mi padre intercambiaron una mirada sin saber qué hacer. A la luz de los palos candentes clavados en un soporte de hierro sobre la mesa, Jelka de repente se parecía tanto a mi madre que dolía mirarla.

—¿Será una trampa? —susurró preocupada.

Mi corazón latió más rápido, levanté el garrote un poco más y me preparé.

—¿Quién eres? —quiso saber mi padre—. ¿Tienes algún nombre?

—Jovan Vukovic, así me llamo —respondió el extranjero—. Los negocios me han alejado de mi país. Tengo dinero vienés, pagaré por el alojamiento.

—¡A la ventana! —bufó mi padre y nos hizo un gesto con la cabeza.

Mi hermana corrió a la mesa y apartó los palos candentes para que el extranjero no pudiera ver nuestra estancia desde la puerta. Al pasar mi padre por delante de mí, sentí una corriente de aire, olí la familiar mezcla de aguardiente y tabaco de mascar. Poco después oí el roce del pestillo de la ventana.

La apertura tenía tan sólo dos palmos de ancho y yo me preguntaba cómo quería mi padre reconocer la cara del viajero con esta oscuridad, pero en ese instante un rayo iluminó el cielo y envió un haz de luz por la rendija. Miré fijamente la cara tensa de mi padre, flotando de forma extraña en mitad de la estancia. Mis brazos comenzaron a temblar bajo el peso del garrote de roble, pero apreté los dientes.

Un claro tintineo llegó a mi oído.

—¡Táleros! —dijo el extranjero—. Por una cama.

—Es verdad, sólo es un viajante —oí murmurar a mi padre—. Va solo y desarmado.

Jelka bajó el hacha y la depositó junto a ella en el suelo. Luego, llamó a Mirjeta, que enseguida se acercó saltando y volvió a colocar la luz en su sitio.

Padre no depuso el sable mientras desatrancaba la puerta. Jadeaba al levantar el pesado travesaño.

Jovan Vukovic entró en nuestra casa como si el Danubio le hubiera arrastrado hasta allí. Chorros de agua caían por su largo abrigo. Calzaba unas botas brillantes como un soldado del emperador.

Pasó muy cerca de mí y durante un latido de mi corazón nos miramos mientras un nuevo rayo iluminó la estancia. Miré en unos ojos enmarcados por ojeras y, bajo unas oscuras cejas, vi un rostro de rasgos duros, que a pesar de las profundas arrugas alrededor de la boca parecía armonioso.

Todos los hombres mayores que yo conocía llevaban al menos bigote; sin embargo, Jovan iba bien rasurado. Pero lo que más me impresionó fue su cabello: un mechón claro se extendía entre su tupido cabello negro sobre su frente.

—Niña, no irás a matar de un garrotazo a un inofensivo viajero, ¿verdad? —dijo en tono amable.

Fue entonces cuando me di cuenta de que aún sostenía el garrote en alto. Avergonzada di un paso atrás y baje el arma.

—No, señor, disculpadme —murmuré.

—¡Bienvenido a la casa de Hristivoje Alazovic! —dijo padre—. ¿Habéis perdido a vuestra gente?

Como de costumbre, la presencia de dinero le enseñaba rápidamente a ser cortés. Nuestro huésped asintió con la cabeza.

—Poco después del bosque de tilos. Confiábamos en llegar hoy mismo a un convento que..., según teníamos entendido..., se encuentra cerca de aquí. Pero entonces nos sorprendió la noche y nos apartamos del camino correcto. Unos lobos asustaron a los caballos. Busqué a mis hombres y los llamé, pero creo que ya cabalgan por delante.

—¿Habéis llamado a vuestros hombres a voz en grito por estos parajes? —preguntó padre mostrando una mueca huraña que nadie tomaría por una sonrisa—. ¡Pues podéis dar gracias a Dios de seguir con vida!

El extranjero se rió. Era una risa oscura, agradable.

Hoy recuerdo que me gustó desde el primer momento.

—¿Por lo de ese ladrón? He oído espeluznantes historias sobre él.

—No son historias —contradijo padre—. A Kosac le buscan los soldados.

—¿Sí? Pues yo diría que con este temporal hasta los ladrones se han cobijado en sus madrigueras —contestó el hombre.

Entre tanto, Jelka había encendido la lámpara, y descubrí que Jovan Vukovic

seguramente no tendría más de cuarenta años. Sus ojos eran verdes y parecían arder, y por un momento no supe si temerle o darle la bienvenida.

—¿Qué clase de compatriota sois? —quiso saber padre entonces—. ¿De dónde procedéis? ¿Cabalgáis a casa?

El señor Jovan asintió.

—Mi finca, junto al pueblo de Medveda, está a sólo un par de días de viaje de Belgrado. Cerca del Morava y no muy lejos de Paraćin y Jagodina. De ahí vengo y ahí es hacia donde cabalgo ahora de regreso.

Padre escupió en mitad de la estancia.

—Así que directamente al lado de los turcos —su rostro se ensombreció de golpe y también a mí me bajó un escalofrío por la espalda.

Turcos. Esa única palabra traía consigo mil historias.

Historias que contaba nuestro padre cuando la embriaguez del aguardiente le trasladaba muchos años al pasado. Historias de guerra y sangre, de deshonra y sufrimiento.

Jovan lo negó con un gesto de mano.

—Hace ya trece años que no es territorio turco —dijo con una leve sonrisa—. La paz de Passarowitz está aguantando bien.

—¡Passarowitz! —en boca de mi padre, el nombre de la ciudad sonaba a maldición—. Así es como la llaman los austriacos, ¿no? ¡Pues aquí seguimos llamándola Požarevac! Y lo de la paz, no lo digáis demasiado alto. ¡Con los turcos jamás habrá paz!

Jelka y yo nos miramos. «¿Había bebido?», quería decir mi mirada.

—Es posible —respondió el señor Jovan muy tranquilo—. Quién sabe lo que nos depara el futuro. Pero hasta ahora la paz está aguantando; de lo contrario a buen seguro que yo no estaría aquí. Aunque vivimos en tierras fronterizas, todos somos súbditos del emperador, al igual que vos. Nuestro país es zona militar y está directamente bajo la administración de Viena.

—En tierra fronteriza —gruñó padre lleno de desprecio; se había quedado pálido, su bigote temblaba—. Vivís a tiro de piedra de esos perros turcos. Antes me ahorcaría que poner un solo pie en ese maldito suelo.

La sonrisa del señor Jovan desapareció. Pero continuó siendo cortés.

—Cuando aún pertenecíamos al Reino Turco, me encontré con una gran cantidad de gente... Otomanos, funcionarios y soldados. Comerciantes y recaudadores de impuestos naturalmente, que cobraban de todo aquel que no fuera musulmán un alto impuesto por cabeza. Pero perros parlantes no vi.

—Vaya, vaya, ¿vos no seréis amigo de los turcos? —padre volvió a escupir al suelo que Jelka había escobado y fregado a conciencia por la mañana—. ¿Y cómo llamáis vos a los turcos? ¿Matadores, tal vez? ¡No me contéis historias, yo luché contra esa gentuza! Con mi sable y mi simple vida. Durante muchos años, para el ejército del emperador de Viena. Y Dios sabe que casi me arrebatan hasta el alma del

cuerpo. ¡Empalan a la gente que no comparte sus creencias! ¡Incluso a niños! Yo lo he visto. Cuelgan a los cristianos del mentón en ganchos de carnicero y...

Se atragantó y empezó a toser, inspiró para tomar aire y se santiguó rápidamente. Majda, Mirjeta y Danica se apiñaban tras la escalera cuchicheando.

Con un gesto severo, les indiqué que se callaran y enmudecieron de inmediato.

—Señor, ¿precisáis también de un lugar seco para vuestro caballo? —se apresuró Jelka a preguntar, antes de que nuestro padre recuperara el aliento—. Mi hermana lo llevará gustosamente al establo.

Padre cogió impulso con tanta rapidez que a Jelka le vino de un pelo tener tiempo para levantar los brazos y protegerse con ellos. El golpe fue descontrolado y dio al vacío. Aun así me sobresalté.

—¡Cierra la boca! —la increpó—. ¡Tú aquí no das órdenes!

Jelka bajó la cabeza y se calló. Sólo yo me di cuenta de cómo apretaba los labios.

—«Agita el palo contra el perro, pero a la hija pega para que cierre la boca» —dijo volviendo a dirigirse a nuestro huésped.

Cuántas veces había oído ya ese refrán, pero cada vez que nuestro padre lo pronunciaba, se formaba una intensa ira en mi interior. El señor Jovan hizo un discreto gesto de asentimiento, pero no respondió nada.

—¡Jelka! —esa sí fue una orden—. ¡El caballo!

Mi hermana titubeó. Entre tanto afuera llovía a cántaros, y atender a los caballos era tarea mía, más joven que ella. Sin mediar una palabra, cogió finalmente su chal de lana, se lo colocó por encima del cabello y salió.

—¡Sentaos, señor, sentaos, por favor! Que nadie diga que los huéspedes tienen que estar de pie en casa de Hristivoje —dijo mi padre.

Como tantas otras veces, su ira se había disipado con la misma rapidez con la que había aparecido.

Poco tiempo después, el abrigo de Jovan se secaba junto al calor del fogón; olía a lana mojada. Nuestro huésped estaba sentado a la mesa únicamente en camisa y pantalones, y bebía un cuenco de sopa, mientras sus inquietos ojos de lobo recorrían cada rincón de la estancia. Un ribete de bordados verdes destelló cuando movió el brazo y, de repente, nuestra casa me resultó más miserable que de costumbre.

Me avergonzaba más que nunca de mi padre, cuyos pantalones anchos, blancos y de *loden* estaban guarros porque siempre se limpiaba las manos en ellos sin ningún miramiento.

Con los ojos del señor Jovan vi las marcas evidentes en las paredes en las que un día hubo bordados colgados, antes de que padre los vendiera.

En la esquina en la que mi madre antaño había colocado tres iconos, ahora ya sólo había una imagen de la Virgen. Vi el desgastado suelo y las torcidas y descoloridas contraventanas. Y odié más que nunca ese abandonado lugar lleno de recuerdos.

—Una casa muy solitaria —comentó Jovan—. Situada muy lejos de la aldea del valle. Pero al menos tenéis la compañía de muchas hijas.

Padre asintió amargado y le sirvió *rakija*. Era época de Cuaresma, antes de Semana Santa, lo que para él, no obstante, nunca había sido una razón para moderarse con la bebida. El aguardiente era barato y demasiado fuerte, pero el señor Jovan ni pestañeó al tomar el primer trago.

—Eran siete hijas —murmuró padre—. Un número de mala suerte. La segunda se precipitó hace algún tiempo y se mató. Ahora todavía son seis en la casa. Jelka, la mayor, ya tiene diecisiete. Esas tres de ahí, las de detrás de la escala, son las más pequeñas.

—¿Y la chica que estaba dispuesta a matarme con el garrote? —preguntó Jovan.

—Jasna —dijo mi padre sin mirarme—. La mediana, catorce años tiene; pronto cumplirá quince. Ella debería ser como el centro de una balanza, pero en vez de equilibrar, en cuanto puede está sembrando inquietud en la familia. Siempre está discutiendo con la mayor. Son como dos gallinas que quieren sacarse los ojos a picotazos.

Jelka, que había atendido al caballo y ahora estaba sentada con el cabello mojado a mi lado, me golpeó con el pie contra el tobillo a modo de advertencia.

Y eso que yo no tenía ninguna intención de contradecir a padre.

Jovan se rió.

—Vuestras hijas al menos parecen muy trabajadoras. A cinco ya las he visto, ¿pero dónde está la sexta? ¡Jasna, dímelo tú!

Mi corazón dio un vuelco. Inconscientemente escondí mis manos, ásperas y agrietadas del trabajo, bajo la mesa.

—Bela está durmiendo, señor.

—¿A pesar de que hay una banda de ladrones por las cercanías? —comentó Jovan con una sonrisa picarona—. En fin, al menos tiene buen sueño. ¿Pero cómo es que vos y vuestras hijas habéis salido ilesos, Hristivoje?

—Kosac es cruel, pero no tonto. Sabe dónde hay algo que sacar —gruñó padre—. Nos robó las últimas cabras que teníamos en el pasto, y desde entonces nos deja en paz. El inservible y viejo caballo de trabajo nos lo ha dejado.

—Me extraña que os deje en paz. Se diría que las mujeres son más valiosas que las cabras.

En la frente de padre apareció la vena hinchada por la ira.

—Que se atreva —murmuró—. ¡No se me ha olvidado cómo luchar!

«Ni cómo beber», añadí en mis pensamientos.

Jelka se levantó para avivar el fuego y aprovechó para enviar con un chispazo a nuestras hermanas arriba. Pies descalzos golpearon los escalones de madera. Majda tropezó, se cayó y empezó a llorar, y Danica y Mirjeta la colocaron entre ellas.

—Si yo estuviera en vuestro lugar, no me fiaría de un sable ni de la vieja gloria —opinó Jovan—. ¿Por qué no os mudáis a la aldea del valle?

«Porque la gente de la aldea no quiere tener nada que ver con nosotros», me hubiera gustado decir. «Porque nuestro padre discute con todo el mundo y prefiere

escondese aquí arriba y alimentar sus recuerdos».

—Porque no tenemos nada más que esta casa —se quejó padre sirviéndose otro jarro de *rakija* directo a la garganta—. ¿Quiere que la deje abandonada? La he pagado muy caro, con mi sangre y mi sueldo del servicio militar. Por ella me he convertido en un lisiado, lento y sordo de un oído. Además, ahora nadie va a comprarnos esta casa. No. Lazar Kosac ya está siendo buscado y es sólo cuestión de tiempo que le cuelguen del árbol más próximo. Y entonces los viajeros volverán a aprovechar la carretera que pasa por nuestras montañas y a descansar aquí. Únicamente tenemos que aguantar —y añadió en voz baja—: ¡Sólo lamento la desgracia de tener tantas hijas! ¡Las bocas llenas y las manos vacías! Sabe Dios que, de haber tenido hijos en vez de hijas, todo habría sido mucho más fácil.

Jovan miraba a Jelka por encima del borde de su jarro. Era una mirada que no me gustaba nada.

Mi hermana mayor era seria, pero guapa, con los labios como las alas de una golondrina y las mejillas siempre sonrosadas. En nuestras pocas visitas a la aldea, los hombres no podían apartar sus ojos de ella.

—¿Por qué estáis de viaje, señor? ¿Sois comerciante? —pregunté a pesar de que nadie me había invitado a hablar.

Jovan frunció la frente y en la mirada de padre vi que la próxima bofetada estaba a punto de caer.

Pero merecía la pena.

Y para mi sorpresa, Jovan incluso me contestó.

—No en el estricto sentido de la palabra —dijo—. Tengo una finca, pero de vez en cuando hago algún viaje para... ver si en otras partes del país encuentro mejores ejemplares para mi cría de caballos. Corceles húngaros, que sean fogosos, rápidos y sin miedo. Tengo los caballos más veloces de todos los alrededores. Algunos los vendo al ejército.

Yo ya creía verlos, animales esbeltos y ágiles, que con cada resoplido llevaban consigo el aroma de la lejanía.

—¿Cuántos corceles tenéis? —preguntó padre chupándose los labios.

—Doce yeguas —contestó Jovan con orgullo—. Y ahora he comprado tres más. Además de cinco caballos castrados y un semental, tan hermoso que ya se han escrito canciones sobre su belleza. A excepción de los tres nuevos, todos mis caballos tienen sangre de corceles árabes en sus venas. Llevan la cabeza tan alta como si bebieran el aire, como los nobles el vino.

Por aquel entonces tuve una primera impresión de lo bien que sabía hablar Jovan. Tenía el don de convertir las palabras en colores y formas, y de embriagar con ello a las personas. También a mí me fascinaron aquella noche las imágenes que despertó en mi cabeza.

—¡Entonces sois un verdadero noble, un *plemic*! —un destello esperanzador había aparecido en los ojos de mi padre.

«Como un perro guardián demacrado, lloriqueando ante un lobo», pensé para mí. La gente de la aldea comentaba que los duros tiempos y la muerte de mi madre habían hecho de mi padre un hombre amargado y avaro, pero yo sabía la verdad: siempre había sido así. El fondo de su alma era negro y seco como un hueso podrido que estropea un melocotón maduro.

—Sí, mi posesión es digna de ver —dijo Jovan pensativo—. Mi finca, con sus tres torres que le dan nombre, es conocida en todo el paraje, al igual que el manantial de la Virgen Jelena llorando, que nace dentro de los lindes de mis tierras —tomó un buen trago de aguardiente y disfrutó visiblemente del tenso silencio antes de continuar hablando—. Una vez la Virgen pasó por allí y encontró al lado de la roca un crucifijo partido. Herejes turcos lo habían tirado al suelo. De tanta tristeza, Jelena derramó una lágrima... y cuando la lágrima tocó la roca manó de allí un manantial curativo. Desde entonces fluye junto a las torres el agua bendita en mis tierras.

—¡Entonces vuestra casa está realmente bendecida! —murmuró padre impresionado. Jovan se encogió de hombros.

—Sí y no. La historia de las torres tiene también su lado oscuro: discordia en la comunidad familiar. Mi padre tenía dos hermanos y todos querían poseer la mejor torre. Al final discutieron. La propiedad fue dividida por un mediador ante testigos. Cada uno de los tres vivió en su torre, hasta que dos de los hermanos fallecieron y sólo quedó mi padre. Por eso la propiedad ahora me pertenece a mí solo.

—En ese caso seguro que también poseéis buenos campos de cultivo —dijo mi padre ansioso—. A menudo se oye decir que la zona de Pomoravlje es una tierra muy rica.

—Sí, rica en pedregales y en árboles viciados y nudosos —respondió Jovan modesto—. Pero la tierra del valle a orillas del Morava es fértil, los campesinos pueden sembrar maíz. Y hace años que no se ven ladrones por allí. Lo único que no se consigue allí son buenos caballos y chicas bonitas —lo dijo en un tono suave y al pronunciar esas palabras le echó una mirada a Jelka que la desconcertó visiblemente.

De repente tuve la sensación de percibir cada sonido por duplicado de lo alerta que me puse.

«Este Jovan Vukovic no ha venido únicamente en busca de caballos», pensé para mis adentros.

—Quedaos cuanto tiempo deseéis —dijo nuestro padre, y volvió a llenar los jarros de aguardiente, a nuestro huésped y a sí mismo—. Mañana os ayudaré a buscar a vuestros hombres. Pero, quién sabe, tal vez preciséis un día más de descanso tras esta noche de tormenta.

Jovan asintió y escuchó atentamente la lluvia caer.

—Seguro que hace rato que se han buscado un cobijo en el bosque. Pero contadme algo más sobre vos. ¿Las chicas trabajan bien?

—Las mayores sí. Jasna es de las que siempre está dispuesta a echar una mano. Ella se ocupa del caballo y del pequeño huerto de detrás de la casa. Jelka cocinaría

cualquier cosa, e incluso de piedras y ramas obtendría los mejores guisos. Bela... borda mucho. Y las tres pequeñas..., bueno, ya se imaginará que comen más de lo que ayudan. ¡Ay, qué no habré hecho yo tras la muerte de mi mujer para volver a encontrar una madre para ellas! Pero las mujeres de la aldea son todas unas cobardes y unas vagas. Con sólo oír el nombre del ladrón empiezan a lloriquear... No, mis hijas tienen más orgullo y más valor.

Jovan se reclinó en su silla y estiró las largas piernas acercándolas más al fuego.

—Debe de ser difícil para vos vivir como viudo, Hristivoje.

Ahora tuve que tragar saliva. Un viajero fue asesinado y desvalijado cuando mi hermana más pequeña acababa de nacer. Mi madre aún yacía con fiebre en la cama después del parto, cuando los desesperados acompañantes de viaje del comerciante húngaro llamaron a la puerta y tartamudaron algo sobre un robo y una muerte. Mi madre apenas le echó una mirada al forastero que sangrando se encogía de dolor en una camilla improvisada con un abrigo. Y con lo miedosa que era ella, se asustó tanto, que poco después ella misma murió. Muchas noches añoraba sus suaves dedos poniendo mis rebeldes rizos en orden. A veces su mano temblaba mientras me acariciaba el pelo e incluso en la penumbra podía ver los moratones en su cara. Entonces sabía que padre había vuelto a beber y le había exigido un hijo. Pero ni siquiera cuando la llamaba al orden o la pegaba en nuestra presencia, jamás había visto que ella se defendiera ni con palabras, ni que levantara siquiera los brazos para protegerse.

—Qué se le va a hacer, son tiempos difíciles —dijo mi padre con voz ronca.

—¿Acaso vuestras hijas mayores aún no tienen novios en la aldea? —quiso saber Jovan—. Al fin y al cabo, tenéis un buen trozo de huerta detrás de la casa, y el prado de la ladera lleva buena tierra. Tal vez un yerno estaría dispuesto a vivir aquí con vos. Me imagino que cualquier joven se sentiría feliz de conseguir una mujer como Jelka, aunque ya tenga diecisiete años. Yo al menos me alegraría de que mi hijo Danilo encontrara una novia tan trabajadora y encima tan guapa.

Contuve la respiración y apreté los puños. ¡Así que había acertado con mi sospecha! Jelka se giró bruscamente hacia la cazuela sobre el fuego. Vi cómo la línea de sus hombros se endureció.

«¡Dilo!», le ordené a mi padre en mis pensamientos, y le atravesé con mi mirada, pero él ni me miró.

—A Jelka... se la he prometido a alguien —dijo padre por fin, pero con tanto titubeo como si lamentara que así fuera, y se bebió el resto del aguardiente de un trago—. Si bien no sabemos cuándo va a volver su novio del servicio militar.

Jelka no se giró; únicamente la cuchara con la que estaba removiendo la ligera sopa pegaba con más ímpetu contra las paredes de la cazuela. Yo estaba segura de que ella estaba sintiendo las miradas de los dos hombres como agujas ardientes sobre su espalda.

Mi hermana y yo éramos como el fuego y el agua.

No eran pocas las veces que discutíamos con tanta fiereza que hasta volaban las cucharas de madera por encima de la mesa. Ella me llamaba lengua afilada y culebra venenosa, y yo a ella, virgen de madera y mano de hierro. Pero en ese momento la habría defendido incluso ante el mismísimo Kosac.

—Padre, Mile volverá pronto —dije con voz firme—. Falta aún mucho para que pase el año. Habéis dado vuestra palabra a su familia de que Jelka le esperará hasta el otoño.

Mi padre me lanzó destellos furiosos con la mirada y se levantó de un brinco. Podría haber esquivado su bofetada con facilidad, porque a esas alturas su mano ya no estaba firme debido a la botella de aguardiente que se había bebido él casi entera, pero por alguna razón no pensé siquiera en huir como una cobarde a un rincón. Los callos de su mano me arañaron la mejilla; el golpe hizo que mi oído pitara.

—¡Vas a cerrar esa boca desvergonzada de una vez! —gritó—. ¡Nadie quiere oír tu charlatanería! ¡Lárgate arriba!

Jelka se giró bruscamente y miró a padre con una mirada tan penetrante que habría jurado por todos los santos que iba a echar mano del hacha.

Y me pillé deseando que lo hiciera.

Jovan miraba avergonzado dentro de su jarro, fingiendo no darse cuenta de la brusquedad de mi padre.

—Los malos tiempos hacen aflorar hasta en los mejores hombres lo peor de sí mismos —dijo—. No castigáis a vuestras hijas por la injusticia del destino.

Mi padre mantuvo un momento el brazo alzado listo para el segundo golpe; entonces lo bajó y respiró con fuerza por la nariz. Sus ojos estaban vidriosos y enrojecidos. Lentamente volvió a dejarse caer a la silla y echó mano del jarro.

—Muy cierto —murmuró—. Son una carga, las seis.

De buena gana le habría gritado que sin nosotras el huerto se habría perdido, la comida estaría sin cocinar y el caballo sin atender. Pero Jelka me puso los dedos sobre los labios y me condujo a la escala.

—Ve —dijo tan cariñosa que, excepcionalmente, le hice caso.

* * *

La tormenta había pasado. Por la estrecha ventana bajo el tejado cayó un rayo de luna sobre nuestra cama de paja. Bela dormía tan profundamente que ni siquiera se oía su respiración. A la luz de la luna parecía más que nunca un hada de la montaña. Su cabello no se parecía ni a mis rizos castaños, ni al brillante cabello ondulado de Jelka color de miel.

«Jelka, con sus sonrosadas mejillas y sus suaves colores, es una rosa de primavera —decía siempre mi madre—. Y tú, Jasna, con ese brillo rojizo en el pelo y esos ojos castaños, eres una hoja de árbol en primavera. Sin embargo, nuestra Bela es un nenúfar blanco, procedente de un país lejano. Ella es un regalo de otro mundo. Tal

vez nos la hayan puesto las *vilas* en la cuna».

Desde que tengo uso de razón, mi madre nos había contado historias sobre las hadas que viven en las montañas y también en el agua. Tal como vi a Bela aquella noche, la sigo teniendo en mi recuerdo..., con su cabello tan sorprendentemente claro, que brillaba con una luz fantasmal. «Tiene que ser una *vila* que nos protege», pensaba a menudo.

¿Cómo, si no, podían seguir ilesas tantas chicas en una casa abandonada en mitad del territorio del bandido Lazar Kosac?

El curioso brillo de hada alrededor de la cara de Bela no desapareció hasta que no me froté los ojos.

La rabia seguía quemándome en las entrañas y me preguntaba qué estaría pasando por la cabeza de mi padre. Cada año que transcurría se convertía más y más en un extraño. Con la que mejor se entendía era con Jelka, que podía ser igual de dura que él. Además Jelka era la única de nosotras que aún se acordaba de que nuestros padres habían reído juntos, cuando ella todavía era una niña pequeña.

Pero con cada hija más se fue disipando el amor y dando paso a una creciente ira. Desde la muerte de madre, padre se había vuelto tan descontrolado que ni siquiera la viuda Lidija quería mudarse desde la aldea a nuestra casa para vivir a su lado. Y aquella noche estuve segura de que él nos maldecía. Y yo también le maldecía a él.

Temblando de frío me acerqué a la ventana y me asomé a la noche. Desde nuestra ventana bajo el vértice del tejado podía ver el mohoso tejado del establo.

El caballo de Jovan estaba allí. El caballo del país turco.

Volví a echar una mirada a la durmiente Bela.

Entonces me puse de puntillas y saqué de detrás de la viga del tejado mi escala de cuerda, que tenía allí enrollada. Una fina lluvia cubrió mi cara, mientras me aupé por la ventana y bajé por la pared de madera lentamente gracias a la escala. De la casa sólo salía una luz leve a través de las rendijas de las ventanas. Aun así me agaché para pasar por debajo de las ventanas y corrí por la hierba mojada hacia el establo. El ruido de los cascos golpeando el suelo acompañaba mis silenciosos pasos. Al entrar vi el contorno basto de nuestro caballo. Y muy cerca intuí una sombra nerviosa, un segundo caballo, mucho más movido. Ahora ya se había disipado toda mi rabia y no veía el momento de encender una vela. Padre me habría dado una paliza si hubiera sabido que bajo un cubo roto tenía escondido un encendedor y un trozo de vela. Palpé el pedernal y las demás cosas y me senté en el hueco de piedra para hacer fuego. Mis manos temblaban de nerviosismo y, cuando la mecha por fin prendió, casi se me cae la vela de las manos.

Negro, nuestro viejo caballo, giró la cabeza y alzó las orejas expectante. Su pelo estaba lleno de manchas amarillentas del barro del huerto y por los hombros estaba tan pelado por culpa del roce de la collera que se le entreveía la piel. Antaño aquel caballo había sido negro azabache, pero en los casi dieciséis años que tenía se había descolorido, como un trozo de tela vieja que ha estado demasiado tiempo expuesto a

la lluvia y al sol. Quería mucho a Negro, a pesar de que en el campo ya apenas servía para nada. Siempre que estaba a punto de perder la paciencia con él, me acordaba del Negro más joven. Me había sentado sobre su lomo desde que fui capaz de subir una escalera. Medía mi propio crecimiento con sus piernas.

Haciendo hueco con mi mano, protegí entonces la llama de la vela y rodeé la cuadra de Negro. Luego, aparté la mano.

¡Ante mí estaba el caballo más bonito que jamás había visto!

Un negro azabache, que parecía estar hecho de nubes tormentosas. Su crin aún estaba húmeda de la lluvia y sus ojos eran inquietos. Al lado de nuestro basto Negro, él parecía delicado y rápido, un caballo propio de las hadas, capaz de cabalgar sobre el viento de la tempestad. Respetuosamente me acerqué y admiré el rápido juego de sus orejas, la forma en que el animal levantaba su fina nariz para contemplarme con altivez desde arriba, y cómo después, al fin curioso, me olfateó la mano. Percibí su cálido aliento como si con él pudiera recibir un pedazo de la lejanía, igual que un regalo, y nada deseé más que poder cabalgar aunque fuera una vez sobre el lomo de un animal así, por una senda recta, como si estuviera volando sobre ella.

—¡Jasna!

La vela se me cayó y, con un chasquido, se apagó en el húmedo suelo. El caballo se encabritó, relinchó y dio una coz contra la pared de la cuadra.

Me giré bruscamente, más enfadada que sorprendida porque Jelka me hubiera pillado allí.

—¿Qué pasa?

Estaba preparada para recibir uno de sus ataques de furia, pero mi hermana tan sólo permaneció en la puerta, con los brazos caídos.

—Quiere ver a Bela —dijo en voz baja.

—¿El señor Jovan?

Asintió de forma sombría con la cabeza.

—Para su hijo. En principio me quería a mí, pero pude quitarle a padre de la cabeza que rompiera su promesa, y finalmente nuestro huésped accedió a ver la segunda de sus hijas. Padre le ha contado lo bonita que es y le ha enseñado a Jovan sus bordados. ¡Eso era muy propio de mi padre! Casar a la segunda hija antes que a la mayor es considerado en todas partes como una deshonra para la familia, pero al parecer a nuestro padre le importaba más deshacerse de Bela. Lo había intentado ya varias veces. Una vez se la dio a una viuda de la aldea para la que debía bordar; otra vez se la llevó a un granjero. Pero Bela se escapaba cada vez y aparecía de nuevo en mitad de la noche con el cabello suelto y los pies destrozados ante nuestra puerta.

—¿Le ha dicho también que ella no sabe hacer otra cosa que bordar? —le bufé—. Le ha dicho al señor Jovan que ella...

—No —me interrumpió Jelka bruscamente—. Pero no le importará. Ella debe tener hijos, no hablar.

—¡No lo permitiré! ¿Acaso no hay chicas en Medveda? ¿O es que su hijo es tan

monstruoso que no encuentra novia en su hogar?

—¡Pssst! ¡No tan alto, tonta! El señor dice que no quiere a una chica cualquiera de la aldea para su hijo.

—Pero entonces, ¿por qué precisamente Bela?

—Pues porque después de mí es la siguiente más mayor. Y hace tiempo que tiene edad suficiente para tener hijos.

—¡Ella es tierna como una niña de doce!

—¿Y qué? Madre era más joven que tú cuando la casaron. Jasna, cuando me dio a luz a mí, ella tenía catorce.

—¡Sí, y precisamente por eso le arrebató a padre la promesa de que no nos casaría a ninguna de nosotras antes de los dieciséis años! Se lo juró en su lecho de muerte.

Jelka resopló.

—Hace dos semanas que Bela cumplió dieciséis años.

Yo ya había abierto la boca para contradecirla, pero entonces la volví a cerrar. Jelka tenía razón, pero curiosamente me sorprendió. Yo percibía a Bela desde siempre como si ella fuera más joven que yo.

—Aun así no podemos permitirlo —susurré aterrada.

—¿Por qué no? —preguntó Jelka con su despiadada y demasiado racional voz—. No le ha tocado una mala papeleta con el hijo de un terrateniente.

¡Debía haberme imaginado que Jelka, a fin de cuentas, apoyaría a padre!

—Nuestro padre no pondría ni un pie en tierras turcas, pero a su hija sí la envía allí, ¿no? —la eché en cara furiosa—. Bueno, y si tan apetecible te parece, ¿por qué no vas tú en su lugar? ¡Si ya casi eres una vieja solterona! Y el señor Jovan seguro que tiene más propiedades de las que tu Mile tendrá jamás.

Jelka desapareció en la oscuridad del establo; acto seguido sentí de repente dos manos duras como el hierro que me agarraron por las muñecas de tal forma que me hizo daño.

—Ahora escúchame bien, lengua de sable —susurró peligrosamente bajo—, tengo mucha paciencia contigo, pero esa paciencia también tiene un límite.

—Deja de hablar conmigo como si fueras mi madre.

La garra se apretó.

—Mientras estés viviendo en la casa de nuestro padre, yo soy tu madre. Yo te protejo siempre que puedo, yo cuido de ti y yo llevo la carga. ¿Crees que para mí es fácil ejercer de ama de casa? ¿Crees que es fácil tomar decisiones y hacer de escudo protector entre padre y las pequeñas, cuando tú estás con Negro en la huerta y padre se ha vuelto a emborrachar? ¡Jasna, no creas que eres la única que sueña con abandonar esta casa! Quién sabe, tal vez Nevena sintió algo parecido. A veces no puedo dormir por las noches pensando en si de verdad se cayó debido a una trágica casualidad o si simplemente saltó de la roca —la mención de nuestra hermana muerta me propinó una puñalada—. Si no tuviera a Mile, recogería hoy mismo mis cosas y

me montaría sobre el caballo tras Jovan —continuó Jelka susurrando—. Sean tierras turcas o no. Seguro que no es la peor de las suertes. Al contrario que nuestro padre, Jovan parece tener decencia en sus entrañas. Respeta mi compromiso y no tolera violencia. Cualquiera otro habría animado antes a padre, ya de paso, a darte una buena paliza, ¿a que sí?

—Si hablas así, cuesta trabajo pensar que de verdad quieres a Mile —le respondí igual de dura.

Sus garras se aflojaron y luego me soltó del todo.

El caballo de Jovan me resopló su cálido aliento en la nuca y sin pensarlo di un paso atrás y puse mi mano sobre su crin, como solía hacer siempre con Negro. Eso fue tonto, porque yo no conocía al animal y podría haberme mordido, pero el corcel negro permaneció junto a mí, un puñado de fuerza tensa.

Su crin no era gruesa y áspera como la de Negro, sino suave y lisa, casi como el cabello de una mujer.

—Esperaré a Mile, aunque aún tarde años —dijo Jelka con una voz extrañamente fina y frágil—. Él volverá con suficiente dinero para comprar una casa en la aldea. Y entonces cumplirá su promesa.

—¿Qué promesa?

Jelka titubeó con la respuesta. Podía percibir su olor. Olía a romero y manzanilla, que había hervido ese día porque a la pequeña Majda le dolía la tripita.

—Si me caso con Mile y abandono la casa, me llevaré a la pequeña y a Mirjeta conmigo —dijo en voz baja—. Y tal vez pueda venir más tarde a por Danica.

Me enrollé el pelo de la crin entre los dedos. De repente tuve la sensación de perder el equilibrio.

—¿Y Bela? —susurré—. ¿Y yo?

—Créeme, también os llevaría conmigo, pero me puedo dar por contenta si al menos consigo llevarme a las tres pequeñas a la aldea. También por eso espero a Mile: no cualquier hombre acogería, además de a su novia, a tres de sus hermanas.

Comprendía la decisión de Jelka, aunque jamás lo hubiera admitido. Y a pesar de mi decepción, creció en mí considerablemente el respeto por mi hermana.

—Es sólo cuestión de tiempo que los ladrones ya no se conformen únicamente con cabras. Jasna, tú eres rápida y puedes estar alerta, pero Bela caerá en sus manos como un corderito. ¿Qué es mejor, ser deshonrada por un ladrón o estar tumbada en la cama con el hijo de un terrateniente y a cambio recibir honorabilidad, una casa y suficiente comida y seguridad?

Tragué saliva. No podía imaginarme a Bela..., a mi Bela..., en los brazos de ningún hombre.

—Será infeliz.

Jelka se rió con sequedad.

—Estará sentada en la casa, cantará sus canciones y tendrá hijos, y será igual de feliz o infeliz que ahora, Jasna. Ella no sabe hacer otra cosa.

Moví con fuerza la cabeza negativamente.

—Ella le tendría más miedo a unos extraños que a padre. ¿Por qué si no se ha escapado siempre? Además, no es un animal que uno pueda llevarse como si fuera una mercancía.

—Soñadora —dijo Jelka con amargura y suspiró profundamente—. Escúchame bien: sólo una boda nos dará la posibilidad de poner condiciones y únicamente mientras los hombres aún nos desean. Tenemos que aprovechar este tiempo, ¡no lo olvides! ¡Jamás!

—¿Jelka, estás llorando?

—No —murmuró, e inspiró fuerte por la nariz—, pero tú sí vas a llorar ya mismo como no te muevas y vuelvas inmediatamente a casa. Jovan se marchará al amanecer para buscar a sus hombres. Así que vuelve a la cama, ¡salvaje! Mañana por la mañana iré a peinarle el cabello a Bela.

* * *

No fue preciso que Jovan saliera a buscar a sus hombres. Antes de que el sol apareciera tras la montaña más alta como si apartara de sí una espesa manta de tilos, escuchamos los golpes de los cascos de los caballos. Eran tres jinetes sobre corceles negros. Llevaban consigo un caballo de carga y tres yeguas negras sin ensillar. Los observé desde la ventana y no pude por menos que admirar a los animales. Sus saltos eran grandes y sus crines volaban a cada trote. Cada uno de los hombres iba armado como un guerrero o *hajduk*. Vestían un fajín de lana a modo de cinto, pantalones y abrigos oscuros, y llevaban gorros negros decorados con un ribete. Tenían los rostros amplios y serios. En sus cabellos aún había alguna que otra hoja que debió de enredárseles allí mientras cabalgaban. El mayor de los tres parecía más amable que los otros.

Su cara estaba enrojecida y tenía una barba gris.

Jovan salió de la casa y los saludó como hermanos, se daban golpes en los hombros y se reían.

—¡Jelka! —tronó la voz de nuestro padre desde abajo—. ¡Huéspedes!

Mi hermana enganchó rápidamente el último mechón a la cabeza de Bela, me asintió dándome ánimos y se apresuró escaleras abajo.

—Pies de elefante y caras pálidas —dijo Bela contrariada—. Si los lobos corretean por la estancia, no hay sitio para bailar.

Jelka había peinado los largos y lisos cabellos de Bela y se los había trenzado. Pero por muy bonita que fuera Bela, lo más hermoso en ella eran sus manos. Blancas y finas, parecían tener vida propia.

Ellas cosían y bordaban por sí solas el hilo rojo, mientras la mirada perdida de Bela flotaba en la lejanía. No miraba a nadie directamente, tampoco a mí, pero en cuanto me ponía delante de ella, sonreía y con sus manos suaves como las hojas de

los tilos envolvía mi cara y me acariciaba con suavidad por encima de los pómulos y las cejas. Entonces la rodeé con mis brazos y empecé a cantar muy bajito, imaginándome que me la llevaba por la ventana en brazos, más allá de las montañas, a un lugar seguro. La mano de Bela aleteó por encima de mi pecho hasta mi mejilla, encontró mi boca e intentó formar con mis apretados labios una sonrisa. Fue ese momento en el que decidí que el hijo de Jovan no la iba a tener. Yo la protegería, ¡incluso de Lazar Kosac si fuera preciso!

—Bela, mantente quieta —dije decidida y le solté los lazos que sujetaban sus trenzas—. Porque no queremos que parezcas una novia, ¿verdad?

Mis dedos se metieron entre su cabello, tiraron y estiraron, y Bela reía y se contoneaba como si fuera un juego.

—Una canción es un pájaro que únicamente vive hasta el invierno —cantó y sacudió la cabeza hasta que las trenzas se deshicieron del todo—, luego lo matan los cuervos y se beben su sangre.

Cuando Bela hablaba sus palabras no solían tener sentido, pero algunas personas de la aldea creían que ella veía cosas que para todos los demás se mantenían ocultas, y se santiguaban asustados.

Por aquel entonces yo solía reírme de semejante superstición.

* * *

En la estancia olía a la grasa para las monturas y a cuero. Jovan me saludó con una sonrisa que me hizo avergonzarme. Yo saludé con amabilidad y eché a mis hermanas pequeñas al lado del fogón, donde Jelka ya había colocado un cuenco de madera con una papilla aguada de mijo encima de un taburete. Majda me echó sus bracitos y yo la cogí en brazos y la senté en mi regazo. Naturalmente sentí que también los nuevos huéspedes me observaban con atención, mientras daba de comer al bebé, pero no dejé que se me notara. Majda estaba tan fascinada con los hombres forasteros que olvidaba tragar y yo la pellizqué suavemente en la mejilla para que siguiera comiendo. Padre entró como un torbellino en la estancia, bajo el brazo llevaba una nueva garrafa de aguardiente en la que aún había tierra húmeda pegada.

Sabe Dios dónde la tenía escondida y de dónde la había vuelto a desenterrar.

—¿Dónde está Bela? —preguntó.

Sus ojos estaban enrojecidos, su cabello enredado y revuelto.

—Arriba —contesté—. Enseguida baja.

—¡Bela! —vociferó—. ¡Venga! Y tú, Jasna, atiende a los caballos. Llévalos agua fresca, pero no los saques del establo.

Jelka me quitó a Majda de las manos, mientras Danica y Mirjeta cuchicheaban alteradas señalando al hombre de la barba. De reojo vi que él les hacía algunas señas y oí que ellas casi no podían aguantarse ya las risas. Yo no sentía en absoluto ganas de reír. Me levanté de la mesa y salí apresurada de la estancia. El sol matinal me

cegó, corrí a la parte trasera de la casa hacia el pozo del manantial labrado de piedra. Allí cogí el cubo de madera y volví con él. Rápidamente me quité mis *opanci* de los pies y, con estos cubiertos únicamente por las medias, me subí sobre el cubo vuelto del revés para espiar por la ventana abierta.

—¡Bela! —vociferó mi padre de nuevo.

En ese mismo momento apareció el pie de mi hermana en el escalón superior.

Los huéspedes que venían a nuestra casa olvidaban siempre llevarse la cuchara a la boca cuando mi hermana andaba por la habitación. Sin embargo, nosotros ya ni nos dábamos cuenta de que parecía como si sus manos tiraran simplemente de su cuerpo. También aquel día avanzaba palpando las paredes, unas veces más rápido y otras a tirones y más lento. Agarraba con fuerza cuando se topaba con algo bajo sus dedos y mientras tanto canturreaba como para sí misma. Su mirada quedaba fuera de mi vista, pero yo ya sabía qué aspecto tenía: su cabello le caía despeinado y enredado sobre la cara como a una demente, grasiento por los restos de petróleo de la lámpara que yo le había untado.

Con hollín le había pintado unas ojeras alrededor de los ojos, además llevaba una bata sin delantal en vez del traje de moza con el chaleco oscuro bordado. Sin tener ni idea de su fealdad, ella seguía el camino de sus manos.

Tuve que reprimir una risa triunfal al ver la cara de consternación de Jovan.

—No es una demente —se apresuró mi padre en afirmar—. Sólo es callada y retraída. Sería una buena y sumisa mujer para cualquier hombre...

—Sangre de cuervo y tormenta de lobos —gruñó Bela.

—¡Cielo santo! —murmuró el acompañante más mayor de Jovan, lleno de espanto.

Salté del cubo. Oía los lamentos sin sentido de mi padre y por fin también la exclamación de Jovan:

—¡A ella jamás me la llevaría a Las Tres Torres!

Veloz, volví a calzarme y corrí al establo. Era sólo una cuestión de tiempo que padre y Jelka me hicieran pagar por la vejación de Bela, pero en ese instante sólo estaba feliz. ¡Bela se quedaría con nosotros!

A la luz del día el caballo de Jovan parecía aún más noble, por encima de su pelaje lucía un brillo rojizo. Negro relinchaba ofendido, al ver que le quitaba hojas y pequeñas ramas de la despeinada crin al caballo forastero. Atendí a los demás animales y luego me puse con las sillas de montar y los atavíos.

Minuciosamente lavé incluso la espuma seca de las embocaduras de hierro y las cabezadas, para que los caballos no se rasparan las bocas con las secas incrustaciones. Nadie me llamó a la casa, nadie vino a la cuadra. Cuando volví a entrar en la estancia, hacía rato que el sol estaba ya muy alto por encima del bosque de tilos.

El pestazo a aguardiente era asfixiantemente denso. Me extrañó que en la habitación únicamente quedaran los hombres. Estaban de pie, rodeando a padre. Sobre la mesa brillaban tantas impolutas monedas como jamás en toda mi vida había

visto. Estaban pulcramente apiladas de cinco en cinco. A simple vista conté siete u ocho montones, pero seguro que eran más. Ahora mi padre dibujaba con una pluma untada en tinta una temblorosa cruz sobre un documento. Tuve la sensación de que mi sangre se volvía más y más gélida, pero sólo cuando todas las caras se volvieron hacia mí, lo comprendí definitivamente. El barbudo agachó la mirada.

—Hija, recoge tus cosas —me ordenó padre—. El señor Jovan quiere partir antes del mediodía.

* * *

Cuando ahora recuerdo los últimos minutos que pasé en la casa de mi padre, sólo veo una sucesión de mudas imágenes, momentos envueltos en destellos de luz que apenas me llegan. Me veo a mí misma gritar, pero no puedo recordar todas las maldiciones e insultos.

—¡Se lo jurasteis a madre en su lecho de muerte, por la vida de Jesucristo! —le grité a mi padre, cegada por las lágrimas—. ¡No antes de los dieciséis años! ¡Iréis al infierno por romper vuestro juramento! ¡Ojalá os encuentren los turcos y os empalen!

En mi memoria veo cómo mi padre se pone blanco como la muerte al oír esa maldición, cómo coge impulso con la mano, pero yo no siento el golpe en mi cara. Jelka se ha asustado, pero su boca se mueve inaudiblemente, me habla y me habla sin parar, y su gélida mano agarra mi brazo. Mis hermanas pequeñas lloran a gritos. Únicamente Bela..., Bela mira fijamente por la ventana como si en aquel momento en su casa no se estuviera derrumbando el mundo, como si Jovan no se acabara de convertir en un lobo y yo, de ser una niña, pasé a ser un animal malvendido.

No hubo flores ni un pañuelo de seda, que según la tradición el padre hubiera tenido que entregar al pretendiente en señal de conformidad. No recibí medias bordadas, ni hebillas para el cinto; no recibí toallas ni tampoco ropa. Y por supuesto, no recibí ninguna gargantilla adornada con monedas, como corresponde a toda novia honorable. Mi miserable hatillo contenía tan sólo un desgastado traje para mujeres casadas que había llevado mi madre, y la cruz de madera que desde que tengo uso de razón había estado colgada sobre el icono de la Virgen María.

—Bela, me echan de aquí... —susurré cuando nuevamente fui capaz de encontrar las palabras—. Pero Jelka me ha jurado por su vida que cuidará de ti. Y yo te prometo que volveré y te sacaré de aquí.

Mi hermana tan sólo miraba por la ventana y tarareaba una canción. Sólo durante un instante, una de sus bonitas y blancas manos voló por mi garganta hacia arriba y se posó sobre mi boca.

—No debes besar los labios del diablo ni el espino blanco —dijo, y luego volvió a dedicarse a su bordado.

Unas cruces rojas brotaban en la tela de un delantal viejo.

Mi padre no fue capaz de mirarme a los ojos como despedida. Su mirada huraña

se perdía en la lejanía y sus cobardes dedos rodeaban el jarro de *rakija*. Sin embargo no pudo disimular que su corazón latía con más fuerza al pensar en las muchas monedas. Yo deseaba que mi mirada, tan llena de odio, le socarrara la piel.

Y mientras caminaba hacia el establo, deseé de todo corazón que apareciera Lazar Kosac en ese mismo instante y le cortara el cuello al señor Jovan.

Negro giró la cabeza y alzó las orejas al verme entrar. Al despedirme de Bela y de mis otras hermanas no había llorado, pero ahora, al ver al viejo caballo, de repente se me cayeron las lágrimas por las mejillas. Abracé el cuello del caballo y enterré mi cara en su áspera crin. Sólo cuando vi al jinete barbudo venir hacia mí, tragué con tanta fuerza que me dolió la garganta.

—Tendrás el caballo que llevaba el equipaje —dijo—. Es un buen caballo. Rápido y aun así dócil. Te llamas Jasna, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Yo soy Simeón. Y me complace quien trata tan bien a nuestros corceles. ¿Has montado alguna vez a caballo?

Yo carraspeé.

—Sobre él —dije señalando a Negro—. Antes podía correr muy rápido.

Simeón frunció el ceño y me inquietó que de repente pareciera preocupado.

—Con esta silla de montar todo irá bien —murmuró; luego, contempló mi llorosa cara y dijo con ternura—: Las despedidas siempre son duras, pero ya verás, Jovan se encargará de que no te falte de nada. Fíjate en sus animales..., ni uno solo de ellos tiene una cicatriz de látigo sobre su piel. Y el joven señor, Danilo, es... un joven bueno.

Capítulo 2

LAS TRES TORRES

No miré atrás cuando poco después nos alejamos cabalgando, pero sentí los ojos de Jelka en mi espalda durante mucho rato. Sabía que ella me seguiría con la mirada hasta que hubiera desaparecido de su vista, porque al fin y al cabo también ella —y eso, en mi situación de víctima sacrificada, me provocaba una especie de malsana satisfacción— había perdido algo. En cuanto yo me hubiera ido, todo lo que quedaría de mí en esa casa sería una mancha descolorida en la pared en forma de cruz.

Simeón cabalgaba muy cerca de mí. Sentía su preocupación, pero yo levanté orgullosa la barbilla y me concentré en no perder el equilibrio. Por mi cabeza revoloteaban mil planes de huida, a pesar de que sabía que esos pensamientos tan sólo eran fantasmas de deseos imposibles. Yo no era más que una chica que cabalgaba a través del territorio de Lazar para, al finalizar el viaje, acabar compartiendo cama con un hombre desconocido, igual que les había sucedido a muchas otras mujeres. Si huía, únicamente conseguiría aquel destino por otro peor: el de ser capturada por ladrones.

Los hombres cabalgaban en silencio y concentrados, sólo los resoplidos de los caballos y las pisadas de los cascos llenaban el aire. Tuve la sensación de que hasta los tilos habían dejado de susurrar al viento. Jamás había estado tan lejos de casa; el paisaje montañoso empezaba a resultarme extraño. De pronto noté algo más: ¿ruido de cascos?, ¿una llamada?

Los hombres miraron hacia atrás y azotaron a sus monturas.

Jovan se aseguró con una rápida mirada de que yo estuviera pisando los estribos con firmeza; luego, asintió escuetamente con la cabeza. También los otros dos hombres se arrimaron a mí y a Simeón. Un estribo que no era el mío golpeó con un sonido metálico de la mano.

—Agáchate hacia delante y sujétate bien fuerte en la crin —me dijo Simeón, y me quitó sin más las riendas de la mano.

Después, todo ocurrió al mismo tiempo: el ruido de derrumbamiento de piedra, el asustadizo relinchar de los caballos y... el tremendo tirón cuando mi caballo se puso a galopar. Grité del susto, pero de inmediato me agarré con todas mis fuerzas de la crin y me eché hacia delante. Los estribos se me clavaban dolorosamente en las plantas de mis pies. Me mareé de lo veloz que volaba el pedregoso suelo por debajo de mí. Jamás en mi vida me había movido a tal velocidad. Detrás de mí escuchaba gritos y las pisadas de cascos de caballos, pero antes habría cruzado el infierno que girarme a mirar. Jovan cabalgaba a mi izquierda... ¡y se reía! Sus ojos resplandecían y conducía su caballo con una sola mano.

—¡Seguid! —les ordenó a sus hombres—. ¡Más rápido!

La cacería siguió adelante. Y entre dos saltos, mientras mi caballo volaba sobre una valla y por un segundo dejó de estar conectado con el suelo, ocurrió algo extraño: dejé de sentir miedo. Saboreé el viento y ya sólo estaba obsesionada por el deseo de escapar de Lazar Kosac. Mi cuerpo buscaba el equilibrio por sí solo.

Ya no recuerdo en qué momento los caballos empezaron a ir más despacio ni de cuándo estuve completamente segura de que habíamos escapado de los ladrones como un conejo de un zorro. A pesar de que mis rodillas estaban doloridas y de que la crin me había cortado los dedos hasta hacerlos sangrar, seguía aturdida por la velocidad e infinitamente aliviada.

Jovan miró por encima de su hombro hacia atrás.

—¡Diablos, vaya carrera! —gritó con aire triunfal—. ¡Definitivamente mis caballos son los mejores del mundo!

Los otros dos hombres se unieron a su ruda risa, pero Simeón y yo nos mantuvimos mudos.

—Pero bueno, ¿por qué estás tan seria? —dijo Jovan dirigiéndose a mí—. Muchacha, has pasado la prueba de fuego. Ahora te esperan Las Tres Torres y también el caballo que te lleva hacia allí será tuyo. Considéralo un regalo de bodas de parte de tu suegro. ¿Qué te parece?

—Está por ver si llegamos a Las Tres Torres —contesté con frialdad—. Hemos tenido suerte, pero a buen seguro Kosac no nos dejará escapar una segunda vez.

Jovan se echó a reír.

—¿Kosac? Ese desgraciado tendrá cuidado de no cruzarse en mi camino.

—Entonces, ¿por qué habéis huido de él?

Por esta frase, mi padre me habría dado una paliza al instante. La risa de Jovan desapareció y por un momento tuve la sensación de que sus hombres contenían la respiración. Tendría que haber sentido miedo, pero curiosamente sólo esperé con tranquilidad una respuesta.

—No sé de que hablas —dijo Jovan gélido—. Lo que has oído detrás de nosotros ha sido una estampida de venados. ¿O acaso crees haber oído otra cosa? No estarás igual de loca que tu hermana, ¿verdad?

* * *

Jovan evitó los conventos de Fruška Gora y nos acuciaba hacia delante por caminos intransitados. Cabalgamos atravesando el bosque. Los gritos de las águilas retumbaban en los valles. Por la noche acampábamos al aire libre, sin hacer fuego, sucios y apestando al sudor de los caballos. Simeón extendió para mí su abrigo bajo un pino y yo me apoyé contra el ronco nudoso. Me dolía cada hueso del cuerpo. Mis rodillas y muslos estaban llenos de rozaduras y mis dientes castañearon del cansancio. Para comer sólo había carne seca y dura de oveja, y aunque la vigilia

previa a la Semana Santa aún no había pasado, me la comí, porque tenía un hambre espantosa. Y bebí el agua con sabor a cuero por un tubo quebradizo. Las hormigas exploraron mis heridas. Los murciélagos aleteaban por encima de las coronas de los árboles y los lobos aullaban tan cerca que me apreté aterrada contra el árbol. Buscando ayuda, eché mano de la cruz de madera que llevaba en mi hatillo y me la apreté al pecho como protección contra el mal. En silencio recé para que ningún fantasma o demonio, de los que hay tantos en los bosques, se me apareciera. Dos hombres hicieron guardia y note que se esforzaban por no mirarme. Cerré los ojos y me acurruqué entre las raíces y la húmeda hojarasca. Aquella noche soñé que el hijo de Jovan era un monstruo horrible con los dientes torcidos, el cabello como el pelo de un lobo y las manos zarpas. ¿Por qué otra razón si no iba su padre a tener que traer una novia desde tan lejos y pagar tanto por ella?

* * *

Durante varios días continuamos cabalgando al galope como si estuviéramos huyendo de algo. Dos veces intenté escapar y las dos veces los hombres de Jovan me volvieron a alcanzar sin problema alguno y me trajeron de vuelta.

Los gritos de los búhos nos seguían cada anochecer y el agotamiento me mostraba engañosas imágenes. Veía los candentes ojos amarillos de los zorros que yo creía los ojos de algún hombre lobo.

Y escuchaba ecos procedentes de todas y de ninguna parte.

Como si aquella carrera infernal nos hubiera soldado el uno al otro, mi caballo ahora atendía a todas mis señales: disminuía el paso cuando el cansancio me hacía tambalear en la silla de montar y aceleraba al trote en cuanto yo me incorporaba pisando los estribos. A mi caballo lo llamé Viento y, por las tardes, le acariciaba el cuello con los ojos cerrados, imaginándome que estaba tocando a Negro. Hacía tiempo que mi desesperación ya sólo era un entumecido y un vacío en mi pecho. Cuando me dormía a lomos de mi caballo, soñaba que las frías manos de Bela rodeaban mi cara y escuchaba sus lamentos. Sonaban como el grito que trae la muerte de los *navi*, los niños que han muerto sin bautizar y que arrastran a los vivos a su desgracia en forma de pájaros.

Los hombres no hablaban mucho, únicamente Simeón me contestaba a alguna que otra pregunta. Así fue cómo supe que en la finca de Jovan ya no había ninguna señora de la casa. La esposa de Jovan había muerto hacía muchos años, y desde entonces no había vuelto a llevar a ninguna otra mujer a su hogar. Danilo era su único hijo.

—Cabalga casi mejor que su padre —me contó Simeón—. En él se ha perdido un buen capitán de caballería... Jovan puede estar muy orgulloso de su hijo.

Me inquietaba que únicamente hablara de las aptitudes de Danilo, pero nunca de su aspecto o de su forma de ser.

Unas cuantas veces trasnochamos también en monasterios y albergues, pero de las ciudades y pueblos Jovan se mantenía alejado. Pasé las festividades de Semana Santa al aire libre. Sólo vi Belgrado de lejos, una ciudad grande y blanca, justo antes de que el terreno se transformara en la zona boscosa de Sumadija y finalmente volviera a ser más montañosa.

Había dejado de contar los días, cuando por primera vez en mi vida crucé un río sobre un ancho transbordador. Luego cabalgamos por nuevos territorios: laderas escarpadas a las que en algunos lugares se agarraban árboles frutales, suaves colinas y llanos. Por todas partes crecían arbustos de boj, espino blanco y saúco. En mi interior confiaba en ver turcos, pero sólo nos cruzamos con pastores serbios, embutidos en sus negros gorros hasta las cejas.

—¿Ves aquel árbol del ahorcado? —me dijo Jovan—. Desde allí ya no estamos lejos.

—¿Es este el camino al pueblo?

—Aquí los caminos llevan en todas direcciones —me explicó Jovan—. Por allí se va al pueblo, y más hacia el norte, sube hasta Valaquia. Y si cabalgas todo recto, llegas a Paraćin y al río Crni Timok. Si cabalgas hacia el río y a lo largo del Morava en dirección a Belgrado, llegarás primero a Cuprija y finalmente a Jagodina. Allí está el asentamiento del comandante austríaco que está a cargo de nuestro pueblo. Y también tienes a tus pies el camino hacia tierra turca... ¡Podrías cabalgar hasta Edirne y Estambul!

Los hombres de Jovan se acercaron más a mí con sus caballos, como si me hubieran leído el pensamiento; una parte de mí seguía soñando con la huida. Después de un buen rato, Simeón se giró hacia mí y señaló hacia delante, allí donde entre los árboles resaltaba algo claro y brillante.

—¿Escuchas el arroyo? Fluye no muy lejos de la finca.

Bajo los cascos de Viento se partieron unas ramas con un fuerte crujido. Pero en vez del chapoteo del agua, me recibió un sonido bien distinto: relinchos de caballos y pisadas. Bailoteando sin moverse del sitio, el caballo de Jovan relinchó una contestación e intentó desbocarse, pero Jovan, contrariado, soltó unos chasquidos con la lengua y le obligó a calmarse.

Al salir del bosque, parpadeando deslumbrada por el elevado sol de mediodía, descubrí la manada más bella que jamás había visto. Con las cabezas alzadas trotaron algunas yeguas de color negro azabache a lo largo de un muro de piedra, mirando con curiosidad a los que regresaban a casa. Sus ollares se inflaban y sus orejas jugueteaban. Un potro dio una coz y salió dando brincos.

Estaba tan eclipsada por aquella imagen que al principio ni siquiera vi las tres torres.

* * *

No eran, ni mucho menos, tan altas como yo me había imaginado. A primera vista me recordaron a lo que nosotros llamábamos *kulas*, unas torres defensivas construidas en piedra, que también servían como vivienda, pero estas en cambio tenían las ventanas demasiado grandes y no parecía que las estancias bajas sirvieran de establos. Unas escaleras de madera conducían a las puertas, un poco elevadas del suelo. Las dos torres de delante se alzaban a izquierda y derecha de un edificio plano y largo; eran dos hermosas torres gemelas. Alguien había limpiado una parte de su fachada de las enredaderas y la hiedra.

Sin embargo, la tercera torre estaba sola, bastante más atrás, como si fuera el patito feo. Estaba ennegrecida por un incendio. Las plantas trepadoras se habían apoderado de sus muros, y los nidos de pájaros atascaban los estrechos huecos de las ventanas. Lo que antaño había sido el tejado ahora parecía un montón de madera podrida. Detrás de la torre, en diagonal, se alzaba una rocosa ladera, en cuya cima asomaba la piedra clara, como piel desnuda entre cardos y malezas.

Jovan cabalgó al trote hacia el edificio alargado y se detuvo ante una puerta torcida y desgastada por el tiempo. Me sorprendió que un terrateniente rico como él no mantuviera mejor sus edificios y puertas.

Jovan saltó del caballo. Después de tantas jornadas de viaje, con su oscura barba de varios días y el despeinado cabello, parecía un ladrón.

—Bienvenida a mi casa, Jasna —dijo—. Mira a tu alrededor. Tú serás la señora de todo esto. ¡Y te irá bien, te lo prometo! Baja del caballo.

Hice como si no viera sus extendidos brazos y me deslicé de la silla de montar. Mis pies parecían no querer pisar el suelo extranjero, las rodillas se me doblaron de debilidad y Simeón tuvo que sujetarme bajo los brazos para que no me cayera.

—¡Nema! —gritó Jovan tan alto que me estremecí.

Una puerta se abrió y una pequeña figura salió apresurada del edificio hacia la puerta. Al principio pensé que era un niño, pero luego vi que era una mujer anciana y menuda. Las arrugas habían impregnado su cara con la expresión de continua preocupación, pero sus ojos oscuros eran tiernos y vivos, y sus movimientos tan rápidos como los de una muchachita.

—No habla, pero tiene buen corazón —me susurró Simeón—. Pertenece a la familia de la difunta señora.

La mujer saludó escuetamente a los hombres. Pero al ver mi traje de jovencita, aunque hacía tiempo que había dejado de estar limpio y ya no era ni mucho menos blanco, sino que estaba sucio e incluso roto por las costuras, soltó un suspiro de indignación y me echó el brazo por encima de los hombros. Y aunque no me sonrió al hacerlo, después de los terribles días pasados, el gesto de Nema me sentó infinitamente bien. Tuve que tragar con esfuerzo, pero conseguí murmurar un cortés saludo, como era debido. Con su enjuto brazo firmemente echado por mis hombros, la anciana me condujo a la casa. Las dos torres claras parecían inclinarse de forma

amenazadora sobre mi y la puerta de la casa principal me recordó una boca ansiosa que quisiera devorarme. Cuando titubeé al entrar, Nema me dio tiempo, pacientemente. Me acarició la espalda en un gesto de consuelo y me quitó con discreto afán las hojas enganchadas en mis rizos.

Reuní todo mi valor, inspiré profundamente y crucé el umbral.

* * *

No estaba preparada para lo que vi después. Desconcertada, me quedé parada. «¡Tierra de turcos!», me vino como un rayo a la cabeza, y apreté la mano contra mi boca. El bronce pulido brillaba por todos lados. Velos de colores en las ventanas. Lámparas de cristal de mil colores. Y en las paredes, colgaban tapices de telas con flecos; en ellos se mostraban árboles con las copas llenas de hojas largas y lisas, y debajo una especie de caballo con el cuello vuelto del revés y una chepa. Olía como en la iglesia, pero más floral. Una vajilla, extrañamente decorada con pintura azul oscura y verde, adornaba la mesa. Y entonces me sobrevino una idea como un jarro de agua fría que hizo helas las venas: ¿Será Jovan creyente de la verdadera fe? ¿Y si padre me ha vendido a un hijo de Mahoma? En ese mismo instante descubrí, para mi infinito alivio, el rincón de iconos: san Jovan, santa Jelena y la Virgen María, Madre de Dios. Flores amarillas carnosas con gruesos tallos adornaban el santo lugar.

—¿Dónde está... el hijo del señor? —pregunté a Nema en voz baja—. Danilo..., así se llama, ¿verdad?

La muda asintió con la cabeza, hizo señales con la mano hacia la puerta y tiró de mí para que la siguiera. Me condujo a un cuarto oscuro y humilde en el que al parecer vivía ella. Asustada miré a mi alrededor. La ventana era estrecha. Podía ver la torre quemada. Nema me trajo un caldo caliente que acepté agradecida. La sopa, de color amarillo, brillaba y sabía a especies desconocidas, picante y dulce a la vez.

Dos hombres vestidos con pantalones de *loden* propios de los campesinos entraron a la habitación cargando una bañera de madera, tan grande como un estrecho bebedero de cerdos. Me sorprendió que encontrasen suficiente sitio allí dentro, sobre todo cuando después trajeron también un cántaro lleno y varios cubos. El agua se derramó sobre el suelo de madera. En cuanto ellos cerraron la puerta tras de sí, Nema me indicó que me quitara la blusa y la falda y que me metiera en la bañera. Ella no se giró mientras me soltaba el cinturón, tieso de tanta suciedad, y me desprendía del *jelek* o chaleco. Yo no quería que una señora tan mayor me lavara como si fuera una sirvienta, así que le quité con decisión la manopla de la mano y tan sólo consentí que me desenredara y peinara el cabello, y que después me echara el frío líquido por la cabeza y hombros. Sobre mis labios se acumuló un agua amarga. A mi pregunta de si era agua de manantial, Nema asintió con la cabeza.

—¿Quién más pertenece a esta comunidad familiar? —le pregunté—. ¿Cuánta gente vive aquí?

«Cuatro», me señaló Nema. «Conmigo cinco». No era mucho para una casa tan grande. ¿Entonces, los hombres de antes debían de ser vasallos?

Riachuelos de suciedad se iban acumulando en la bañera. Y quedó a la luz mi piel llena de rozaduras en rodillas y muslos. Nema me contempló señalándome con un lastimero sonido, pero fui yo quien se asustó cuando mi mirada recayó sobre sus manos: piel de lagarto; cicatrices de quemaduras de color rojo y claro formaban un dibujo irregular, y dos de sus dedos estaban deformados y rígidos, ya que la endurecida piel apenas le permitía movilidad.

—¿Te has... quemado con algún líquido? ¿Cocinando? —pregunté en voz baja.

La anciana suspiró y movió negativamente la cabeza.

Alentada por su respuesta seguí preguntando.

—¿Dónde viviré yo hasta la boda? ¿Contigo en esta alcoba? Porque aún faltan varios meses hasta entonces, ¿verdad? Una unión que no se celebre en otoño trae mala suerte. Aquí tenéis la misma costumbre, ¿no?

Sin embargo esta vez Nema no me contestó. Apresuradamente salió de la alcoba. Cuando regresó, oí el roce de la tela. Nema sacudió con cuidado un vestido de color marrón oscuro. Se levantó una leve nube de polvo que bailó en el haz de luz del sol que entraba por una rendija de la ventana. No era un juego de dos piezas, sino que consistía de una sola pieza y tenía un aspecto señorial, de ciudad. Debía haber pertenecido a una mujer muy alta, porque la menuda anciana muda tuvo que sostenerlo en alto para que el pesado dobladillo no arrastrara por el suelo. Durante un rato únicamente lo sostuvo ante sí, contemplándolo ensimismada.

—¿Debo ponerme esto? —le pregunté—. ¿De quién es?

«¡Tuyo!», dijo el gesto de Nema.

—No, no —la contradije—. Antes. Otra mujer lo ha llevado, ¿no? El dobladillo está un poco rozado. ¿Pertenece a... a la anterior señora de la casa?

La mirada de la anciana fue contestación suficiente. Así que era realmente el vestido de una muerta. De repente mis dientes volvieron a castañear y negué con convicción la cabeza.

—¡No, no! ¡Dame el traje de mi madre! —exclamé—. ¿Dónde está? ¡Quiero ponerme mi propia ropa!

«Toma este o sal desnuda de esta alcoba», me dio a entender Nema con rudos gestos. Al instante perdí mi humildad, me negué a voz en grito, me enfadé y grité, hasta que Nema me amenazó con llamar a los hombres. Cuando se fue hacia la puerta y cogió la campanilla que colgaba de la pared, fui consciente de que lo decía muy en serio. Con lágrimas de rabia en los ojos, finalmente cedí y cogí contrariada el extraño vestido. La tela era pesada y suave, lisa como el pelo de un cachorro. Cuando Nema no miraba, lo olí desconfiada. Al menos no olía a piel de otra persona.

Nema me ayudó a atarme el corsé, que aun así me quedaba demasiado flojo, y me recogió la falda, que me estaba demasiado larga, con un cinturón para que no me la pisara. Cuando finalmente la seguí al pasillo resignada, me sentí como una granjera

paleta a la que habían disfrazado de señora de la casa.

Capítulo 3

LECHE CON MIEL

Jovan y un patriarca ortodoxo me esperaban ya sentados a la mesa. Todo parecía ir por buen camino. El máximo mandatario cristiano de la comunidad local había venido a darle la bienvenida a la recién llegada; eso era tranquilizador, pues demostraba que, en medio del territorio turco yo había sido acogida en una comunidad ortodoxa.

—Siéntate —me dijo Jovan escuetamente.

Titubeando obedecí, saludé a los hombres como era debido, y bajé los ojos ante la penetrante mirada del patriarca. Mi alegría de encontrarme con un clérigo se convirtió de golpe en animadversión. Si yo era una joven granjera disfrazada, él me recordaba a un pastor de cerdos disfrazado: un hombre pequeño y torcido, con los ojos ensangrentados y una miserable sotana en la que no terminaba de encajar la brillante cruz que colgaba de su cuello.

Con el corazón acelerado, busqué con la mirada a mi novio, pero sólo descubrí a Nema, que se había sentado junto a la ventana con un ovillo de lana y un huso.

—¿Dónde está... vuestro hijo? —pregunté a Jovan en voz baja.

Jovan resopló y se inclinó sobre la mesa. Su mano se precipitó hacia delante e instintivamente le levanté de un brinco y me cubrí la cara con los brazos. Pero el señor de la casa tan sólo iba a echar mano de una botella de *rakija*, para servirse a sí mismo y a su invitado.

—Simeón le está buscando —dijo contestando a mi pregunta y sin brindar por nada se bebió el jarro entero en una sentada—. ¡Y por Dios que lo encontrará!

Aquello sonó como si Danilo únicamente pudiera elegir entre llegar vivo junto a su futura esposa o ser enterrado mucho antes de su boda como difunto soltero. Por primera vez pensé que tal vez yo no era la única que no había pedido caminar hacia el altar.

Esperamos en silencio. Únicamente se escuchaba el suave tamborileo de una lluvia de verano y de vez en cuando, un relinchar y un resoplido. El patriarca jugaba nervioso con su cruz. Me extrañó que no me hablara y que no quisiera saber de dónde provenía yo.

Cuando la puerta se abrió de golpe y una fuerte corriente de aire trajo hojas y lluvia al interior de la estancia, me giré sobresaltada.

Nema se levantó y cerró la puerta con toda tranquilidad detrás del recién llegado, pero él no se lo agradeció ni con un movimiento de la cabeza. Llevaba botas altas, recién engrasadas, un chaleco oscuro y una *košuja* o camisa blanca cosida con finura. A pesar de que la tela estaba empapada por la lluvia, se veía limpia.

Danilo. Mi novio. Mi corazón dio un vuelco y empezó latir más fuerte.

Danilo se sacudió el agua de lluvia de su negro cabello y me miró. Su ostro se parecía en algunos rasgos al de Jovan, pero era más delgado y tenía líneas más finas; y sus ojos eran castaños, no verdes. Jelka le habría catalogado sin pestañear como un hombre guapo y señorial. Pero a mí me pareció que sus labios tenían un rasgo cruel y duro. «Al menos no es ningún monstruo», me dije. Calculé que tendría unos diecinueve años, de modo que ya era bastante mayor para casarse.

—Así que esta es —dijo en voz baja; con aire despectivo me miro de arriba abajo—. Incluso la habéis disfrazado. Lástima que el vestido no le siente nada bien.

Indignada inspiré. De pronto todo volvió a resurgir en mi interior. La ira contra mi padre, contra Jovan..., contra este extraño, al que de buena gana habría tirado el vino a la cara.

—Me alegro de que finalmente nos hagas compañía —dijo Jovan en tono cortante—. Pero no permito que insultes a mi nuera. Ni hoy, ni en el futuro.

La enemistad entre padre e hijo casi podía palpase y entendí que aquello no era por mí. De nuevo se abrió la puerta y Simeón entró en la estancia.

—¡Ah, por fin estamos toda la comitiva nupcial reunida! —dijo con amabilidad.

«¿Comitiva nupcial?». Inquieta busqué la mirada del patriarca, pero este me rehuyó y vació rápidamente su jarro de vino.

—Jasna lleva esperándote mucho rato —continuó Simeón—. Así que sé amable con ella. Ha recorrido un largo camino.

—De modo que se llama Jasna —murmuró el extraño que iba a compartir la cama conmigo.

Esta vez no bajé la mirada con humildad. «¡Ten cuidado!», decía mi mirada. Sin embargo en los ojos de Danilo no encontré enemistad, sino únicamente la amarga rebeldía de un animal salvaje cautivo. Y curiosamente, en ese momento me sentí casi aliviada. Él me quería tan poco como yo a él. Tal vez aún tenía una posibilidad de escapar. Pero mi sorpresa, Danilo fue el primero en darse por vencido en el juego de miradas y se acercó a la mesa. De pie, cogió el jarro que Simeón entre tanto le había llenado y lo levantó.

—Por la novia —dijo.

—Vino para la *svati* —repitió Jovan.

Nema se puso a mi lado, Simeón al lado de Danilo. Las patas de las sillas arañaron el suelo cuando Jovan y el patriarca se levantaron. Únicamente yo me quedé sentada. Ahí había algo que no era normal en absoluto. Así que ya estaban acordados los trámites nupciales... Y parecía que Nema iba a asumir el papel de mi madrina y testigo durante la ceremonia. ¿Cuándo se había decidido todo aquello?

—¿Qué significa esto? —pregunté—. ¿A qué viene este brindis?

Nema cogió el vaso de madera de la mesa y me lo puso en la mano. En él había leche que olía a miel. Las novias bebían leche con miel el día de su boda para que su conversación fuera dulce. Me entró frío.

—Bebe —dijo Jovan—. No disponemos de todo el día.

—¡No! —grité, y di un paso atrás—. ¡Hoy no!

Danilo sonrió con amargura y vació su jarro de un trago.

«¡Bebe!», me ordenó Nema en silencio, e intentó ponerme el vaso en los labios. Yo me defendí y la empujé, de modo que se tambaleó hacia atrás. El vaso cayó al suelo. Gotas de leche sembraron mi falda y chorrearon por la pata de la mesa.

—¡Hazla entrar en razón! —le dijo el sacerdote a Danilo—. ¿O es que quieres que tu matrimonio esté plagado de discordia?

La mirada de Danilo y la mía se cruzaron. Estaba preparada para muchas cosas, pero mi novio únicamente me sonrió con aire sarcástico.

—Que la haga entrar en razón mi padre. Si cree que...

—¡Basta! —tronó la voz de Jovan y su puño golpeó la mesa—. Acabaremos con este asunto ahora. Y tú, Jasna, hazte a la idea: no pienso permitir que una pareja de novios viva hasta el otoño bajo mi techo sin estar casados aquí se casa uno en primavera, y eso lo decido yo, que para eso soy el que manda en esta casa.

Tenía una desesperada respuesta de oposición pujando por salir de mi garganta, pero incluso Simeón me miraba tan serio que comprendí que, si fuera necesario, me llevarían a rastras a la iglesia como a una cabra pataleando hacia el matadero.

Estaba atrapada. Algo cálido y terrible creció en mi pecho, pero no quería darles la satisfacción de verme llorar.

—¡Y ahora vámonos! —dijo Jovan.

* * *

Cuando miro atrás y recuerdo mi boda, me resulta aún mucho más extraña que entonces. Igual que si estuviera mirando un cuadro, descubro ahora pequeños detalles que se me escaparon...

Veo que la lluvia ha cesado y que un sol encapotado tiñe las torres de una luz irreal. Ante el umbral de la puerta, Nema me pone una manzana en una mano para que el matrimonio sea fértil. Yo voy dando trompicones al lado de Danilo de camino hacia las rocas.

El agua de un manantial es recogida en una pila llana, esculpida en una piedra. Cerca de allí brillan rojas amapolas, como gotas de sangre. Por un instante me extraña que no haya renacuajos nadando en el agua, lo que suele ser señal de que el agua está limpia, y me percató de que apenas crecen plantas en esa zona húmeda. El patriarca que oficia la ceremonia llena un cáliz. Yo ya sé que esa agua sabe amarga y me la trago a regañadientes. Danilo toma el cáliz y no hace ni una mueca. Después Jovan me conduce a la torre gemela de la izquierda. Dos peones con caras llenas de cicatrices merodean por allí. Cuando me giro con disimulo veo que se santiguan rápidamente a nuestro paso, como si temieran un mal de ojo.

Al entrar en la torre, me llevo una sorpresa y me encuentro en una pequeña

capilla. Las paredes están adornadas con iconos. En el centro se encuentra Jesucristo crucificado; el sufrimiento de su rostro me recuerda al de mi madre y de repente tengo que volver a luchar contra las lágrimas. Jovan me coloca tan cerca de mi novio que estamos de pie brazo contra brazo, para que sea un matrimonio muy unido. Nuestros testigos sostienen coronas de flores como coronas nupciales sobre nuestras cabezas. El patriarca comienza a hablar, pero se equivoca a menudo. Huelo el vino en su aliento. No recuerda ni el nombre de Danilo hasta que Simeón se lo susurra. Cuando nos insta a Danilo y a mí a dar nuestro consentimiento, los dos titubeamos. Inexpresivo y entrecortado, Danilo repite entonces las palabras de la ceremonia, mientras el Jesús de madera mira al vacío. Bebemos el cáliz bendito. Y finalmente el sacerdote toma nuestras manos y las pone una sobre la otra.

Aún recuerdo lo sorprendida que me quedé de que el apretón de manos de Danilo fuera tan tierno y no rudo como había esperado. No me di cuenta de que no me acordaba ni de una sola palabra de mis votos nupciales hasta que salimos de la torre y uno de los ayudantes, a la señal de Jovan, comenzó a tocar la *tamburica*.

* * *

La torre de la derecha a la que ahora nos acercábamos iba a ser nuestro hogar. Nos tendría que haber acompañado una alegre comitiva, con muchos invitados y sirvientes. Pero en esta boda no había ni un bufón que soltase bromas a la gente. Y en vez de muchachas casaderas a mi alrededor, únicamente me acompañaba la silenciosa Nema. Portaba sal y un trozo de pan, una ridícula y pequeña concesión a las tradiciones nupciales. Simeón y Danilo subieron por la escalera delante de mí y levantaron el umbral de madera para que yo pudiera pasar por debajo. De ese modo ningún demonio podría seguirme al interior de la casa.

Lo primero que percibí fue el olor a dulces y a carne asada. Entré a una habitación cuadrada con un hogar grande. Estaba polvoriento y apagado, y las brillantes cacerolas nuevas colgaban de ganchos oxidados. Nada de lo que veía ahí era de estilo turco. Unos escalones de madera conducían por una trampilla en el techo a la siguiente habitación. En la casa de mi padre, mi alcoba tenía un acceso muy similar por el que debía trepar.

En cualquier otra boda habría sido misión del bufón precisamente desordenar toda la casa, pero así las cosas, Simeón se limitó a tumbar cuidadosamente una silla y yo la volví a poner de pie. Después, la triste compañía tomó asiento a la mesa, lujosamente preparada. Con repugnancia observé cómo el patriarca engullía la carne de cordero y las demás delicias, como si tuviera que comer por adelantado por un año. Yo, por mi parte, no fui capaz de probar bocado, y tampoco Nema tocó nada de aquel festín.

—¡Por nuestra *domácica*! ¡La señora de la casa! —dijo Simeón a la pequeña ronda.

Fui capaz de sonreír cuando los hombres brindaron por mí. La sensación de que estaban hablando de una extraña era demasiado grande. Danilo también levantó el jarro a sus labios. Nuestras miradas se encontraron y percibí que él me quería tan poco como yo a él.

No sé cómo transcurrieron las horas, pero ya estaba oscureciendo cuando Jovan por fin se levantó y anunció el final del día de la boda.

—¿Lo ves, hijo? —dijo de buen humor antes de salir con los demás por la puerta exterior—, ninguno puede ser un hombre hasta que no tiene una mujer. Y recuerda: la palabra dada es para siempre. El matrimonio únicamente puede disolverse con la muerte.

Me estremecí. Habría jurado ver asomar en los ojos de Danilo un instinto asesino.

Nema nos abrazó como despedida. Luego, fue Simeón el que se acercó a Danilo. Aunque habló en voz muy baja, pude oír lo que le susurraba:

—Sé amable con ella. Una chica es como un espejo al que cualquier aliento empaña. Por eso debes cuidar bien de los espejos y de las mujeres.

Mi esposo no contestó. Poco después la puerta se cerró. El repentino silencio fue ensordecedor. Luego una llave se giró desde afuera en la cerradura.

—No irá a encerrarnos aquí, ¿verdad? —exclamé sin podérmelo creer.

Danilo se echó a reír, mientras yo me abalancé sobre la puerta y zarandé con fuerza la manecilla. Era una risa sin alegría, amarga, que iba a oír muchas veces.

—¿Qué iba a hacer mi padre si no? —preguntó en tono sarcástico—. ¿Arriesgarse a que uno de los dos se escape en la noche de bodas? Dime, ¿cuánto ha pagado por ti?

—Por una existencia como prisionera, no lo suficiente —contesté con brusquedad, y enseguida me mordí la lengua.

Danilo volvió a reírse, cogió una botella llena de *rakija*, se la puso en los labios y bebió con grandes tragos. El claro aguardiente le caía por la barbilla. «¡No hagas eso!», le habría gritado de buena gana.

—Será mejor que te vayas acostumbrando —dijo—. Mi padre siempre gana.

Me quedé en la puerta, la espalda apretada contra la madera, la mano sobre la manecilla. Sólo pasado un buen rato me atreví a acercarme un poco.

—¿Por qué no nos hemos casado en la iglesia de Medveda?

Danilo se llevó la botella con tanta fuerza a los labios que oí cómo un diente golpeó contra el cristal. Bebía con ansiedad y se limpió la boca con la manga. Cuando me miró volví a sentirme incómoda, pero aun así insistí:

—¿A qué viene todo esto? —quise saber—. ¿Por qué tanta prisa? ¿Y por qué una novia de fuera? ¿Acaso no hay mujeres en vuestro pueblo?

—Mi padre no te ha traído a Las Tres Torres para que hagas preguntas —me contestó con voz ronca.

Bajó la cabeza y miró la botella con si en ella viera una verdad que a mí se me negaba. Daba la impresión de que había olvidado mi presencia y yo aproveché la ocasión y me apresuré hacia la escalera. Me recogí la larga falda y me pareció no

subir lo suficientemente deprisa por la escalera, pero en realidad mi marido no me detuvo. Sólo cuando hube cerrado la trampilla del suelo pude respirar aliviada. Era como la última concesión de un condenado, unos pocos instantes para mí sola. Después de tantos días. Por encima de mí, amortiguado por el techo de madera, escuché el suave zureo de las palomas y sus blandos aleteos. Una lámpara de petróleo iluminaba una cama tallada, con dosel y cortinas blancas. Mi cruz de madera colgaba de un brillante y nuevo clavo en la pared sobre las almohadas. De puntillas me fui hacia la cama y acaricié con cuidado los suaves bordados de las sábanas. Ni siquiera Bela hubiera podido hacerlos mejor. Mostraban pájaros con brillantes plumaje azul y coronas sobre sus cabezas.

Junto a la pared había un baúl. Deseaba tanto encontrar en él mis vestidos..., pero estaba lleno de faldas y corpiños de la difunta señora de la casa. ¡Yo no quería nada de la muerta! Con dedos temblorosos me deshice de mi extraño vestido de novia. Sólo me dejé puesta la enagua de lino claro. Entonces apagué la luz y me acurruqué sobre el alféizar de la ventana.

Afuera se había hecho de noche. Por la ventana pude ver cómo los dos ayudantes abandonaban la finca a la luz de una pequeña antorcha. Uno de ellos se había enganchado la *tamburica* bajo el brazo. Los hombres miraron asustados hacia atrás y aceleraron sus pasos casi hasta acabar corriendo.

En algún momento apoyé la frente sobre las rodillas y, agotada, cerré los ojos. Allí donde mi mejilla tocaba mi rodilla sentía sofocados latidos, pero el fresco aire de la noche refrescaba mi piel. Finalmente noté frío y a tientas me fui hacia la cama. Era demasiado blanda para ser cómoda, tuve la sensación de perder el equilibrio. Una oscuridad aún más profunda me envolvió e hizo retroceder los objetos de la alcoba a las sombras. Escuché en constante tensión, me sobrecogía con cada ruido que oía, y esperé.

Naturalmente sabía lo que ocurría en las noches de boda entre un hombre y una mujer. Sólo que no sabía qué pensar de ello. Para mi madre aquella unión era un castigo que Dios había impuesto a las mujeres. El patriarca en la aldea del valle enumeraba en cada sermón los sufrimientos del infierno y advertía a las mujeres de pagar con humildad por los pecados de Eva. Únicamente mi hermana Nevena, la que se había matado precipitándose por el acantilado, me había contado algo completamente diferente. Una noche había entrado en mi alcoba con paja en el pelo. Incluso a la luz de la luna pude ver que había una sonrisa completamente nueva en su cara. Susurrando me confesó que aquella noche se había acostado con el hijo de Kürschner y que la historia del castigo, el dolor y el pecado era una mentira.

El silencio fue el que me despertó sobresaltada. El agotamiento de los últimos días me había transportado lejos, pero ahora estaba completamente despierta. Las palomas habían enmudecido.

—¿Bela? —susurré, e incluso antes de terminar de hablar reconocí mi error.

La añoranza por mi hermana me encogía el corazón. Pero naturalmente era

Danilo el que estaba subiendo a la habitación. A la luz de la luna vi su imagen recortada en la sombra delante de la ventana. Se quitó la camisa por encima de la cabeza y por primera vez adiviné sus fuertes brazos y su cuerpo. Empecé a sudar y me subí la manta hasta la barbilla. Deseaba que estuviera demasiado bebido como para tocarme. Sin embargo, al momento escuché el sonido de la tela, una corriente de aire se metió debajo de la manta, y luego una mano se posó sobre mi cintura. Me asusté e inspiré conteniendo la respiración y me puse los brazos sobre el pecho como escudo protector.

La mano de Danilo subió la enagua de lino hacia arriba. De repente sentí piel cálida sobre mi fría piel. Una pierna junto a mi pierna. Seguía manteniendo los brazos cruzados ante mi pecho y el peso de Danilo me quitaba el aire, apretaba mis brazos sobre mi cuerpo, pero en ese instante hubiera preferido morir antes que renunciar a mi escudo protector. Suficientemente malo era que yo me avergonzara y tuviera miedo. Suficientemente malo era que estuviera desconcertada y que del susto mi corazón diera un vuelco. Pero nada de eso fue lo peor.

Nevena tenía que estar loca. Mi madre tenía razón: aquello era un castigo. Y dolía...

Incluso después de que Danilo se apartara de mí y se durmiera, yo seguí sintiendo escozor. Me tragué las lágrimas y me aparté todo lo que pude, en el filo de la cama.

«No te pongas así», escuché en mi cabeza la amargada voz de mi madre. «Es el calvario que nos ha tocado a las mujeres, es lo que les pasa a todas».

Capítulo 4

ESPINO BLANCO Y SANGRE

La primera noche que pasé en mi cama nupcial soñé con Bela. La veía difuminada, como bajo el agua, y cuando levanté mis brazos para saludarla, fue tan trabajoso como si intentara remar en miel. El cabello de Bela flotaba alrededor de su cabeza, burbujas de aire salían como perlas de su boca y su mirada me buscaba sin encontrarme. «¡Sálvame!», le grité, pero mi hermana flotaba y nadaba y se giraba sin conseguir llegar hasta mí. A través de la neblina, su cuerpo blanco brillaba como si fuera de cristal. Mis ojos se fueron abriendo con un gran esfuerzo cuando por fin emergí del agua y respiré el aire fresco de la noche. Me envolvían las sombras... ¡y ahí estaba mi hermana! Tal fue mi alivio que de buena gana me habría echado a llorar.

—¡Bela! —murmuré, y extendí la mano hacia ella.

Hay instantes en la vida que hacen que tu corazón se pare y se te hiele la sangre. Hoy sé que es el beso de la muerte, que nos roza en esos segundos y nos roba todo el calor. La cara desconocida que de repente se me apareció tenía la gélida belleza de la muerte y la fealdad de un sufrimiento más profundo y doloroso de lo que un ser vivo puede soportar. Vi sus ojos apagados y su piel con la palidez de la muerte. Vi dientes negros y labios ya casi inexistentes. Olía a plumas de palomas y a lluvia. Y de pronto ese cuerpo agarró mi mano extendida.

El grito subió a mi pecho y se convirtió en un gorjeo. El terror me paralizó y le jugó una mala pasada a mi mente. Entonces comprendí que estaba sentada en la cama, jadeando, con la espalda apretada contra el cabecero de madera, mirando fijamente a la vacía alcoba. No había gritado, únicamente había gemido. Tras las nubes, había aparecido una pálida luna matinal que me mostraba mi vestido de novia tirado sobre el baúl. La encalada pared de detrás mostraba unas manchas y sombras en las que reconocí la faz del Nachtmahr, el demonio que se alimenta de los sueños. ¿Había estado soñando con los ojos abiertos? ¿Y por qué me seguía sintiendo como si me estuvieran observando?

Podría haber despertado a Danilo, pero este me había dado la espalda y respiraba profundamente, perdido en sus propios sueños. Durante diez, tal vez veinte respiraciones, permanecí así, hasta que poco a poco me fui tranquilizando. El miedo cesó y en su lugar volvió la comprensión con una fuerza atroz. Los últimos días volvieron a pasar ante mis ojos, la llegada a Las Tres Torres, la precipitada boda. Y aquello que pasó después... y que volvería a pasar esta noche.

Sobre mi garganta se posó una presión como la de unas manos invisibles. Abrí la boca para respirar y aun así tuve la sensación de ahogarme. Y de repente lo supe y fue

lo único que pude ya pensar: «¡Tengo que irme de aquí!».

Rápidamente salté de la cama, me quité mi arrugada enagua por encima de la cabeza y la tiré al suelo. Mi extraño vestido de boda ni lo toqué; en cambio, saqué con brusquedad uno de los otros vestidos del baúl. Era un vestido gris que me sujeté con un cinto para no pisarme el bajo y tropezar en los escalones. Cogí también mi cruz de madera de la pared.

La puerta de la entrada seguía cerrada, así que abrí las contraventanas. El suelo estaba a una distancia algo mayor que la altura de un hombre. Abajo, arbustos espinosos esperaban ansiosos que alguien se enredara en ellos. Con cuidado dejé caer la cruz, que fue recogida con seguridad por ramas de espinos. Luego salté.

* * *

Viento estaba en el último rincón del establo, atado con una soga tan corta que no podía girar la cabeza hacia mí. Pero agudizó sus orejas cuando fui hacia él. Rápidamente, solté la soga y dejé que me olfateara la mano.

—¡No tengas miedo! —le susurré refiriéndome a mí misma.

Todo estaba asfixiantemente silencioso en el establo. Los caballos se mantenían en pie e, inmóviles, y escuchaban, como si percibieran algo que escapara a mis sentidos. Al recordar la aparición de la habitación, se me puso la carne de gallina y de repente me acordé de los hombres que habían abandonado la finca la noche anterior. Habían huido, ¿pero de qué?

—¡Ven! —susurré.

Agarré a Viento por el ronzal y él me siguió predispuesto. Pensé a velocidad de vértigo en si sería capaz siquiera de ensillar a mi caballo yo sola. Y justo me disponía a coger la cabezada de la pared, cuando una sombra cayó sobre mí. Dando un grito salté hacia un lado y me golpeé contra el lomo de Viento. Fue entonces cuando identifiqué la cara preocupada de Simeón y me avergoncé al instante de mi estupidez. ¡Debía de haberme imaginado que por supuesto nadie dejaría a unos animales tan valiosos en una cuadra abierta de par en par! Mi descabellado e irrisorio plan se esfumó como si nada, dejándome atrás desilusionada y temblando de frío.

—¿Adónde vas con el caballo? —me preguntó Simeón enseguida.

—El caballo es mío —le respondí en tono firme—. El señor Jovan me lo ha regalado. Puedo sacarlo del establo cuando quiera.

Simeón se fijó en mi vestido y en mi despeinado cabello. No se le escaparon los arañazos de mis manos, ni tampoco la cruz que llevaba enganchada en mi cinto. Dio un paso a un lado, cortándome la vía de escape hacia la puerta, como por casualidad.

—El señor Jovan le ha regalado el caballo a su nuera, no a una ladrona que quiere escaparse con él.

—¡Yo no soy ninguna ladrona! ¡Y mucho menos soy un perro al que se le encierra por las noches en el corral!

Los caballos se inquietaron, resoplaban y miraban de reojo. Simeón estrechó sus ojos.

—Jasna, ¿qué ocurre? ¿Acaso Danilo te ha golpeado?

Me tragué las duras palabras que tenía en la punta de la lengua y sólo moví negativamente la cabeza sin mediar palabra.

—¿Te ha insultado u ofendido?

Nuevamente tuve que negarlo.

—Entonces, ¿por qué te quieres ir? —preguntó Simeón en tono ya más amable.

Entendí que a él debí de parecerle una niña boba. No tenía ninguna razón para quejarme. A mi desilusión se unió la rabia. Y por ello me olvidé incluso de la educación y le hablé a Simeón con despecho, como si él no tuviera varias decenas de años más que yo.

—¿Y tú me lo preguntas? ¡Ayer nos encerrasteis! En esta finca nada es lo que parece. Los sirvientes temen a las torres y huyen al atardecer de aquí. ¿Por qué? ¿Por qué Danilo y yo no fuimos casados en la iglesia del pueblo?

Hubiera esperado que Simeón me reprendiera poniéndome en mi sitio; sin embargo, me contestó amable y tranquilo:

—Cada pueblo y cada casa tiene sus costumbres, Jasna. Todos los hombres Vukovic se casan en la torre Jelena.

Desconcertada, fruncí el ceño. ¿Así de fácil era?

—Antaño la habitaba el más devoto de los hermanos —continuó Simeón—. Todos los días rezaba junto al manantial y él mismo era ya casi considerado un santo, cuando la fiebre se lo llevó. Desde entonces, la torre es algo así como una pequeña casa de Dios. Y en lo referente a los peones de Jovan: únicamente tenían prisa porque él no les paga el jornal si al llegar la noche siguen aquí. «Es mejor que los maleantes se cobijen por la noche en su propia madriguera», suele decir. «No necesito más comensales en mi propiedad. Medio pueblo se aprovecha de mis negocios, sólo me faltaba que durmieran en mis camas».

Debí de poner una cara muy circunspecta, porque en los ojos de Simeón descubrí cierto brillo de diversión. Pero no lo iba a tener tan fácil para borrar mi desconfianza.

—¿Y por qué yo? ¿Por qué no alguien del pueblo? Las muchachas del pueblo deberían de estar rifándose al adinerado hijo del terrateniente...

Simeón se echó a reír. Era una risa cálida y profunda por la que no me sentí ridiculizada.

—Pero a Danilo no le ha caído en gracia ninguna. Y tampoco Jovan tiene en buena estima a las chicas del pueblo.

«¿Pero si a las hijas de un borracho?», pensé para mí.

—Jovan siempre toma sus decisiones espontáneamente —continuó diciendo el anciano—. Y de regreso desde Hungría a casa, tomó la decisión de traer a la finca a una novia para su hijo. Ya era hora y la ocasión era propicia. A él no le molesta que seas extranjera. Y no le importan ni el dinero, ni los bienes de los demás. De eso tiene

más que de sobra.

Bueno, el que a Jovan no le importase que su nuera fuera una extranjera también podía significar que así se garantizaba no temer a familiares masculinos que pudieran defender mis derechos.

—¿Y la estancia principal de la casa? —me atreví a indagar un poco más—. Todos esos cuadros y las telas provienen del lado de los turcos...

—Durante mucho tiempo, este pueblo fue parte del Reino Otomano —me explicó Simeón paciente—. Pero has observado bien: Jovan es una persona que sabe vivir a ambos lados de la frontera militar. Hasta ahora, para él son tan bienvenidos los socios comerciales turcos, como el ejército vienés, con tal de que los precios por su mercancía sean los apropiados.

Por lo menos la última parte de su explicación me la creí a pies juntillas.

—Y Danilo... Es diferente —dije.

—Ya lo creo —me confirmó Simeón serio—. Si Jovan es un río con aguas bravas, digamos que Danilo es un lago, profundo e inescrutable.

Nerviosa, me humedecí los labios con la lengua.

—¿Y su madre? ¿La difunta señora, cuyos vestidos tengo que llevar? ¿Por qué murió?

Simeón suspiró. Parecía estar sopesando si darme una respuesta o no. Pero antes de que yo tuviera que insistir, debió de llegar a la conclusión de que un nombre no era un secreto.

—Marja —dijo, y sonó como si hubiera pronunciado ese nombre muchas veces; había en él un tono tierno, como en una melodía—. Ella era bella y buena como un ángel. Le gustaba bailar y reír constantemente. Pero enfermó de repente y murió joven. Jamás pronuncies su nombre en presencia de Jovan. Él no lo soporta, porque nunca superó su muerte —Simeón sonrió y acarició a Viento alisando el rizo de su frente—. Ella amaba los caballos tanto como él. Y seguro que a ella le hubiera gustado verte a ti, Jasna, al lado de su hijo.

Marja. Disimuladamente pasé la punta de mis dedos por encima de la tela gris de mi vestido. La sombra que había estado posada sobre mi alma se aclaró y por unos instantes desapareció por completo. En mi cabeza me imaginé a una mujer bella y seria..., misteriosa, con el cabello claro, un poco como Nevena. Los nombres tienen un poder propio, evocador, eso lo aprendí aquella mañana.

—No ha estado bien que Jovan os encerrase —dijo Simeón en voz tan alta, como si quisiera con ello ahuyentar los recuerdos—. Ahora tú eres la *domácica*, y tendrás que recibir las llaves. Le hablaré a Jovan de ello.

Posó sus manos sobre mis hombros con una delicadeza que yo tan sólo conocía de las mujeres. Sus ojos eran de color gris, como las nubes en un cielo de invierno, pero sin esa frialdad, de la que carecía por completo. Ahora que me encontraba por primera vez tan cerca de Simeón, creí estar mirando la cara de un hombre más joven. En una zona en la que el crecimiento de su barba era irregular, descubrí una vieja y

blanquecina cicatriz que se alargaba cruzando su cuello. Me hubiera gustado preguntarle de qué lucha provenía, pero algo me dijo que esa pregunta no me la iba a responder.

—Jasna, sé que querías huir —continuó diciendo en voz tan baja que yo únicamente percibí sus palabras como si fueran un rebote de sus pensamientos—. Eres rápida tomando decisiones. Pero te pareces a una llama que se devora a sí misma si prende con demasiada fuerza en el viento. Por suerte, también eres lo suficientemente lista para saber que el viento, durante una huida, se puede convertir con facilidad en una tormenta que te apague. De ahora en adelante piensa en esto: aquí no se trata de ti, sino del futuro de esta casa. La casa de Jovan está vacía, ya lo has visto tú misma. Nosotros, los viejos, no vamos a vivir eternamente y Jovan necesita un heredero para Las Tres Torres. Él no es ningún ogro, créeme. Pero sabe que debe llevar su casa, con los medios que haga falta, si es preciso. Por eso te lo voy a decir sólo una vez y no te lo repetiré nunca más: no intentes huir otra vez. Desde esta pasada noche, tu sitio es este y ningún otro.

Simeón era demasiado educado para señalar mi vientre, pero aun así entendí el mensaje. Mis piernas se reblandecieron. Por primera vez fui consciente de que efectivamente ya era demasiado tarde. El mal ya estaba hecho. Naturalmente ya sabía por qué comparten la cama hombre y mujer, pero fue entonces cuando fui consciente de que también me podía ocurrir a mí..., y tal vez ya me había ocurrido. El matrimonio se había consumado y, fuera yo donde fuera, Jovan me traería de vuelta. Mi mano buscó el cuello de Viento como si él pudiera proporcionarme apoyo. Bajo la espesa crin, su pelo se palpaba cálido y liso. Demasiado liso y cálido... Levanté su melena y miré fijamente mi mano. Estaba llena de sangre. Ahí donde el pelo negro de Viento brillaba mojado, corría una estrecha tira de sangre desde una herida roja. Instintivamente grité y di un traspié hacia atrás, liberándome de las manos de Simeón.

—No es nada —me tranquilizó el anciano—. Nada en absoluto, Jasna. Sólo una pequeña herida. Viento se ha herido en el prado con un arbusto de espino blanco. Por eso le he atado tan corto. Para que no se raspe la herida.

«Sólo una herida hecha por un arbusto», repetía mi propia voz en mi cabeza. Y no obstante, apenas era capaz de retener mis lágrimas.

Hoy sé que aquella vez fue la última que lloré por mí. Simeón no me puso en evidencia, sino que miró hacia otro lado hasta que me hube limpiado la mano con la paja y me hube secado las lágrimas de la cara con la falda.

—Se curará —murmuró después, y me invitó con un gesto de la mano a salir del establo—. Todo se cura, Jasna.

Con las piernas temblorosas salí a la luz del día y parpadeé.

Había salido el sol. Y yo sólo pensaba que aún tenía muchas horas hasta que llegara la siguiente noche. No pensé que los espinos no hacían unas heridas como los arañazos de un gato, ni perforaban en la piel de un caballo unos agujeros del tamaño de una uña.

Capítulo 5

EL PALACIO DE LA FELICIDAD DIVINA

Hasta entonces yo creía tener un sitio en el mundo. Creía saber quién era, cómo arreglármelas y, si era necesario, cómo defenderme. Pero aquí, en terreno desconocido, todas mis seguridades se evaporaron, y me sentí sola y desterrada. Vivía entre lobos. Eso fue lo que comprendí aquella mañana. Y también comprendí que ahora dependía de mí misma, y que debía protegerme lo mejor que pudiera. Tenía que ir lo antes posible al pueblo. Y aunque el patriarca no me caía bien, él era la única conexión con la comunidad. Además, estando sin familia propia, era fundamental que me integrara en la comunidad del pueblo. Para mis adentros esperaba encontrar allí mujeres que me dieran la bienvenida. En las salas de costura me contarían que ellas tenían un destino muy similar al mío. Yo oiría sus historias, los cotilleos sobre amantes secretos y las quejas sobre sus esposos. Y después de un tiempo, cantarían sus canciones y ya no me sentiría tan perdida.

Sin embargo, durante las primeras semanas era impensable hacer una escapada al pueblo, de modo que, igual que una cabritilla que se hubiera extraviado entre depredadores, me encogí e intenté ser invisible. En la medida de lo posible, intenté no cruzarme con los hombres. Lo que más me gustaba era refugiarme con los caballos. Jovan me llamaba «hija» y sonreía cada vez que me veía, pero yo no me fiaba de su amabilidad. Con demasiada claridad veía tras su sonrisa el brillo de los colmillos del lobo.

Tal como había hecho en la casa de padre, también aquí ayudaba atendiendo a los animales. No me gustaba el sabor del agua amarga del manantial; prefería caminar hasta el arroyo que serpenteaba a orillas del bosque. Por las mañanas, cuando corría hacia el establo, lo hacía siempre con la cabeza agachada, mientras la torre quemada a la que yo hacía tiempo llamaba la «torre negra» parecía observarme con los ojos huecos de la muerte. No podía deshacerme de la impresión de que algo mantenía continuamente su mirada fija en mí. Un aliento extraño susurraba con cada golpe de viento entre mi cabello, y sobre los muros ennegrecidos por el humo, creía ver distorsionadas caras.

—Marja —susurraba yo en esos instantes.

Repetía ese nombre como si fuera un conjuro. Llamaba a la muerta como si ella fuera un ángel que podía protegerme.

Por las noches dejaba un cuchillo sobre el alféizar de la ventana para que alejara de mí los malos sueños, pero esa magia resultó ineficaz. Bela continuaba llamándome en cuanto yo cerraba los ojos. La nostalgia por ella y por mis otras hermanas me hizo casi desesperar. Jamás habría pensado que echaría de menos incluso a Jelka, pero las

añoraba tanto que me dolía el pecho con cada bocanada de aire que inspiraba, como cuando se tiene fiebre.

En las primeras noches yacía sentada en la cama temerosamente, esperando, con los brazos rodeando fuertemente mis piernas y con el corazón latiendo con tal fuerza que podía sentir sus golpes en mis rodillas. Pero cuando Danilo subía y apagaba la luz, no sentía ninguna mano sobre mi cuerpo. Estaba segura de que él sabía que yo permanecía despierta mucho rato, pegada al borde de la cama, escuchando y conteniendo la respiración. Pero él no volvió a tocarme ni una sola vez. Cuando por la mañana despertaba al fin, sobresaltada por mis malos sueños, el lado de la cama junto a mí estaba vacío.

* * *

Cuando volví a sangrar, me sentí muy aliviada de no estar embarazada. Por primera vez desde la despedida de la casa de padre, el velo negro que se posaba sobre mi vida se elevó un poco y dejó pasar algo de luz del sol en mis pensamientos. Me quedé observando cómo se perseguían los potros unos a otros a la luz matinal, y descubrí, sorprendida, lo bonito que era el paisaje. No me había dado cuenta de que los ciruelos hacía días que estaban en flor. El suave aroma de las flores blancas me hizo respirar con más libertad.

—Nema, muéstrame las despensas —le pedí a la anciana—. Un día de estos quiero acercarme al pueblo y necesito saber lo que tengo que conseguir para la finca.

Nema, que estaba hilando lana, levantó asustada la mirada. Sentí claramente su contrariedad, pero cuando me crucé de brazos y le di a entender que no me movería de allí, puso finalmente el huso sobre el alféizar y sacó el manojo de llaves de entre los pliegues de su falda.

Junto a Nema inspeccioné las despensas y un sótano rocoso cercano a la torre derecha. Jamás había visto un sótano así. Bajo una trampilla en el suelo cubierta con hierbas, cinco escalones empinados de roca conducían a una estrecha cueva. Allí se habían abierto cuatro fosas de barro y alguien había cerrado esos agujeros con placas de madera. Nema me mostró que allí se almacenaban los alimentos y sacó un pequeño barril con una mantequilla que, sin ser fresca, era blanca como la nata. En las fosas hacía frío y olía a tierra, pero no a putrefacción ni a salitre. Comprendí enseguida que cada una de ellas estaba pensada para una cosa diferente: mantequilla, leche y queso en la primera; verduras frescas y cebollas en las dos siguientes; y carne en la cuarta. Cuando pregunté si esta zona del subsuelo estaba tan frío porque fluía por debajo el manantial. Nema asintió sorprendida.

«Necesitaremos cabras y gallinas para tener siempre suficiente leche fresca y huevos», pensé para mis adentros cuando volvimos de nuevo a la luz del día. Tras la torre Jelena una huerta abandonada aguardaba a que una mano solícita se hiciera cargo de ella. En la colina crecía un viñedo, pero tampoco nadie parecía ocuparse de

él. Un trecho más adelante, junto a la torre negra, descubrí manzanos silvestres. Iba a dirigirme hacia ellos, pero Nema me agarró del brazo y tiró de mí con tanta fuerza que solté un quejido. «¡Hacia la torre no!», se opuso enérgicamente.

—¿Por qué no debo ir allí? —le pregunté.

Ella únicamente señaló con un gesto indeterminado hacia el deteriorado tejado.

«Allí no hay nada», decían sus manos deformes. «Sólo palomas y suciedad».

Quiso tirar de mi, pero yo me resistí haciendo contrapeso.

—¡Nema, espera!

De reojo vi cómo un peón que nos observaba con disimulo, de soslayo se santiguó apresuradamente. Tal vez fuera por eso por lo que por fin me atreví a formular la pregunta que me tenía intrigada desde el principio:

—¿Por qué se quemó la torre? ¿Fueron... los turcos?

Nema bufó en tono despectivo. «Cayó un rayo», fue la seca respuesta que interpreté. «Lo arrasó todo. No se pudo salvar nada».

—¿Estabas en la torre en ese momento, verdad?

Nema miró sus manos como si no le pertenecieran. A la luz del día parecían fabricadas de cuero rojo. Y con gestos hilvané su historia...

«Estaba durmiendo. El rayo me despertó. Oí mucho ruido y había fuego por todas partes. Entonces corrí hacia la ventana. ¡Allí!». Señaló hacia una ventana muy por encima de un tronco del que la hiedra se había apoderado. Comprendí que aquello eran los restos de un gran árbol y mentalmente lo completé con ramas que llegarían hasta la ventana más alta. La compasión me desgarró el corazón al imaginar a Nema aferrada a la madera en llamas para salvar la vida.

—Lo siento mucho —dije en voz baja—. Has debido de sufrir mucho.

Nema soltó un despectivo chasquido. Apretó los puños y se los metió bajo las axilas.

«Vamos, regresemos a la casa», me ordenó con un brusco movimiento de cabeza.

Me dio la impresión de que estaba enfadada, pero antes de que entrásemos de nuevo a la casa me sonrió levemente.

Llave por llave iba encontrando su correspondiente cerradura. El metal oxidado chirriaba, las bisagras crujían. Arañas y ratones huían ante nuestras pisadas. Entré en habitaciones abandonadas, abrí armarios y baúles polvorientos.

—¿Hay otros vestidos en alguna parte? —pregunté a Nema—. ¿O telas con las que poder coserme algo yo misma? No quiero andar por ahí únicamente vestida con la ropa de la señora Marja.

Había pronunciado el nombre sin pensarlo. Para mí ya era familiar. Pero la mujer se giró asustada y se llevó las dos manos a la boca. Por un segundo creí que iba a gritar, pero de su garganta únicamente salió un graznido, un sonido de tal dolor que tuve que tragar saliva del susto.

—Perdóname —dije rápidamente—. Simeón ya me ha dicho que no debo pronunciar su nombre delante de Jovan, pero no sabía que tú también...

Al instante la mano fría y seca de Nema se posó sobre mi boca. «¡Ni una palabra más!», me indicaba con la otra mano. Extrañada, me quedé quieta, sin defenderme. Lo que más me inquietó fue que Nema se girara hacia la puerta, como si temiera que alguien pudiera estar espiándonos. ¿Alguien?, pensé estremeciéndome, o... ¿algo? «¡Jamás pronuncies ese nombre!». El gesto de Nema fue como un grito. «Jamás, ¿lo has entendido?». Sus dedos apretaban dolorosamente mis labios contra mis dientes. Sólo cuando asentí, se aflojó la presión de la mano de lagarto sobre mi boca.

Oí los golpes de los cascos del caballo de Simeón mucho antes de que lo viera acercarse a toda prisa.

—¡Vamos a tener visita! —me informó.

Mi corazón dio un vuelco de alegría. ¡Una visita! En esa palabra había algo familiar y acogedor, y de inmediato me vinieron a la cabeza un sinnúmero de pensamientos: «¿Tenemos suficiente vino en casa? ¿Pan? ¿Serviremos asado?».

—¿Cuántos son? —exclamé a modo de respuesta—. ¿Van a quedarse a pasar la noche?

—Únicamente dos —dijo Simeón, mientras saltaba de la montura—. Del ejército local. Uno es el *contagions-medicus*, es decir, el médico especializado en enfermedades contagiosas. Está estacionado en Paraćin y se llama Tramner. El otro es un oficial. Han estado hoy en el pueblo y quieren echar un vistazo a las nuevas yeguas. Mañana continuarán su camino en dirección a Jagodina. ¡Apresúrate, estarán aquí de un momento a otro!

Me di media vuelta y eché a correr. Al poco rato estaba ya con la bebida de recibimiento en las manos ante la casa, aunque completamente sin aliento. A toda prisa me había atado un pañuelo a la cabeza y me había puesto un delantal limpio. Una nube de polvo se levantó cuando llegaron Jovan, Danilo y los dos hombres. A contraluz vi que los dos eran esbeltos y altos.

—¡Mirad, esta es mi nuera! —exclamó Jovan en el idioma de los austríacos, y a mi me dijo en serbio—: Hija, has debido de traerme suerte. He vendido una buena partida de tabaco al comandante *hajduk* y al *hadnack*..., ¡y ahora tal vez incluso les coloque a alguno de los caballos de dos años!

—¿Hay *hajduks* cerca? —pregunté en voz baja—. ¿En el pueblo? ¿Y quién es el *hadnack*?

—Jasna, esto es territorio militar. Hay toda una tropa de la compañía de *hajduks* de Stalac estacionada aquí y sirve de milicia al pueblo. Y el *hadnack* es el teniente húngaro sobre el que recaen todas las funciones administrativas del pueblo. Para nosotros es una suerte: ¡pagan bien! Y en cualquier caso, hoy vamos a brindar por nuestro negocio.

Todos se detuvieron ante la casa principal de la finca. Danilo me echó una mirada inescrutable. Como siempre cuando me miraba, me sentí de inmediato incómoda. Los dos evitábamos mirarnos más de lo puramente necesario. Les ofrecí aguardiente a los hombres, y ellos, con las riendas aún entre sus manos, aceptaron asintiendo con la

cabeza. A los caballos no les agradó el fuerte olor de la bebida, y resoplaban y agitaban sus cabezas.

Con disimulo observé a los hombres. El médico era de la edad de Jovan. Tenía unos dedos delgados y una cara pálida y amable. Jovan y él conversaban con tanta confianza como dos viejos amigos. El otro era un joven oficial de cabello oscuro que lucía un uniforme polvoriento. Por su bigote liso y sus ojos negros, parecía húngaro. El tieso y alto cuello de la casaca le rozaba un mentón algo fofo.

—Hija, prepara la comida. Estamos hambrientos —dijo Jovan dirigiéndose a mí.

Desde la ventana observé cómo Danilo les mostraba las yeguas húngaras, las hacía girar al trote y al galope. Me pesaba reconocer que envidiaba su arte de montar y para mis adentros deseaba llegar a sentarme sobre el lomo de Viento con la misma soltura que él. El sol, que ya estaba cayendo, proporcionaba al pelo de los caballos un brillo dorado. El médico se mostró encantado con los animales; sin embargo el húngaro era mejor comerciante y no dejaba entrever sus pensamientos. Con faz inexpresiva pero ojos inquietos y brillantes, seguía cada movimiento de los caballos, sin sonreír ni una sola vez. Pero cuando Simeón volvió a llevar las yeguas al establo, él las siguió largo rato con la mirada.

Poco después, cuando entró en la estancia principal decorada con los valiosos objetos turcos, frunció el ceño y miró desconfiado a su alrededor. No me gustaba la expresión de sus ojos, contenía desprecio pero también una especie de avaricia.

El vino y el pan recién horneado estaban preparados. Además de carne asada y tortas de maíz.

—¡A esto le llamo yo una buena anfitriona! —dijo Jovan, mientras servía el vino—. Amigos, ¡por mi nuera!

—Por el joven matrimonio —dijo el médico, cogió un jarro y, de buen humor, me guiñó un ojo.

—Por la esposa —murmuró el oficial magiar sin más—. Veo que no sólo en el establo hay buenas yeguas.

Sus miradas inquietas se deslizaban desvergonzadas sobre mis pechos, como si yo no fuera más que un animal cuyo precio estuvieran valorando. Bajé la mirada hacia la jarra de vino que sostenía en mis manos, enfadada conmigo misma porque notaba que la sangre se me subía a las mejillas.

—¡Y por la casa Vukovic, cuyo nombre seguiré vivo! —brindó el médico con aire festivo levantando otra vez el jarro.

—Sí que lo hará —respondió Jovan con gran convicción.

Y se rió al tiempo que daba unas palmadas a su hijo en el hombro. Tampoco ese día era sincero el cariño que aparentaba. En presencia de Danilo, la risa de Jovan era siempre como un viento cortante y su mirada afilada como el cristal.

Danilo no se molestó ni siquiera por mostrar una mínima sonrisa. El magiar se bebió el jarro de un trago sin apartar sus inquietos ojos de mí. Eran oscuros y ardían en una luz turbia. Sospeché que seguramente no sería el primer jarro de vino que

había vaciado aquel día.

—Y decidme, ¿de dónde proviene vuestra mujer? —le preguntó a Danilo.

—¿Por qué no le preguntáis mejor a mi padre? —le respondió Danilo en tono áspero—. Yo no sé mucho sobre ello.

—Al parecer mi hijo es un tonto olvidadizo —contestó Jovan marcadamente tranquilo—. Es de Fruška Gora.

—Ah, ¿de los bosques francos? —dijo el magiar—. Ha hecho un largo camino, ¿no? Yo también tuve una que venía de allí. Una yegua muy fogosa. ¡Sobre todo en la cama! —sonrió con insolencia.

Intenté simular que no había oído esa impertinencia. Jelka había tenido que escuchar bromas semejantes muy a menudo de los clientes y mi padre había sido el que más alto se había reído siempre de ello. Sin embargo, Danilo parecía como si de un momento a otro le fuera a echar el vino a la cara al invitado.

—Al parecer el vino le suelta a vuestro amigo la lengua —dijo dirigiéndose al médico—. Cuando uno se precipita hacia delante con demasiado ímpetu, se puede caer con la misma rapidez del caballo y partirse la crisma.

El oficial húngaro dejó de sonreír. Podía sentir la tensión en el aire. Nema, que se había sentado exhausta junto al alféizar, se levantó con aire de preocupación. Estaba convencida de que iba a haber una pelea, pero entonces Jovan se echó hacia delante y con un gesto de mano me indicó que me acercara a llenarle el jarro de vino.

—Esta noche hablaremos de caballos y yeguas, ¿verdad? —dijo sonriendo—. Pero ahora a mi hijo le honra defender a su mujer..., aunque nadie haya querido ofenderle. Los enamorados son así, fáciles de irritar, ¿no es cierto?

—Entonces, ¡por los enamorados! —apoyó el médico y tomó un sorbo de su vino.

Danilo se quedó fuera de juego un instante y yo maldije a Jovan por la manera en que utilizaba las palabras, como si fueran lazos y trampas.

—Pues basta de caballos —dijo Tramner—. ¡Mejor cuéntenos algo sobre sus viajes, Jovan! Aquí mi amigo aún no sabe que estuvisteis viviendo tres años con los otomanos. En Edirne y en otras partes. ¡Cuéntenos algo de eso!

Agudicé mis sentidos. ¡Tres años en tierras turcas! Esa novedad me fascinaba tanto como me asustaba. Las historias de mi padre volvieron a resonar en mis oídos; las imágenes de personas empaladas no eran fáciles de ahuyentar.

—Edirne no es la única ciudad que merece ser vista —dijo Jovan; se reclinó hacia atrás y dio vueltas a su jarro, como si estuviera ordenando sus recuerdos—. La verdadera ciudad de los milagros es Estambul..., la vieja Constantinopla, que perteneció a los griegos y a los latinos. ¡Yo he estado allí! En la época en la que reinaba el sultán Ahmed. Lo recuerdo como si la estuviera viendo ahora. En la orilla europea, sobre siete colinas, se posa Constantinopla. Huertas, pinos y cipreses se extienden por las laderas. Y entre las numerosas mezquitas está el palacio de verano de Ahmed. Lo llaman Saadabad: lugar de la felicidad divina. Allí hay estanques,

fuentes y riachuelos que el sultán hizo instalar.

La voz de Jovan se había vuelto más suave y había cobrado un tono más grave y voluptuoso. En su semblante se reflejaba el brillo de todos los milagros que describía con palabras y gestos.

—Yo era un joven comerciante cuando vi todo aquel esplendor —murmuró—. Un insensato al que le cegaba la riqueza. ¡Amigos, una riqueza incalculable! Y unas fiestas tan pecaminosas y hermosas que todo cristiano se santiguaba en ellas pero sin poder apartar los ojos. A veces el Consejo de Estado salía a divertirse en las noches de verano sobre el agua; desplazándose en barcas sobre las que se habían montado techumbres de tela plateada, navegaban entre las olas del Bósforo y ante el Cuerno de Oro del puerto.

Permanecí de pie junto a la mesa, con la jarra de vino en mis manos, sin poder hacer otra cosa que dejarme atrapar por el imán de esas imágenes. Jamás había hablado mi padre así de los turcos. Por ello, además de sufrimiento, sangre y torturas de pesadilla, ahora los turcos también me evocarían el esplendor de un lugar lejano de ensueño. Aquella noche experimenté la magia que Jovan podía lograr con las palabras. Si le hubiera conocido en esa ocasión, su esplendor me habría cegado y habría conquistado mi corazón.

—Había procesiones a caballo, y las mantas bajo las sillas de montar brillaban, sembradas de piedras preciosas —continuó Jovan—. Los caballos pasaban de largo enjaezados en oro y plata, con adornos de plumas sobre la frente. En esas noches, las cúpulas de las mezquitas se iluminaban con los fuegos artificiales; los luchadores mostraban sus habilidades sobre la arena, en las calles; el eco repetía los gritos de los papagayos. Las calles olían a dulces, a sésamo bañado en miel..., y ese aroma se entremezclaba con el sabroso humo de las antorchas de resina que lentamente se consumían.

—Una bonita historia —comentó el magiar con un leve tono sarcástico—. Suena como un cuento en toda regla. Parece ser cierto que los otomanos tienen un sentido para la riqueza, pero ese oro está manchado de sangre. Ellos son y serán unos carniceros. Y el sultán Mahmut no dejará de incordiar hasta que no haya recuperado Belgrado y la zona del Morava. Por suerte estamos nosotros para impedirselo, pero si Mahmut lo lograra, ¡ya me gustaría oír si continuarías cantándoles a esos perros turcos tales alabanzas!

De reojo noté cómo Nema levantaba la cabeza bruscamente, aunque en cuanto se dio cuenta de que yo la estaba mirando volvió a bajar la mirada.

—Aun así, ha sido un relato muy entretenido, tengo que reconocerlo —cerró su discurso el oficial de forma magistral y estiró las piernas bajo la mesa—. Pero decidme: ¿cómo pudo un sencillo comerciante acercarse a tanta hermosura, eh? Seguro que tuvisteis que dormir en antros y todas esas riquezas fueron un sueño fruto del humo del opio.

Se echó a reír y miró buscando el aplauso del médico. Yo hubiera esperado que

ahora por fin Jovan hubiera reaccionado enfadado y ofendido, pero tan sólo sonrió levemente y se levantó de la mesa. Contuve la respiración y observé cómo se encaminaba hacia el rincón de los iconos y tomaba una flor del florero que había junto a la imagen de santa Jelena.

—¿Y esto?, ¿es tan sólo una imaginación que os produce el vino húngaro, no? —dijo arrojando la flor amarilla con gesto descuidado junto al jarro de su invitado.

Un reguero de semillas negras espolvoreó la mesa y dejó un rastro sobre la manga del militar. Un pétalo carnoso y ovalado, tan liso y brillante como la cera, se soltó y balanceó sobre la mesa como una barca dorada sobre un agua de color castaño.

—¿Es o no es un tulipán? —preguntó Jovan en voz baja—. Flores así son tan valiosas como el oro. Podría haberme costado la vida llegar hasta este tesoro, pero como podéis ver, estoy ante vos.

Ahora, incluso el húngaro parecía impresionado. Se pasó la manga sobre la boca, sin darse cuenta de que una hilera de semillas manchaba su mejilla. Aguardé a que dijera algo, pero se calló y simplemente miró fijamente el pétalo. El médico se rascó la nariz, ocultando así tras su delgada mano una sonrisa.

—El sultán Ahmed adoraba las flores —continuó Jovan—. Algunas especies se las hacía traer de Persia. Sus jardines junto al Cuerno de Oro eran famosos. Las flores de sus jardines se extendían hasta donde llegaba la vista —sonrió abstraído y en sus ojos se reflejaba la luz de las llamas de las velas—. Todos los años, en primavera, Ahmed celebraba una fiesta de tulipanes. Durante esa noche de luna decenas de tortugas se deslizaban, con velas sobre sus caparazones, entre los tulipanes alumbrando su hermosura. Para sus invitados, el sultán había hecho esconder joyas en el jardín. El que encontraba una piedra preciosa se la llevaba como regalo de cortesía. Pero yo dejé las joyas donde estaban y robé un tesoro mucho más valioso.

—¿Qué? ¿A que no os había prometido nada en vano? —le murmuró el médico Tramner al húngaro—. Algunos pagarían por escuchar historias así.

—Pero vos sois un serbio creyente como Dios manda, ¿o no? —dijo el magiar en tono alto—. ¿Cómo es que adornáis vuestros iconos con flores paganas?

Jovan sólo se rió bondadosamente y volvió a sentarse a la mesa.

—Las flores no rezan —respondió sin darle más importancia—. Más tarde o más temprano, todas agachan la cabeza..., ya sea ante la cruz o ante la media luna.

—Mi madre adoraba los tulipanes —dijo Danilo.

El efecto de esa frase fue semejante a un latigazo. En un segundo parecía haberse levantado una gélida corriente de aire en la habitación que apagó la sonrisa de Jovan. Tuve la sensación de que ese puño que apretaba golpearía a su hijo, y temí por Danilo. Entonces algo atrajo mi atención. Un movimiento similar al de una sombra pasó por encima del hombro de Danilo... en la ventana. Fue una fracción de segundo, como un fogonazo, y aun así fue como si alguien me agarrara por el cuello.

Allí había... ¿un brillo? Tropecé hacia atrás y apenas me percaté de que la jarra se me escurría de entre las manos. ¡Una cara desfigurada! Blanca y podrida. Manchas de

sombras..., cuencas de ojos oscuras y...

Durante la fracción de segundo en que la jarra recorrió el camino contra el suelo, volví en mí. Fuera lo que fuera lo que había visto en la ventana, había desaparecido. El tintineo al caer sonó como un trueno en mis oídos. Nema se levantó asustada de un brinco cuando el vino se desparramó por el suelo.

—¡Bien hecho! ¡Por qué no tiramos la vajilla al suelo y bailamos! —gruñó el magiar.

Parpadee e inspiré para coger aliento. Estaba mareada y era consciente de que estaba pálida como la muerte. «Ha sido mi imaginación», me dije a mi misma. «Un banco de niebla, una luz perdida en la lejanía...».

Los hombres me miraron fijamente. Danilo había captado mi inquieta mirada y miró por encima de su hombro a la ventana.

—¿Jasna? —preguntó el médico preocupado.

La sorpresa de que conociera mi nombre me hizo regresar definitivamente a la realidad. Con rapidez me agaché y comencé a recoger los trozos rotos con manos temblorosas.

—Per... perdón —tartamudeé en el idioma de los invitados—. Ha sido..., me he descuidado.

—Mirad por dónde..., ¡si también habla nuestro idioma! —exclamó el médico Tramner extrañado—. ¿Por qué no lo has dicho desde un principio, muchacha? ¡Y nosotros hablando sobre ti como si tú no entendieras una palabra!

Trague saliva. Todavía me temblaban las manos y encima ahora tenía la cara ardiendo de vergüenza.

—Vos... no habéis preguntado, señor —murmuré.

—¿Dónde lo aprendiste? —quiso saber Tramner.

Lentamente volví a recuperar el aliento. La ventana seguía vacía y me obligué a mirar al médico.

—En casa de mi padre —respondí con voz firme—. Antaño él sirvió en el ejército del káiser. Más tarde, regentó una posada y teníamos muchos viajeros alojados. Aprendí algunas frases de mi padre y también de los clientes.

—Entonces habéis encontrado una verdadera joya, Jovan —dijo el médico impresionado—. No conozco a muchas chicas de Raitzen que sean tan aplicadas.

Sin embargo Jovan me miró como un granjero al que le hubieran tomado el pelo. Y yo caí en la cuenta, como si me hubieran golpeado con una maza, de que tampoco a él le había mencionado nunca que conocía su idioma.

—¡No te quedes ahí como un pasmarote! —me reprendió—. ¡Ya que te dedicas a romper la vajilla, por lo menos trae más vino!

El tono de su voz fue como una bofetada. Con los trozos rotos en el delantal me levanté lentamente.

—¿Vienes, Nema? —dije.

—¿Cómo te atreves a molestar a la anciana? —me bufó Jovan—. ¡Tú eres la

señora de la casa, al menos serás capaz de traer por ti misma una jarra de vino!

¡Eso fue demasiado!

—Bonita señora de la casa, que no tiene las llaves —le contesté sin cortarme—. Sin Nema no puedo ir a por más vino. Ella tiene que acompañarme para abrirme la puerta.

Nema abrió los ojos como platos del susto y también Danilo levantó las cejas con aire de sorpresa.

—¡Uhhh, una rosa con espinas! —se metió el magiar—. Sabe utilizar su lengua. Danilo, debéis sujetar bien las riendas de vuestra mujer, de lo contrario algún día os pondrá un arnés entre los dientes y tirará de las riendas.

—¡Sandor, ya basta! —dijo Tramner dirigiéndose a él—. Los ánimos ya están suficientemente caldeados para que encima echéis más leña al fuego.

—Sin embargo mi esposa tiene toda la razón —respondió Danilo para mi sorpresa—. ¿Qué casa es esta, en la que la señora de la casa tiene que estar pidiendo las llaves?

Nema le miró lanzando destellos como si quisiera saltarle a la yugular, pero Danilo se levantó y se dirigió a ella.

—Entrégale a mi esposa las llaves —dijo en tono amable pero firme.

Yo esperaba a que Jovan aleccionara a su hijo, pero únicamente resopló y luego asintió con la cabeza hacia Nema.

La cara de la vieja se había oscurecido, sus labios se habían convertido en mármol y únicamente su mentón temblaba de consternación. Contrariada, sacó el manajo de llaves y me lo entregó.

Pensé con rapidez: había reprendido a mi suegro delante de sus invitados. Iba a pagar por ello. Y también Danilo. Pero si ahora renunciaba con humildad y le dejaba las llaves a Nema, en esta casa tan sólo iba a poder cruzar aquellas puertas que otros me abrieran. A veces hay que anteponer tus propios derechos a los de los demás para no sucumbir. Esa lección la había aprendido en la casa de mi padre de sobras. Así que me encaminé con paso firme hacia Nema y agarré con decisión el manajo metálico. Nema no lo soltó, pero yo era más fuerte que ella. Muy pronto abandonó la lucha de fuerzas con la cara roja.

—Gracias, Nema —dije en voz baja, pero la vieja miró hacia el suelo y se hizo la sorda. Al caminar por el pasillo, respiré aliviada. Las llaves iban chocando unas contra otras a cada paso que daba y me juré que voluntariamente nunca las volvería a soltar.

Cuando regresé con otra jarra llena hasta el borde, escuché unas voces de lejos. Palabras llenas de veneno. Eran Jovan y Danilo, que habían salido de la habitación turca y estaban de pie junto a la puerta lateral.

—¡Entonces lárgate! —le bufó Jovan—. Vete al diablo, eres un inepto, testarudo y tonto. ¡Pero no te olvides de tu mujer o te juro que la arrastraré de los pelos hasta tu cama!

—¿Por qué no te has casado tú con ella, si estás tan obsesionado con ella? —le respondió con voz dura—. Claro que para eso eres demasiado cobarde, ¿verdad? Te mueres de miedo, ¿verdad, padre?

El ruido de una mano golpeando una mejilla hizo que me sobresaltara asustada. Se escuchó una maldición y fuertes y rápidos pasos, una puerta que se abrió y se volvió a cerrar. Tuve que reunir todo mi valor para doblar la esquina. Allí vi a Jovan. Su mechón blanco relucía con la tenue luz de mi lámpara y las sombras dieron a su cara el aspecto de una calavera. Con un escalofrío recordé la aparición de la ventana. «¿Habrá sido la muerte, la misma que miró en la habitación?», me pasó por la cabeza. Jovan levantó la mirada y me descubrió. Ambos sabíamos que yo lo había oído todo.

—Jasna, lleva el vino adentro y después ve con tu marido —dijo con la voz tomada, y carraspeó—. No quiero impedir a unos recién casados que cumplan con sus obligaciones.

* * *

Danilo estaba apoyado contra el muro, junto a la vieja puerta deteriorada por el tiempo, mirando fijamente hacia el bosque nocturno de enfrente. A la luz de la luna intuía su silueta. A mi alrededor la oscuridad latía mientras cruzaba apresurada el patio, y de nuevo creía sentir una mirada a mis espaldas. Pero en cuanto me giraba, tan sólo veía la torre negra despuntando de forma siniestra hacia el cielo. Poco antes de llegar a la puerta, me detuve, indecisa de si debía o no hablarle a Danilo.

—¿Qué? —me preguntó sin mirarme—. ¿Qué haces ahí parada mirándome? Ve adentro.

La segunda orden de aquella noche. Pues ya no bajaría la cabeza y obedecería sin más. Cerré con fuerza mi mano alrededor del manajo de llaves, mi única arma en una lucha desigual.

—¿De qué tiene tu padre miedo?

Danilo se giró bruscamente hacia mí como si le hubiera pinchado con un hierro ardiendo.

—¿Has estado espionando?

—¿Qué quieres?, tengo oídos. Pero incluso aunque fuera sorda, me hubiera sido imposible no ver vuestra enemistad. ¿Me odias sólo por eso? ¿Porque tu padre me ha traído aquí?

—¿A ti qué te importa? —me contestó en tono despectivo—. Tú ya has sacado provecho del asunto.

—¿Provecho? —le bufé—. ¿De verdad crees eso? Yo no pedí ser raptada hasta aquí. ¿Qué hago yo aquí? ¡Tuve que dejar atrás a mis hermanas, a las que quiero más que a nadie! Nunca jamás volveré a ver mi hogar ni la tumba de mi madre, ni la de mi hermana Nevena... —las palabras se me atragantaban y tuve que respirar para poder continuar—. Tú al menos puedes ir a la tumba de Marja —dije a duras penas—. Yo...

no tengo a nadie.

Danilo cogió aire e instintivamente yo di un paso atrás. Fue como si mi esposo perdiera en la oscuridad su humanidad y se convirtiera en el novio animal de los viejos relatos..., desconocido y oscuro, sólo una sombra, capaz de agarrarme en cualquier momento. Tuve que reunir todo mi valor y toda mi templanza para continuar hablando.

—¿Te acuerdas todavía de tu madre?

Danilo titubeó mucho antes de contestar. Pero sorprendentemente me dio una respuesta.

—A veces. Aún recuerdo que me cantaba. Pero de eso... hace ya mucho tiempo.

—Mi madre murió hace tres años —dije yo—. Ella le dio a mi padre siete hijas.

No sé por qué le conté esas cosas precisamente a Danilo. Tal vez porque entre nosotros estaba la oscuridad, tal vez, porque aquellas llaves también habían abierto un candado en mi pecho..., a una cámara llena de nostalgia y tristeza. Le hablé de Negro y de los bosques de tilos, de la aldea del valle y de las cabras que nos había robado Lazar. Le describí a Bela..., ¡mi Bela!..., y por unos instantes fue realmente como si pudiera sentir sus brazos abrazándome y su mano sobre mi mejilla. Enmudecí avergonzada cuando había pasado ya un buen rato y Danilo no decía nada. Sobre el prado se había levantado una niebla que pendía como un velo ondeando delante del bosque. Creí reconocer caras en ella, bocas que se abrían y se disipaban en pálido vapor. El cántico mudo de innumerables fantasmas del bosque.

—También me pregunto por qué tu padre no ha vuelto a casarse —susurré—. ¿De verdad sigue el luto con tanta tristeza que ni siquiera se puede mencionar el nombre de Marja?

Danilo se echó a reír con esa risa suya tan carente de alegría que ya me era familiar.

—No confundas el luto con la culpa —dijo en tono seco.

—¿Culpa? Pero ella murió de una enfermedad, ¿no? Es lo que me contó Simeón.

—Oh, sí —respondió Danilo—. Simeón tiene toda la razón. De una enfermedad..., o de amor, quién puede saberlo con exactitud. Jasna, nosotros, los hombres Vukovic, no traemos suerte a las mujeres.

Era la segunda vez que pronunciaba mi nombre. Y hubiera preferido que no lo hubiera hecho. El miedo regresó y con él, el recuerdo de las pesadillas y la aparición en la ventana.

—¿Danilo? Aquí en esta finca hay fantasmas, ¿verdad?

Danilo resopló.

—¿Cómo se te ocurre semejante majadería?

—Yo... he visto algo. Algo aterrador.

—¿El qué?

—No lo sé. Sueño con ello. Con una cara. Una cara deforme. Un muerto o tal vez un alma en pena que me quiere mal.

Su mano se lanzó sobre mí. Cuando me agarró por la muñeca me asusté.

—¿Mal? —me escupió la palabra llena de desprecio a los pies—. ¿Tú qué eres? ¿Una granjera supersticiosa? ¿Una de esas malditas brujas de pueblo? ¿Una de las que reza y se arrastra y ve tras cada jarra de leche derramada al diablo?

—¡Pero yo he visto algo! —contesté casi gritando y resistiéndome con todas mis fuerzas contra su garra.

—¡Aquí no hay fantasmas, estúpida mujer!

Con un fuerte tirón me liberé de él. Mi muñeca ardía, pero yo apenas lo sentía.

—¡Si eres tú el que cree en la buena suerte y la mala suerte! —le bufé—. Así que, ¿quién es aquí el estúpido supersticioso?

Estaba segura de haberme ganado con esas palabras una bofetada, pero Danilo sólo soltó un par de maldiciones y dio una patada con todas sus fuerzas contra la puerta.

—Mi padre puede obligarme a compartir contigo la cama, pero no va a ordenarme que hable contigo, ¡así que mantente lejos de mí! —me reprendió.

Escupió al suelo y se marchó furioso. Yo era demasiado orgullosa para reconocerlo, pero aquella noche me ahogaron a partes iguales tanto la añoranza por mi hogar como mi rabia. Danilo no vino a la alcoba. Y cuando antes del amanecer miré por la ventana, vi cómo arreaba a su caballo al galope como si estuviera huyendo de mí.

Capítulo 6

LA NOVIA DEL DIFUNTO

Descubrí los tulipanes un domingo por la mañana, cuando me encaminaba al pueblo por primera vez. Crecían algo alejados de las torres, tras la loma; manchas amarillas en medio de la niebla matinal, entre punzantes espinos blancos y malas hierbas sin nombre.

Me había levantado mucho antes del amanecer y había preparado la mesa con el desayuno para los hombres en la habitación turca. Como indicación de que me había ido a la iglesia e iba a volver, cogí velas y dejé preparada masa en una fuente para cocinar a la noche. Me había puesto un cinto tradicional y me había atado un delantal sobre el vestido gris de Marja. Y como ninguna mujer casada debe llevar el pelo suelto, me lo había trenzado y me había atado un pañuelo bordado a la cabeza. En un cesto llevaba unos cuantos regalos. Entre ellos había un bizcocho trenzado, buñuelos de mantequilla y una botella de *rakija*. Además, había llenado una jarra pequeña con el agua de la llorosa Virgen Jelena.

Los tulipanes parecían estar saludándome al son del viento matinal y me quedé contemplándolos largo rato. Imaginaba que habría sido Marja la que los había plantado aquí, para poder ver las flores desde la torre de Jelena. Me dirigí hacia la mancha, corté cinco y los até formando un ramo dorado.

El pedregoso camino serpenteaba por un lateral de la finca cuesta abajo y luego en dirección norte. El paisaje era salvaje y aun así bonito. Crecían violetas por todas partes, y amapolas y flores de manzanilla sembraban el camino. El sol empezaba a elevarse sonrosado y brillante, cuando desde lejos divise el árbol del ahorcado. De forma amenazadora, sus ramas parecían agarrarse al claro cielo. Pero no fue esa imagen ni la soga deshilachada que colgaba de la rama más baja lo que me hizo dudar si seguir adelante o no.

¡Alguien estaba sentado justo debajo del árbol! Un hombre delgado, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos apoyados en sus rodillas. ¿Qué clase de loco descansaba en un cruce de caminos? No muy lejos, algo apartado del borde del camino, había un miserable carro. El caballo de color claro que había enganchado delante del carro parecía un saltamontes: patas largas, pero sin carne en las costillas.

Al acercarme reconocí el bulto de la madera apilada y un hacha bien atada. El lateral del carro tenía unos ojos pintados. Los gitanos decoraban a veces sus carruajes con ese tipo de pintadas, para proteger sus pertenencias del mal de ojo. El hombre por tanto no debía de ser del pueblo ni tampoco parecía uno de los pastores nómadas de Walachia. Probablemente era un leñador de esos que viajan de trabajo en trabajo y de pueblo en pueblo. Continué caminando. No me asustaban las hachas ni los nómadas.

Y si llegaba el caso, una botella llena era un buen garrote.

Al oír mis pasos, el hombre levantó la vista y miró hacia mí. Era joven, pero su cara estaba demasiado sucia para calcular su edad con exactitud. Sus labios tenían costras de sangre seca y sus mejillas estaban manchadas de suciedad. Todo él tenía un aspecto miserable y desaliñado, la ropa le estaba demasiado ancha y no llevaba fajín de lana, sino una burda cuerda atada a la cintura.

—¿Tan temprano y ya de camino? —preguntó y escupió hacia un lado.

No fue un gesto de desprecio; sospeché más bien que aún tenía tierra o sangre en la boca.

—¿Tan temprano y ya te has peleado? —respondí con frialdad.

—¡Y qué si fuera así! —me contestó contrariado.

Hablaba despacio, pero aun así su voz llegaba lejos. Tal vez fuera un buen cantante.

—¿Qué haces sentado bajo el árbol del ahorcado? —pregunté sin dejar de caminar—. Aquí acechan los malos espíritus. Los cruces de caminos traen mala suerte.

El desconocido resopló.

—A mi no —gruñó malhumorado—. Yo soy un *subotan*, un niño nacido en sábado, y por lo tanto un cazador de vampiros. A esos muertos vivientes hay que engañarles, y yo soy el hombre adecuado. Cuando hacen de las suyas, yo los encuentro para las gentes de los pueblos. Los atraigo a golpe de tambor.

—Lo que tú digas —respondí con el mismo tono de antipatía.

Me santigué y continué mi camino. Conocía de sobra a esta clase de tipos de la aldea del valle. Eran unos fanfarrones, pero no muy valientes.

—¡Oye, tú! —exclamó tras de mí.

Suspire. ¡Claro! Tenía que haberme imaginado que ahora iba a pedirme aguardiente o un trozo de bizcocho. Instintivamente aceleré el paso. Oí cómo se levantaba tras de mí y se sacudía el polvo del pantalón.

—Vienes de Las Tres Torres, ¿a qué sí? —dijo—. ¿Eres la novia comprada?

Cuando me giré indignada, el tipo estaba sonriendo de oreja a oreja con picardía. Todavía conservaba todos los dientes y en ese instante deseé que ojalá su contrincante le hubiera golpeado con más fuerza.

—Soy la señora de la casa de los Vukovic, si es a eso a lo que te refieres —le contesté con brusquedad.

—Naturalmente —se burló—. Tú eres una señora y yo un monje.

—¡Cura tus heridas y déjame en paz, bocazas! —le increpé.

—¡Vale, no me saltes a la yugular, *ljubica*! —contestó riéndose y levantando con gesto irónico los brazos como cuando uno que se da por vencido; sus manos eran finas, pero fuertes, con los dedos largos—. No me lo tomes a mal. ¡Ven, te acompaño al pueblo!

—¡Inténtalo!

—¡Terminarás deseando tener compañía! A los del pueblo no les gustan los forasteros.

—¿Pero la gente como tú sí?

Dejó de reír y se detuvo. Un rayo de sol iluminó un mechón de pelo que estaba menos sucio y vi que tenía el color del trigo maduro.

—Gente como nosotros —dijo recalcando la palabra—. No creas que eres mejor que yo.

Bruscamente le di la espalda y continué con largos pasos. Durante un rato pensé que me había deshecho de él, pero entonces escuchó los cascos y el traqueteo de las ruedas del carro. ¡Me estaba siguiendo! Y no sólo eso. No podía creer lo que oía: estaba cantando. Era, sin duda, una canción de amor, pero él la cantaba con demasiada exageración, con demasiado sentimiento, como si fuera una mofa:

*«Oh, doncella, a la luz del fuego de tus ojos,
si una mirada me echaras, pobre de mí,
en el fuego solar, por ti, me abrasaría».*

Había acertado en mi suposición: efectivamente era un buen cantante, pero ni eso apaciguó mi enfado. Sin dejar de andar, me agaché y recogí una piedra. Luego me giré, apunté con rapidez y tiré con toda la fuerza. El caballo, al ver la piedra volar hacia él, se desbocó hacia un lado. El carro traqueteó y una rueda se enganchó en una raíz hueca. El hombre sólo tuvo tiempo de levantar el brazo y echarse a un lado. Aun así, la piedra le rozó en el hombro.

Sonreí con malicia. ¡A ese jovenzuelo se le habían pasado las ganas de cantar, pero bien!

—¡Traicionera mujer del diablo! —maldijo—. ¡Debería retorcerte el cuello!

—¡A ti es al que deberían retorcerte el cuello! —disparé de vuelta—. ¿Acaso no tienes nada mejor que hacer un domingo por la mañana que pelearte y molestar a mujeres camino de la iglesia?

Sus maldiciones no cesaron hasta que yo, a paso ligero, dejé atrás la curva del camino.

* * *

El pueblo era grande..., mucho más grande que nuestra aldea del valle. De un golpe de vista conté aproximadamente dos docenas de casas, pero sobre las suaves colinas se extendían muchas más. Me extrañó que las viviendas fueran tan distintas entre sí. Muchas eran humildes y daban la sensación de estar agachándose asustadas bajo el cielo. Bastamente construidas y sin ninguna decoración, como si sus habitantes estuvieran dispuestos para huir y abandonarlas en cualquier momento. «Tal vez lo estén en realidad», pensé para mí. A saber cómo se vivía aquí en estas tierras, en las

que los soldados otomanos y el ejército del káiser de Austria luchaban por las fronteras de sus reinos en lugar de negociar la paz. Otras casas parecían más nuevas, como si sus dueños tuvieran más confianza en el futuro del pueblo. Pero al menos todas mantenían unas mínimas condiciones y los árboles frutales y las huertas estaban cuidadosamente atendidos. Con dedos nerviosos me coloqué bien el pañuelo de la cabeza y enfilé un camino embarrado lleno de marcas de ruedas. Los perros empezaron a ladrar y, al igual que en todas partes, también aquí vinieron enseguida los niños corriendo.

—¡La extranjera! —gritaron saltando hacia mí, para volver a echarse atrás con timidez.

Se abrieron contraventanas y varias mujeres salieron a las puertas con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados. Sus trajes me resultaron extraños y familiares a la vez. Las blusas eran blancas, con cintas rojas adornando las mangas. Las faldas eran de tela basta, de rayas, de color rojo oscuro, negro y marrón. Delantales, medias y chalecos negros bordados con flores rojas o multicolores. Los *opanci* eran de cuero marrón claro y tenían la punta delantera un poco vuelta hacia arriba. Por supuesto esas mujeres sabían desde hace tiempo quién era yo, e incluso conocían la historia de mi llegada y de mi casamiento. Saludé con amabilidad e intenté que no se me notara la tensión. Entre tanto ya me seguía toda una manada de niños. Y unas cuantas muchachas, más o menos de mi edad, cuchicheaban en la cercanía e inspeccionaban mi vestido gris.

La iglesia era minúscula, poco mayor que un cobertizo pequeño y demasiado baja para ser la casa de Dios. Pero al menos su construcción era de piedra, aunque le faltaba el campanario. Únicamente había una campana grande de mano colgada de una estructura de madera junto al edificio. Decidida, me acerqué a la puerta, cuando se abrió de pronto. Pero quien salió de la iglesia no fue el patriarca que me había casado. Este hombre era una roca. Su cabeza redonda reposaba sobre un cuello demasiado corto. Cejas muy pobladas y blancas se erizaban como escarpías sobre unos ojos severos de color negro azabache. «¿Un diácono o un sacristán?», me vino a la cabeza. Desconcertada, di un paso atrás. Pero no, este hombre era el sacerdote. Su hábito se estiraba sobre su ancho pecho como la piel de un tambor.

—Vaya, mira por dónde —dijo con voz grave y fuerte—, la *donaselica*.

La palabra me hirió como un latigazo inesperado. Si, era cierto yo era forastera... pero había expresiones más amables que esta. Una *donaselica* era alguien que no había venido por su propia voluntad y que carecía de derechos. Las muchachas de mi alrededor se rieron por lo bajo.

—Me llamo Jasna, eminencia —respondí con amabilidad—. Hija de Hristivoje Alazovic y esposa de Danilo Vukovic. Yo... quería ver al sacerdote que bendijo nuestro matrimonio.

Las pobladas cejas se convirtieron en una única raya de ira.

—En ese caso estás en el pueblo equivocado.

«Eso ya lo veo», pensé contrariada.

—¿Por qué no vas al pueblo de Kuklina, o ya de paso a Jagodina? —me propuso una de las muchachas—. Seguro que tu sacerdote era de allí. ¡Dicen que el de Kuklina sería capaz de casar hasta al diablo con una turca!

Sus risas me envolvieron, pero el patriarca siguió muy serio y mirándome fijamente, como si yo fuera una pecadora y él, el juez de Dios. Poco a poco fui consciente de que tal vez el leñador no estaba tan equivocado. En este momento me habría alegrado incluso de tenerle a mi lado.

—Entonces habrá bendecido mi matrimonio otro sacerdote, eminencia —dije—. Aun así no me he equivocado de pueblo. Vengo a asistir a misa.

Me hubiera gustado que mi voz no hubiera temblado tanto.

—¿Ah sí? —respondió el patriarca más alto de lo necesario—. ¡No veré yo ese día! Vete a casa, mujer.

Ahora las muchachas estaban en silencio e incluso los niños aguardaban. A lo lejos balaban las ovejas y desde alguna parte ladraba un perro. Un hombre de tez morena que parecía tallado de una raíz nudosa se acercó y se apoyó sobre una pala. No me habría extrañado nada si hubiera empezado a amenazarme con darme con ella en la cabeza.

—¿Por qué no iba a venir a vuestra iglesia, eminencia? —pregunté con tranquilidad—. La casa de Dios está abierta a todos, ¿no es así?

—A todos los creyentes de la verdadera fe sí —respondió en tono severo.

—Yo soy creyente de la verdadera fe.

El patriarca soltó una risa corta, como un ladrido.

—¿Ah sí? ¿Y yo cómo voy a saberlo? ¿Acaso conozco a tu padre? ¿A tu clan? ¿Qué sé yo de lo que verdaderamente crees? Podrías ser una latina o incluso ser de los nuevos turcos, ¡a saber de dónde te ha recogido ese Vukovic!

—¡Yo no soy ninguna turca ni latina! —dije ofendida—. ¡He hecho mis votos ante los santos iconos y fui bendecida!

—¡No por mi!

—Eso no es culpa mía. Si por mi hubiera sido, habríamos venido aquí a celebrar la boda.

La voz del patriarca se convirtió en trueno.

—¡A palos os habría echado de la iglesia! ¡Antes se levantan los santos de sus tumbas a que yo le dé a un Vukovic mi bendición!

Con un gesto de mano despectivo quiso ahuyentarme, pero no cedí ni un paso. Mi cara ardía y las miradas de la gente me quemaban la piel, pero si ahora me retiraba como un perro apaleado, nunca sería otra cosa que precisamente eso.

Esperaba que los demás no se dieran cuenta de cómo me temblaba la mano cuando me dirigí a la iglesia y me santigué. No como una latina, sino como Dios manda: de la frente al vientre, al hombro derecho, al izquierdo y nuevamente al vientre.

—¡Santo Dios, Padre todopoderoso, santo inmortal, apiádate de nosotros, amén!
—mientras me santiguaba recé a la usanza ortodoxa en voz bien alta para que todos pudieran oírlo, y acto seguido saqué una vela del cesto—. Ya que no me permitís visitar por mi misma los iconos, os pido de corazón que al menos aceptéis esta vela, eminencia.

La cara del patriarca, de por sí ya colorada de rabia, adquirió un toque violeta púrpura.

—¿Qué es lo que llevas ahí? —vociferó arrebatándome el cesto.

Para mi desgracia agarró los tulipanes bruscamente como un puñado de paja. Los tallos se partieron y los pétalos ondearon hacia el suelo.

—¿Mala hierba turca, no? Durante años he mantenido a los turcos alejados de las puertas de mi iglesia, ¿y ahora tú, quieres meter esto en la casa de Dios?

—Pero si solamente son flores —dije cohibida—. Quiero ponerlas sobre la tumba de Marja Vukovic.

Durante unos segundos reinó el silencio antes de la tempestad y un incrédulo resoplido se extendió entre la muchedumbre. Pero después, de repente, cayeron risas sobre mí. El patriarca resopló, tiró los tulipanes al barro y los pisoteó. Me rompió el corazón tener que contemplar tanta agresividad.

—¡Aquí no encontrarás su tumba! —exclamó—. ¡Lleva tus malas hierbas del diablo al infierno, mujer! Allí es donde encontrarás a la mujer de Vukovic.

—Pero... ella debe de estar en el cementerio... —tartamudeé.

—No en el nuestro —dijo y escupió—. A las brujas no las enterramos entre personas cristianas.

—¡El diablo se la llevó! —exclamó una mujer de las últimas filas de entre los curiosos—. ¡Tal como se merecía!

El patriarca me devolvió el cesto con tanto ímpetu que casi tropecé. Atónita, me quedé parada, mientras él se dirigió a la estructura de madera e hizo sonar con fuerza la campana, como si estuviera llamando a combate en vez de a misa. La gente me evitó como a una apestada. Dando un gran rodeo, iban pasando por mi lado para entrar en la iglesia. «¡Una bruja!», seguía retumbando en mi cabeza.

—¡Eh, muchacha! —susurró de repente alguien a mi lado.

Me giré abruptamente y sin darme cuenta tuve frente a mí a una granjera gorda y jadeante. Su cara estaba bronceada por el sol y, cuando sonrió, vi que casi no le quedaban dientes en la boca.

—¡Dame una vela, venga! —dijo con bondad.

—¡Stana! —le bufó un anciano al pasar por nuestro lado, pero ella lo rechazó con un gesto de mano.

—¡Joze, cierra tu hipócrita boca! Ella es una criatura cristiana, eso lo ve hasta un ciego. ¿Y qué culpa tiene ella de haberse tenido que casar con el hijo de la *bludnica*?

—¿*Bludnica*? —solté llena de indignación—. ¿Qué hizo para que no sólo la

insultéis de bruja, sino también de ramera?

—Eso será mejor que se lo preguntes a otros —la mujer se santiguó con prisa, como si ya hubiera hablado demasiado.

—¿Pues qué va a ser lo que hizo? —dijo el viejo—. Y mejor será que no preguntes dónde fue concebido tu marido. ¡En la tumba, niña! ¡En la fría tumba!

Quería continuar hablando, pero dos hombres lo cogieron de la chaqueta y se lo llevaron.

—Venga, dámela de una vez —me pidió la granjera—. La encenderé por ti ante los iconos.

No fui capaz ni de darle las gracias. La mujer me quitó la vela de la mano y entró corriendo la última en la iglesia. La puerta se cerró y yo me quedé sola..., acompañada por los ladridos de los perros y los balidos de las ovejas que en algún lugar cercano estarían pastando. El aroma de las flores de los ciruelos era embriagador y el sol me quemaba la cara.

«¿Marja, qué hiciste? ¿Qué fue lo que pasó en Las Tres Torres?», me pregunté.

—¡No puedes decir que no te lo advertí! —me hizo sobresaltar una voz burlona.

El leñador estaba apoyado contra el ciruelo del centro de la plaza de la iglesia. Seguía teniendo un aspecto desaliñado, pero se había lavado la suciedad de la cara y se había peinado el cabello con agua y con sus dedos para retirárselo de la frente.

También me fijé entonces que llevaba una basta cruz de madera, tallada muy rudimentariamente, colgada de una cinta de cuero al cuello. Al salir de la sombra del árbol y caminar hacia mí, descubrí que no tendría mucho más de diecisiete o dieciocho años. Su andar era ligero y sigiloso como el de un zorro. Y con toda seguridad se había peleado por una chica, porque aparte del labio maltrecho y unas cuantas magulladuras, su rostro era de un atractivo salvaje. Cantantes así volvían locas a las chicas de los pueblos y no eran bien vistos por los mozos.

—¿Es eso bizcocho? —preguntó y extendió la mano hacia mi cesto.

—¡No para ti! —respondí con dureza y apreté el cesto contra mi—. Es para el sacerdote.

Su sonora carcajada se mezcló con los cánticos litúrgicos que ahora emanaban a través de la puerta cerrada de la iglesia.

—El justo y severo Milutin... Moriría de hambre antes que aceptar algo de tus manos —se burló—. Pero si tanto empeño tienes en llegar a los iconos, te presto gustosamente mi hacha. Esa puerta no vale mucho.

—Entraré por una puerta abierta, igual que cualquier otro —le contradije.

—O sea, que encima eres testaruda, ¿eh? —intentó silbar, pero al parecer se había olvidado de su maltrecho labio, porque hizo una mueca de dolor.

—¿Y tú quién eres si puede saberse? —le reprendí—. ¿Tú no perteneces al pueblo errante?

—Muy observadora, *ljubica*.

—¡Yo no soy *tu amor*, eres un insolente!

—Vale, en ese caso: ¡honorable condesa Vukovic! —dijo insinuando una burlona reverencia mientras me contemplaba de un modo que evidenciaba la broma, pero que me hizo pensar que ese hombre no era ni mucho menos tan inofensivo como quería hacerme creer.

—Dušan, el leñador —se me presentó finalmente—. En estos momentos malvivo en una de las cabañas de balseros a orillas del río..., siguiendo el cauce hacia el sur. ¿Por qué no vienes a visitarme cuando el patriarca te vuelva a mandar otra vez al diablo?

Sonrió con picardía y se giró para alejarse. El bayo que le esperaba apoyado sobre los cascos traseros al borde de la plaza de la iglesia levantó las orejas y resopló hacia su dueño con expectación. Tal vez fuera la confianza mostrada por el caballo la que me movió a retener a aquel hombre.

—¡Eh!

Dušan se giró como si lo hubiera estado esperando y se cruzó de brazos.

—¿Desea algo más, condesa?

Me tragué mi enfado y me esforcé por usar un tono amable.

—Tú llevas ya algún tiempo por esta zona, ¿verdad?

—No mucho más que tú, pero lo suficiente para saber con quien es mejor no meterse aquí.

—¿Has oído lo que dice la gente por aquí de la finca de Las Tres Torres?

—Claro. ¿Qué me das si te lo cuento?

Aparté el paño del cesto y partí un trozo de la trenza que había horneado. Dušan me lo quitó de la mano. Observé que a la luz del sol de mayo, sus ojos eran de un dorado pálido y a la vez verdes. Me ruborizó que él también contemplara detenidamente mi cara.

—¿Y...? —pregunté.

En vez de contestarme se puso el trozo de bizcocho bajo la nariz e inspiró de forma gozosa su aroma. También yo percibí el aroma a pasas y mantequilla y, de repente, me di cuenta de lo hambrienta que estaba. Me sorprendió que Dušan no se comiera el bizcocho enseguida sino que se lo guardara bajo su demasiado amplia chaqueta.

—Cuentan que en la finca rondan malvados fantasmas —explicó entonces—. Y dicen que la esposa del dueño en su día lo hechizó. No parece haber sido muy popular aquí en el pueblo... Bueno, ya sabes cómo son las brujas: crean discordia, estropean la leche y provocan enfermedades al ganado. Bajan la luna y la ordeñan como si fuera una vaca...

—Lo sé... —dije impaciente, interrumpiéndole—. ¿Qué tiene eso que ver con Jovan y la finca?

Dušan se echó a reír y bajó la voz:

—Cuando una bruja quiere conseguir a un hombre, le golpea por la noche mientras duerme con una rama sobre el lado izquierdo del pecho. El pecho se abre y

la bruja toma su corazón y se lo come. La víctima sigue viviendo mientras la bruja quiera. Y de Jovan se dice... que no tiene corazón. Dicen... —me guiñó un ojo como si esa historia tan horrible fuera divertida— que los hombres Vukovic están todos bajo la influencia del mal.

—¿Y... qué dicen sobre mi?

La mirada de Dušan se deslizó a mi cesto. Comprendí, partí otro trozo de bizcocho y le entregué la recompensa, que él tomó de inmediato.

—Eso te lo cuento la próxima vez que nos veamos —me contestó, dio media vuelta y se marchó hacia su caballo.

—¡Alto, ladrón! ¡Eso no es lo acordado!

De buena gana habría corrido tras él, pero en el último instante lo pensé mejor. El hombre de la pala reapareció en ese preciso momento y anduvo dando vueltas con pasos pesados alrededor de la iglesia. Fingía no prestarme atención, pero yo sabía que no era así. La forastera que persigue a un vagabundo como si fuera una pedigüeña... ¡Ese sería un buen abono de cultivo para las habladurías! Así que me fui hacia el banco de madera bajo el árbol y me senté. Rebusqué en mi cesto, pero naturalmente estaba observando con discreción cómo Dušan palmeaba con cariño el cuello de su caballo. Curiosamente aquel gesto me conmovió. En mitad de la frialdad que me rodeaba, era una isla de amabilidad. Y después el leñador hizo algo incomprensible: me miró con aire desafiante, sacó los dos trozos de bizcocho y... ¡le dio el preciado manjar al caballo!

* * *

Con el patriarca aquel día ya no iba a conseguir nada. Pero sabía que en todos los pueblos siempre hay al menos dos fuerzas. Dejé el dulce encima de un paño bordado sobre el banco, donde el sacerdote tenía que verlo a la fuerza, y comencé mi búsqueda.

—¡Oye, pequeña! —llamé a una niña que cargaba una jarra de leche hacia una casa—. ¿Dónde vive la mujer blanca?

A la niña se le abrieron los ojos como platos y no me contestó, pero al igual que todos los niños delató aquello que no quería decir de otro modo: antes de salir corriendo sin decir palabra para refugiarse en la casa, su mirada se deslizó por unas décimas de segundo hacia una casita situada un poco apartada y apoyada sobre la ladera de la loma.

Cuando poco después llegué allí, descubrí que no había nadie, tan sólo dos perros desconfiados vigilando la casa. Me senté en la hierba apartándome un buen trecho y esperé. Poco después, el sonido de la campana anunció el final de la misa y vi a una mujer subir jadeando la colina. Llevaba un pañuelo negro atado a la cabeza y estaba al menos tan bien alimentada y fuerte como la granjera Stana. Su boca era dura y decidida; una arruga pronunciada en el ceño daba a su cara redonda una apariencia

severa.

—Vaya, la novia extranjera —dijo a modo de saludo—. ¿Cómo te llaman, hija?

—Jasna, abuela.

Ella asintió y se limpió el sudor de la frente con la manga.

—Bien —dijo en un tono ni amable, ni grosero—, ¿y qué preocupación te trae a verme?

—En realidad sólo venía a preguntar dónde puedo conseguir un perro guardián —contesté con evasiva—. Por lo que veo vos tenéis buenos perros guardianes. Y también necesito gallinas y cabras para nuestra finca.

La mujer se echó a reír..., una risa profunda y segura de sí misma, potente como la de un hombre.

—Conmigo no hace falta que finjas, hija. Intentas ser valiente, pero en realidad te sientes rechazada y sola.

Me puse colorada y tragué saliva, pero no le respondí nada.

—En fin, de momento entra —dijo en tono algo más suave—. ¡Branka no echa a nadie e incluso para ti encontraremos algún remedio!

Sentaba bien que por fin alguien me diera la bienvenida. La estancia de Branka se parecía un poco a la alcoba abuhardillada que Bela y yo habíamos compartido. Era baja y diminuta y olía a hierbas secas que colgaban en ramos y puñados de las vigas del techo.

—¿Qué me has traído? —preguntó Branka señalando la jarra en mi cesto.

—Agua del manantial de Jelena —contesté en voz baja.

Ella asintió y sin ningún agradecimiento se lo apropió.

—Menos mal que no se la has dado al sacerdote. Él seguro que te la habría rociado por encima de la cabeza. Pero para mí es justo lo que necesito para mantener a los lobos alejados. Sin embargo, para la magia que deseas de mí, necesitaré ingredientes bien distintos.

—¿A qué magia os referís, abuela?

Claro que sabía perfectamente a lo que se refería. En la aldea del valle tampoco hubo muchacha que hubiera amado o se hubiera casado sin magia ni hechizo.

Branka, que hasta entonces había estado sonriendo, se puso seria.

—Pues para tu esposo. Porque tú quieres que te ame, ¿no es así? Recoge la tierra de una huella de sus pies y planta en ella una caléndula. De la misma forma que brotará la flor, brotará su amor por ti. Pero si tienes prisa..., y creo sinceramente que no te puedes permitir perder mucho tiempo..., entonces, con luna llena, mata a un gato negro, cocina su corazón dentro de un bizcocho y que Danilo coma de él.

—¡No necesito ningún hechizo!

—¿Estás segura? —la vieja se rió con aspereza como si ella lo supiera mejor que yo, y con mucha parsimonia me acercó un jarro de leche—. ¿Acaso pretendes decirme que tu esposo se mete gustosamente en tu cama? —preguntó muy astuta—. Pues vuestros criados cuentan algo bien distinto.

Era tan habilidosa sonsacando como todas las mujeres mayores. Me vinieron miles de respuestas de indignación a la punta de la lengua, pero no le contesté. Branka parecía estar leyendo en mi rostro. Luego, echó la cabeza atrás y volvió a reírse. Un rizo canoso se le salió de debajo del pañuelo, pero ella no lo devolvió a su sitio.

—Efectivamente no eres tonta —dijo a modo de halago—. Bien, en ese caso comenzaremos al revés: ¡dime lo que de verdad quieres saber de mí! De las gallinas y las cabras ya hablaremos después.

Evité su mirada y miré fijamente en mi jarro.

—La... iglesia es muy pequeña y no tiene campanario —dije dándole largas.

—¡Ya lo creo! —Branka se recostó con los brazos cruzados—. Cuando nos dominaban los turcos, nuestras iglesias no podían ser más grandes ni más bonitas que las mezquitas. Por aquel entonces, Milutin llamaba a misa golpeando dos tablas de madera una contra otra, porque las campanas estaban prohibidas. Como recuerdo al gran poder de la fe de su pueblo, hasta hoy sigue sin querer un campanario. Un hombre bueno y muy devoto. Cuando aún estábamos bajo la administración turca y sufriendo por los elevados tributos, fue él quien mantuvo a la comunidad unida y nos reforzaba en su fe. ¡De cualquier modo, te sorprenderías de lo hermosa que es nuestra iglesia por dentro! —dijo aquello como si sólo fuera cuestión de tiempo que yo pudiera verlo con mis propios ojos.

Eso me dio valor para mi siguiente pregunta.

—El sacerdote ha dicho que mi... suegra fue una bruja. Y... ¿es cierto que los hombres de la finca están malditos?

Branka, preocupada, hizo un chasquido con la lengua. Con sus ojos entrecerrados de color castaño oscuro, me miró con compasión.

—Así que Vukovic no te ha contado nada, ¿eh? En fin, y para qué iba a hacerlo. No iba a cambiar nada —suspiró y se sentó más erguida—. ¡Ay, mi niña! Desgraciadamente es cierto. Ni por todo el oro turco, ni por el dinero austríaco, se casarían las mozas honradas de aquí con tu hombre-diablo. Es hijo de uno que no quiso quedarse en su tumba.

—¡Pero si Danilo es hijo de Jovan!

Branka movió decididamente la cabeza.

—Su padre se llamaba Goran. La madre de Danilo se casó con él a tumba abierta. Yo estuve allí. Deja de mirarme de ese modo, niña. ¡Yo no tengo la culpa de la desgracia que creció de aquello!

—¿De modo que ella fue una novia de difunto? —susurré—. ¡Pero eso no es algo tan despreciable! Hay algo más detrás de todo esto, ¿verdad? Por favor, decídmelo. Vos seguro que conocisteis bien a Marja.

Branka se encogió de hombros.

—Ni mejor ni peor que cualquier otro de aquí. Venía del extranjero. Hacía muchos años que Jovan no paraba por aquí. No volvió hasta poco antes de la muerte

de su padre. A Marja la trajo consigo, pero no como su esposa, no. ¡Como soltera, con la que quería casarse!

Sin darme cuenta había abrazado el jarro de leche con tanta fuerza con mis manos que me dolían. «¡Del extranjero! ¡Ella era como yo!», pensé.

—La mayoría decía que provenía de la zona de Svilajnac. Era la mujer más bella que yo había visto nunca —me contó Branka—. ¡Tenía ya más de veinte años, pero unos labios y unos ojos... de pecado! Y una piel tan blanca como el pétalo de la flor de la manzanilla. Cuando la gente la vio por primera vez, la miraba como si estuvieran viendo a un fantasma. En fin, la mayoría la habría echado de aquí de buena gana, igual que hizo el viejo Vukovic. Nuestro sacerdote se negó a casar a Jovan con una completa desconocida, como es natural. Si, y luego, uno de los pastores más jóvenes enfermó y murió. Era un bebedor y un gandul. Pero pertenecía a la comunidad y, cuando murió, desgraciadamente no tenía mujer.

Yo asentí. Un hombre joven no podía ser enterrado bajo ningún concepto sin estar casado.

—Milutin eligió a Marja como novia del difunto —siguió contando Branka—. A ella no le quedó más remedio que tomar a Goran como esposo al pie de su tumba.

Yo no conocía las costumbres de Medveda, pero en nuestra aldea la novia de un difunto tenía que irse a vivir cuarenta días como esposa del muerto con la familia de este y guardar luto. Sólo después de eso podía regresar con su propia familia y también volver a casarse. Me imaginé lo humillado que debió de sentirse Jovan, porque su prometida..., la futura esposa de un rico terrateniente, fuera obligada por esta costumbre a ser la mujer de un humilde pastor y a malvivir a orillas de los prados en una miserable cabaña. Marja pagó un precio muy alto para ser acogida en la comunidad. Sentí lástima y afecto por esa extraña, que cada vez me era más familiar.

—¿Qué ocurrió después? —le insistí a Branka para que continuara hablando.

Branka suspiró y se santiguó.

—¡Pues qué va a ser! Ella juró por los iconos que seguía siendo virgen y ante la tumba se formalizó el matrimonio. Después de la boda de difuntos se quitó las joyas nupciales, se puso el vestido de viuda y se fue con la madre de Goran a casa. Trece días después la madre estaba muerta.

—¿Se... murió de pena?

—Si las ovejas también le añoraban tanto como para dejar su vida tan pronto, así debió ser —respondió Branka en tono despectivo—. No. Ella fue visitada por su difunto hijo. Primero murió ella; luego, su ganado; luego, las ovejas de un granjero con el que Goran había discutido poco antes de su muerte. Finalmente, también el ganadero dejó esta vida. Escupía sangre, en el cuello tenía moratones hinchados, y juró en su lecho de muerte que Goran le visitaba por las noches y le estrangulaba.

Yo me santigué rápidamente.

—¿Entonces Goran era un *upir*? —pregunté atónita.

—Un *upir*, *stringun*, *grobnik*, *vukodlak*, vampiro..., ¡llámalo como quieras, según

la lengua que uses! ¡Sí! Era uno de los que vuelve para llevarse a los vivos a la tumba. Y también se llevó consigo a la esposa del granjero. Muchos vieron a Goran en aquella época. Debilitaba y estrangulaba a la gente, algunos enfermaron. También Marja se sintió mal. Ella estaba delante, cuando un mes después abrimos la tumba de Goran, pero no pestañeó siquiera al ver a su marido ante ella..., hinchado y gordo, tan seboso como jamás lo había estado en vida. ¡No se había descompuesto ni consumido ni una pizca! Milutin lo destruyó y tiró sus cenizas al río.

De pronto la cabaña de Branka ya no me resultaba tan acogedora, sino preocupantemente estrecha y peligrosa. Jamás el mal se había acercado tanto a mí. Los muertos que mi padre había enterrado volvieron a mi memoria y recé porque ninguno de ellos pudiera levantarse para hacerles algo a mis hermanas.

—Y... ¿qué pasó después con Marja? —al pronunciar su nombre el corazón golpeó con fuerza contra mis costillas.

—Ella esperó dos semanas más de luto y volvió a casa con Jovan. Poco después todos supieron por qué se había sentido tan mal. ¡Llevaba a un niño en su vientre! Aunque ella lo negara: Goran la había visitado también a ella por las noches.

Había oído que existían mestizos entre vampiros y humanos. Se les llamaba *dhampiros*. A menudo se les otorgaba poderes sobrenaturales. Decían que eran capaces de descubrir a los fantasmas y a muertos vivientes. ¿Pero Danilo? Pensé en su parecido con Jovan..., la frente, la boca..., y oí mentalmente la voz de mi hermana Jelka: «No sería la primera mujer que jurase en falso por su virginidad»...

Branka se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Como no esperó a completar el periodo de luto, Milutin se negó a casar a Jovan y a Marja. Y el padre de Jovan, el viejo Petar Vukovic, también se negó a dar su consentimiento y amenazó a su hijo con desheredarle. Aun así Jovan estaba obsesionado con esa boda. Esa mujer le tenía completamente hechizado. En contra del deseo de su padre, pagó a un sacerdote de fuera para que les diera a él y a Marja la bendición del matrimonio. Extrañamente, dos semanas después de esa boda inmunda, el viejo Vukovic murió y le dejó todos sus bienes a su hijo, del que en realidad ya no quería saber nada. Milutin maldijo ese matrimonio en la plaza de la iglesia. Dijo que Dios mostraría si Marja tenía culpa en la muerte de Vukovic. Y Dios... —nuevamente Branka se santiguó— no tardó en destapar su culpabilidad. ¡Tenías que haberla visto, niña! No habían pasado ni dos años desde el nacimiento de Danilo cuando empezó a transformarse. Se volvió más blanca de lo que ya era de por sí, sus ojos se volvieron rojos y sus dientes se oscurecieron. Dios le quitó la luz del sol y la echó a la oscuridad. Le salían heridas en la piel en cuanto la tocaba el sol.

De repente sentí frío hasta en los huesos. Pensamientos confusos me rondaban la cabeza y me mareaban tanto, que tuve que cerrar los ojos. Vi la desfigurada cara fantasmal: dientes negros, mejillas pálidas, ojos hundidos como manchas...

—Durante el día no volvimos a verla —continuó Branka—, pero uno que pasaba por la noche ante la finca descubrió a Marja junto al portón. ¡Tenía un cuchillo en la

mano y bebía la sangre de una gallina directamente de la herida del cuchillo! Finalmente el cielo envió el fuego en su busca y prendió la torre. En ella se quemó hasta convertirse en cenizas y...

—¡Ya basta!

El grito había subido por mi garganta antes de que yo hubiera podido detenerlo. La imagen de la torre apareció ante mis ojos, oscura como la tormenta y amenazadora como una lápida. ¡Así que Marja se había quemado en esa torre!

—¡Tranquila, querida, tranquila! —exclamó Branka; se levantó de un salto, se sentó a mi lado y me echó el brazo por encima de los hombros—. ¡Pero si estás temblando! No pretendía asustarte —las palabras de la anciana eran cálidas y compasivas, pero en mi interior pensé que también sonaba un poco satisfecha.

—Lo sé, para ti es difícil —murmuró preocupada—. Una muchacha tan joven, abandonada en aquella finca, con la torre, donde ronda el mal. El cuerpo de Marja se deshizo en cenizas, ella debería estar completamente destruida, aunque al parecer el diablo la mantiene con vida. Ella te visita en forma de espectro, ¿verdad? Como un maligno fantasma nocturno, que te roba el aliento. ¡Ten cuidado de que no te chupe la sangre mientras duermes! ¡Ay, cuánto debe de odiarte!

Fue extraño: Branka me caía bien y nada me hubiera agradado más que cobijarme en sus brazos y dejar que me consolara. Pero aun así no terminaba de confiar del todo en la vieja.

—A mi no me visita nadie —murmuré—. Yo únicamente he venido a haceros una visita, de verdad, para preguntaros quién en el pueblo podría venderme un perro —cuidadosamente me liberé del brazo de Branka inclinándome hacia el cesto y sacando la botella de aguardiente—. ¿Será esto suficiente como pago?

La vieja me miró largo rato, como si intentara leer mis pensamientos. Me costó mucho esfuerzo no retirarle la mirada. Luego, tras una eternidad, ella cogió la botella y asintió.

—Veré lo que puedo hacer —dijo cerrando así entre nosotras un pacto no pronunciado.

Si Branka me acogía, tal vez los demás habitantes del pueblo también me darían la bienvenida. Hoy no y tampoco mañana, pero algún día.

Branka sonrió y se levantó.

—¡Ven a visitarme otra vez cuando estés en el pueblo, Jasna! Y por hoy te voy a dar un buen consejo de regalo. Como seguridad, coloca un cinto a lo largo de tu cama antes de acostarte. Si Marja quiere ir a verte como vampiro o espectro por las noches para beber tu sangre o comerte el corazón, verá el cinto y pensará que hay otra de su especie que se ha echado sobre ti y ya está lamiéndote. Entonces te dejará en paz.

* * *

Durante el camino de vuelta estaba tan preocupada y tan confundida que tropecé

varias veces con las piedras. Era como si llevara pesos de plomo en mis pies. No me atraía nada regresar a la torre negra, pero no tenía elección. Y aunque a luz del día era más fácil pensar en Marja, el miedo, de eso estaba segura, me devoraría al llegar la noche.

Ya había dejado atrás el árbol del ahorcado cuando percibí el ruido de los cascos de un caballo al galope. Un caballo negro se acercaba como el viento... y sobre su grupa estaba Danilo. Pegotes de tierra y manojos de hierba volaron hacia mí cuando hizo parar a su corcel directamente ante mí. Su boca era una única raya pálida de ira. En un primer momento pensé que iba a coger el látigo para fustigarme con él y levanté el brazo para protegerme la cara.

—¿Qué diablos haces tú aquí afuera? —me reprendió—. ¿Quién te ha dicho que puedes ir al pueblo?

—Tanto anoche como esta mañana lo habría tenido difícil para pedir tu consentimiento —respondí lo más tranquila que pude—, porque no estabas. Además: ¿quién me va a prohibir ir a la iglesia? No dijiste que me mantuviera lejos de ti..., pues más lejos que en la iglesia no voy a poder estar de ti.

A pesar de que estaba sentado sobre la grupa del caballo muy por encima de mí y de que aparentaba ser tan superior, había conseguido desarmarme. Y a la luz del día me di cuenta de que Danilo no era más que un hombre colérico al que podía hacer frente.

—¿Querías ir a la iglesia? —preguntó en tono burlón—. Te lo podías haber ahorrado. ¡Reza en la torre de Jelena! Nosotros estamos excluidos de la iglesia.

—Vosotros, los hombres, no yo —repliqué con firme voz levantando el mentón—. Yo no tengo nada que ver con vuestro pasado.

El rostro de Danilo se ensombreció aún más. Su corcel bailoteaba en el sitio y se oponía a las riendas. Y yo habría jurado que Danilo le iba a picar las espuelas y a dejarme atrás envuelta en una lluvia de salpicaduras de barro. Pero para mi sorpresa, mi esposo me extendió la mano.

—¡Venga! —me ordenó—. ¡Date prisa, no tengo todo el día!

Titubeando me colgué el asa del cesto vacío por encima del hombro, agarré la mano de Danilo y levanté el pie en busca del estribo que me había cedido para poder montarme.

—Sujétate fuerte —gruñó poniendo el caballo ya en marcha.

Imaginé que Danilo azuzaría a su corcel para seguir al galope, pero al parecer tenía tan pocas ganas de regresar a Las Tres Torres como yo y en vez de eso se conformó con un trote ligero.

Era extraño sentirle tan cerca. Su cabello rozaba mi frente cuando giraba la cabeza y percibía el olor a piel, cuero y salvia. Sólo una vez habíamos estado tan cerca el uno del otro y el recuerdo de aquello me hacía brotar el sudor.

Durante un rato cabalgamos en silencio. Cuando este se volvió agobiante, reuní mi valor. ¿Qué tenía ya que perder?

—¿De verdad es cierto que Marja no tiene tumba?

Instantáneamente sentí cómo Danilo se erguía. Pero entonces carraspeó y contestó con duelo en la voz:

—Ella se quemó, sí. Del todo. Pero tiene una tumba.

Me entró un escalofrío. La torre. Así que por eso Jovan no dejaba que la tiraran.

—Nema dice que la torre ardió debido al impacto de un rayo.

Danilo únicamente asintió sin decir palabra.

—¿Y qué hay de lo que cuentan de Marja? ¿Tenía la piel tan blanca y no soportaba la luz?

—Vaya, una sola visita al pueblo ha bastado para que escuches todas esas patrañas que dicen por ahí sobre ella —respondió Danilo en un tono sarcástico—. Ella tenía la piel clara, ¿y qué? Y que no viera durante mucho tiempo la luz del sol sólo tenía una razón: se había encerrado en la torre por tristeza. Arriba del todo, bajo el tejado. Allí... el fuego ardió con más fuerza.

Era más fácil hablar con Danilo cuando no tenía que mirarle a la cara. Por eso me atreví a dar un paso más.

—¿Se retiró por los habitantes del pueblo y por el sacerdote? —pregunté con cautela—. Porque creían que tú no eras hijo de Jovan y...

Danilo cogió aire y yo enmudecí de inmediato. Siguió un silencio tenso lleno de dolor que no podía expresarse en palabras. Cada uno de nosotros, eso lo supe entonces, era prisionero de su propia miseria. Y por primera vez comprendí algo de la forma de ser de Danilo. En otras circunstancias..., ¿quién sabe?..., tal vez incluso hubiera podido amarle.

—Por eso seguro que no... —dijo finalmente lleno de amargura en su voz—, sino porque lo creía mi padre.

Entonces sí que picó las espuelas al caballo, y yo, con un grito de susto, caí hacia atrás y tuve que sujetarme con todas mis fuerzas mientras volamos al galope al encuentro de las torres.

Capítulo 7

ESPEJO Y CRUZ

Seguí el consejo de Branka y coloqué uno de los cintos de Danilo sobre la colcha de la cama para mantener a Marja alejada. Sin embargo, como si la historia de la anciana hubiera conjurado al mal, empecé a encontrar cosas que confirmaban mi desconfianza: alguien ponía durante la noche espinosas zarzas sobre el umbral de mi puerta, como para que me pinchara; el cuchillo desapareció del alféizar de mi ventana y no volvió a aparecer; y una mañana encontré delante de la puerta una paloma muerta manchada de sangre, con las alas abiertas como si estuviera crucificada. Pero nadie, a parte de mí, hacía caso de la silenciosa amenaza.

—Son imaginaciones tuyas —gruñó Simeón contrariado—. Aquí, en las torres, hay halcones; alguno de ellos habrá matado a la paloma. Y respecto al cuchillo, seguro que tú misma lo has dejado en alguna parte.

Solo la torre negra sonreía con sorna. Durante el día conseguía distraerme. Antes del amanecer amasaba el pan de maíz. Luego, ponía orden en el establo. Incluso vacié las cuatro despensas en el arcilloso sótano. En una de ellas encontré dos trozos grandes de carne que hacía tiempo que ya no estaban comestibles. Curiosamente no olían a podrido, sino únicamente se habían puesto duros y secos, y los cubría una grasienta capa parecida a la cera. Enterré los restos detrás de la torre y con la pala eché una capa de tierra en los hoyos que hacían de despensa.

No obstante, en cuanto oscurecía, regresaba el miedo. Apenas me atrevía a dominarme y, cuando lo conseguía, me despertaba poco después sobresaltada y jadeando entre sueños con fuego y humo. Marja estaba en todas partes, y yo tenía la sensación de sentir su aliento en mi nuca. Nema, que seguía enfadada por lo de las llaves, no contestaba ni una sola de mis preguntas. Pero me siguió como una sombra el día que me puse a registrar cada una de las habitaciones sin saber muy bien qué esperaba encontrar. Ciertamente hallé huellas de la difunta señora. Lo sabía porque, cada vez que sacaba algún objeto suyo de algún baúl, Nema se sobresaltaba y en su rostro aparecía un vibrante dolor.

Encontré un peine blanco y un espejo del tamaño de una mano, tan ciego de polvo que mi cara se reflejaba en él únicamente como sombra fantasmal. En el peine se había enredado un cabello. Sorprendida, lo saqué de él y lo sostuve a la luz. La imagen que me había creado de una mujer de cabello claro y delicado se convirtió definitivamente en la de una belleza oscura con los labios de color rojo sangre.

—Seguro que la peinaste a menudo con este peine —le dije a Nema—. Cuéntame algo sobre ella...

Pero la vieja criada muda ya me había dado la espalda y se había marchado

apresurada, como si el diablo la estuviera persiguiendo. Aquel día no volví a verla. Cuando a la mañana siguiente estaba delante de nuestra torre cortando ajos para untar con ellos las cerraduras como protección contra males, ocurrió algo extraño: Nema vino hacia mí como una exhalación y me arrancó los ajos de las manos. Agarró mi cesto y salió corriendo veloz, que sólo pude seguirla atónita con la mirada. Para cuando la alcancé en la habitación turca, ella ya había tirado los ajos y hasta el cesto al fuego de leña.

—¿Qué has hecho? —exclamé enfadada.

Ella escupió a las llamas y me miró con furiosos destellos. Yo la reprendí, pero ella me hizo muecas raras y me maldijo con sus manos.

Aquella noche me mantuve alejada de la habitación turca y cosí espino blanco en los bajos de mis faldas para rechazar a los espíritus malignos.

* * *

A Dušan le volví a ver un domingo. Me sorprendió que llevara una camisa limpia y un oscuro pantalón nuevo. Bajo el sol matinal su cabello tenía el brillo del vino blanco.

—¡Eh, dame un beso, *ljubica*! —exclamó cuando le adelanté a paso ligero en el cruce de caminos.

—¿Por qué no besas la soga del ahorcado, mendrugo?

—¡Vas a ver, bruja! —dijo enfadado levantándose de un salto—. ¡A mí nadie me llama mendrugo!

—¿Acaso prefieres que te llame ladrón? —le contesté en tono sarcástico—. ¡Me sigues debiendo una respuesta!

—Vaya, y además eres curiosa, ¿eh? De nuevo quiso acompañarme y de nuevo le rechacé con insultos y amenazas. Pero aquel día no cogí ninguna piedra y por primera vez recorrimos juntos parte del camino..., lo suficientemente alejados el uno del otro para que pudiera parecer casualidad, pero lo suficiente cerca para conversar.

—¿Continúas queriendo ir a la iglesia? —quiso saber—. No te dejarán entrar. El patriarca ha ordenado que nadie te venda un perro, dice que sólo mataría a las ovejas y atacaría a la gente. Y que todo ser que pasa la noche en vuestra finca vuelve transformado y malvado.

Sentí cómo palidecía; esperaba que Dušan no me notara lo mucho que esas palabras me inquietaban.

—En ese caso habrá un montón de oficiales cabalgando por ahí sobre caballos endemoniados —contesté con subrayada frialdad.

Dušan se rió.

—Tal vez por eso que han ganado a los otomanos —dijo—. Un diablo contra otro. Por cierto, ¿conoces la historia de por qué Kraljevic Marko no acudió a Amsfeld para derrotar a los turcos?

Disimuladamente observé a Dušan de soslayo mientras hablaba del príncipe Marko. Me gustaba cómo brillaban sus ojos y cómo describía con gestos emotivos su historia. Eran instantes robados de una confianza extrañamente chispeante, antes de que Dušan y yo volviéramos a separarnos, como por casualidad, antes de que alguien nos viera juntos.

Si nos encontrábamos en el pueblo, jamás nos hablábamos.

* * *

Me hubiera encantado encontrar amigas, pero domingo tras domingo Milutin me echaba de la puerta de la iglesia como un arcángel a un alma pecadora. Aun así me sentaba bajo el ciruelo y dejaba que los pétalos de sus flores cayeran sobre mí como copos de nieve, antes de que el viento del mes de junio se las llevara definitivamente. Escuchaba los cánticos litúrgicos y, después de la misa, observaba a los mozos y a las muchachas solteras con sus faldas blancas mientras bailaban. Enferma de envidia por todo lo que me perdía, cantaba para mis adentros con ellos y me reía con las divertidas preguntas y respuestas que se hacían a coro unos a otros. Cuánto me habría gustado integrarme. Pero para ellos, yo era un fantasma al que sus miradas traspasaban. Las mujeres eran muy duras conmigo y me hacían sentir todo el rato que era una forastera y que siempre lo sería. Únicamente Branka y la granjera Stana hablaban de tanto en cuanto conmigo.

—¿Qué hay de nuevo por las torres? —me preguntaba Branka, cada vez con más insistencia.

Podía haberle contado que el secreto de Marja casi me asfixiaba y que cada día descubría cosas nuevas que me inquietaban: que Nema a veces lloraba sin ninguna razón y que durante esos días también Jovan parecía triste e irritable; que las conversaciones enmudecían en cuanto yo me acercaba; que no podía tocar ni un ajo, como si fuera una insolencia querer alejar el mal; y que Nema incluso borraba las cruces de tiza que yo pintaba en las puertas para ahuyentar a brujas, vampiros y demás espectros.

Jovan ya rara vez me llamaba «hija» y únicamente las noches en las que teníamos visitas se convertía en el cortés anfitrión que reía y contaba historias. Entre él y su hijo había una frialdad que me hacía temblar. Desde nuestra conversación, Danilo era más amable conmigo, pero evitaba la cama conyugal como si estuviera maldita. Claro que para mis adentros me sentía aliviada por ello. A menudo, cuando me despertaba por las noches, veía que el lado de la cama de Danilo estaba intacto. A veces incluso permanecía desaparecido durante todo el día.

—Ha ido a los lejanos prados de los aparceros —me contestaba Simeón, cuando le preguntaba—. Y algunas noches está inquieto, y suele cabalgar hasta el regimiento Stalater.

Yo le creía. ¿Por qué iba a dudar de sus palabras?

Pero de todo ellos, nada le conté a Branka. En cambio soporté su curiosidad y sus continuos consejos.

—Mira por dónde aparece la *samohranica* —me susurró Stana un domingo—. La viuda de Luka Dimic.

Esperaba ver a una encorvada mujer anciana, pero esta viuda no pasaría de los dieciocho. Cuando se acercó, vi que tenía una suave y bonita cara de ojos tristes. Llevaba el cabello negro muy estirado con la raya en medio. Las viudas jóvenes lo tenían difícil en todos los pueblos, pero esta encima parecía tener una reputación especialmente mala. Unos niños intentaron colgarle por detrás, sin ser vistos, un rabo de cabra a su cinto, pero ella descubrió el cruel juego y ahuyentó a la manada. Los hombres silbaban tras ella y hacían chistes de mal gusto, y de repente me vi rodeada de mujeres. Entre la viuda y el resto de la comunidad del pueblo se creó un foso invisible y descubrí que por lo visto a mí me situaban al lado de las del pueblo, siempre que se trataba de excluir a otra mujer.

—No la había visto nunca en el pueblo —le susurré a Stana.

—Bueno, es que no se deja ver mucho por aquí —murmuró la granjera—. Su marido le dejó una pequeña casa. Pero una casa en la que vive una persona sola es tan sólo una cueva vacía. Tampoco tiene hijos.

Stana no fue la única cuya mirada se deslizó desvergonzadamente hacia mi vientre. Odiaba que las mujeres hicieran eso, pero naturalmente tenía muy claro que cuando yo no estaba presente se hartarían de cotillear sobre si me quedaría embarazada del hombre-diablo y cuándo. La mayoría de las veces conseguían apartar este pensamiento, pero en esta ocasión sentí que se me cerraba la garganta. De nuevo recordé la impaciente mirada de mi suegro y me sentí como si estuviera frente a una trampa que en algún momento se cerraría sobre mí.

—¿Cuándo murió su marido? —pregunté y tuve que carraspear de lo ronca que sonó mi voz.

—Hace unos meses —Stana, que estaba sentada en mi banco, se acercó un poco más a mí—. ¡Pero siempre se ha relamido los labios en cuanto se le acerca algún hombre!

No dije nada pero pensé para mí lo mucho que se parecían las mujeres en todos los pueblos. Sólo que en la aldea del valle no había sido de una viuda de la que se murmuraba que iba detrás de los hombres como una perra en celo. No, allí se había hablado así de mi hermana Nevena.

La viuda pasó por nuestro lado hacia la iglesia y de pasada también me inspeccionó. No pude evitarlo: me cayó bien al instante y de buena gana la había sonreído. Su soledad me conmovió, más aún porque esa mujer con el mentón altivo y orgulloso me recordaba realmente a Nevena. Como aquel día, Stana se llevó mis velas para los santos, pero antes de que siguiera a la viuda y a las demás mujeres al interior de la iglesia, se detuvo directamente frente al patriarca.

—¿Va a quedarse la muchacha también en invierno sentada ahí afuera en ese

banco? —le preguntó—. ¿Por qué tiene que ser juzgada por los pecados de otros?

—Stana, yo no juzgo a nadie —le respondió Milutin tranquilo—. La decisión última sobre el alma de una persona sólo la tiene Dios en el Juicio Final.

—¡Entonces déjala entrar! —insistió Stana—. ¿Por qué puede entrar en la casa de Dios una viuda como esa y ella no?

—La viuda Dimic es de los nuestros —dijo Milutin en tono severo—. En cambio la esposa de Vukovic es una extraña. Si se actúa con imprudencia, se puede invitar a entrar al mal.

—¡Yo no soy el mal! —las palabras simplemente brotaron de mi interior.

De pronto todos me miraron con indignación, incluso aquellos que normalmente me trataban como si fuera aire.

—¡Eminencia, sólo soy una extraña porque vos no me permitís entrar! —añadí con voz firme, y me preparé para un duelo de palabras.

Pero Milutin se calló.

El recuerdo de un viejo dolor apareció en su cara y la hizo parecer cansada y menos severa. Vi en ella sufrimiento, pero también fortaleza y orgullo. Y de repente comprendí que no era ningún sacerdote hipócrita con ansias de poder, sino, sobre todo, una persona que a pesar de sus propios miedos y dudas había hecho todo lo posible por mantener unida a su comunidad durante la ocupación turca. Pero también comprendí otra cosa, tan reveladora como definitiva. Dušan tenía razón con lo que dijo de Milutin. Al contrario que yo, él se dio cuenta de inmediato de que en este pueblo yo..., al igual que Marja, estaba condenado por siempre jamás a quedarme en el umbral de la iglesia, como una mendiga.

* * *

Cuando aquel día regresé alicaída y furiosa, encontré la finca especialmente silenciosa. No soplaba el viento, ni susurraba una hoja, tan sólo el aire parecía vibrar con el calor de julio. Las yeguas se apiñaban en la sombra del establo y no se movían. Nadie contestó a mi llamada, y yo me pregunté dónde se habría metido Nema. Jovan y Danilo se habían ido a Paraćin y no regresarían antes del anochecer. La única que me esperaba era la torre negra. Se elevaba delante de la roca como si me estuviera acechando.

Con la cabeza agachada me dirigí a paso ligero hacia mi torre buscando mientras andaba la llave correcta. Justo acababa de saltar el último escalón hacia la puerta cuando se me calló el llavero de las manos y estas aterrizaron sobre el umbral. En aquel silencio, el tintineo del metal chocando contra el suelo me resultó atronador. Me agaché rápidamente para recoger el llavero pero, asustada, me eché atrás. Algo mojado pringó mi mano y mojó el borde de mi manga. Al principio pensé que era agua, pero luego vi que el borde de mi manga se había teñido de rojo y me levanté dando un grito. ¡Sangre en el umbral! Casi me caigo escaleras abajo, pero en el

último momento me contuve. Con el corazón acelerado miré atentamente el charco. «Demasiado transparente», pensó la parte sensata de mí, mientras yo seguía intentando recuperar el aliento. Entonces percibí el olor avinagrado. ¡Sólo era vino derramado! ¿Pero por qué salía de debajo de la puerta? Apresurada recogí el llavero del suelo y metí la llave en la cerradura. La puerta no estaba atrancada; enseguida cedió y se abrió.

—¿Danilo? —llamé.

Nadie me contestó. La jarra de vino que yo misma había llenado el día anterior y había puesto sobre la mesa se había volcado y el vino de color rojo oscuro se había esparcido por la mesa y el suelo.

El arcón de la cocina estaba abierto. ¿Acaso no lo había cerrado esa mañana? Salté por encima del charco de vino, descolgué la sartén más pesada de su gancho y corrí hacia la escalera. También en la alcoba me recibió un silencio fantasmal. No había nadie, claro que no. Danilo se había ido y Nema ya no tenía llave.

Cautelosamente volví a la cocina y me fijé con más detenimiento. Sólo entonces me di cuenta de que había una ventana abierta. Las contraventanas se habían vuelto a cerrar, pero aun así reconocí el espejo. Estaba apoyado inclinado sobre el marco de la ventana, como si alguien se hubiera estado contemplando en él y lo hubiera apartado con premura para salir huyendo de la casa. ¿Tal vez porque yo había vuelto?

Durante un buen rato me quedé simplemente parada, intentando respirar con más tranquilidad. Sabía que ni Simeón ni Danilo me creerían. Por lo que pude comprobar, no habían robado nada, aunque yo de todos modos no creía que aquello fuera la obra de un vulgar ladrón. Cogí el espejo del alféizar y me contemplé en él. Hacía ya bastante tiempo que no me había visto a mí misma.

La pálida mujer joven que vi con oscuras ojeras bajo los ojos no me gustó. ¡Cuánto había cambiado! Parecía más mayor, y más seria. La amenaza que me acechaba estaba consiguiendo hacer de mí alguien en cuyo rostro se marcaba una profunda preocupación y en los ojos yacía un gesto de temor.

La ira subió en mi interior, como aquella vez cuando, en casa de mi padre, garrote en mano, me coloqué junto a la puerta de la casa dispuesta a defender la vida de mi familia. A veces uno sólo tiene la opción de plantarle cara a su enemigo. Ninguna Branka, ni ningún sacerdote iban a ayudarme, así que había llegado la hora de que yo misma echara a Marja del umbral de mi puerta.

Tres palomas me miraron con curiosidad desde el ennegrecido techado de la torre negra cuando, con el corazón en un puño y al cobijo de los matorrales, me planté ante la deteriorada puerta. Mantenía la cerradura, sólo que estaba tan sucia y oxidada que desde lejos nunca me había dado cuenta. Nerviosa, manoseé en mi llavero, pero ninguna llave entraba. ¿Habría escondido Nema esta llave de mí? No, ella no había tenido tiempo de retirarla del llavero. Era mucho más probable que la llave se hubiera perdido hacía tiempo.

Bueno, existía otra vía. Miré hacia arriba y calculé la distancia que podía haber

hasta la ventana. Luego, me guardé el peine y el espejo en mi cinto y caminé un trecho alrededor de la torre. Una rama se partió con un gran chasquido bajo mi pie al llegar junto a uno de los maltrechos árboles frutales. Las palomas levantaron el vuelo y huyeron.

—Señor, protégeme, mantén todo mal alejado de mí —recé susurrando mientras me remangaba la falda y me quitaba los *opanak* y las medias, porque descalza podía trepar mejor.

Luego me aupé por el tronco del árbol, subiendo hasta una de las rajadas ventanas más bajas. Conseguí echar un vistazo al destrozado interior de la torre. Carbonizadas vigas despuntaban en todas direcciones desde las paredes. Cautelosa, me giré hacia el establo. Empecé a sudar: a lo lejos, al borde del prado, los criados arreglaban un muro. En cuanto girasen sus cabezas verían a la nuera de Jovan con las piernas descubiertas trepando como una bruja por la torre negra. Con rapidez seguí subiendo a través de ramas quebradizas, apoyé la rodilla sobre el alféizar y me colé por el estrecho hueco al interior de la torre.

Me di cuenta del peligro por los pelos. Justo en el último instante y moviendo los brazos conseguí mantener el equilibrio y echarme atrás. Los rayos de luz, cual largos dedos, penetraban por rendijas y agujeros superiores e iban a estrellarse contra unas losetas hechas añicos en el piso de abajo; ante mí el suelo se había abierto. Me encontraba de pie sobre una pequeña superficie de madera, aún intacta, que se apoyaba sobre una gran viga de carga, así que me agarré como un murciélago a las hendiduras de la pared. Partículas de polvo bailaban en el aire. Con el calor, el pestazo a mohos y a excrementos de murciélago y de paloma era tan fuerte que se revolviéron las tripas. Transcurrió un buen rato hasta que me atreví a soltar la pared. Con cuidado me puse de cuclillas, me apoyé con las manos y me asomé hacia abajo. A través del inmenso agujero reconocí en el piso inferior suelo de arcilla, hojarasca seca y plumas de paloma.

«¿Qué creías?», me pregunté a mí misma. «¿Qué Marja no está muerta y que vive aquí? ¡Eso es una tumba!».

—¡Marja, esto es tuyo! —exclamé entonces, y mi voz sonó hueca y polvorienta como todo en ese lugar—. Es lo que querías recuperar, ¿verdad? ¡Pues tómallo y déjame en paz!

Escuché con el corazón encogido, pero todo lo que oí fue lejano relinchar de algunos caballos. El polvo me hacía cosquillas en la nariz y la lengua se le pegaba al velo del paladar. Me costó un inmenso valor decir el conjuro que mi madre me había enseñado.

—Dios, Señor y creador, manténla en su tumba —dije con voz alta y clara, mientras dibujaba una cruz sobre el espejo—. Tú no perteneces ya a la tierra. Aléjate de nosotros, tu sitio no está entre los vivos. Aléjate de nosotros o el dolor caerá sobre ti. Aléjate o el fuego de los ángeles te quemará y retirarán su clemencia. Amén.

De repente todo se volvió aún más silencioso. Algo parecía estar conteniendo la

respiración. El vello de mis brazos se erizó, y luego..., rudo como un animal salvaje que ataca..., el miedo volvió a atraparme en sus fauces. Me levanté de un brinco y me puse a salvo con un salto mortal hacia la ventana. El polvo flotó, muchas piedrecitas cayeron bajo mis dedos al auparme por el alféizar de la ventana. Sin preocuparme por los criados, salté al árbol como alma que lleva el diablo. Cuando alcancé las ramas inferiores me detuve, con el corazón a punto de estallar; los arañazos de mis brazos ardían.

—¿Qué haces ahí?

Del susto que me di casi pierdo el equilibrio. Me giré y no supe si enojarme o pedir que se me tragara la tierra de la vergüenza.

Era Dušan. Estaba no muy lejos de la torre y al parecer había estado observando mi precipitada huida con toda tranquilidad. Sonreía con sorna, pero no hizo ademán de ofrecerme ayuda. En cambio arrancó una minúscula ramita y se la metió en la boca para mascarla como si fuera regaliz. Unos pasos detrás de él le esperaba su caballo. Estaba cubierto de sudor, como si acabara de cabalgar a gran velocidad, y llevaba la montura más miserable que jamás había visto. De la silla de montar colgaban dos sacos repletos.

Inspiré profundamente, descendí los últimos metros y salté al suelo. Al bajarme de nuevo la falda que llevaba recogida por encima de mis rodillas, me pinché con el espino blanco que me había cosido en el dobladillo.

—¡Pues sí que sabes trepar bien, condesa! —dijo Dušan—. Pero para los árboles frutales también hay escaleras. Claro que por otro lado..., ¡así se ven mejor tus piernas!

—¿Qué se te ha perdido a ti por aquí? —le reprendí.

Dušan silbó a través de sus dientes.

—¡Cuánta descortesía! —respondió con una sonrisa maliciosa—. Pasaba por aquí, eso es todo. Sin embargo, tu pregunta es muy interesante: ¿qué haces tú aquí.

—Eso no es asunto tuyo.

Los ojos de Dušan se estrecharon al observarme más detenidamente. Debía de ofrecer un aspecto lamentable. Mis brazos estaban arañados por las ramas. En el pelo se me habían enredado telarañas y hojas.

—Parece como si hubieras visto a un fantasma —dijo Dušan.

Y para horror mío, se encaminó directamente a la puerta y empezó a aporrearla:

—¡Eh! ¡Marja Vukovic! —llamó—. ¡Tienes visita!

—¡Cállate! —dije casi gritando—. ¡Eso no tiene gracia!

Mis manos estaban apretadas como puños, de buena gana le habría golpeado.

—De modo que he acertado —afirmó—. ¿Y qué? ¿Habéis charlado?

Moví la cabeza negativamente.

—He pronunciado un conjuro, ¡burro!

Estaba segura de que ahora se burlaría de mí, pero él me observó con una extraña seriedad que hizo que toda su charlatanería pareciera ser pura pose.

—Espero que tu conjuro ayude —respondió.

Hasta aquel día no me había dado cuenta con tanta claridad de que este leñador nómada escondía dos almas en su pecho. Pero me preguntaba cuál de las dos serviría para esconder al verdadero Dušan.

—¿De verdad... eres un *subotan*..., un nacido en sábado? —le pregunté—. ¿O sólo estabas fanfarroneando?

—Lo soy —contestó cruzándose de brazos.

—Entonces... ¿puedes realmente distinguir a un *upir* y ver fantasmas?

—¿Lo llamas *upir*? Aquí se llaman vampiros, sí, dicen que la gente como yo tenemos un sexto sentido para eso —dijo de forma evasiva—. Y tal vez yo lo tenga. Pero nunca en toda mi vida me he encontrado con un muerto viviente. Igual eso es porque tengo suerte. ¿Por qué quieres saberlo?

Me lamí los labios y titubeé, indecisa sobre si confiar o no en él.

—Marja... parece seguir aquí —dijo finalmente—. Esta torre es su tumba. Creo que de vez en cuando sale de ella. Porque... alguien ha estado en mi casa. ¿Puedes verla? ¿O sientes su presencia?

Esperaba que Dušan me liberara de miedo, pero él se encogió de hombros.

—Aquí únicamente veo una torre carbonizada. Pero traigo conmigo mi hacha. Si quieres, podemos echar un vistazo y ver si se esconde ahí dentro.

Me imaginé lo que diría Jovan cuando viera la puerta de la torre destrozada y moví la cabeza negativamente.

—Ahí dentro no hay nada, ya he mirado yo. Un suelo de arcilla y excrementos de palomas.

Dušan ladeó la cabeza y me miró con aire pensativo.

—¿Alguien ha entrado en la casa, dices? Humm. Yo siempre he temido más a los vivos que a los muertos. Tal vez vuestra vieja sirvienta muda estuvo merodeando...

—Pues sí que me sirves de gran ayuda —murmuré y me retiré una hoja del pelo.

Pero extrañamente sus palabras me tranquilizaron. Tal vez Nema sí que tenía una segunda llave. Al fin y al cabo un fantasma no merodea a plena luz del día por ahí.

—Tal vez —dije.

Dušan torció la boca en una sonrisa. El silencio entre nosotros se prolongó, incluso duró demasiado, pero ninguno de los dos retiró la mirada. Y desconcertada descubrí que la sonrisa de Dušan despertaba en alguna parte de mi interior el deseo de caminar despreocupadamente a su lado por la hierba, oyendo sus canciones sobre lejanas aventuras. «No seas tonta», me reprendí a mí misma. «Este es el típico que les hace ojitos a todas las muchachas».

Como si Dušan hubiera oído ese pensamiento, volvió a ponerse serio.

—¡Ánimo, condesa! —dijo, pero no sonó alegre sino casi a la defensiva.

Y como si nos hubiéramos acercado demasiado, se dio media vuelta y se encaminó hacia su caballo. Estaba convencida de que se iba a montar y marcharse sin más, pero simplemente desató uno de los sacos de la montura. Cuando se giró hacia

mí, volví a ver al altivo charlatán que tantas veces discutía conmigo de camino al pueblo.

—Este seguro que te vendrá bien —dijo levantando el saco.

Algo vivo empezó a moverse en su interior. Dušan soltó con rapidez el cordel y sacó a un perro pequeño de su interior... Ya no era un cachorrillo, pero tampoco era aún un perro guardián adulto; calcule que tendría unos siete u ocho meses de edad. Era negro como el azabache, con las orejas como un murciélago, y pataleaba en los brazos del leñador. Con la pata retiró la manga izquierda de Dušan hacia atrás y vi unas cicatrices que se cerraban alrededor de su muñeca como si fueran pulseras.

—Bueno, no es el perro más bonito —explico Dušan, que al parecer había malinterpretado la expresión de mi rostro—, pero querías un perro guardián, ¿no? Y este es mejor que ninguno —se acercó a mí y me puso el perro en los brazos—. Si fuera mío, se llamaría Sívac. Porque tiene una pata delantera gris, ¿lo ves?

—¿Qué te ha pasado en tu muñeca?

Dušan se echó a reír y se pasó la ramita con la lengua de un lado a otro de la boca.

—Vaya, vaya, de modo que también tienes ojos de halcón, ¿eh?

—¿Fueron... ataduras?

Si la pregunta despertó alguna inquietud en él, lo disimuló bastante bien.

—Si —contestó casi con indiferencia—. Me las pusieron hace muchos años, cuando los recaudadores de impuestos no consiguieron suficiente dinero de mi padre.

—¿Y te encerraron?

Dušan se encogió de hombros.

—Es lo que pretendían. Pero conseguí quitarme las cuerdas por el camino y huir —sonrió con picardía—. En el calabozo habría sucumbido o habría acabado en alguna finca desconocida como siervo. Eligieron mal. Mi padre jamás habría pagado los impuestos únicamente por mí. De todas formas el pobre diablo tampoco tenía nada..., bueno, excepto deudas de arriendos impagados y diez hijos.

No se preocupó por volverse a bajar la manga. Al ver las cicatrices no me atreví siquiera a imaginarme los dolores que debió de sufrir al sacar las manos de las ataduras.

—No pongas esa cara tan triste —dijo guiñándome un ojo—. La vida golpea a todos sus propias heridas. ¡A mí, igual que a ti!

Con esas palabras volvió a mirarme con insistencia y nuevamente tuve la sensación de que tras su alegre y burlona apariencia había escondido algo bien distinto.

—¿De dónde procedes?

Nunca habíamos hablado sobre nuestro pasado y me preguntaba si no estaba yendo demasiado lejos.

—La casa de mi padre estaba mucho más allá de Agram, en las cercanías de Ptuj —contestó Dušan—. En las granjas de allí se habla esloveno o húngaro.

—Pero no eres latino, ¿o sí?

Dušan se echó a reír.

—No, mi padre era un creyente de la verdadera fe. Después de mi huida me uní al pueblo errante. Y el paso de los años me llevó hasta los croatas y hasta Osijek, ala Sumadija, y finalmente vine a parar aquí, al río. Y quién sabe dónde estaré el verano que viene, talando árboles —con un gesto de cabeza abarcó todo aquello que veía—. En cambio, en una finca como esta, se vive mejor, ¿a que sí?

Apreté el perro con más fuerza contra mí. Empezó a lloriquear y, sin pensarlo, me puse a acunarlo, como solía hacer con Majda cuando lloraba. Cuando me di cuenta, se me puso un nudo en la garganta.

—Gracias por traer el perro hasta aquí —dije en voz baja y me giré para marcharme—. Cuando nos veamos la próxima vez, te daré una botella de aguardiente por él.

—Tomaré con mucho gusto el aguardiente, pero el perro te lo ha regalado Anica Dimic.

—¿La viuda? —me volví hacia él—. ¿Por qué? ¡Si no la conozco de nada!

—En cambio yo sí, y mucho —respondió Dušan con una sonrisa traicionera.

—¿Con que sí, eh? —dije.

Su sonrisa se hizo aún más amplia.

—Labios como la miel y cabello como la seda —cantó en voz baja—. Su casa está cerca de las cabañas de los balseros. No le gusta dejarse ver por el pueblo, pero durante la fogata de julio bailó conmigo junto al río. ¡Y qué bien baila!

De repente la soberbia de Dušan y mucho más su risa me enojaron.

—¡Fanfarrón! ¡Ella aún está de luto y no se le permite bailar!

—¿Qué te apuestas a que aun así lo hace? Puedes creerme.

Miré al perro en mis brazos. ¿Acaso Dušan decía la verdad?

—¿Es que no siente nada por su marido?

—Al menos no da esa impresión —el tono sarcástico en su voz me puso todavía más furiosa.

—¿Por qué no? —continué preguntando—. ¿Tan mal la trataba? ¿Es que la pegaba?

Dušan resoplo como si estuviera reteniendo una carcajada.

—Ya le habría gustado. Escucha, te voy a contar algo sobre el marido de Anica. Antaño, cuando el Señor creó a los animales y al hombre, regalo a las personas treinta años de vida. Al hombre eso no le bastó, así que los animales le regalaron los años que les sobraban. Y así vive hasta hoy. Desde su nacimiento hasta los treinta años, vive tal como quiso Dios: fuerte, sano y bello, un azar entre los seres. Desde los treinta hasta los cincuenta, es como el burro, que le regaló ese tiempo: se mata a trabajar para la comunidad, su casa y sus señores. De los cincuenta a los setenta se convierte en perro, que olfatea de todo y defiende con ladridos lo que ha acumulado. De los setenta a los ochenta años de edad es nuevamente como un niño y se asemeja al mono, que fue el que le regaló ese período de tiempo. Bueno, podrás imaginarte

entonces que no es muy agradable compartir la cama con uno así.

—¿Tan mayor era?

—Anica tuvo que casarse con él, a pesar de que no quería hacerlo. El padrino de bodas tuvo que cantarle los votos nupciales al despistado novio. Murió casi un año después. Algunos del pueblo afirman que Anica le envenenó, pero Milutin no admite ese tipo de rumores.

—¡Para no llevar en el pueblo mucho más tiempo que yo, sabes bastante! —dije.

—Bueno, como errante oigo muchas cosas —dijo Dušan—. Podría decirse que para los pueblerinos soy algo así como invisible. Como si no les importara lo que cuentan estando yo cerca, porque mi presencia de cualquier forma no será duradera. La mayoría de las veces eso es muy útil. Y cuando le conté a Anica que el patriarca había prohibido a la gente que te vendiera un perro, me dijo que te trajera uno de los suyos.

—¿Pero cómo se le ocurre regalarme así sin más ni más un perro?

En los ojos de Dušan apareció la mofa.

—Sigues sin entenderlo, ¿eh? Nosotros, los marginados, siempre hacemos piña. Necesitamos amigos en momentos de apuros y debemos tener mucho cuidado de en quién confiar. Así ha sido siempre.

La palabra me golpeó como un latigazo. De un plumazo la claridad de aquel día había desaparecido.

—¡Yo no soy ninguna marginada! —me rebelé, pero naturalmente sabía desde la conversación delante de la iglesia que sí lo era, aunque comprender algo y admitírselo a uno mismo son dos cosas distintas.

—Ya, ¿estás segura? —me contradijo Dušan sin compasión—. Deja ya de soñar, Jasna. Tú nunca serás una más de las mujeres del pueblo. ¿Acaso crees que la vieja bruja del pueblo quiere de ti otra cosa que escuchar historias espeluznantes? ¿Y crees que la granjera Stana te aprecia porque tienes unos ojos castaños muy bonitos? ¿No será más bien que simplemente busca que la señora de la finca le compre sus cabras y sus gallinas?

—¡Deja de darme lecciones!

—¡Eh! —me llamó Dušan riéndose tras de mí, cuando yo ya me había alejado algunos pasos—. No te enfades tan pronto. ¡Ha sido un camino muy largo para mí! ¿Es que no me vas a dar nada a cambio? Anica me dijo que tú me pagarías.

—De mi no vas a recibir ni un mendrugo de pan duro. ¡Para que se los des de comer a tu rocín!

—¡Oye, no te quejes! Al fin y al cabo le tiraste una piedra e hiciste que se desbocara. Me pareció que por ello, aquí mi Šarac se había ganado una indemnización.

Me detuve al instante y miré hacia atrás.

—¿Šarac? —había llegado mi turno de mofarme de él—. ¿De verdad que has llamado a tu bayo Šarac?

A Dušan se le pasaron las ganas de reírse al instante.

—¿Acaso tienes algo en contra?

—¡Bueno, fíjate bien en él! Ni siquiera tiene manchas como su famoso antecesor. Ya que pones a tu caballo el nombre del hermoso e invencible corcel del héroe Kraljevic Marko, debería al menos parecerse un poco a él, ¿no crees?

Dušan escupió la ramita. De repente sus ojos soltaban destellos de enfado y yo me alegré maliciosamente de haber dado en la diana.

—¡Qué sabrás tú! —me bufó—. ¡Mi caballo es tres veces más heroico y más valiente que todos vuestros asustadizos y cojos húngaros juntos!

Maldijo en voz alta y se subió a la montura. Sorprendida de su ira, no pude más que mirar cómo se alejó galopeando colina abajo en dirección al bosque.

* * *

Como era de esperar, nadie me creyó cuando dije que alguien había entrado en la torre.

—Seguramente te habrías dejado la puerta abierta —lo justificó Simeón, tranquilizándose, cuando a la noche estábamos todos reunidos en la estancia turca.

—Sí, y el vino caro también lo demarré yo, ¿no? —dije sin pelos en la lengua—. ¡Ni hablar! A ver, ¿cuántas llaves más hay de las que no sé nada...?

Danilo y Jovan se miraron. En sus cabellos aún se veía el polvo del largo viaje. El cansancio les hacía parecerse. Desde su regreso apenas había cruzado una palabra, y hasta a Simeón, a pesar de su constante sonrisa, se le notaba preocupado y decaído. Si entonces hubiera estado más atenta, me habría dado cuenta de que los hombres de esa habitación estaban sufriendo por una preocupación común.

—No hay más llaves —murmuró Jovan—. Y ahora déjalo ya, Jasna.

Los encuentros con Dušan siempre me volvían intrépida. Después de hablar con él, olvidaba fácilmente que en presencia de mi nueva familia era mejor mantener la boca cerrada.

—Entonces debió de ser un fantasma —dije con lengua afilada.

Me arrepentí de esa frase cuanto la pronuncié, pero nunca habría esperado lo que vino después.

Jovan descargó un puñetazo sobre la mesa.

—¡He dicho que lo dejes! —me gritó de buenas a primeras—. ¡Deja de vaciar los baúles y de revolver en el pasado! ¡Deja de correr a ver a ese patriarca y de perder el tiempo en el pueblo! La única noticia que quiero oír de ti es que estás embarazada. ¿Por qué seguimos esperando todavía a que ocurra? ¿Por qué, Jasna?

Aterrada, me quedé mirándole. Nunca me había tratado de forma tan brusca. Y nunca me había hablado tan directamente sobre lo que yo misma sentía con claridad: que yo no estaba cumpliendo mi parte del trato.

—Ya llevas meses aquí —dijo Jovan—. Comes mi pan y compartes la cama de

mi hijo. ¡Y ni la más mínima señal, nada! ¿Dónde está mi nieto, diablos? —al mirar en los ojos exigentes de Jovan, un nudo ardiente se me formó en el estómago—. ¡Contéstame!

—Déjala, padre —dijo Danilo secamente—. Este asunto nos concierne a Jasna y a mí.

—Con que os concierna a vosotros, ¿eh? ¿Sabes lo que creo? Que entre los dos me estáis engañando.

Asustada, contuve la respiración. «Lo sabe, sabe que Danilo no se acuesta conmigo», pensé. «Nos ha descubierto».

Danilo abrió la boca para decir algo, pero Simeón se le adelantó.

—¡Por Dios, Jovan, deja en paz a los chicos! —gruñó—. Que el tabaco estuviera estropeado y que no pudiéramos venderlo no es motivo para gritarles de este modo.

Estaba convencida de que la discusión no había hecho más que empezar, pero Jovan tomó un trago de vino y asintió. De pronto, ya sólo parecía abatido. Y entonces me sorprendió con una sonrisa de disculpa.

—Perdóname, Jasna. Simeón tiene razón: los negocios no han ido bien y todos estamos cansados.

Pero incluso yo comprendí que no se trataba sólo de un mal negocio.

* * *

Durante los días siguientes las cosas no mejoraron. El pesimista ánimo de Jovan parecía extenderse a Nema y a Simeón. Como si sobre toda la finca yaciera un velo de luto, nadie pronunciaba una palabra en alto. Sólo Danilo y yo nos enfrentamos debido al perro. No le gustó el animal desde el momento en que lo vio y no quería tenerlo en la finca, pero yo me negué a deshacerme de él y no me dejé intimidar ni siquiera por la ira de Danilo. Para mi sorpresa, finalmente se dio por vencido.

Simeón movió la cabeza con gesto dubitativo al ver que el perro huía con las orejas al viento de un potro al galope.

—¿Qué nombre le vas a poner? —me preguntó—. ¿Tal vez... Murciélagos? O mejor aún, *Kukavica*..., es decir: Cobarde.

—Se llama Sívac —contesté con mucha dignidad.

Le pinté al perro con pintura blanca otro par de ojos en la frente, que debía mantener a demonios y vampiros alejados de la finca. Pero desde que pronuncié el conjuro sobre Marja, efectivamente parecía haber vuelto la calma. El silencio pesaba sobre las noches de verano. Sólo algunas veces Sívac se exaltaba a plena luz del día de su sueño y gruñía con las orejas en punta mirando hacia la puerta, como si esperara escuchar de un momento a otro que llamaran a ella. En esos momentos intuía que quizá la señal de la cruz sobre el espejo y mi conjuro no bastaban para mantener alejados a los muertos. Ellos siempre encuentran un camino hacia nosotros, por muy bien que atranquemos la puerta.

Mientras tanto me preparaba con ayunos para la fiesta de Nuestra Señora de la Asunción y encendía velas en la torre de Jelena y en la estancia turca. También orábamos en los días marinos ante los iconos. Pero cuando celebramos el final de las dos semanas de ayuno, Nema no siquiera tocó la carne ni las pasas de manteca.

Por otra parte, en el asfixiante calor seco de agosto, el odio entre padre e hijo prendió con más ferocidad. No tardaron en cruzarse duras palabras, ni pasaba un solo día sin discusión. Algunas noches Danilo bebía demasiado y yo temía que pudiera «acercarse» a mí. Pero él continuó manteniéndose alejado y yo no me atreví a preguntar por qué no obedecía a su padre.

A menudo pensaba en ir a pueblo para ver si me tropezaba con Dušan o con la viuda. Aunque la idea de que esos dos se conocieran tan bien no me gustaba, estaba impaciente por agradecerle a Anica lo del perro. Si desde el principio me había caído bien por lo que me recordaba a Nevena, ahora además me sentía cerca de ella, porque su destino se parecía al mío. Le daba vueltas a la cabeza pensando en si Dušan seguiría enfadado conmigo, y tuve que reconocerme a mí misma que echaba de menos los encuentros con él y que deseaba volver a verle. Pero en aquellas semanas no me atreví a abandonar la finca.

El día después de la festividad de la Virgen, Jovan y Simeón vinieron al establo donde yo me había quedado un rato con las cabras después de haberlas ordeñado en la cuadra junto a la puerta. Me agaché y esperé a que condujeran a las dos yeguas con los dos potros a la parte trasera del establo. Justo me disponía a salir del establo a hurtadillas, sin que me vieran, cuando Jovan comenzó a hablar.

—Fíjate en esto —dijo con amargura—. Potros tenemos de sobra.

—Aún no está todo perdido —dijo Simeón intentando calmarle—. Ten paciencia.

—¿Paciencia? —bufó Jovan tan de repente que yo me sobresalté.

Apreté el cubo de leche contra mí y aguanté la respiración. Una cabra mordisqueaba mi delantal y la aparté con mi rodilla.

—¡La muerte está golpeando cada vez con más fuerza a nuestra puerta! ¡Los días se nos acaban, Simeón! —la cruda desesperación en la voz de Jovan era nueva para mí y me conmovió.

Intuí que estaba escuchando algo privado, pero fui incapaz de moverme del sitio.

—La muerte está llamando, sí, pero también se volverá a marchar —Simeón hablaba con ternura, como un padre bondadoso que quiere tranquilizar a su hijo—. Jovan, hemos pasado por cosas peores. Y Dios perdona. Créeme, él mira en tu corazón y perdona.

Me estiré, más tiesa que una vela; mi corazón latía a tal velocidad que la sangre me zumbaba en los oídos, ¿qué tenía Dios que perdonarle? ¿La muerte de Marja? Recordé la cara desfigurada en la ventana y me pregunté si, en realidad, no sería a Jovan al que venía a buscar.

Cuando mi suegro volvió a hablar, su voz sonó quebrada y sin fuerza, igual que la de un anciano.

—A veces pienso que no sólo Dios me está castigando, sino que también el diablo me viene pisando los talones. Y va ganando terreno, Simeón. ¡Se está acercando!

—¡Deja de torturarte! Piensa en el futuro en vez de en el pasado. Ve de una vez a ver al comandante y llévale el caballo joven. ¡Cabalga hoy mismo! Un día lejos de las torres te sentará bien. Cierra tu negocio y deja todo lo demás a Dios y no al diablo.

—¿Y qué ocurrirá si Jasna no puede tener hijos? —preguntó Jovan—. ¿Qué ocurrirá si resulta que el diablo lleva ya tiempo jugando conmigo?

—¡Tonterías! —le recriminó Simeón de forma tan brusca que evidenció su propia preocupación—. Has elegido bien a tu nuera. Su madre sólo tuvo hijas. Ya sabes lo que eso significa: que cada una de ellas únicamente dará a luz a hijos varones.

No esperé a escuchar ni una sola palabra más, sino que huí al exterior.

* * *

La pesadilla me sobrevino en la noche que cayó la primera tormenta de verano sobre las torres después de demasiados días de mucho calor. En vano había esperado la llegada de Danilo mientras mil preguntas me rondaban por la cabeza. Al final, el tamboreo de la lluvia me había conducido a un sueño inquieto. Una sucesión de imágenes iluminadas por los rayos vacilaban tras mis cerrados párpados. Vi amapolas y el manantial de Jelena desbordándose. El color de las amapolas se reflejaba en sus aguas y las hacía brillar. Una bandada de cuervos volaba en círculos por encima de la torre negra. Bajaron en un vuelo en picado y se posaron sobre la hierba, donde, aterrada, descubrí que era mi propia tumba sobre la que había aterrizado. Su peso me oprimía el pecho. Quería ahuyentarlos, pero mis manos eran raíces secas, profundamente enterradas. En el sueño me oía a misma gemir, pero todos mis intentos de deshacerme del sueño fueron en vano. Medio dormida, medio despierta, permanecí tumbada sin poderme mover. Sólo una cosa percibí con aterradora claridad: algo pesado estaba sobre mi pecho y amenazaba con ahogarme. Los latidos de mi corazón resonaban como golpes de cascos de caballos en mis oídos. Intenté gritar pero el miedo petrificaba mi cuerpo y me paralizaba aún más.

—Jasna —me susurró alguien con suavidad en el oído.

Eran palabras como el viento, tiernas y frías. Por fin un ahogado sollozo subió por mi garganta. ¡Era Bela! Mi corazón dio un vuelco y comenzó a latir aún más rápido. Ahora también veía su luz que me llegaba a través de mis parpados cerrados.

—¡Jasna, despierta! —me susurró.

Y mientras aún me sorprendía de que mi hermana me hubiese hablado por primera vez en toda su vida con tanta claridad, sus frías manos aletearon como suaves alas de mariposas por encima de mi frente. Con una voz más grave, más seria murmuró:

—¡Alguien está aquí!

La presión desapareció de mi pecho, toda la tensión se desvaneció. Con un jadeo

me incorporé de golpe, me escurrí del borde de la cama y caí.

El golpe me hizo regresar definitivamente a la realidad. Abrí los ojos y me di cuenta de que estaba sola en la alcoba. Aquello que yo había creído la luz de Bela era el amanecer. Sin embargo, ni un solo pájaro cantaba. Me puse en pie y caminé con piernas temblorosas hacia la ventana para tomar el aire.

La niebla envolvía el bosque como un velo y se posaba como una gruesa manta sobre el prado. Ya iba a girarme de nuevo cuando vi algo que me hizo estremecer. Directamente debajo de la ventana, al pie de la torre, había un lobo de color gris claro sentado, mirando hacia mí. Vi sus ojos de color claro amarillo pálido y una pluma de gallina que colgaba de su poblado pelaje en el pecho. Se lamía las zarpas y tuve la impresión de que miraba con aire triunfal. De repente se giró como si una llamada lo hubiera alertado y salió corriendo en dirección al bosque. Muy a lo lejos, allí donde el arroyo fluye bordeando el bosque me pareció ver una silueta. No la vi con claridad, pero me pareció que miraba hacia las torres. Entrecerré los ojos para fijarme mejor, pero la niebla ya se la había tragado.

* * *

Casi tropiezo al cruzar el umbral de la puerta cuando, armada con un palo en la mano, corrí al exterior. Llamé a mi perro, pero ningún ladrido me contestó. El corral de las gallinas estaba destrozado y por todas partes había plumas. Por poco me caigo encima de los restos de una gallina. Cuando llegué al establo, completamente segura de encontrarme a Sívac con el cuello desgarrado, me quedé petrificada. ¡La puerta del establo estaba abierta de par en par! Y, bastante lejos del establo, se apiñaban las yeguas negras en la niebla como fantasmas a la deriva.

—¡Simeón! —grité—. ¡Lobos! ¡Ladrones!

Las yeguas se asustaron y se dispersaron. Resoplando retrocedían, miraban de reojo y agitaban sus cabezas. Entre ellas también reconocí a Viento. Enseguida corrí hacia él y le agarré por la rienda.

—¡Tonto! —le regañé mientras le volvía a conducir al establo—. ¿Por qué no te quedas donde estás seguro?

Volví corriendo e intenté recoger a los demás caballos dispersos, pero estos me rehuían. Aún así conseguí agarrar a una de las yeguas jóvenes de las riendas. Cuando intentó escabullirse, tropecé y me apoyé contra su cuello. Mis dedos rozaron una herida cerrada, con costra, por debajo de su garganta; era del tamaño de mi uña del dedo gordo. Me extrañó. Como un relámpago me volvió el recuerdo a otra herida sorprendentemente parecida en el cuello de Viento.

—¿Jasna? —Simeón vino hacia mí corriendo.

—¡Había un lobo! —tartamudeé—. Se ha cebado con las gallinas. ¡Pero podría haberse abalanzado sobre los potros! ¿Dónde está Sívac? —mi voz sonó atropellada.

Se escucharon pasos y entonces también Nema se unió a nosotros. Abrió los ojos

como platos al verme en camisión; sólo me había echado por encima una de las chaquetas de Danilo.

—¡Busca al perro! —le pedí—. ¡Seguro que está herido..., porque no nos ha avisado! —debí sonar muy desesperada, porque Nema salió corriendo de inmediato.

Simeón comprobó la cerradura.

—No está forzada —murmuró—, pero estoy seguro de que cerré el establo.

Al menos tres gallinas habían sido víctimas del lobo; las demás habían huido a refugiarse detrás del establo o al prado. Mil veces peor fue otra pérdida: faltaban cuatro yeguas.

—Espero que sólo hayan huido —dijo Simeón, pero los dos sabíamos que los caballos no se separaban de la manada y ningún ladrón abre un establo para luego dejar atrás su botín.

De sopetón solté que yo había visto a alguien y Simeón asintió irritado.

—Entonces no estará lejos. Reúne tú a los animales —y se fue a buscar su escopeta, saltó a su caballo sin montura y salió disparado al galope en dirección al bosque.

Una lluvia fina refrescaba mi cara y empapaba mi pelo, pero no me daba cuenta de que se me pegaban las ropas al cuerpo mientras recogía una a una las yeguas. Y una y otra vez llamaba en voz baja a Sívac. «Por favor, no dejes que haya muerto», rezaba en silencio.

El sol ya estaba saliendo cuando Simeón regresó.

—¡No hay nada que hacer, por lo visto el tipo era rápido! —me dijo ya de lejos—. Voy a cabalgar al regimiento para traer a Jovan de vuelta. No te preocupes, Jasna. Las yeguas aún no están perdidas.

No le dije que mi preocupación era por Sívac; eso era lo que estaba rompiendo el corazón. Empapada hasta las entrañas y con los *opanak* reblandecidos, regresé a trompicones, cansada y desanimada, por la mojada hierba, maldiciendo a Danilo por no estar ahí precisamente esa noche. Justo cuando iba a abrir la puerta de nuestra torre, sentí algo blando deslizarse por debajo de mi mano. Casi rompí a llorar del alivio que sentí.

—¿Dónde te habías escondido, cobarde? —regañé a Sívac—. ¡Tu misión es alertarnos! —le abracé y enterré mi cara en su pelaje, que estaba seco y cálido—. ¿Dónde te habrás metido? —murmuré.

En el mismo instante mi mirada cayó sobre el espejo de Marja. Alguien lo había dejado cuidadosamente del tal forma sobre el umbral que yo tenía que encontrarlo. Al observarlo más detenidamente, se me heló el corazón: habían borrado la cruz del conjuro y estaba roto. Pero no como si se hubiera caído casualmente al suelo. No, la superficie del espejo había sido golpeada a propósito y con rabia, partiendo el espejo en pequeños pedacitos que formaban una telaraña.

Capítulo 8

LA VERDAD DE NEVENA

Los sirvientes miraban con recelo la cerradura que parecía haberse abierto sin llave, por sí sola. Asintieron con sus cabezas cuando les pedí que alertaran a su regreso a los del pueblo de los lobos, y acto seguido salieron corriendo como alma que lleva el diablo. Intenté retenerlos con amenazas, pero fue en vano. Sin mirar atrás nos dejaron a Nema y a mí solas con todo el trabajo.

Fue un alivio que la vieja fuera muda, porque no hacía más que zarandear las manos. Si hubiera podido hablar, seguro que no habría dejado de quejarse todo el tiempo que estuvimos ordeñando las cabras. En cuanto ella hubo salido del establo a llevar a los animales al prado, yo fui de caballo en caballo recorriendo sus cuellos con los dedos, ahondando en su pelaje, y descubrí heridas y cicatrices. Algunas estaban ocultas bajo el pelaje y eran casi invisibles, marcas blanquecinas, limpias y bien cicatrizadas sobre la latente yugular; en cambio otras eran tan frescas que empezaron a sangrar en cuanto las toqué. Eran similares a la herida que había descubierto en Viento la mañana después de mi llegada. Me pregunté por qué no había sospechado nada entonces. Esta clase de heridas seguro que no eran de espinos o de mordeduras de caballo, no; más bien parecían un pinchazo. Como si aquel descubrimiento hubiera echado luz sobre mis pensamientos, empecé a interpretar el rompecabezas: Jovan, para el que sus corceles eran sagrados; el sentimiento de culpa que arrastraba; y Marja, a la que los del pueblo habían visto beber sangre de animales.

Sívac empezó a ladrar cuando salí corriendo del establo.

—¡Nema! —la llamé voz en grito.

La anciana se giró sobresaltada hacia mí y arqueó las cejas a modo de interrogante.

Corrí al prado y la agarré por un brazo:

—¡Ven conmigo!

Sorprendida, me siguió al establo, donde la conduje hacia la yegua.

—¡Mira! ¡Una herida! —dije—. Casi todos los caballos tienen una similar en el cuello... La del corcel de allí enfrente es muy reciente. Alguien está bebiendo su sangre. ¿Quién es, Nema?

No podría haberla sorprendido más, ni aunque le hubiera confesado que soy un hombre lobo. El color desapareció de su cara. Su arrugada boca se abrió como si quisiera decir algo, las venas de su cuello se hincharon. «¡Estás loca!», me dio a entender.

—¡Tienen cicatrices y heridas! —insistí enojada—. ¡Así que no me mientas! Es Marja, ¿a que sí?

Nema retrocedió con un siseo que me produjo escalofríos. Yo creía que con mi pregunta le había dado un susto de muerte, pero de pronto comprendí que sin pretenderlo había tocado su punto débil.

—Así que es cierto... ¡Ella sigue aquí! —volví a la carga—. ¿Estáis..., estáis alimentando a una muerta con la sangre de las yeguas y los caballos? ¿O... es que no está muerta? —esa sospecha tan terrorífica ni siquiera me la había confesado a mí misma.

La cara de Nema se desfiguró. Con sus hundidos ojos y sus enjutas mejillas parecía un fantasma. Su mano, tan llena de cicatrices, se precipitó hacia delante, pero yo me agaché con destreza esquivando su golpe y retrocedí de un brinco.

—¿Has perdido la razón?

«¡No hables de ella!», decían sus rojas manos y el furioso semblante de su rostro. «¡Jamás!». En la penumbra del establo sus ojos parecían arder, sus desfigurados dedos se asemejaban a zarpas y por un momento sentí miedo de ella.

—¡Dime la verdad! —susurré—. ¿Sigue viva? ¿Ha estado en mi torre buscando su espejo?

Nema movió la cabeza negativamente. «¡Ella se quemó!».

—¿Lo juras por tu vida?

Suspiró y asintió. En su rostro había tanto dolor, que la creí.

—Entonces está claro: es el fantasma de Marja. Viene a rondar por la finca y se bebe la sangre de los animales. ¡Nema, tienes que ayudarme! ¡Tenemos que ponerle fin a esto!

Soltó una risa insonora, amarga, casi espectral, distorsionada, semejante a la de un duende enredador. Al principio pensé que iba a volver a golpearme, pero luego vi que me hacía un gesto. Sus dedos índices señalaron hacia la raya de su cabello y se agarraba un mechón de pelo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté—. ¿Qué estas diciendo?

«¡Calla, de lo contrario Jovan te matará!», interpreté. Me miró con furiosos destellos en sus ojos y retrocedió un paso y luego otro más.

—¡Espera! ¿Estuviste tú en mi casa y...?

«¡Aléjate de mí! ¡No vuelvas a acercarte a mí nunca más!», me ordenaron sus manos de zarpa.

Luego, se giró y salió corriendo al exterior. Podría haberla alcanzado con facilidad, pero fui incapaz de moverme. El aire en el establo era asfixiante y estaba lleno de polvo, pero no fue únicamente por eso por lo que me costaba respirar. Me sujeté a la crin de Viento, cerré los ojos e intenté ordenar mis pensamientos. Me preguntaba cómo podía haber estado tan ciega y equivocarme tanto con Nema. Tal vez era cierto y realmente tenía a una enemiga en la finca. ¿Y qué era lo que me quería decir sobre Jovan? ¿Por qué me amenazaba Nema con la muerte a manos de mi suegro, que si bien era impaciente, estaba segura de que jamás me haría daño?

Cuando volví a abrir los ojos, una anilla para atar las riendas relució a la luz

matinal que entraba por la estrecha apertura de la ventana. De repente no pude soportar quedarme ni un instante más en el establo. Tenía que salir de allí. Y el único con el que quería hablar vivía a un buen trecho de las torres.

Cuando poco después salí a caballo del establo, oí que en la casa se cerraba una puerta con un fuerte portazo. Viento se asustó y trotó nervioso sobre las patas traseras. Yo me sujeté de su crin y tuve que agacharme para no golpearme contra el travesaño superior del marco de la puerta. A Nema se la había tragado la tierra y yo me alegré de ello. Recé de agradecimiento por no haberme roto la crisma y con cuidado piqué espuelas al caballo.

Al galope, con cada salto, la crin me daba latigazos en las mejillas de lo mucho que me incliné sobre Viento. Durante los primeros minutos cabalgué agarrotada. Varias veces casi me escurrí de la montura, pero finalmente me incorporé y me acomodé a sus saltos.

Con cada zancada que me alejaba de las torres, podía respirar mejor. Deseaba encontrarme a Dušan sentado bajo el árbol del ahorcado, pero el sitio junto al cruce de caminos estaba vacío, así que no tomé el camino hacia el pueblo, sino que conduje a Viento en otra dirección. Bajo sus cascos saltaba y volaba la hierba, y el frío viento refrescaba mi acalorado rostro. Pronto disipé a lo lejos la banda verde azulada del río y olí el aroma penetrante a densa agua de verano y a juncos. Sólo cuando el sonido de los cascos de Viento empezó a amortiguarse sobre la mojada y musgosa tierra le hice reducir la velocidad y caminar al paso a lo largo de la orilla del río. En las cercanías balaban ovejas. Tuve que cabalgar durante un buen trecho en dirección a Paraćin hasta que descubrí las cabañas de los balseros. Se escondían entre la maleza de la orilla del río y los frondosos álamos que estiraban sus ramas por encima de la corriente. Una balsa que hacía aguas y que no había transportado mercancía a la otra orilla desde hacía mucho tiempo estaba medio hundida junto a un cochambroso muelle. Con las piernas temblorosas me bajé del caballo y me acerqué titubeando a la única cabaña que aún tenía puerta y un tejado medianamente intacto. Sentí un extraño recelo al acercarme tanto a la vida de Dušan.

—¿Dušan? —le llamé dubitativa.

No parecía haber nadie, así que até a Viento y me atreví a acercarme más. Hojas secas revoloteaban con el cálido viento veraniego ante el umbral. La puerta no estaba atrancada y, cuando la abrí con cautela, fui consciente de que apenas sabía nada sobre el hombre que desde hacía semanas me contaba historias y me hacía reír. Tan sólo conocía sus canciones sobre héroes y tesoros, pero en esta cabaña vivía alguien que ni poseía nada ni tenía nada que perder. En la habitación había un catre con paja y, en vez de una mesa, había un paño extendido en el suelo. Encima, había un jarro y un plato de madera vacío. Las telarañas colgaban de las vigas del techo. ¿Y si ya no estaba allí? «¿Y si nunca ha vivido aquí?», me decía una desconfiada voz en mi interior.

—¡Eh! ¿Qué estás buscando tú por aquí?

No muy lejos de los árboles, un hombrecillo desgarrado y enjuto estaba observándome con aire desconfiado y, como me pareció, también despectivo. Su barba y sus desgreñados cabellos eran de un rojo sucio. No parecía un pastor, más bien un vagabundo que buscaba refugio en las cabañas de los balseros.

—¡Busco al leñador! —respondí—. Vive por aquí, ¿no? ¿O es que hay otras cabañas de balseros?

El hombre gruñón se apoyó con pesadez sobre su nudoso bastón y escupió al suelo.

—Sí, estas son las cabañas de los balseros —gruñó—. ¿Por qué?

Avergonzada me remetí mis despeinados rizos bajo el pañuelo.

—¿Vive aquí o no?

El hombre parecía estar pensándose si contestarme o no, pero finalmente, para tranquilidad mía, asintió con la cabeza.

—¿Te refieres a Dušan, no? Hace un par de días aún estaba aquí. Pero hace algún tiempo que no le veo. Es posible que ya se haya ido con los demás. Ya se sabe lo que pasa con los errantes: hoy aquí, mañana allá.

Sentí que me quedaba blanca. «No se iría sin despedirse de mí»... pensé, aunque no estaba segura en absoluto.

Rápidamente saqué una moneda y se la ofrecía al hombre.

—Si le vieras, dale un recado: que vaya a Las Tres Torres.

El pelirrojo sonrió con malicia y se guardó la moneda sin titubear.

—¿Ah, con que a las torres? —comentó—. Entonces tú debes de ser la novia del joven Vukovic, ¿no?

No le contesté. Con los ojos semicerrados me observó mientras yo volvía a subirme al caballo con alguna dificultad. Su descarada sonrisa me molestaba, pero era muy consciente de la imagen que debía de estar dándole: una mujer casada que sin ningún reparo ni decoro corría tras un soltero. Y por si fuera poco, viajaba montada a caballo; algo que no le correspondía en absoluto a una mujer.

A velocidad de vértigo reflexioné sobre qué hacer. Bajo ningún concepto quería volver a las torres. Además, aún tenía esperanzas de encontrar a Dušan en alguna otra parte. Indecisa miré hacia el bosque.

—¡Oye! —llamé al hombre—. ¿Cómo llego a la casa de la viuda Dimic?

* * *

El hogar de Anica era humilde, apenas una caseta con un tejado sobre el que habían puesto hierba y piedras para hacer peso. Dos esqueléticas vacas negras levantaron sus cabezas y me miraron. Algunas gallinas se apiñaban alrededor de un tronco para cortar leña en mitad de un pequeño patio. A su lado había leña recién cortada y apilada. Tal vez Dušan la había cortado para Anica. Detrás de la caseta se extendía un pequeño campo de maíz.

Ningún perro ladró al acercarme a la puerta. No estaba segura de qué deseaba más: si encontrar a Dušan aquí o que no estuviera en casa de Anica Dimic. Justo estaba levantando la mano para llamar a la puerta cuando desde el interior escuché una risa. Estaba tan cerca que volví a bajar rápidamente la mano y retrocedí. Siempre me había imaginado la voz de Anica aguda y clara, pero en realidad era grave y un poco ronca. Desconcertada miré hacia la ventana. Estaba entreabierta, por eso su voz no había sonado amortiguada. Ahora murmuraba algo que no entendí, y volvió a reírse. Debí de llamar en ese instante, pero no; hice lo más insensato: a hurtadillas me acerqué a la ventana, me puse de puntillas y eché un vistazo al interior de la casa.

Aún hoy me sigue sorprendiendo lo mucho que me importó lo que vi aunque en mi interior ya me lo imaginaba. Los dos estaban tumbados sobre una cama a la sombra de una hornacina. Un haz de luz polvorienta hacía resaltar la blanca y desnuda espalda de Anica. El cabello le caía como una cascada de agua negra por encima de los hombros y por encima del torso y la cara de Dušan. Como una mariposa ardiendo los celos crecieron en mi pecho. Pero había algo más que me desconcertó por completo: eso que estaba viendo ahí no tenía nada que ver con lo que mi madre me había contado acerca de la unión entre una mujer y un hombre. No tenía nada de secretismo ni de alcobas oscuras, de pecado ni de dolor. Aquí había risas, aquí había piel contra piel, y en todo ello había armonía. Sentí la total confianza entre ellos, y un nudo me atenazó la garganta. Dos amantes abrazándose. Eso que veía era la verdad de Nevena.

Aturdida, me aparté de la ventana y me acurruqué encima del tronco de cortar la leña sobre el que aún colgaban las plumas de gallina de la última matanza. Las lágrimas corrían por mis mejillas y goteaban desde mi nariz sobre mis apretados puños. Aquella mañana conocí los celos con toda su cruda y dolorosa fuerza. «No tienes ningún derecho a enfadarte», me decía a mí misma. «Dušan no te ha hecho nada, puede besar a quien quiera. Además, tú tienes un marido...». Pero mi salvaje e insensato corazón decía algo muy distinto.

No me di cuenta de cómo pasó el tiempo mientras a la sombra de la caseta luchaba contra mi destino. Me pareció que tan sólo habían pasado pocos momentos, cuando de pronto la puerta se abrió y Anica salió al sol. Volvía a vestir su traje de viuda, pero su cabello seguía suelto y le caía hasta la cintura. Alrededor de su boca se esbozaba una sonrisa que le daba a su belleza algo cortante, claro. Un perro negro, sin duda hermano de Sívac, se escabulló por su lado al exterior y me descubrió. Saltando y ladrando vino hacia mí. Viéndome descubierta, me levanté como una exhalación. Anica me vio y su sonrisa desapareció de inmediato.

—¡Lepa! —gritó.

El perro se detuvo patinando y miró sorprendido a su ama. Justo me disponía a explicarle que había venido para hablar con Dušan, cuando ella se giró y con voz ronca dijo:

—¡Jasna está aquí!

Se escucharon unos pesados pasos y entonces Dušan salió por la puerta. Sólo que... no era Dušan, ¡sino Danilo!

En esos instantes en los que el tiempo se detuvo, comprendí muchas cosas. Como si hubiera llevado un velo negro que de repente se había elevado para mostrarme la finca y sus habitantes con una luz tan fuerte que casi dolía. Vi los dobleces de esa familia de la que creía ser parte. Y por primera vez me vi como lo que sospechaba ser desde hace tiempo: una marginada, al margen de la verdad, al margen del pueblo y al margen de su nueva familia. Y pensé: «Branka lo sabe. Y Stana, y los demás del pueblo. ¿Y Dušan?».

Conocía al Danilo serio y arisco, enfadado, pero ahora, por primera vez le vi asustado y completamente sorprendido. Nos quedamos mudos uno frente al otro, ninguno de los dos fue capaz de decir una sola palabra.

Finalmente fue Anica la que reaccionó. Con tranquilidad se acercó a mi marido y enganchó su brazo en el suyo. Había algo posesivo en ese gesto. Y al contrario que Danilo, que miró avergonzado al suelo, ella me mantuvo la mirada. Sus ojos eran castaños, pero en comparación con su negro cabello parecían claros como el dorado ámbar.

—Siento que te hayas enterado de esta forma —dijo.

De repente todo me vino a la cabeza: mi primer encuentro con Danilo, la boda y todas las noches en las que había temido que mi marido fuera a tocarme; frente a la imagen de los amantes que me mostraba, con más amargura si cabe, que había sido doblemente engañada.

—Jasna —dijo Danilo—, lo siento. Compréndelo, yo no quería...

Mi sensata hermana Jelka seguro que en esa situación me habría recomendado ser razonable y lista, y no enfurecerme. «Los hombres son así», oí la voz de mi hermana en mi mente. Pero mi lógica se iba esfumando de un segundo a otro.

—¡Adúltero! —solté de sopetón—. ¡Cobarde! ¡Mentiroso!

Agarré lo primero que me vino a las manos: un trozo de leña irregular que había junto al tronco. Danilo logró a duras penas levantar el brazo antes de que el trozo de madera le alcanzara en la frente.

—¡Diablos, Jasna! ¡Para!

—¡Tú no vas a volver a darme órdenes, estafador! —le grité—. ¡Tú fornicando aquí mientras que en la finca nos roban los caballos! ¡A una mujer la empalarían por lo que tú haces! ¡Si yo fuera un hombre, podría cortarte la nariz con un hacha y echarte a patadas!

Cuando uno de los leños casi acierta a Anica, esta saltó gritando y se puso a salvo junto a la caseta. La perra se abalanzó ladrando hacia mí, pero yo la grité y apunté bien. Lloriqueando y tocada, se retiró gimiendo.

—¡Ya basta, Jasna! —gritó Danilo, pero el siguiente trozo de madera ya volaba por los aires y dio con un fuerte *clong* en la contraventana.

Ya no recuerdo todo lo que les grité a Danilo y a Anica. Pero una cosa sí la

recuerdo: que jamás había insultado con tanta ira a dos personas.

—¿Sabes qué es lo peor? —le grité a Anica—. ¡Que cuando te vi por primera vez me caíste bien! Pensé que nos parecíamos. ¡Pensé que me habías regalado a Sívac porque querías ser mi amiga, pero en realidad sólo me regalaste ese maldito chucho para recordarle a mi marido a qué cama pertenecía! ¿Con él también bailaste junto al fuego? ¿Cuántos hombres más tienes? ¿A quién más invitas a tu casa?

—¡Ya basta! —Danilo iba a venir hacia mí, pero Anica lo retuvo.

—¡Déjala! —dijo.

Ahora su voz temblaba, de su frialdad y dominio no quedaba ni rastro.

—¡Vete al infierno, Danilo! —dije enfurecida—. ¿Por qué me has tocado siquiera, si ya la tienes a ella?

Los ojos de Anica se abrieron como platos y se giró como una exhalación hacia Danilo.

—¿Que has hecho *qué*? —le reprendió.

Yo me di media vuelta y corrí hacia Viento. Este se asustó al ver que me abalanzaba sobre él, pero yo ya lo había agarrado por las riendas y me subía a la montura.

—¡Me juraste que no le ibas a poner una mano encima! —oí decir a Anica, mientras yo azuzaba a Viento al galope.

Entonces, por fin, las voces se perdieron en los golpes de los cascos del caballo.

* * *

No recuerdo cómo llegué nuevamente al río. Ni tampoco cuándo había desmontado y me había acurrucado a la sombra de un olmo. En cuanto cerraba los ojos aparecía de inmediato la imagen de los amantes ante mí. La traición de Danilo había calado hondo y pensé que nunca más sería capaz de volver a hablar con él.

«Levántate y regresa», me susurró Bela. «¡No te quedes aquí, donde el lobo puede encontrarte!».

—No voy a volver —murmuré—. Nunca más.

Eso fue lo peor de todo. De repente ya no tenía a nadie junto al que poder cobijarme o adonde poder regresar. ¿Y Dušan? Me dolía imaginar que de verdad se había marchado dejándome atrás. Apreté las palmas de mis manos contra los ojos esperando que al menos se me pasara el dolor de cabeza tan punzante que sentía.

Cuando volví a abrir los ojos me envolvía una calma pesada como el plomo. La rabia había desaparecido, quedaban la decepción y la gran vergüenza que sentía, a pesar de que había sido Danilo el que me había engañado. Estaba tumbada bajo el olmo, mi cuello rígido, mi mejilla posada sobre una dura raíz y el sabor de la tierra en la boca.

Con dificultad me incorporé y miré a mi alrededor. El sol ya había descendido un buen trozo en el cielo y Viento no estaba atado donde yo lo había dejado. De

inmediato me puse en pie, convencida de que el ladrón de caballos había estado allí. Entonces vi a mi caballo a lo lejos: se había soltado y trotaba con las riendas colgando en dirección a las torres.

* * *

Ya desde lejos vi que Jovan y Simeón habían vuelto. Sus dos caballos estaban delante del establo. Ya habían sido desensillados, pero su pelaje aún estaba brillante y allí donde habían posado las monturas estaban mojados de sudor. A su lado estaba también mi infiel Viento, mirando y agudizando las orejas hacia mí de forma inocente. Entré en la finca justo cuando Simeón sacaba a una yegua del establo. Al verme se reflejó en su rostro una expresión de alivio. En aquel momento me sentó muy bien ver que alguien de esa finca se alegraba de verme.

—Cielo santo, ¿pero dónde has estado? —exclamó desde lejos—. Acabo de encontrarme a Viento en el prado, con la montura y el apareo, pastando junto a las yeguas. Así que inmediatamente he venido a por una yegua para salir otra vez y buscarte. ¿Dónde te ha tirado de la silla? ¿Estás bien?

—No, no, sólo se soltó —dije con voz cansada—, y he tenido que hacer todo el camino desde el río hasta aquí a pie.

Simeón frunció el ceño pero no preguntó nada más.

—¡Bueno, menos mal que no te ha pasado nada! Escucha, será mejor que te vayas ahora mismo a vuestra torre y no te dejes ver hoy por aquí. Jovan está que echa chispas.

—¿Y... Danilo? ¿También ha vuelto ya?

Al pronunciar el nombre, mi corazón dio un pequeño y doloroso vuelco.

Simeón asintió preocupado.

—Está aquí, sí. Pero ya te imaginarás la que hay formada. Jovan culpa a Danilo del robo de los caballos.

—¿A Danilo? ¿Pero por qué? Si ni siquiera estaba aquí.

Sentí una punzada en el corazón, al ser consciente de dónde había pasado mi marido la noche. Y al instante volví a sentirme desgraciada.

—Precisamente por eso —murmuró Simeón.

Me preguntaba si él sabría algo sobre ese amor secreto, pero parecía tan preocupado que no me lo podía imaginar.

Ya desde el pasillo pude oír la discusión. De puntillas me acerqué a la puerta y me asomé a escondidas a la habitación turca.

—Te he confiado la finca, pero tú ni siquiera te ocupas de ella, ¿verdad? —le gritaba Jovan a su hijo—. ¡Si Jasna no hubiera dado la alarma, habrían robado también las demás yeguas! Quieres matar todo lo que me importa, ¿verdad?

—Si tú lo dices, padre —respondió Danilo con frialdad.

No se defendió cuando Jovan le agarró por las solapas y lo arrastró detrás de la

pesada mesa de madera. Un cuenco cayó al suelo y se rompió, pero ninguno de los dos se preocupó por ello.

—¡No estabas en la finca! —le gritó Jovan a Danilo—. ¡Y uno de los *hajduks* me ha dicho que te vio el sábado por la noche por el pueblo! Estoy seguro de que ese día no te envié allí por negocios. Así que: ¿por dónde andas sin que yo lo sepa, mientras tu mujer te espera y los caballos están sin vigilancia? ¿Tengo que sacártelo a golpes?

—¡Inténtalo!

Padre e hijo eran dos lobos dispuestos a saltarse mutuamente a la yugular. De repente supe con claridad que en esa finca nunca habría paz entre esos dos. Y una cosa más ocurrió en aquel momento conmigo. Durante todo el largo camino hasta allí había pensado que nunca más iba a poder mirar a Danilo sin sentir desprecio por él, pero ahora que su padre estaba a punto de darle una paliza, reconocí que había llegado el momento en el que definitivamente tenía que decidir de qué lado estaba. Pensé en la confianza que había entre Anica y Danilo... y tuve que reconocerme que yo no amaba a Danilo y que precisamente por eso tampoco estaba sedienta de venganza. Estaba dolida y furiosa, también decepcionada, pero no en lo más profundo de mi corazón. No había llegado a odiar a Danilo lo suficiente como para quedarme ahora mirando cómo su padre le golpeaba.

Inspiré profundamente y entré en la habitación. Danilo me vio y se mordió el labio inferior. En su rostro leía lo que pensaba: que los delataría, a Anica y a él, y los entregaría.

—Mi marido estuvo conmigo, suegro —dije con voz tranquila.

La garra de Jovan se aflojó, soltó a Danilo y se giró hacia mí.

—Mira por dónde, mi nuera también tiene algo que decir, ¿eh? Vaya, conque estuvo contigo, ¿eh?

Me puse al lado de Danilo.

—Sí.

Los ojos de Jovan se estrecharon.

—Entonces, ¿a quién vio el comandante de los *hajduks*?

—Posiblemente al mismo jinete que ven todos los borrachos cuando miran a las nubes medio ciegos por el aguardiente —contesté—. El sábado por la noche Danilo estuvo en nuestra torre. Y esta noche se fue porque yo había oído algo y le pedí que fuera a asegurarse de que todo estaba bien.

Jovan resopló de forma despectiva.

—¿No me dirás que no tomé la mejor elección para ti? —dijo dirigiéndose a su hijo—. Una buena mujer. No es tonta, no tiene miedo ni tiene pelos en la lengua. Y se mantiene a tu lado como una roca, como debe ser en un matrimonio de verdad. Es una pena que no os toméis tan en serio vuestros votos nupciales.

—¿Pero por qué estáis tan obsesionados con eso? —le pregunté—. ¿Porque... sois culpable de la muerte de Marja? ¿Os persigue, suegro? —era como si otra Jasna estuviera hablando a través de mí, una mujer que se mantenía erguida y cuya voz no

era temerosa, sino firme—. Creéis que esta maldición llegará a su fin en cuanto tengáis un nieto, ¿verdad? Creéis que esa será la señal con la que Dios os muestre su perdón..., sea lo que sea que tenga que perdonaros.

«¡Menuda lengua afilada tienes!», escuché decir en mi interior la voz de Jelka. «¡Eso te va a costar el cuello!».

Sobre las sienes de Jovan aparecieron dos venas; hinchadas, pero curiosamente no sentí miedo. Y decidí que lo peor ya me había sucedido y que no quería seguir sintiendo más miedo. Fueran las que fueran las normas que reinaban en aquella familia, allí afuera había otro mundo. Estaban el pueblo y personas como Dušan. Había un territorio turco en el que la gente celebraba fiestas y reía como en cualquier otra parte. Nada era ya como me parecía al principio. Y ningún hombre, ni siquiera Jovan, era todopoderoso y dueño de mi vida.

—La gente del pueblo me dijo que el diablo mantiene a Marja con vida y que ninguna chica quería casarse con Danilo —continué hablando—. Que por eso tuvisteis que traer a una mujer del extranjero. Sin embargo, su hijo y yo... tan sólo somos títeres en el solitario juego que vos jugáis con Dios por vuestra alma. Y hasta que llegue el desenlace, estáis alimentando al vengativo espíritu de Marja con la sangre de corceles negros, para que ella os deje en paz. ¡Suegro, estáis alimentando a una criatura del mal! Pero tal vez el diablo os haya encontrado hace tiempo, Jovan. Posiblemente fue su imagen la que vi esta noche a orillas del bosque.

Jovan se había puesto pálido en cuanto mencioné el nombre de Marja. Pero al decir mi última frase observé cómo ese hombre fuerte se venía abajo por completo. El miedo asomó a su rostro haciéndole parecer mayor. Por un instante me arrepentí de mis duras palabras.

—Tus días... en esta finca están contados, Jasna —dijo con voz ronca.

Yo me estremecí, pero Danilo me echó el brazo por encima y me apretó a él de forma protectora.

—Eso lo dudo mucho —le contestó a su padre—. Esta unión es para siempre. Tú mismo lo dijiste y no voy a permitirte que destierres a Jasna.

Sorprendida alcé los ojos hacia él, que a su vez mantenía la mirada a su padre.

—¡Danilo, tú te vienes conmigo! —le ordenó Jovan con ruda voz, y salió precipitadamente pasando por nuestro lado hacia la puerta.

—¡Simeón! —le escuchamos gritar por el patio un instante después—. Si queremos atrapar al ladrón y recuperar las yeguas, no tenemos mucho tiempo. ¡Ensilla para Danilo y para mí dos caballos veloces! ¡Nos vamos!

Danilo seguía abrazándome y yo sentí cómo temblaba.

—Gracias —dijo en voz baja.

Con cuidado me aparté de él y volví a poner distancia entre nosotros.

—No me apetecía ver cómo te mataba —contesté con frialdad—. Porque eso prefiero hacerlo yo.

—Las cosas... no son como posiblemente estás pensando —dijo en voz baja—.

Anica y yo nos queremos desde hace mucho.

—¡Entonces tendrías que haberte casado con ella y no conmigo! ¿Lo sabe Simeón?

De forma casi imperceptible, Danilo movió la cabeza negativamente.

—Él sabe que antes nos queríamos. Deseábamos casarnos, pero su familia se lo prohibió y la obligaron a casarse con Luka —la comisura de sus labios formó una sonrisa irónica—. Sólo para que yo no la consiguiera.

—Entonces, ¿es cierto? —pregunté—. ¿Los Vukovic estáis malditos? ¿Es por eso por lo que tu padre tiene miedo?

El silencio de Danilo fue contestación suficiente.

—¿Y... Marja?

Danilo bajó la cabeza. El cabello oscuro le cayó sobre la frente y los ojos.

—No todo lo que parece obra del diablo lo es en realidad. Mi madre está muerta, el diablo no la mantiene con vida en absoluto y tampoco estamos alimentando a su espectro. Y en lo referente a la sangre de caballo..., por estas tierras se bebe para conseguir fortaleza.

En ese momento al menos aprendí otra cosa nueva sobre mi marido: no sabía mentir mucho mejor que yo.

—¡Dime la verdad de una vez!

—No esperes demasiado de la verdad —me contestó mirándome nuevamente a los ojos.

Esa mirada fue tan cercana y sincera, que la percibí casi como una caricia. Para sorpresa mía, Danilo me sonrió. No de forma amargada o cínica, como otras veces, sino sorprendido, casi amablemente.

—Cuando te vi por primera vez pensé que únicamente eras una chica cualquiera —dijo—. Pensé que serías débil, pero no podía haberme equivocado más. Eres como el agua, que siempre encuentra su camino, incluso a través de la piedra si fuera necesario. Y siempre haces exactamente lo que hay que hacer..., aunque se trate de dar la cara por el hombre al que odias.

—¡Pero si yo no te odio en absoluto! —exclamé—. Yo...

Enmudecí de golpe. ¿Qué iba a decirle? ¿Que durante muchas noches deseé poder amarle... y que aún así sabía que me sería imposible? ¿Que sólo desde ese día había dejado de ser un extraño para mí? ¿Y que ahora deseaba que me hubiera hablado con la misma sinceridad en nuestra noche de bodas?

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté en cambio—. Tu padre nos mata como se entere de que le estamos engañando. ¿Cómo va continuar esto? ¿Cuál es mi sitio en todo esto?

—Tu sitio está aquí —dijo con una firmeza que me era nueva en él—. Las Tres Torres son tu hogar —y se echó a reír como si sus propias palabras le estuvieran sorprendiendo—. Tenías razón cuando dijiste que soy un cobarde. Obedecí a mi padre de forma ciega, con la ridícula esperanza de ganarme su reconocimiento. Pero

eso ya se acabó definitivamente.

No le detuve más y Danilo salió de la habitación sin mirar atrás, con pasos largos y decididos hacia el establo. Por la ventana vi cómo Jovan y él se alejaron al galope. Bajo las patas de los caballos se levantó una nube de polvo que se mantuvo bailando en el aire de verano.

Capítulo 9

DANZA JUNTO A LA FOGATA TURCA

Aquel día llevé a cabo mi trabajo en la finca como una sonámbula. Atendí a los caballos y a los demás animales, cociné mijo y horneé el pan. Nema ya no se dejaba ver y yo no la busqué. Pero sospechaba que Simeón y ella se habían puesto de acuerdo, porque mientras limpiaba su escopeta, con la que se iba a pasar la noche haciendo guardia, eludió todas y cada una de mis preguntas. Sin decir palabra me observó mientras saqué el icono de la Virgen María de la torre Jelena. Posiblemente intuía que no iba a poder detenerme. No permití que me prohibieran pintar cruces en puertas y ventanas. Me pinché las manos al cortar las ramas de espino blanco que coloqué delante del umbral de la puerta. Y finalmente, a pesar de todas las prohibiciones, unté con el ajo que había recogido en una ocasión en casa de Branka todas las cerraduras. Luego atranqué la torre y dejé fuera incluso a Sívac, cuya presencia ese día apenas podía soportar. Como protección contra Marja, coloqué el icono de la Virgen ante la ventana del dormitorio, donde desde la cama podía verla mejor. La madre de Dios estaba pintada sobre un fondo dorado, y un manto de color púrpura le cubría el cabello y los hombros. El niño Jesús le echaba los brazos al cuello. En el cuadro, María besaba a su hijo y le sostenía la mano derecha con suavidad y ternura, como una madre mostrando su amor.

Finalmente me tumbé agotada en la cama, que había dejado de ser una cama matrimonial, cogí la cruz de la pared y me la coloqué sobre el pecho. Si cerraba los ojos, aún podía convencerme de que la madera seguía oliendo un poco al humo del salón de mi infancia, a la papilla demasiado aguada de mijo que yo solía cocinar para Majda y al cabello lavado con manzanilla de mi hermana. Pensé en mi madre, mientras el agotamiento me arrastraba y, como una ola, me transportaba a la casa de mi padre. Entre mis párpados cerrados me llegaba el brillo de Bela.

A pesar de todas las preocupaciones, fue la primera vez desde mi llegada que pude dormir profunda y despreocupadamente. La oscuridad, sin luna, me envolvió en sus brazos de terciopelo y me acunó con suavidad en un mar de rostros e imágenes. Palabras sueltas rondaban en mis pensamientos: las voces de Jovan, el contador de historias, y de Branka, aconsejándome un brebaje mágico... Vi los caballos negros galopar por la noche y el lobo gris observando a Anica y dando vueltas alrededor de la fogata. Al final apareció Dušan ante mis ojos, un comediante que bailaba y reía. Cuando volví del sueño a la realidad, apenas un paso, y abrí los ojos, estaba completamente despejada y envuelta en una triste calma. El cielo estaba negro; a través de la ventana no pude distinguir ni una sola estrella. Tan sólo un ruido hizo que mis sentidos se pusieran alerta. ¿Estaban llamando a la puerta? Cautelosamente me

incorporé en la cama y escuché. ¿Habrían vuelto Jovan y Danilo en mitad de la noche? Sin embargo, no oía pasos, ni caballos. Ni siquiera Sívac ladraba. En cambio, alguien empezó a silbar una canción. ¡Una canción que sólo una persona en Medveda se sabía!

Jamás me había levantado tan deprisa de la cama. Corrí a la ventana. Simeón había colocado lámparas sobre el muro de la finca y el débil reflejo de su luz llegaba hasta la torre. Pero cuando vi quién estaba al pie, arqueé sorprendida las cejas. Era Sívac, brindándome su sonrisa perruna.

Los silbidos se hicieron más débiles y finalmente cesaron. Entonces apareció Dušan entre las sombras y le dio a mi perro unas amables palmaditas en el lomo.

—El único perro que sabe silbar —susurró—. La gente de la ciudad pagaría una fortuna por él.

No sabía si abrazarle por no haberse marchado, o si prefería apalearle por exponerse así al peligro.

—¡Dušan! ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre aparecer así por aquí? —le bufé—. ¡Si te pilla Simeón, te matará de un tiro sin pestañear!

—Para eso primero tendría que verme —respondió en voz baja—. Y no sé quién, excepto tú, podría delatarme. ¿Estás sola ahí arriba, no? Tu gente y medio regimiento han ido a la caza del ladrón de caballos.

Al incorporarse y mirar hacia arriba, una débil luz iluminó el lado izquierdo de su cara.

—¡Tu ojo! —señalé asustada.

Dušan se encogió de hombros y sonrió divertido.

—Qué se le va a hacer. Es el aspecto que toma cuando un puño da en la diana.

—¿Con quién te has peleado esta vez?

—Ven aquí afuera y te lo contaré.

—¡No!

—Vale, pues me quedo aquí plantado. Tu querido Simeón está haciendo su ronda alrededor de los establos, aunque me temo que no tardará en doblar la esquina y entonces, desgraciadamente, me meterá una bala en el cuerpo. Por tu culpa, *ljubica* —y en voz baja, pero no suficientemente baja, comenzó a cantar—: Oh, doncella mía, al ardor de tu mirada...

—¡Ve a la ventana de debajo de la parte trasera de la torre, anda! —solté entre dientes.

Allí estaba Dušan esperando cuando abrí un poco la contraventana. El alféizar se encontraba un poco por encima de su cabeza, así que tenía que mirar hacia arriba para verme. Como la luz de las lámparas no llegaba hasta detrás de las torres, sólo pude intuir sus trazos a la luz de la luna nueva.

—Siniestro, ¿a que sí? —susurró nervioso—. ¿Sabías que el lobo tiene la culpa de esto? Cada día se come un trozo de la luna hasta que todo queda a oscuras; así puede devorar las ovejas en los prados sin ser visto. Después está tan saciado que deja a la

luna en paz hasta que nuevamente hay luna llena.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —murmuré, pero desgraciadamente sonó más a reproche de lo que pretendía—. Alguien me dijo que te habías marchado...

Escuché su risa contenida, cuyo sonido produjo un cálido eco en alguna parte de mi pecho.

—No, únicamente quería comprobar si me echabas de menos y por lo visto lo haces. Si hasta sobornaste al loco de Stasko para que me diese tu recado.

—¡Yo no te he echado de menos en absoluto!

—¿Ah, no? Está bien, en ese caso puedo contarte la verdad sin miramientos: he estado en el pueblo... con la bella Ruzica, la hija del *hajduk* que tiene el cabello rubio.

Casi me echo a reír de forma sarcástica.

—¿No me digas? ¿Y por qué no te has quedado con ella? ¿O es que te ha echado en mitad de la noche de su casa?

—Qué va. Nunca haría algo así. Es como una rosa, suave y fragante. Hemos pasado estas noches bebiendo vino dulce y besándonos. Pero... ¿sabes qué? Que no es para mí. A mí me gustan mucho más las rosas con espinas. Las chicas como tú.

Tragué saliva y pensé en Anica.

—Seguro que no la has besado —susurré—, ni... a Anica tampoco, ¿a qué no?

—No, pero en lo de que tienes espinas no he mentado.

—¿Conoces a la viuda de veras o ni eso?

—Sí —me llegó la respuesta en voz baja desde abajo—. Visita a los errantes de vez en cuando. Creo que se siente sola, de lo contrario no habría venido a bailar en nuestra fiesta de julio. Y me estuvo sonsacando sobre ti. Me parece que le caes muy bien, de verdad.

«Si tú supieras», pensé. «Nosotros, los marginados, somos como los perros, que nos saltamos a la yugular unos a otros».

—¿Quién te ha puesto así ese ojo?

Mi pregunta tan directa hizo que Dušan de repente se pusiera serio.

—¿Esto? Por culpa de mi propia estupidez. Alguien quería algo de mí, y yo quería otra cosa. Así que intentó hacerme entrar en razón. En fin, como ves, no soy fácil de persuadir.

—Dušan, ¿quién ha querido “persuadirte”?

—Eso es cosa mía, *ljubica* —contestó—. ¡Y ahora, por lo que más quieras, no me preguntes si nosotros tenemos algo que ver con el robo! Ya es suficiente con que nos acusen los *hajduks*.

—¿Y...? ¿Tienen razón?

Él movió la cabeza negativamente.

—De modo que sólo has venido hasta aquí para fardar de tus amoríos, ¿no?

—No —la voz de Dušan se convirtió en un rumor, se volvió exigente y atrayente a la vez—. Estoy aquí porque he traído algo para ti.

—¿En mitad de la noche?

—Sí. Es importante. Déjame entrar en casa y te lo doy.

A pesar de la oscuridad intuí el movimiento de dos manos que se posaban sobre el alféizar. No sé por qué, pero de repente me acordé de las palabras de Milutin: «Si se actúa con imprudencia, se puede invitar a entrar al mal».

—¡No! —susurré retirándome un poco de la ventana.

Las manos desaparecieron. El silencio me respondió. Ya pensaba que Dušan se había marchado, pero cuando me asomé cautelosamente a la ventana, volví a distinguir su silueta.

—Como quieras —ahora su voz sonaba enfadada—. Dame al menos la mano.

—¿Qué?

—¡Por Dios, Jasna! Si te quisiera hacer algo malo, habría tenido ocasiones mucho mejores junto al árbol del ahorcado, en vez de aquí, donde una sola palabra tuya haría aparecer a un hombre armado con una escopeta.

—¡Simplemente dime qué quieres de mí en mitad de la noche! —respondí igual de brusca—. ¿Qué es tan importante que no pueda esperar hasta que salga el sol?

—¿Que yo quiero algo de ti? —gruñó—. ¡Venga ya, no te comportes como si quisiera mirarte bajo las faldas! Recibí el mensaje de Stasko. Por lo visto querías verme con urgencia y ¡aquí estoy! ¿Es eso un crimen?

Titubeé y me mordí los labios.

—No —contesté finalmente con cautela.

—Pensé que si habías ido cabalgando hasta las cabañas de los balseros, te tenía que preocupar algo importante —continuó diciendo—. Así que no quise hacerte esperar. Además, la medianoche ya ha pasado. Eso quiere decir que ya se ha iniciado el día de la Virgen con tu nombre y quería ser el primero en felicitarte por tu santo. Y bien: ¿lo quieres o no?

Por primera vez Dušan había conseguido dejarme completamente sin palabras. Se me formó un nudo en la garganta que no me dejó pronunciar palabra. Y eso que habría tenido muchas cosas que contarle: que no sólo era mi santo, sino que mi madre me había puesto el nombre de Jasna, la clara, porque nació el día de santa Clara, y que por tanto también era mi cumpleaños, cosa que no le había contado a nadie en la finca. Veía a Jelka, que también este año encendería una vela como recordatorio de que, aun estando lejos de allí, yo seguía siendo hija de mi madre.

«¡No te fíes de él! ¡Sigue siendo un extraño!», me advertía una voz que se parecía sospechosamente a la de mi hermana mayor.

«No más extraño que las personas que se hacen llamar mi familia», la contradije con aire testarudo.

Hoy pienso que fue aquel instante en el que, si bien mantuve a Dušan la puerta de la torre cerrada, le abrí una puerta en mi corazón. Me apoyé sobre el ancho alféizar de la ventana y extendí la mano entre las contraventanas. Al sentir los dedos de Dušan, me sobrecogí, pero por muy brusca que acabara de sonar su voz, más desconcertante

fue su apretón de manos, precisamente por su suavidad y calidez. Con cuidado, giró la palma de mi mano hacia arriba y depositó en ella un objeto alargado y plano: el puño de madera de un cuchillo que aún estaba caliente de su mano. Dušan cerró mis dedos alrededor de él.

—Reconozco que un cuchillo no es precisamente el regalo más apropiado para una mujer —dijo en voz baja soltando de nuevo mi mano—, pero al menos es útil. Este cuchillo jamás ha cortado pan y ha sido bendecido en una iglesia, así que hace retroceder al mal. Pensé que tal vez seguías teniendo miedo de Marja, y para ser sincero, me preocupé al oír que esta noche te habían rondado lobos y ladrones. Lleva el cuchillo siempre contigo, a mí me ha ayudado muchas veces.

—Gracias —susurré.

—Porque seguro que tienes miedo, ¿no? —quiso saber Dušan.

—Sí —contesté titubeando.

—Yo también tengo miedo a veces —dijo con una sinceridad que me desarmó—. A menudo sueño que estoy encerrado o que me persiguen. Sueño con grilletes. Y cuando me despierto incluso me duelen tanto las muñecas que podría echarme a llorar. Posiblemente por eso no me gusta estar demasiado tiempo en un mismo lugar.

Nunca antes me había encontrado con un hombre que hablase tan abiertamente. Era extraño ver cómo la oscuridad nos dejaba desnudos y vulnerables y aun así nos protegía.

—Entonces: ¿por qué querías verme, Jasna? —me preguntó serio.

Ahora ya no tenía nada de comediante, lo cual me facilitaba el contestarle.

Inspiré profundamente y comencé a contarle. Le hablé de Marja y del espejo, de las heridas de los caballos, del espectro y de la siniestra imagen junto al arroyo. Pero de Anica y de Danilo no dije ni una palabra.

—Sobre esta finca pesa realmente una maldición —dije terminando mi relato después de un buen rato—. Esta familia lo sabe, pero nadie me dice la verdad. Y pensé que tal vez tú podrías darme algún consejo de lo que puedo hacer contra esta situación. Si fue Marja la que colocó el espejo junto al umbral, y yo creo que fue ella..., entonces... tengo que encontrar un camino para ahuyentar a su fantasma de una vez por todas.

—Suenan realmente mal —murmuró Dušan pensativo—. En fin, si se pone tan furiosa de ver su propia imagen que rompe el espejo al verse, debe de tener una cara realmente fea.

—¡No te burles!

—Sólo intentaba animarte un poco —dijo Dušan sin un ápice de mofa—. Porque la verdad es que aquí fuera se me han puesto los pelos de punta al escucharte. A mí esto que cuentas ya no me parece que sea la aparición de un fantasma.

—¿Pero quién si no el vengativo espíritu de un muerto iba a destrozar cosas y beber sangre?

—Un vampiro.

—Los vampiros estrangulan a sus víctimas hasta la muerte o los aplastan mientras están durmiendo, ¿no?

—En las zonas de donde venimos tú y yo, sí —dijo Dušan en voz baja—. Pero aquí, en la frontera militar, parece que a esos muertos vivientes les gustan más las crueles costumbres de los príncipes de Walachia o de los señores de la guerra turcos. Se dice que por aquí algunos muertos vivientes succionan a sus víctimas la sangre para robarles la vida del cuerpo, por un sitio debajo de la oreja. Hace un par de años hubo un caso en Kisolova, en la zona alta de Hungría; allí hubo un muerto que succionaba sangre así. Y aquí en Medveda, un joven *hajduk* se rompió la nuca y volvió como vampiro. Sus víctimas también tenían marcas en el cuello. En fin, tal vez este tipo de vampiro tampoco le haga ascos a la sangre de caballo, ¿no? Incluso la figura que viste junto al arroyo podría ser una prueba: los vampiros no pueden cruzar el agua corriente. Sin embargo, tienen poder sobre los animales, también sobre los lobos. Algunos incluso pueden transformarse en animales..., como mariposas o murciélagos..., o aparecen en forma de hombre lobo —dijo bajando la voz—. Así que podría ser cualquiera. Tal vez te encuentres con él cada día. ¿Hasta podría ser el señor de la casa?

—¿Qué quieres decir?

—¡Psst! ¡No hables tan alto!

—¿Significa eso que mi propio suegro es un vampiro? —le susurré.

—A lo mejor por eso el sacerdote no le deja entrar en su iglesia.

—¡Qué tontería! Los vampiros... tienen otro aspecto. No tienen sentimientos humanos. Uno que vuelve es tan sólo... el envoltorio de la persona que fue, guiado por el diablo, a veces incluso es tan sólo la piel inflada que el diablo ha llenado con sangre. Además, seguro que no se les ve rezar... y no se los encuentra uno durante el día.

—Yo no pondría la mano en el fuego sobre eso último. Sólo porque no cuenten nada sobre ello, no significa que no sea posible, ¿verdad? Yo al menos he oído de vampiros que vivían entre los humanos y se comportaban como ellos. Sólo que durante la noche tenían un poder demoníaco.

De repente me sentí muy débil. Me mantuve en silencio y agarré con fuerza el mango del cuchillo.

—Entonces tú también podrías ser uno de ellos —dije—. Tal vez merodees por aquí en forma de lobo... Y Sívac no ladró porque por la noche tú tienes poder sobre él.

—Tal vez —contestó serio.

Irremediablemente sentí frío. El silencio que nos envolvía cuando nos callábamos era espeso y oscuro. Únicamente a lo lejos se intuía el rumor del arroyo.

—De todas formas lo de la sangre de caballo puede que sea por algo completamente distinto —dijo Dušan después de un rato—. ¿Y si Jovan la bebe... para protegerse de una maldición? El joven *hajduk* del que te hablaba fue

atormentado por un vampiro durante su servicio militar; para escapar de él, había comido tierra de la tumba de aquel y se había untado con la sangre del vampiro. Claro que no le sirvió de nada al pobre diablo. Después de su muerte, él también se levantó de su tumba.

—¿Quieres decir que Jovan lo que tiene es miedo de convertirse en vampiro? Y los caballos ¿son para protegerle? —planteé.

—Los caballos negros son capaces de encontrar tumbas de vampiros —dijo Dušan siguiendo el hilo—. Quizá su sangre también tenga poderes especiales.

Parecía tan terroríficamente lógico todo que me estremecí. A menudo me había preguntado por qué Jovan únicamente admitía caballos negros en su finca. «El diablo... está ganando terreno», escuché sus temerosas palabras en el establo. Y también interpreté a Nema contestando a mi pregunta de quién bebía la sangre, intentando indicarme el mechón blanco de Jovan. Así que mi suegro vivía con un miedo mortal...

—Venga, ya vale de historias espeluznantes —murmuró Dušan, sin duda pretendiendo sonar alegre, aunque yo capté perfectamente lo incómodo que estaba—. Voy a contarte una historia que te va a hacer pensar enseguida en otras cosas. ¿Sabes en quién pienso cuando quiero combatir mi miedo?

—¿En los labios de miel de Ruzica?

—¡Ay! ¡Aquí está de nuevo la espina pinchándome! No, en el rey Matjaz. En mi patria se alaban sus heroicidades. ¡Cuánto desearía tener un caballo como el suyo! Porque su caballo puede hablar como una persona. Kralj Matjaz tenía una muchacha a la que amaba, Alenka. Y cuando se casó con ella, hubo una fiesta por todo lo alto.

En ese momento me alegré de que todo estuviera tan oscuro, porque si no Dušan me habría notado que el recuerdo a mi propia boda me ponía triste.

—A la mañana siguiente, después de la noche de bodas, Kralj Matjaz fue llamado a la batalla contra los turcos. Naturalmente, salió de inmediato... pero como protección le dejó a su joven esposa el caballo. El caso es que el Sultán consiguió hacer prisionera a Alenka y el fiel caballo huyó directamente hasta Matjaz para informarle de que el Sultán pretendía tomar a Alenka como esposa. ¡Tenías que haber visto a Matjaz! Se disfrazó de turco y se atrevió, sin miedo alguno, a adentrarse hasta el campamento del enemigo. En medio de la fiesta, le pidió al Sultán el honor de bailar con su prometida y el Sultán se lo concedió. Y Alenka, que había reconocido a Matjaz por su anillo, se dejó llevar al baile —Dušan se acercó más a la torre y cantó en voz baja en el idioma extranjero de su tierra natal—: «*Enkrat naprej, enkrat nazaj, Kralj Matjaz si izbira raj*», «uno adelante y uno para atrás». Los dos danzaron y danzaron, alejándose de la hoguera más y más, y nadie se percató de que así llegaron hasta los caballos. Y antes de que los turcos se dieran cuenta, Matjaz ya había aupado a su esposa a la montura, se montó detrás de ella de un salto y la secuestró de en medio del campamento enemigo.

Yo sonreí con el final feliz de la historia.

—¿Y qué hay de ti, Jasna? —me preguntó Dušan—. ¿Seguirías tú a tu marido si él quisiera rescatarte de tus secuestradores?

Sentí esa pregunta como una bofetada que borró mi sonrisa de un plumazo y me hizo regresar de mi sueño.

—¡Dušan, eso no es asunto tuyo!

—¿Y si fuera... otro el que quisiera llevarte lejos de aquí? —me susurró.

Retiré rápidamente la mano del alféizar, como si estuviera ardiendo. Por unos instantes cerré los ojos. Veía en mi imaginación cómo Dušan y yo dejábamos atrás las torres y cómo Šarac galopaba con largos saltos hacia el río. El viento olía a violetas salvajes y el aire nocturno sabía a luna y a verano. Pero entonces llegábamos a las cabañas de los balseros y yo entraba en la casa, que en realidad no era más que una nueva torre en la que me esperaba otra inquietante noche de bodas.

—Vete —dije con la voz ronca—, antes de que Simeón al final te oiga.

Entonces cerré las contraventanas y eché el cerrojo.

Permanecí acurrucada sobre el banco del alféizar de la ventana de mi alcoba sosteniendo con fuerza el mango del cuchillo, hasta que la mañana elevó el negro paño de la noche sobre el borde del bosque. Ahora que se iba haciendo de día, reconocí que el mango estaba elaborado con madera de fresno y que había estado ya muchas veces en la mano de Dušan. Por alguna razón ese pensamiento me consoló.

Cuando Sívac comenzó a ladrar como un loco, escondí el cuchillo rápidamente bajo la almohada y corrí abajo. Pero no eran ni Jovan ni Danilo los que habían vuelto, sino dos pastores, que esperaban a una distancia respetuosa de la puerta. Simeón salió corriendo a la vez que yo al patio, escopeta en mano y con los ojos enrojecidos de la guardia nocturna.

—¿Qué hay? —preguntó a los hombres desde lejos.

El mayor de los dos se quitó la gorra de la cabeza y la estrujó nervioso entre sus manos.

—Es vuestro señor —respondió—. Está junto al arroyo, no muy lejos del árbol del ahorcado... Muerto.

Capítulo 10

EL DESCANSO DE LOS MUERTOS

Una hora escasa después, Simeón y dos soldados portaron a Jovan a la finca. Le habían envuelto en un paño. Su corcel cojeaba tras la procesión, atado por las riendas.

Al ver a mi suegro en toda su miseria, rompí a llorar. Y no porque la herida de su sien me hubiera asustado —a lo largo de mi vida había visto ya a muchos muertos—, sino porque en su cara se dibujaba una increíble sorpresa. Yo únicamente había conocido a Jovan como señor de la finca, misterioso y a veces cruel, obsesionado por el medio y el remordimiento, y a la vez resplandeciente como el reflejo de un sol lejano. Sin embargo, la muerte vuelve a todas las personas tan indefensas como a durmientes. Y Jovan parecía tan perdido, que me quedé abatida y ya no vi ante mí al hombre iracundo, sino únicamente al generoso y sonriente contador de historias. Ahora que conocía su secreto, la pena me desgarraba el corazón. Con la presencia de la muerte, me resultó imperdonable que nos hubiéramos separado discutiendo.

—Se ha tenido que caer de cabeza sobre las piedras —gruñó uno de los soldados—. Seguro que su caballo tropezó al querer saltar el arroyo.

Simeón, al que le caían las lágrimas por las mejillas, no contestó. Yo intentaba imaginarme cómo un jinete tan experimentado podía haber sufrido una caída tan desgraciada. Una inapropiada y fea sospecha me vino a la cabeza «¡No!», me ordené a mí misma. «Danilo no dejaría a su padre tirado y moribundo junto al arroyo. ¿O sí?».

—¿Habéis visto a Danilo? —pregunté aturdida. El *Hajduk* más mayor se pasó el dorso de la mano por el espeso bigote y movió la cabeza negativamente.

—Iré a buscarle... luego —dijo Simeón con la voz tomada.

Danilo me había evaluado correctamente: hice lo que había que hacer, y lo hice como si una parte de mí estuviera paralizada y tan sólo fuera capaz de resolver los temas inmediatos. Pasé de largo al lado de los hombres y de Nema, que estaba petrificada de dolor echada sobre el cadáver, y até a Sívac junto a la puerta del establo, para que no se acercara a Jovan. Ningún animal debía pasar por debajo de la camilla de un muerto, ni saltar por encima de él, si uno no quería que este se levantara de su tumba. Después, llevé al corcel de Jovan al establo, lo desensillé y, con manos temblorosas, le quité los aparejos y le curé la herida de su pata delantera. Sin duda alguna había sobrevivido a una mala caída. Estrías sangrientas se marcaban en su articulación. Afuera Simeón pidió a Nema con voz quebrada que fuera a por vino y agua del manantial para lavar al muerto.

Apoyé la frente contra el cálido hombro del caballo y cerré los ojos. Intenté comprender que aquel muerto era realmente Jovan, pero no lo conseguí. Era como si

Las Tres Torres no pudieran seguir existiendo sin él, como si nadie en la finca tuviera ya una razón para continuar con su trabajo sin su habitual voz de mando.

Cogí toda la paja que pude echarme al delantal y fui con ello a la habitación turca. Simeón había despejado la meda que iba a servir de lecho mortuario y tomó la paja, asintiendo agradecido con la cabeza.

—Necesita... la bendición de un sacerdote —dije en voz baja—. Para que no regrese. Eso es lo que él temía, ¿no es así?

Simeón, que estaba ya extendiendo la paja encima de la mesa, se detuvo en mitad del movimiento. Vi el dolor en su envejecida y curtida cara. Sus ojos estaban rojos y aun así emanaba de ellos una fortaleza que yo no había visto antes en él. Lentamente se incorporó.

—Danilo... ¿te lo ha contado? —preguntó con un tono peligrosamente tranquilo.

—Él sólo me ha dicho que los Vukovic varones están malditos. El resto me lo he imaginado yo.

Simeón echó una angustiada mirada hacia la mortaja del difunto. Yo sabía que el alma de mi suegro seguía estando allí y que él podría oír cada palabra. Por ello no me resistí cuando Simeón me agarró por el brazo y me condujo por la puerta al pasillo.

—¿Qué es lo que te has imaginado? —siseó. Allí, donde podíamos mantener contacto visual con el difunto, pero podíamos hablar sin ser oídos por él, le conté lo de los caballos y la presencia de Marja.

—¿Quién pronunció la maldición? —pregunté—. ¿Mató Jovan a Marja? ¿Se le aparece para vengarse de él?

—¡No! —consternado, Simeón movió la cabeza negativamente—. ¡Jovan jamás le habría hecho daño!

—Entonces, ¿qué fue lo que pasó?

Simeón no me contestó. Casi podía sentir cómo se alejaba de mí. De un instante a otro me daría la espalda y me dejaría atrás con una incertidumbre que no podía soportar por más tiempo.

—¡Dímelo! —insistí, pero él miraba ante sí sin mediar palabra.

Antes de que me pudiera pasar de nuevo por la puerta, me planté ante él y clavé mis dedos en sus hombros.

—Si no me lo dices..., te juro por todos los iconos y por la Santa Virgen María, que abandonaré la finca antes del entierro.

Sólo esperaba que Jovan no hubiera oído mi susurrada amenaza. Era tan siniestra como si le hubiera expresado al difunto mi desprecio a viva voz. Un entierro al que la familia, deliberadamente, no asistía era peor que una maldición. Simeón se quedó petrificado. Luego, agarró mis muñecas con tanta rapidez que del susto casi pego un grito. Pensé que iba a pegarme, pero me llevó de nuevo a la habitación turca. ¡Directamente hacia el cuerpo envuelto!

—¿Qué estás haciendo? —le susurré, asustada, al ver que Simeón se arrodillaba junto a Jovan en el suelo y me obligaba a mí a hacer lo mismo.

De pronto el compañero de mi suegro me era completamente extraño..., salvaje y enfadado, un guerrero que había vivido mucho dolor.

—Hace muchos años te hice el juramente de no decírselo jamás a ningún alma viviente —dijo dirigiéndose al difunto con voz quebrada—. Pero ahora creo que ha llegado el momento de que se me permita hablar de ello, aquí ante ti, Jovan —Simeón se santiguó y, sin apartar la mirada del muerto, me dijo—: Jasna, piensa bien si de verdad quieres saber algo que va a perseguirte el resto de tu vida. Y si de verdad quieres que hable, toma la mano de Jovan y jura por tu alma y por tu vida que guardarás el secreto y que no se lo contarás a nadie..., ni ahora, ni en el futuro, ni siquiera en tu propio lecho de muerte.

Una parte de mí quería levantarse de un salto y salir corriendo. Pero al mismo tiempo pensaba que no había nada peor que la incertidumbre. Disimuladamente eché mano del cuchillo de Dušan, que había escondido bajo el cinto. Saber que lo llevaba conmigo me dio valor. Lentamente asentí con la cabeza.

Simeón echó la sábana hacia atrás. Se me puso piel de gallina al posar mi mano sobre la fría derecha de Jovan.

—Yo... lo juro —dije.

Simeón suspiro.

—Perdóname, amigo —murmuró hacia él; luego se dirigió a mí—. El sufrimiento que Jovan ha tenido que aguantar ha sido por salvarme la vida. ¿Ves esto?

Levantó la barbilla y señaló con el dedo índice la blanquecina cicatriz de su cuello.

—Yo acompañaba a Jovan en sus viajes de negocios. Habíamos viajado de Edirne a Estambul. Llevábamos allí no más de dos meses, cuando ocurrió la desgracia. Tuve una discusión con un tipo verdaderamente despreciable. Un funcionario. Siempre estaba falto de dinero, porque había caído en las redes del juego, a pesar de que su religión se lo prohibía. Una noche vino a nuestros aposentos afirmando que le habían robado sus joyas y su dinero. Y como nosotros éramos forasteros y cristianos, nos culpó a nosotros de haberle robado. Él me amenazó y yo negué cualquier sospecha sobre mí. Ya no recuerdo lo que le dije, tal vez le ofendiera de verdad, o simplemente no tomé su ira lo suficientemente en serio. La cuestión es que le di la espalda... y lo siguiente que sentí fue su cuchillo en mi garganta —la mirada de Simeón me atravesaba para ir muy atrás en el tiempo y sus ojos me pareció ver las imágenes de una lucha—. Conseguí echarme a un lado; gracias a eso el corte no profundizó tanto como para dejarme mudo. Como pude, llamé a Jovan y, cuando yo creía que aquel turco iba a asestarme la puñalada mortal, lo oí jadear y cayó al suelo. Jovan había venido corriendo en mi ayuda y... le había clavado su puñal en el costado para salvarme —Simeón tragó saliva con dificultad y se frotó cansado los ojos—. Él era joven entonces, no mucho mayor que Danilo hoy, y era muy temperamental, actuaba antes de pensar. Únicamente vio que mi vida corría peligro y puso todo su empeño en salvarme. ¡Si hubiera imaginado siquiera lo que con ello se le echaba encima! El

funcionario no murió inmediato. Con su último aliento maldijo a Jovan. A veces aún oigo sus susurros en mis sueños. Dijo que su sangre perseguiría a su asesino, que ni Jovan ni los suyos encontrarían la paz... ni en la vida ni en la muerte.

«¡La maldición de un asesinado!», solté la mano de Jovan, me levanté de un salto y retrocedí hasta que me golpeé con la mesa. Rápidamente me santigüe.

—¡Santo Dios del cielo! —exclamé.

—Naturalmente tuvimos que abandonar la ciudad de inmediato —continuó Simeón contando—. A los dos nos habrían ejecutado de forma cruel; la vida de un funcionario valía mucho más que la de dos viajeros cristianos. Huimos a través de la frontera militar y continuamos hasta Hungría. Jovan no tardó en conseguir allí también nuevos contactos comerciales, y el susto fue disipándose lentamente. Después de año y medio volvimos a nuestra patria. Cerca de Belgrado, Jovan conoció a Marja y la trajo a su hogar. Tras las primeras dificultades todo parecía encarrilarse para bien, pero apenas dos años después del nacimiento de Danilo, la maldición alcanzó a la bella Marja. Sus dientes se volvieron rojos como la sangre, sus ojos se hundieron en sus cuencas y sus manos se convirtieron casi en garras. En cuanto salía el sol, su piel se abrasaba. Jovan hizo venir a un médico húngaro, pero este tampoco supo lo que le estaba pasando a la joven. Descubrimos que la sangre animal calmaba sus ataques de ira y su horrible sed, y el médico nos aconsejó que la bebiera para fortalecerse. Pero por aquel entonces ya sabíamos lo que en verdad ocurría: la maldición había convertido a Marja en vampiro. Ya no era ella misma. Dejó de hablar y la pobre se escondió en la torre. En aquella época, Jovan compró los primeros caballos de sangre árabe. Dicen que es un poderoso remedio curativo, pero a Marja no logró salvarla. Jovan vivió siempre con el miedo constante de ignorar cuándo se iba a cebar en él la maldición —la voz de Simeón bajó de volumen hasta un triste murmullo—. Cuando nació Jovan, yo juré a su padre, Petar, que sería un hermano para mí, que lo protegería. Del mismo modo que el padre de Jovan, Petar, y yo habíamos sido el uno para el otro como hermanos, así quería ser para el hijo de Petar, mi gran amigo. Sin embargo, al final fue Jovan quien me salvó la vida a mí y lo pagó muy caro.

Tendría que haberme sentido aliviada por comprenderlo todo por fin, pero curiosamente aquel conocimiento tan sólo me llenó de tristeza. «Jovan y Marja... ¡bajo cuántas sombras tuvisteis que vivir!». Ahora comprendía por qué Jovan había actuado así... Tuvo que fingir que Danilo no era su hijo. Había renegado de él para desviar la maldición. Y había volcado sus esperanzas en un nieto que le demostrase que la maldición había llegado a su fin. Sentía lastima por Jovan, sí, pero también veía ante mí a Marja. Recordé las palabras de Dušan: «Si se pone tan furiosa de ver su propia imagen que rompe el espejo al verse, debe tener una cara realmente fea».

Había sido una broma irrespetuosa, pero ahora reconocí cuánta verdad por desgracia había en ellos.

—Marja tuvo que pagar siendo inocente, y sufrir terriblemente —dije—. No me

extraña que esté sedienta de venganza.

Simeón suspiró.

—El diablo toma cualquier alma si tiene ocasión.

Pensé en la figura junto al borde del bosque y me entró un escalofrío.

—¿Y yo? —pregunté en voz baja—. ¿Habéis... considerado que la maldición también podría alcanzarme a mí?

—No, porque Danilo no es hijo legítimo de Jovan —contestó Simeón en voz tan alta y clara como si una mentira se pudiera volver verdad por su contundencia—. Su padre fue el pastor Goran. Y ahora ya todo ha pasado, Jasna. Con la muerte de Jovan desaparece la maldición.

Más me habría valido que aquel día también yo le hubiera hecho jurar a Simeón que me dijera la verdad. Pero los mentirosos más hábiles son siempre aquellos que no sólo despiertan nuestra compasión, sino también nuestros miedos.

—Para Jovan aún no ha terminado —le contradije—. Primero debe ser enterrado por un sacerdote.

—Lo sé —murmuró Simeón—. Cabalgaré hoy mismo hasta Paraćin e iré a buscar el patriarca de allí. Tú quédate a velar el cadáver y cuida de que ninguna mosca vuele sobre él y que ningún animal entre en la habitación.

Al pensar en quedarme sola con Jovan se me encogió el estómago. Y de repente volvió la sospecha que hacía que mi corazón se acelerara: «Danilo tenía razones de sobra para odiar a su padre»...

—No tenemos tanto tiempo —le contradije con voz alta—. Yo cabalgaré al pueblo y le pediré a Milutin que venga.

Simeón movió la cabeza negativamente.

—Se negará. Lo sabes tan bien como yo.

—Si alguno de vosotros llamara a su puerta, puede que sí —respondí con voz firme—. Pero yo conozco a la gente del pueblo, los convenceré. ¡Lo haré, tengo que conseguir que me escuche!

En presencia de Simeón había conseguido sonar firme y esperanzada, pero con cada salto de mi caballo mi valor iba disminuyendo más y más. Para cuando llegué al pueblo me sentía tan insegura que reflexioné sobre si darme la vuelta enseguida o no. Estaba preparada para el hecho de que todos se hubieran enterado ya de la muerte de Jovan. Para mis adentros empecé a armarme contra la desconfianza. Pero en vez de puertas y rostros cerrados, recibí un regalo inesperado: en cuanto me vieron acercarme, las mujeres vinieron a mi encuentro. Incluso la esposa del más anciano del pueblo, Dajana, una mujer de rostro lleno de arrugas y cabellos blancos, que no había hablado conmigo ni una sola palabra, se acercó a mí.

—¿Por qué no vistes de luto? —me preguntó extrañada.

Yo me sonrojé y tartamudeé que todo había sido tan repentino, que no lo había pensado.

Branka, sin titubear, se quitó su pañuelo negro de la cabeza y me lo puso por

encima de mi pañuelo rojo y blanco.

—Por ahora esto tendrá que ser suficiente —dijo condolida—. ¡Venga, que alguien le quite las riendas! ¿Es que no veis que esta muchacha está aturdida y completamente fuera de sí?

—Pero es uno de esos caballos del diablo —murmuró Zvonka, la joven esposa del zapatero, con voz temerosa.

—¡Ssst! ¡Cierra la boca, flacucha miserable! —le chistó su hermana Olja dándole un brusco golpe con el codo en el costado—. No le hagas caso —dijo dirigiéndose a mí—, desde que se cayó del carro de la paja ya no está muy bien de la cabeza.

Fue Branka la que finalmente se acercó a Viento y me quitó las riendas de la mano. Como si aquello hubiese roto el hechizo, de repente todas las mujeres me rodearon y me hablaron a la vez.

—Los pastores nos han contado que esta mañana la puerta del establo estaba pintada con la cara del demonio y que los caballos daban coces en los establos, como si estuvieran poseídos —dijo Zvonka santiguándose.

—Que miedo has debido pasar, ¡pobre! —añadió Olja antes de que yo pudiera abrir la boca.

—¡Que desgracia, una muerte tan repentina! —Stana me acarició el brazo.

—Rezaremos por el alma de Vukovic —me prometieron otras. Nunca habían hablado así conmigo. Me pasaban la mano por la mejilla para consolarme y parecían condolerse de la muerte de Jovan como si hubiera muerto un vecino muy querido del pueblo. El día anterior, sin ir más lejos, me había sentido furiosa con todas y cada una de ellas porque ninguna me había contado lo de Anica y Danilo. Pero ahora su sorprendente compañerismo me sentó infinitamente bien.

Me acompañaron al taller de Sime, el carpintero y esperaron pacientes hasta que hube negociado con él un precio por el ataúd. Incluso fueron tan amables de no mencionar siquiera que en realidad aquello tenía que haber sido tarea de Danilo.

—Y no olvides decirle a Sime que te eche una bolsa de serrín en el ataúd —me aconsejó Dajana—. Lo necesitaréis para arreglar el cadáver.

Seguí su consejo, a pesar de que no sabía a qué se refería. En cuanto salí del taller volvieron a lloverme consejos desde todas las direcciones. Sólo cuando me dirigí a casa del patriarca, mis acompañantes regresaron a su mutismo. Me di cuenta de que algunos hombres se habían acercado como por casualidad a la iglesia. Las pipas de tabaco en las comisuras de la boca, los pulgares enganchados con los fajines de lana, los ojos semicerrados y desconfiados. El marido de Dajana se apoyaba en su bastón. Branka me había contado que cojeaba desde que un caballo le tiró de la silla de montar. Pero a caballo o apoyado de su bastón, Pandur era el más anciano del pueblo y aquí su palabra valía tanto como la de Milutin. Le saludé con cortesía y fui hacia la puerta a pesar de que me sentía temblorosa y desgraciada y de buena gana me habría dado media vuelta. En la aldea del valle, lo que ahora tenía que hacer habría sido de lo más normal. Sin embargo, aquí era como un examen e ignoraba si lo iba a aprobar.

Pensé en el alma de Jovan y llamé a la puerta de la casa del sacerdote con demasiado ímpetu. Como era de esperar, Milutin se tomó su tiempo antes de que, por fin, abriera y se plantara ante mí con los brazos cruzados.

—Eminencia, el señor de nuestra casa ha muerto —dije—. Mi familia y yo os pedimos incienso, vuestra bendición y una oración de difuntos.

Milutin parecía haber estado esperando esta petición y no movió ni una pestaña cuando contestó con toda tranquilidad:

—Ya sabes que no hay sitio en nuestro cementerio para un Vukovic.

—Lo sé, eminencia. Le daremos sepultura en la finca, pero necesita un sacerdote.

—¿Por qué? Podéis enterrar a ese amigo de los turcos a su manera —respondió Milutin seco—. Para eso no precisareis ni siquiera ataúd. Los turcos depositan a los muertos envueltos en una sábana directamente en la tierra.

De buena gana le habría contado la historia de la maldición, si no fuera porque tenía demasiado presente la promesa. No obstante, había llegado la hora de recordarle a Milutin sus propias palabras y esperar que no me enviara directamente al infierno.

—Vos sois sacerdote, ¿cómo podéis negar a un cristiano una última bendición? —dije—. ¿No corresponde únicamente a Dios juzgar a las almas? ¡Vos mismo lo dijisteis!

No me importaba que todos me miraran. Estaba cansada y triste y no me avergonzaba de mis lágrimas. A pesar de que hablaba en voz baja, en el silencio de la plaza de la iglesia me sonaba excesivamente alta.

—Aunque en su vida hayáis podido maldecir a mi suegro, aun así es vuestro deber asistir a los difuntos. Quizás yo sea forastera, pero ese mandamiento es válido en todas partes. Procurar un buen sepelio a un difunto no es únicamente obligación de la familia, sino que atañe a todo el pueblo.

—¡Él no es uno de los nuestros! —bufó Milutin—. ¿Por qué no cabalgas a Paraćin y le preguntas al patriarca de allí si él quiere dar su bendición?

Se disponía a volver a entrar en la casa, pero yo me acerqué a él y le puse la mano en el brazo.

—¡Por favor, eminencia! El cuerpo de Jovan ya está frío. ¡Estuvo tumbado junto al arroyo... durante horas y sin vigilancia! ¿Y si allí algún animal saltó sobre él? Además, vos mismo decís que vivió como un turco... Quién sabe si el diablo no le ha echado el guante.

Esta frase no falló y causó su efecto.

Milutin tragó y se santiguó. La inquietud se extendió. Los habitantes del pueblo se acercaron unos a otros y cuchichearon.

—Y... si de verdad se levantara de su tumba —añadí—, seguro que no recorrería el largo trayecto hasta Paraćin para hacer de las suyas. ¡No, a los primero que buscaría sería a los que estén más cerca! O sea, a su familia... y a este pueblo. Entonces todos estaremos tocados por la muerte y nuestras almas en peligro. Bien lo sabéis: ¡un vampiro actúa guiado por el diablo y mata a personas y animales! Puede

estropear las cosechas y causar tormentas, granizadas y heladas. ¡Él podría destruir Medveda!

—Eso es cierto —metió baza Dajana—. ¡Un muerto viviente es capaz de echar a perder todo un pueblo!

Podía palpar cómo había cambiado el ambiente. Muchos ya sólo miraban al más anciano del pueblo y no al sacerdote.

—Cuando alguien muere y se sospecha que pueda convertirse en un *strigoi*, hay que encargarse de que se quede en el ataúd —dijo entonces el enterrador, que era búlgaro—. Y con Vukovic, ese peligro existe. ¡O sí, ya lo creo que existe! Acordaos de la bruja.

—No estoy pidiendo permiso para entrar en la iglesia, ni tampoco un sitio en la comunidad —dije mirando primero a Milutin a los ojos y luego a Pandur—. Tan sólo una oración para proporcionar paz a mi suegro y a todos nosotros.

Pandur me miró largo rato. Vi que sus mejillas tenían cicatrices y estaban rojas de tanto vino. Finalmente, se quitó la pipa de la boca y se dirigió a Milutin.

—Dale lo que pide —dijo con su voz ronca del humo—. Ella tiene razón: si Vukovic quiere succionar sangre y vida, nos afecta a todos.

Sentí tanto alivio que me habría echado a llorar. Branka se acercó a mí delante de todos y me echó el brazo por encima de los hombros.

—Bien dicho, Jasna —me susurró.

—Todos sabemos qué ocurrió cuando Goran volvió —dijo Pandur dirigiéndose a los que tenían a su alrededor—. Por poco contamina a todo el pueblo. Sólo logramos escapar de la muerte porque le destruimos a tiempo. Nunca más consentiremos que un vampiro ponga en peligro nuestra comunidad. ¿Milutin?

Ahora todos miraban fijamente al sacerdote. Su cara, que se había puesto colorada de la rabia, de repente reflejó tanto cansancio y tanta palidez como la mía. Parecía estar luchando contra sí mismo. Luego levantó la cabeza abruptamente y me lanzó una furiosa mirada.

—¿Conoces los siete misterios de nuestra fe?

—También es mi fe —respondí ofendida.

—¡No me vengas con respuesta insolente, Jasna Vukovic! ¡Si quieres una bendición, contesta a mi pregunta! Me sobrecogí y aunque tenía una contestación de indignación en la punta de la lengua, enumeré obediente los sacramentos: el Bautismo, la Unción de los enfermos, la Eucaristía, el Perdón de los pecados, la Ordenación sacerdotal, el Santo Matrimonio y la Extremaunción.

—¿Qué fiestas principales guardamos?

—El día de la Creación, la Natividad de la Santa Madre de Dios, la Crucifixión y las festividades del apóstol Santiago y de San Dimitri. Mientras respondía a este examen, hubo un silencio sepulcral. Pero para mí infinito alivio, Milutin asintió con la cabeza, como si después de una larga batalla tuviera que darse por vencido. Fue la primera y única victoria que conseguiría en mi lucha con él.

—Incienso... —murmuró—. Espera aquí.

Capítulo 11

CENIZAS A LAS CENIZAS

Tendrían que haberme recibido los lamentos de las plañideras y las oraciones, pero al entrar en la habitación turca únicamente me recibió un silencio fantasmal. Olía a ajo, lo que por un momento me sorprendió. ¿Cómo lo habría consentido Nema? Simeón y Danilo estaban sentados a la mesa que hacía de lecho mortuario, inclinados hacia delante. Los dos apoyaban los codos sobre las rodillas y enterraban sus manos en los cabellos, lo que los hacía extrañamente parecidos. Me costó mucha fuerza de voluntad mirar al pálido extraño que yacía sobre con sus mejores galas sobre un lecho de paja. Entre tanto el rostro de Jovan había cobrado vida, sólo en su tensa boca se seguía encontrando un ápice de preocupación terrenal. En las cuatro esquinas de la mesa brillaban unas velas y sobre los párpados del difunto yacían dos monedas. Una cinta negra sobre su cabeza ocultaba la herida. Su blanco mechón, que caía sobre su sien, contrastaba más que nunca con su negro cabello y la cinta de tela.

—Traigo el incienso —mi susurro sonó como un trueno.

Danilo y Simeón levantaron bruscamente la cabeza. Mi marido estaba pálido como la cera, pero parecía entero.

—Manko traerá mañana el ataúd —añadí más bajo—. Y Milutin le dará la última bendición.

Los ojos de Danilo se abrieron de sorpresa.

—¿Lo has conseguido? —preguntó incrédulo.

—Jovan y yo... todos nosotros te lo agradecemos —murmuró Simeón sin más.

Luego volvió a derrumbarse y se frotó con los puños los ojos. Avergonzada, aparté la mirada. Hasta entonces no me había dado cuenta de que Danilo vestía aún su ropa de viaje. Estaba llena de polvo y tenía pegotes de barro seco. Y en el hombro descubrí una rotura en la camisa, como si alguien le hubiera agarrado.

Silenciosa, cogí una silla y me senté a su lado.

—¿Dónde has estado? —le susurré—. ¿Por qué no estabas con él?

Es evidente que se dio cuenta perfectamente del reproche que escondía mi pregunta, porque no me miró.

—Le perdí de vista —me contestó con voz ahogada—. Alguien creyó haber visto nuestras yeguas robadas por el sur. En dirección hacia la que habían partido los errantes. Cuando llegamos allí, su campamento estaba vacío. Los *hajduks* no querían seguir cabalgando hasta que se hiciera de día..., ellos no creían que pudiéramos recuperar los caballos. Pero padre insistió en continuar la búsqueda a pesar de la oscuridad. Le acompañé durante un trecho, hasta que nos enredamos en una discusión y él... me dejó atrás.

Señalé el roto de su manga.

—Debió ser una discusión muy fuerte. ¿Estás seguro de que aún vivía cuando le viste por última vez?

Danilo se levantó de un brinco. Apretó los labios y en sus ojos aparecieron unos furiosos destellos. Tuve la impresión de que también los rasgos de Jovan se habían endurecido, pero posiblemente sólo fuera una sombra provocada por el vacilar de las velas.

—¿Qué quieres decir con eso? —estalló Danilo.

—¡Sólo quiero saber lo que ha pasado! Tu padre era uno de los mejores jinetes que he conocido. ¿Tú... viste cómo cayó?

—¿Estás insinuando que he tenido algo que ver con su muerte?

—¡Por el amor de Dios, parad ya! —Simeón se levantó de la silla como una exhalación y nos agarró a cada uno de nosotros muy fuerte del brazo.

Antes de que me diera cuenta, nos estaba arrastrando a los dos fuera de la habitación, por el pasillo, y nos empujó fuera de la casa. Sívac empezó a ladrar y a tirar de la cuerda. Yo tropecé con el umbral, perdí el equilibrio y caí; me raspé las palmas de las manos en el suelo.

—¿Es que no tenéis ni un ápice de decencia en el cuerpo? —nos increpó Simeón—. ¿Os habéis vuelto locos de remate: poner os a discutir junto al lecho de un muerto? ¿Es que queréis que vuestra discusión atrape a Jovan entre los vivos?

Danilo se acercó a mí y me ayudó a levantarme.

—Yo sólo le he hecho una pregunta a Danilo —le contradije con la boca pequeña—. Me preguntaba dónde había estado tanto rato.

—Podéis discutir mañana o el año que viene. ¡A mí me da igual! Pero hoy..., ¡hoy!... es el día de la despedida. ¡Por Dios! Jovan ya ha sufrido bastante en vida. Ahora tenemos que proporcionarle un tránsito digno al otro lado —Simeón tragó apesadumbrado—. Sé muy bien que para vosotros no ha sido más que un tirano, alguien a quien en el fondo habéis despreciado y temido y sobre cuya tumba preferiríais bailar, pero para mí... —se golpeó con el puño en el pecho—, ¡ha sido más que un hijo!

Con esas últimas palabras su voz se había quebrado. Estaba de pie en la puerta, un viejo con los puños apretados, tambaleándose de agotamiento y de dolor. Danilo me echó una mirada severa y me indicó con un movimiento de cabeza que me callara. ¿De todos modos qué podía decir? Simeón tenía razón. Yo tenía que haber guardado silencio durante el velatorio. Sí, en algunos momentos realmente había despreciado a Jovan. Y aunque Danilo seguro que no querría bailar sobre la tumba de su padre, no era él quien lloraba, sino Simeón. Respirando fuertemente por la nariz para evitar sollozar, se pasaba la manga por los ojos.

—Yo me encargaré de velar al muerto —dijo con la voz tomada—. Danilo tú elige un sitio y cava la tumba para tu padre.

Danilo asintió y fue al establo para recoger la pala. Yo esperé a que Simeón

hubiera desaparecido y seguí a mi marido.

—¡Espera! No has contestado a mi pregunta.

Danilo se detuvo; su mirada hacia mí echaba chispas.

—Escucha, Jasna, puede que me tomes por un adúltero y aunque no me sienta orgulloso de ello..., no te lo puedo reprochar. Pero, por Dios Santo, ¿cómo puedes siquiera pensar que yo sería capaz de matar a mi propio padre?

—Yo..., yo sólo he preguntado dónde has estado y cuándo le viste por última vez, así que dime...

Danilo resopló y se retiró con un gesto irritado el flequillo de la frente.

—Sí, tuvimos una discusión y él me golpeó e intentó tirarme del caballo. Si quieres sospechar de alguien, date una vuelta por el pueblo. ¡A cualquier de esos les gustaría bailar sobre la tumba de Jovan más que a mí! —sonrió torturado—. Sé que no soy el apenado hijo que tendría que ser. Pero no todo es lo que parece a simple vista. Algunas personas sufren tantísimo en vida, que para ellos la muerte es su única liberación.

En esas palabras había añoranza, que por un instante no supe de quién estaba hablando en realidad. De pronto era un desconocido y a la vez tan cercano..., que temí por él.

—¿Pero cómo pudo caerse un jinete tan experto como Jovan? —dije en voz baja—. ¿Y si le ha matado alguien? ¿A lo mejor el ladrón?

Danilo me miró con aire pensativo.

—Ese le habría robado las llaves y el dinero, ¿no crees? Y padre aún tenía todo consigo —frunció el ceño, como sopesando mi sospecha desde todos los puntos de vista, pero luego movió la cabeza negativamente—. No, ha sido una desgracia. Incluso el mejor jinete puede tropezar. Fue una locura continuar la búsqueda por la noche con ese caballo tan joven. Ese corcel es ciertamente muy rápido, pero demasiado inquieto y asustadizo. A mí no me gusta montarlo, porque incluso para mí es difícil manejar su impetuosidad. Seguro que en el arroyo se asustó de algo.

«¿Del lobo?», me vino de repente a la cabeza, pero me callé. Mi corazón palpitaba cuando le hice mi siguiente pregunta a Danilo, aunque ya podía imaginarme la respuesta. Era extraño lo mucho que me importaba imaginarme a Anica cerca de Danilo.

—¿Dónde has estado hasta esta mañana? ¿Con... ella?

—Lo creas o no: simplemente estaba junto al río... solo. Estuve sentado allí hasta que salió el sol..., pensando. En nosotros. En Anica y en cómo seguir.

—Te irás con ella, ¿verdad?

Danilo apretó los labios y miró al suelo.

—Puede que pienses mal de mí, pero yo suelo mantener mis promesas —dijo casi sin voz—. Mi padre me obligó a casarme contigo y yo le obedecí porque Anica era la esposa de Luka y creí que nuestros caminos se habían separado para siempre. Pero me equivoqué. Cuando volvió a verla, después de la muerte de Luka, comprendí que

había sido un necio por empecinarme en pensar que ya no la amaba. Y aun así, es a ti a la que le di mi promesa ante el sacerdote. Así que... soy tu marido. Y un marido no echa a su esposa de su lado.

Había sentido tantas veces miedo de Danilo. Había estado furiosa con él y seguía estando dolida. Pero en aquel día de luto vi una parte de él que me hizo fácil entender por qué una mujer podía amarle: sus sentimientos sinceros, su honestidad. Y me avergoncé de haberle creído capaz de lo peor, y a la vez sentí enfado con la gente del pueblo que le llamaba el hombre-diablo. Si hubiera podido amarle, le habría perdonado incluso sus noches con Anica y habría vivido con él como tantas mujeres lo hacen con sus maridos... en la segura telaraña de tradiciones y mandamientos cristianos. Pero a veces tan sólo hace falta tener la posibilidad de elegir para que uno se dé cuenta de que hace tiempo que ha tomado su elección.

—Pero si tú no me quieres —dije—, y yo... no te quiero a ti, Danilo.

Las palabras pueden ser maldiciones y destruir nuestra vida, pero también nos pueden liberar. Después de pronunciar esa frase, a mí se me quitó un peso de encima. Sin embargo Danilo parecía como si le hubiera abofeteado. Con grandes zancadas se dirigió a la cuadra y se echó la pala al hombro.

—De una forma o de otra tenemos que esperar el tiempo de luto —murmuró—. Después ya veremos.

Busqué palabras adecuadas, pero ya no me quedaban. Finalmente huí... como tantas veces... refugiándome en lo cotidiano.

—Voy a busca a Nema. Tenemos que preparar la ofrenda de comida para el difunto.

—Deja a Nema en paz —respondió Danilo en tono gruñón—. Ella no velará con nosotros, ella ya se ha despedido de él. Rezaré las oraciones por mi padre a solas.

—¿Qué? ¿Pero por qué? ¡Eso no puede ser! —exclamé.

—Es mejor así... y padre no se lo tendrá en cuenta. Necesitamos ajos para protegerle y Nema no soporta el ajo.

Sin dedicarme ni una sola mirada más abandonó el establo. Yo le seguí a la puerta y observé cómo se alejaba. Caminaba con los hombros encogidos en dirección a la torre negra. Sívac ladeó la cabeza y lloriqueó esperanzado, pero yo aún no podía soltarlo. Sin saber qué hacer paseé mi mirada por la finca y alcé la vista hacia las ventanas. Pero tras ninguna descubrí la cara de Nema.

* * *

Hoy el velatorio me resulta tan irreal como mi boda. Son recuerdos como las imágenes de un sueño, ensombrecidas por el cansancio y envueltas en un espeso olor a nubes de incienso, cenizas y ajos. Yo no conocí a Jovan lo suficiente como para alabar sus logros en la vida. Por eso al principio cantaron Simeón y Danilo juntos, hasta que finalmente Simeón cantó en solitario las virtudes de la vida de Jovan. Cerró

los ojos y entonó una pesada y monótona melodía. El canto de lamentaciones siempre alaba sólo las heroicidades y los días buenos de la vida de una persona. Nunca se habla de maldiciones ni de miedos. Simeón hablaba de un chico que ganó su primer caballo en un juego de azar en un campamento de soldados. Y del hermano más pequeño de Jovan, Bogdan, que se ahogó en el Morava cuando tenía diez años; y del valor heroico de Jovan cuando intentó salvarle. A través de los ojos de Simeón, vi a Jovan de niño, de joven enamorado tocando la *tamburica* a las chicas bajo las ventanas, conocí a un hombre apasionado y aventurero, a un viajero. Cuando empezó a hablar de Marja, su voz se volvió más tierna.

—Un largo viaje te llevó hasta tu novia —cantó—. ¡Y qué novia! La piel como la leche y los ojos como piedras de ónice talladas. Cabello como la seda negra de los suntuosos aposentos de un príncipe. Una sola mirada suya fue suficiente y tú, Jovan, te dijiste: ¡es para mí! Lleno de orgullo la trajiste a casa. Como un zar junto a su zarina cabalgasteis uno al lado del otro hacia las torres.

Las imágenes y la voz ruda de Simeón me hechizaron, a pesar de que en mi cabeza los pensamientos iban y venían de forma febril. Nunca antes había sentido con tanta claridad el modo en que mi vida ya estaba decidida y prediseñada de antemano. Mi marido no iba a abandonarme, pero de cualquier forma yo viviría como una viuda. Casada y aun así sola. No había opción.

A pesar de mi dolor veía también a Marja ante mí, y pensaba una y otra vez con inquietud en Nema. Poco a poco los colores ante mis ojos empezaron a ser borrosos y cuando pestañeé creí ver una imagen bailando. «Marja», formulé con mis labios. Pero no. Era Bela, que revoloteaba con su vestido blanco por la habitación turca. Sonreí sorprendida. Como a través de un fantasma, las llamas de las velas se transparentaban a través de ella. Con gestos armoniosos de sus manos surgieron tulipanes y palomas volando. Luego extendió uno de sus paños bordados y lo sostuvo sobre la boca y la nariz. Con tono agudo y petulante entonó las palabras de Simeón con él... y de pronto ya sólo era su voz la que cantaba su propia canción: ¡una canción sobre mí!

—Como novia te fuiste a tierras turcas, hermana Jasna. ¡Y qué novia! De espino blanco tu corona, de maldiciones tejido tu vestido de novia. Los lobos cantaron en tu boda para festejarte y sangre de caballo te ofrecen como vino...

Se reía y sus manos aleteaban como blancas polillas por el aire. Sus ojos, que jamás miraban directamente a una persona, ahora estaban puestos en mí. Nunca me había dado cuenta de que recordaban tanto al agua, quebrados como el cristal en el que juguetea la luz pero profundos e inexplorables.

—Los muertos son tus invitados —continuó cantando—. Pero cuídate, dulce hermana: cuando el oscuro llame a tu puerta, ellos no te protegerán. Y créeme, Jasna, el oscuro hace tiempo que ronda tu umbral y acecha tu alma. Desde sus huecos ojos tus muertos sólo contemplan y dejan que ocurra. Tal vez, sólo tal vez, el camino de las llamas te salve.

Revoloteó hacia mí y me tocó el hombro. Me sobresalté y pestañeé aturdida. Bela

había desaparecido... Era Danilo quien me había despertado. Los velos blancos que giraban en el aire ya no eran el vestido de Bela, sino el humo del incienso y las hierbas quemadas.

—No quería asustarte —me susurró Danilo—. Te había quedado dormida aquí sentada.

Entonces es cuando me percaté de que la canción de Simeón había acabado. En ese instante estaba encendiendo dos de las velas.

—Otra vez se han apagado —murmuró preocupado—. Como si soplara el viento en la habitación.

* * *

Hubo tantas cosas en el entierro de Jovan que me eran desconocidas. Ignoraba la mayoría de las costumbres... Aquí no le echaban una red de pescador por encima al difunto, ni se le clavaba un cuchillo en el corazón para liberarle. En cambio, el sepulturero Manko extendía serrín en el ataúd, lo quemaba junto a unos ajos, y con su ceniza untaba el interior del ataúd. Simeón le ayudó a tumbar a Jovan dentro y le ató al muerto las piernas. Finalmente le puso un diente de ajo en la boca y una hoz por encima del cuello. Si Jovan intentaba levantarse de su tumba, él mismo se cortaría la cabeza. Milutin esperaba fuera, en el patio, ya que un sacerdote no podía pisar la casa de un difunto. Él y los hombres de mi familia sólo hablaron lo imprescindible. El ambiente estaba tenso debido a la enemistad de tantos años, pero no soltaron ni una sola mala palabra. Me consolé que la viejas rencillas descansaran al menos un momento en honor al difunto. Cuando alcé la mirada, capté por un instante la cara triste y pálida de Nema tras una de las ventanas, pero justo después volvió a desaparecer.

Milutin salpicó el cuerpo con vino y aceite, y lo bendijo. Luego, Simeón y Danilo portaron el ataúd dando todo tipo de rodeos hasta la tumba, para que el muerto no pudiera encontrar el camino de regreso. Danilo había elegido un lugar entre unos arbustos de enebro para su último descanso... bastante alejado de la torre negra.

Para mi sorpresa, sobre la colina junto a la tumba abierta, esperaba un cortejo fúnebre. Entre ellos, los ayudantes y vasallos, algunos representantes del ejército, con los que Jovan había hecho negocios en vida, y sus esposas, incluso el *Hadnack* húngaro había venido. Y naturalmente los del pueblo. Busqué la cara de Anica entre la multitud, pero ella se mantuvo alejada del entierro. Tampoco Dušan había venido y casi me avergoncé por la decepción que sentí de no verle. Entre los invitados al entierro se encontraba Dajana, Pandur, apoyándose sobre su bastón, además las hermanas Zvonka y Olja, entre otros. También la bella Ruzica estaba en una de las filas de atrás estirando su largo cuello para poder ver mejor. Cada uno de los habitantes del pueblo sostenía una piedra blanca en la mano o la había depositado a su lado en el suelo.

Después de una breve oración de difuntos todos juntos dijeron amén y Milutin, sin una sola palabra más, se marchó colina abajo en dirección al pueblo. Un desagradable silencio se ciñó sobre la colina. Simeón se arrodilló y le puso a Jovan como prenda, por la fortuna dejada, dos monedas en la tumba. Danilo le regaló a su padre un estribo y un mechón de su corcel. Yo le coloqué a Jovan unas velas junto a la cruz negra de su tumba, para que le alumbraran el camino, y comida, que le serviría de alimento.

Finalmente Danilo y Simeón cerraron la tumba con las palas mientras yo disimuladamente observaba el pequeño cortejo fúnebre... Nadie hizo una sola mueca. ¿Cuántos de los allí presente se estarían alegrando en secreto de la muerte de Jovan? Repasé en mi memoria la advertencia de Bela e intenté imaginarme a qué... o a quién... se referiría con la oscuridad. Nuevamente me acordé de la cara de Nema, deformada como una máscara cuando discutí con ella en el establo. «Podría ser cualquiera», pensé para mis adentros, pero ese pensamiento era aún demasiado terrible como para que hubiera podido continuar tejiéndolo.

En cuanto la última paletada de tierra hubo encontrado su lugar, cada uno de los habitantes del pueblo colocó piedras y pesadas rocas sobre la tumba, para que el peso le impidiera a Jovan salir de la tierra. Para acabar, Simeón clavó un cuchillo en el suelo y dijo:

—*Naručeno ti je, d se ne kreces tvojeja mesta, dobio se sve za tvoje zadovoljstvo: encomendado queda que no te muevas del sitio, pues has recibido todo lo que necesitas para tu satisfacción.*

—Amén —murmuraron los habitantes del pueblo otra vez, y pusieron pies en polvorosa.

La falda de Ruzica ondeaba de lo rápido que bajó la colina. Y tampoco las demás mujeres nos dieron siquiera el pésame, sino que se marcharon apresuradas como si estuvieran aliviadas de haber escapado a un mal y ahora huyeran al cobijo y la seguridad del pueblo.

Simeón se giró de forma brusca y se marchó con los hombros encogidos de vuelta a las torres. Danilo todavía esperó a que yo terminara de vaciar el jarro de agua al lado de la tumba. Después caminamos uno al lado del otro colina abajo, pasando de largo de la torre negra de vuelta a la finca, huérfana, donde yo ya había preparado la comida. Me disponía a seguir a Danilo a la habitación turca, cuando de soslayo me saltó algo a la vista que hizo que girase hacia nuestra torre. Temía casi volver a ver la puerta abierta, pero esta vez era otra cosa lo que despertó mi desconfianza. Algo pequeño yacía sobre el umbral.

—Enseguida voy —murmuré.

Esperé a que Danilo hubiera entrado a la casa, crucé el patio y me acerqué a la escalera. Con cada paso que daba mi corazón latía con más fuerza. Tenía miedo de volver a encontrarme una señal de Marja, una advertencia, una amenaza... o algo peor. Sin embargo, cuando hube llegado lo suficientemente cerca como para

reconocer lo que era, me llevé la mano a la boca para no profanar el día de luto con una sonrisa. Un calor inundó mi cuerpo, al ver el saludo que alguien me enviaba, alguien que volvía aunque yo le hubiera echado. Sobre el umbral yacía un espino.

Capítulo 12

NOCHE DE TORMENTA

Los días de luto comenzaron con una calma fantasmal. Una fresca lluvia se posaba como un paño gris sobre el cielo y los prados. Cada uno de nosotros vivía su propio dolor. Danilo ya no dormía en nuestro lecho matrimonial, sino en la cocina o en la torre Jelena. Yo no había querido este matrimonio, pero era amargo ver lo fácil que resultaba abandonar aquello que había jurado ante los iconos.

A menudo descubría cerca de la tumba a uno de los pastores o a alguno de los hombres del pueblo vigilándome con atención. Ninguno de esos visitantes no invitados me saludaba; imaginaba que los enviaba Milutin para comprobar que seguíamos los rituales y que la tumba no mostraba ningún signo de «regreso». Una vez le pedí a un pastor que saludara a Branka de mi parte y que le dijera que pronto iría a visitarla al pueblo, pero él salió corriendo sin contestarme. Casi todos los días encontraba nuevas muestras de conjuros: estacas de madera de fresno clavadas junto a la cruz en el suelo, ceniza y tallos de espinos salvajes. Pero también hubo muestras de afecto... Esas me las solía encontrar en las cercanías, junto a los arbustos de enebro, junto a la torre y una vez incluso sobre el muro: dos palos atados formando una cruz que recordaban al colgante de Dušan, una manzana pulcramente brillantada... En mi interior esperaba tropezarme con Dušan cuando su camino le llevara a pasar por nuestra finca, pero lo único que hallé fueron sus regalos y huellas salteadas de los cascos de su caballo Šarac a orillas del bosque, o como mucho una huella de zapato en el barro. Sívac no ladraba nunca y por mucho que afinara el oído por las noches, nunca oí ningún silbido bajo mi ventana. Así que tomaba esos regalos y me alimentaba de ellos como si fueran caricias. Escuchaba los golpes del hacha de Dušan en el cercano bosque y me sentía menos sola.

Porque estaba sola. Nuestra pequeña comunidad había caído en una paulatina decadencia, a pesar de que Simeón hacía todo lo posible por evitarlo. Celebramos las fiestas cristianas de ese mes, pero nuestras oraciones estaban sin alma, sin unión. El huso de hilar de Nema yacía abandonado encima del alféizar, y ella huía en cuanto me veía y me cerraba la puerta delante de las narices.

—¡Déjala en paz de una vez! —gruñó Simeón al verme una vez más golpear contra su puerta—. Continúa fuera de sí de dolor. Dale tiempo, ya se recuperará.

Sin embargo, yo sabía muy bien que el comportamiento de Nema nada tenía que ver con el dolor. Cuando advertía su mirada, me entraban escalofríos de tanta enemistad que emanaba.

Disimuladamente empezamos a acecharnos mutuamente. Eran muchas las cosas que de repente me saltaban a la vista en ella: que ella no tocaba jamás algo que yo

hubiera tocado antes; que únicamente comía en su alcoba; que sus contraventanas estaban siempre cerradas; y que nunca la veía ir a la tumba, a pesar de que sus *opanak* estaban manchados del barro claro y pegajoso de la colina. Puertas que yo había cerrado, me las encontraba abiertas y muchos objetos cambiados de sitio. Cuando cruzaba el patio era la mirada de Nema la que sentía en la nuca... Yo simplemente atrancaba la puerta con más precaución que nunca.

Simeón, Danilo y yo apenas comíamos juntos y, si alguna vez lo hacíamos, los dos hombres únicamente discutían sobre cómo llevar adelante la finca. Cuando Danilo nos comunicó que iba a vender todos los caballos, Simeón se llevó las manos desesperado a la cabeza.

—¿Cómo puedes hacer eso? —gritó—. Primero das por perdidas a las yeguas, así sin más, y ahora esto. ¿Quieres destruir lo que tanto le importó a tu padre? ¡Sabes que los caballos son el alma de esta finca!

Yo pensé en Jovan, en sus miedos, en la maldición y de nuevo se me encogió el corazón.

—No hace ni cuatro semanas que está bajo tierra —dije a media voz.

—Creedme, ojalá tuviera otra elección —respondió Danilo con voz dura—, pero ¡mirad a vuestro alrededor! El dinero obtenido de su último viaje de negocios ya está casi agotado, las despensas y los baúles de tabaco están prácticamente vacíos... Nos quedaremos cinco animales y venderemos los demás.

—¿Sólo cinco? —exclamó Simeón que no daba crédito—. ¿Cinco? ¿Sabes lo que estás diciendo?

Los dos hombres se miraron como si de un momento a otro fueran a saltarse a la yugular.

—Con cinco tendremos suficiente —gruñó Danilo.

Simeón se levantó de la mesa de un salto y salió maldiciendo a voz en grito. Me sobrecogí cuando la puerta se cerró de un portazo tras él. Danilo se reclinó cansado en su silla.

—No te preocupes —dijo frotándose los ojos—. No nos desprenderemos de tu caballo.

—¿Pero qué hay del dinero del que hablan en el pueblo? —pregunté—. Tu padre era rico, ¿o no?

Sobre el rostro de Danilo yacía una amarga sonrisa cuando me contestó.

—Si en algo Jovan fue un maestro, fue en inculcar a sus socios tanta confianza, con la simple apariencia de riqueza, que gustosamente hacían negocios con él. Lo siento Jasna, pero todas esas historias sobre el oro turco no son más que cuentos.

Curiosamente esa novedad no me sorprendió en absoluto. Pegaba demasiado bien con la imagen que a esas alturas yo tenía de Jovan. Y también recordé lo mucho que me había extrañado a mi llegada ver el portón tan podrido y los viejos candados.

* * *

Desde el funeral había dormido sin soñar nada, agotada, pero en la última noche de septiembre los sueños volvieron.

Me veía ante la cabaña de Anica escuchando su risa, pero la alcoba estaba vacía. A la luz del sol ondeaban telarañas y las pisadas de los ratones escribían su propia historia en el polvo del suelo. Notaba que el frío me subía por las piernas y, al retirarme de la ventana, veía que el agua me cubría hasta las rodillas y ¡estaba en medio de un arroyo que fluía directamente ante la cabaña!

—¡Salta! —me susurraba Bela—. ¡Sumérgete!

Mis dientes castañeteaban de frío y el rumor del agua me retumbaba en los oídos.

—¡Bela, no puedo! —conseguí decir con voz ahogada, porque sabía que iba a morir.

La sola idea del agua gélida llenando mis pulmones dolía. Al intentar salir del arroyo, palpé con mis entumecidos pies piedrecillas, algas y una lisa piedra escarpada. Al igual que tantas otras veces en sueños, me costaba moverme, me escurría sobre las resbaladizas algas hacia el fondo. Grité... ¡La muerte estaba tan cerca!... De pronto dos brazos me abrazaron por detrás y me sujetaron. Un cuerpo cálido se apretó contra mi espalda, un aliento acarició mis mejillas.

—*Enkrat naprej, enkrat nazaj* —cantaba Dušan con suave voz acunándome al son de la canción—. Cierra los ojos y sujétate con fuerza, *ljubica*.

Y yo me giré y me abracé a él como si realmente me estuviera ahogando. Sus labios recorrieron mi frente y una cariñosa mano me acarició el cabello. Inspiré el olor de su piel, que siempre olía un poco a la resina de los árboles que talaba, y sentí cómo el deseo fluía por mi piel igual que una cálida corriente. Quería mirar a Dušan, pero su mano se posó sobre mis ojos.

—No me mires. Jamás, ¿me oyes?

Entonces se apagó el calor y se convirtió en algo gélido.

Empapada en sudor y con el miedo metido hasta en el último poro de mi cuerpo desperté sobresaltada sintiendo todavía el recuerdo de un grito desgarrador que creí haber oído a través de los aullidos del viento. La presencia de Bela era tan cercana que incluso tenía el aroma de sus cabellos de hada en mi nariz, pero ella no decía ni una palabra. O tal vez simplemente yo ya no la oía, porque un rumor y el ruido de un continuo goteo llenaban el aire. Un viento helado sopló por la habitación y arrastró la manta de la cama. Cuando me levanté de un salto para cerrar las contraventanas, sentí bajo mis pies granos de hielo del tamaño de una avellana y casi resbalo. ¡Una tormenta de granizo en esta época tan temprana del año! A la luz de la luna no pude vislumbrar siquiera la orilla del bosque, la cortina de granizo blanco me distorsionaba la vista. Cuando por fin conseguí cerrar las contraventanas, estaba completamente empapada y tan helada que apenas sentía mis dedos. Temblando bajé a la estancia principal. También aquí abajo golpeaban las contraventanas, como si muchas manos invisibles las estuvieran sacudiendo, pero ninguna de las ventanas se había abierto. Danilo dormía en la torre Jelena, pero me preocupaba Sívac. Me estaba calzando ya

para salir a por él, cuando un golpe seco contra la ventana me hizo sobresaltarme. Sonó como si alguien hubiera tirado una piedra contra las contraventanas. En fin, de haber sido un silbido era poco probable que lo hubiera oído con esa tormenta. «¿Por qué viene precisamente hoy aquí? ¿Por qué con esta tormenta?», pensé. Y aun así, el deseo que había sentido en mi sueño seguía tan vivo que corrí sin más hacia la ventana y la abrí. También aquí enseguida me golpeó el granizo contra la cara. Me protegí los ojos con la mano y parpadeé. Un poco más allá de la torre efectivamente creí ver una silueta oscura, un cuerpo agachado.

—¿Dušan? —llamé, pero nadie me contestó y la cortina de hielo y agua se cerró ante mis ojos.

Justo cuando me proponía volver a cerrar la ventana con las manos entumecidas, convencida de haberme equivocado, se me clavó una astilla en el dedo. En la superficie mojada de la contraventana palpé claramente una zona astillada.

* * *

Durante la noche parecía haber entrado el invierno. Por la mañana el prado seguía estando blanco del granizo, que se resistía a derretirse. Danilo tenía el pelo mojado y un araño en la frente. Durante la noche había cruzado en medio de la tormenta desde la torre Jelena a los establos para intentar tranquilizar a los asustados caballos. Uno de ellos se había soltado y le había empujado contra la puerta.

—Justo lo que nos faltaba —gruñó Simeón contemplando los destrozos a su alrededor.

El tejado de los establos se había visto afectado, mi huerta y todas las cepas de la ladera estaban destruidas, y las frutas que estaban madurando en los frutales habían sido golpeadas y arrancadas junto a las ramas. Dolía contemplar los maltrechos árboles.

—Hay que arreglar el tejado de inmediato, no queda más remedio —ordenó Danilo—. Quién sabe si no habrá otra tormenta. El cielo parece querer descargar. Jasna, tú ocúpate de los caballos y da bien de comer a las tres yeguas húngaras. Tengo que llevarlas esta tarde al regimiento. Ahora necesitaremos el dinero más que nunca.

—Antes debemos ir a la tumba —dejé caer.

—Eso puede esperar —decidió Danilo—. Primero el tejado y los caballos.

Mis cabras se apretujaban unas contra otras en un rincón de su cuadra y los caballos aguzaron sus orejas al acercarme a ellos. Una y otra vez miraba a mí alrededor en busca de Nema, pero no conseguí verla por ninguna parte. Posiblemente se quedaría todo el día en su alcoba y no aparecería por la estancia principal hasta la noche, como un fantasma.

En cuanto el trabajo estuvo realizado, corrí hacia el pasto en busca de huellas, pero la tormenta y el granizo derritiéndose habían convertido el prado en un pantano.

Ya fueran huellas de cascos de caballos, charcos del granizo o pisadas humanas..., nada podía distinguirse ya. Justo cuando me disponía a volver, mi mirada recayó sobre algo claro, demasiado grande y afilado para ser granizo. Con un extraño sentimiento en el estómago recogí la piedra y la sopesé de forma crítica en mi mano. No había duda. ¡Tenía que ser la piedra que había volado contra la contraventana! Tenía un pico que encajaba con el lugar astillado e incluso un poco de la pintura oscura de la contraventana. Así que efectivamente hubo alguien merodeando por la noche. Y no fue alguien que llamara a la puerta. La piedra había sido lanzada con tanta fuerza como para hacer añicos la contraventana. Y otra cosa me asustó: ¡esta piedra blanca era igual que las que tapaban la tumba de Jovan!

No esperé a Danilo ni a Simeón, sino que eché a correr. Cuando llegué a la cima de la colina, sentía el flato ahogándome. Respirando con dificultad, me detuve, la piedra apretada contra mí. Las piedras blancas estaban desordenadas, algunas habían sido arrastradas y la cruz estaba ligeramente torcida. Me arrodillé, aparté el granizo hacia los lados con las manos desnudas y comprobé si había agujeros en la tierra por los que un vampiro hubiera podido volver al mundo de los vivos. El agua del deshielo empapaba mi falda. Sólo cuando estuve segura de que ni un agujero conducía al exterior de la tumba, me incorporé aliviada. Fue entonces cuando vi dos piernas. ¿Jovan?, me pasó por la cabeza. Me levanté de un brinco soltando un grito. Era Danilo.

—¿Te he asustado? —me preguntó—. Te he visto salir corriendo de la finca y te he llamado. ¿No me has oído?

Negué con la cabeza. Entonces también llegó Simeón a la tumba.

—¿Continúan ahí los signos del conjuro?

Danilo dirigió su preocupada mirada hacia los espinos de fresno y asintió.

—Sólo ha sido el granizo, pero tenemos que volver a arreglar la tumba.

—Alguien ha lanzado esta noche esto contra nuestra contraventana —dije mostrando la piedra—. Proviene del montículo de la tumba. ¿Y si fue Jovan?

Simeón cogió la piedra de mi mano y la sopesó.

—Piedras de estas también hay detrás del prado, junto al arroyo —gruñó—. A lo mejor fue uno de los pastores. O un borracho.

—¿En mitad de la noche? Habría tenido que recorrer un largo camino, ¿no crees?

Simeón le quitó importancia con un movimiento de mano.

—Sabes tan bien como yo que en el bosque hay cabañas para los pastores. A lo mejor el granizo mató algún cordero y por eso el tipo estaba furioso. Ya sabes cómo es la gente y de lo que nos creen capaces. Si el granizo estropea la cosecha, la culpa la tiene el difunto terrateniente.

Con las palabras de Simeón, Danilo se puso aún más pálido y esquivó mi mirada. Los dos pensamos lo mismo: si la gente del pueblo buscaba a un culpable, no dudarían en responsabilizar del granizo al hijo maldito de Jovan.

—Vamos, no pongáis esas caras —dijo Simeón contrariado—. ¡No fue él! Él yace

aquí, en paz. La tumba está intacta. Y además: ¿por qué iba a estar tu suegro tan furioso contigo como para querer romper tu ventana?

«Puede que mi suegro no, pero es posible que Nema sí esté lo suficientemente furiosa», se me pasó por la cabeza.

Disimuladamente observé a los dos hombres mientras amontonaban las piedras y sujetaban la cruz. Ninguno propuso hacer guardia ni buscar más huellas. Ninguno mencionó a Nema. Y de nuevo tuve la sensación de que tenían un pacto del que yo no debía saber nada. Cuando se alejaron de la tumba, no los detuve. Esperé hasta que desaparecieron de mi campo de visión, saqué el cuchillo de Dušan y lo clavé en el lateral de la tumba de tal manera en la tierra que sin duda la punta quedó sobre el corazón de Jovan.

—*Naručeno ti je, da sene kreces s tvojeja mesta!* —pronuncié el conjuro e hice la señal de la cruz.

Por seguridad dejé el cuchillo clavado en el suelo. Mientras me apresuraba colina abajo, no miré atrás, hasta que un silencioso silbido directamente detrás de mí me hizo sobresaltarme. Me quedé demasiado perpleja como para alegrarme. La repentina cercanía de Dušan me descontroló por completo y me dio rabia que el recuerdo de mi sueño me hiciera sonrojarme de inmediato.

—¿Tenías que acercarte así, a hurtadillas? —susurré.

—¡Bonito saludo después de tantas semanas de cortejo amoroso! Preciosa, el luto no te favorece. Estás pálida.

En fin, aquello era el mejor ejemplo para mostrar lo mucho que puede diferir un sueño de la realidad.

—¡Pues tú tampoco tienes mejor aspecto! —le respondí poniendo un paso más de distancia entre nosotros—. ¿Estuviste esta noche junto a mi torre?

Dušan arrugó la frente.

—La verdad es que haría muchas cosas sólo por verte, pero siento tener que decirte que una tormenta de granizo como la de esta noche impide salir a cualquiera, hasta a un servidor. No; tuve que sujetar el tejado de mi cabaña, pero esta mañana pensé en echar un vistazo para ver si tu torre sigue en pie —las últimas palabras sonaron más cariñosas y creí que sinceramente había estado preocupado por mí.

—Jasna, ¿qué haces que no bajas?

Me sobresalté como si me hubieran pillado en falta. Era Danilo el que me llamaba.

Dušan agarró mi mano y me acercó tanto a él que sus susurros acariciaron mi cabello. Me sobrecogió percibir realmente su olor a resina y sentir su piel y su mano sobre mi espalda cuando me acercó aún más a él. Fue como en mi sueño, sólo que mucho, mucho más desconcertante. La cercanía no me importaba..., al contrario, deseaba dejarme sumergir en el abrazo.

—¡Tengo que hablar contigo! —susurró.

—¿Ha... ocurrido algo? —musité.

—No, pero echo de menos los pinchazos de tus espinas. Pasado mañana por la noche vendré a verte.

Durante el tiempo de unos pocos latidos su boca estuvo muy cerca de la mía y yo me pillé deseando besarle sin más.

—Dušan, no sé si... Pero para entonces ya sólo quedaba una luminosa sonrisa entre los arbustos.

—¡Cuídate, preciosa! —escuché decir, y acto seguido desapareció.

Me quedé aturdida y con el corazón exaltado. En mi mano sostenía algo sedoso, liso: una pluma brillante de cuervo.

* * *

Me había imaginado cómo sería volver a ver a Anica. En mis pensamientos conversábamos racionalmente y con cortesía. Sin embargo, cuando precisamente aquella tarde de pronto salió de la sombra de un árbol y se acercó al arroyo, sentí como si en mi estómago se estuviera apretando un doloroso nudo. La falda de Anica y su pañuelo en la cabeza estaban mojados por la fina lluvia. Llevaba una cesta con pinta de pesar. Pero ante esta imagen se coló de inmediato esa otra que me hacía sentir tan insegura: el rayo de sol sobre su desnuda espalda, su cabello largo y suelto. Un secreto de dos amantes que no era para mí.

Apresuradamente llené mis dos cubos de agua, enganché las asas de los extremos del travesaño y equilibré los recipientes sobre mis hombros.

—¿Quieres que te ayude? —me preguntó Anica.

Yo negué moviendo la cabeza.

—Dudo que vayas a comprar uno de nuestros caballos, así que no sé lo que se te ha perdido por aquí.

Con esas, la dejé plantada sin más y crucé el farragoso prado en dirección a mi torre. La lluvia me corría por el escote y me empapaba. Naturalmente ella me siguió. De soslayo percibí cómo caminaba a mi lado, ligera, una figura negra, esbelta, que me sobrepasaba una cabeza. Con cada paso que daba, mi rabia aumentaba, sobre todo cuando Sívac vino saltando hacia nosotras y saludó también a Anica, ladrando contento. Malhumorada descargué los cubos, los cogí de las asas y los llevé escaleras arriba. En la puerta me giré hacia Anica.

—Has hecho el camino en vano. Danilo ha salido a caballo y no volverá hasta la noche.

—No he venido a ver a Danilo, sino a ti.

—En ese caso, espero que estés acostumbrada a la lluvia —respondí con sarcasmo y cerré la puerta tras mi espalda.

—¡Jasna! —su voz sonó contenida, pero no por eso menos enérgica, oí retumbar sus pasos en la escalera y enseguida su puño golpeó la madera—. ¡Déjame entrar, es importante!

—¡Vete al infierno! —grité.

Creí oír a través de la puerta una retahíla de juramentos, pero los golpes cesaron. Casi se me cae una jarra y aticé tanto el fuego en el hogar que un trozo de brasa saltó al suelo. Cuando miré por la ventana, ahí estaba Anica, con los brazos cruzados al pie de la escalera y con mi infiel y cobarde perro, empapado y contento, jadeando sentadito a su lado como si hubiera encontrado la felicidad. En la postura, exageradamente erguida de Anica se denotaba una tenacidad que rayaba la testarudez. Su gesto me era más que familiar... Esa de ahí afuera podía ser perfectamente yo, domingo tras domingo, sentada ante la iglesia. Intenté no asomarme más a la ventana, pero naturalmente no lo conseguí. Poco después volvió a llamar a la puerta, insistentemente y llena de impaciencia. A esas alturas mi malestar se había convertido ya en ira. Abrí abruptamente la puerta.

—¿Qué quieres de mí? ¡Aquí no se te ha perdido nada!

—En eso te doy gustosamente la razón —respondió con sequedad—. Puedes creerme: nada me traería hasta estas malditas torres si no fuera importante. Y no me iré hasta que como mínimo me hayas escuchado.

El agua caía a mares de su falda. Sus labios estaban morados de lo helada que estaba.

—¡Calientate un poco y luego márchate! —dije.

Ella asintió visiblemente aliviada y entró. Sívac también intentó colarse en la cálida habitación, pero yo le eché despiadada de nuevo a la lluvia.

—¡Lárgate al establo, traidor! —le bufé y cerré la puerta.

Anica dejó la cesta sobre la mesa y sacó de ella una jarra con leche de vaca y un plato. La leche estaba aguada y el pan completamente reblandecido, pero aun así pude percibir el olor a nueces molidas y manzanas con que estaba rellena la masa. También dejó un puñado de dientes de ajos y una bolsa sobre la mesa.

—Semillas de adormidera —me aclaró.

—¿Para qué? ¿Y a qué has venido aquí?

—A darte mi pésame —contestó Anica sosegada, mientras se secaba la lluvia de la cara—. Y todo esto es para la tumba.

Se notaba lo incómoda que se sentía en la torre. Se frotaba las manos nerviosa, como si quisiera calentárselas. Cuando su mirada recayó sobre la pluma de cuervo de Dušan, se me disparó la sangre a las mejillas, a pesar de que Anica no podía saber quién me la había regalado.

—¿Por qué traes alimentos al difunto? ¿Conocías bien... a mi suegro? —le pregunté finalmente, para acabar con el desagradable silencio.

Sus ojos relucían como si mi pregunta tuviera algo gracioso.

—No demasiado. Para Jovan yo no valía mucho. Por cierto, que él para mí tampoco.

Su sinceridad me desconcertó.

—Vaya, muestras poco respeto por los difuntos —comenté—. Ni por tu marido,

ni por Jovan. Espero que no hayas venido aquí para bailar sobre su tumba.

Quedó patente que no era fácil hacer que perdiera la compostura. Cualquiera otra mujer habría reaccionado ofendida y furiosa, sin embargo Anica únicamente arqueó las cejas. Las comisuras de sus labios temblaron... y de repente, ¡echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír! Era una risa abierta, sincera, que a pesar de todo me gustó.

—¡Bueno, menos mal que hoy me bombardeas con palabras en vez de con trozos de leña! —dijo con destello de lince en los ojos—. Aunque tus palabras también golpean con dureza. ¿Bailar dices? Bueno, ¿por qué no? La gente como yo no tenemos nada que perder. Y si de todos modos voy a ir al infierno, al menos quiero disfrutar de la vida mientras pueda.

Su desfachatez me indignaba y me fascinaba a la vez.

—¿A eso has venido? ¿A reírte de mí? —le pregunté.

Anica volvió a ponerse seria y me miró con tal firmeza que me avergoncé en mi propia casa.

—Nada más lejos de mi intención, Jasna —dijo—. Sé que te incomoda verme aquí y lo entiendo perfectamente. Imagino que estarás esperando una disculpa de mi parte, pero no la vas a recibir. Lo que pasó, pasó, y sería una hipócrita si te dijera que me arrepiento. No obstante quiero que sepas que yo... no soy ese tipo de mujer por la que tanta gente me toma. Puede que Danilo no te lo haya contado, pero nos conocemos desde niños. Cuando éramos jóvenes soñábamos con marcharnos algún día de aquí —ahora había algo cálido en su profunda voz, tuvo que tragar saliva y continuó en voz más baja—: No sé si lo entiendes, pero a veces se quiere a una persona tanto... que es casi como una maldición.

Sin yo quererlo, mi mirada se desvió hacia la pluma de cuervo. Durante un momento deseé poder olvidarme de mi orgullo, pero era más fácil estar furiosa con Anica que reconocerme a mi misma que ella despertaba en mí algo que me asustaba: mi deseo hacia Dušan y, a la vez, mi miedo por ese deseo.

—¿O sea que has venido a demostrarme que tú tienes más derechos que yo por antigüedad?

—¿Para qué? Los tengo de todas formas —respondió sin un ápice de burla—. Danilo y yo pertenecemos el uno al otro.

—¿Ah sí? ¿Entonces por qué te casaste con Luka? —exclamé—. Si vuestro amor es realmente tan grande como dices, no deberías...

—¿Y por qué has dejado tú que te vendan? —preguntó interrumpiéndome—. Jasna, ¿crees que siempre tenemos elección? ¿Siempre somos lo suficientemente fuertes como para defendernos cuando todo un pueblo o toda nuestra familia nos obliga a algo? —una sombra entristeció su rostro e intuí lo que habría sido cada hora que había pasado junto a Luka—. No. Sabes tan bien como yo lo difícil que es estar sola frente a los demás. Y no fue únicamente el pueblo el que hizo todo lo posible por alejarme de Danilo; tampoco Jovan habría consentido jamás que su hijo y yo nos

casáramos. No sé por qué, pero él no soportaba ni siquiera mi presencia. Tal vez porque soy hija de una madre soltera más pobre que las ratas y porque entre los vecinos del pueblo nunca he valido mucho.

«Puede que fuera sólo porque, con tu cabello negro, te pareces demasiado a Marja», pensé instintivamente.

—Le prometió dinero a mi madre si ella conseguía que me casara con Luka —continuó Anica—. Mucho dinero, que estuvo esperando hasta que murió. Y por Dios que ella hizo de todo para que me doblegara a su voluntad y la del pueblo. Cedió porque sabía que Danilo jamás se opondría a Jovan.

—Entonces debes de estar contenta de que ahora esté muerto.

Ella sonrió sin alegría y movió negativamente la cabeza.

—Ojalá fuera tan fácil. En el fondo no cambia nada. Danilo está tan arraigado a estas torres que nunca las abandonará. Ni siquiera por mí. Le odié por no haber luchado entonces por mí. Pero cuando le volví a ver después de la festividad de Ivanje...

De pronto enmudeció, como si ya hubiera desvelado demasiadas cosas sobre sí misma. La imagen de su baile flotaba en la estancia... y también otro recuerdo: Bela con su vestido blanco. Lo oscuro y lo claro revoloteaban por la habitación, giraban uno alrededor de la otra, se sobreponían y se volvían a separar.

—¡Cualquiera que me oiga! —dijo Anica enfadada—. ¡Pues no estaba a punto de pedirte disculpas...!

A eso no se me ocurrió qué responder. De nuevo se hizo una tensa pausa únicamente ocupada por los gemidos de súplica de Sívac tras la puerta.

—Gracias por la leche y el pan relleno —dije finalmente—. Es muy... generoso regalarle esto a un hombre que te trató tan mal.

Sorprendida, Anica se echó a reír.

—¡Pero si las ofrendas para el difunto no son mías! —exclamó—. ¿Crees que me sobra la leche? No, estas cosas te las manda Branka.

Ahora era yo la que se había quedado perpleja.

—¿Vienes del pueblo? ¿Y ahora de repente las mujeres del pueblo hablan contigo?

Anica se encogió de hombros.

—Como nadie más se atreve a venir a Las Tres Torres, sí, de repente la viuda vuelve a ser buena. Total, como ella de todos modos ya está condenada, si se la lleva el diablo, no se pierde mucho.

De pronto me sentí inquieta.

—¿Branka tiene miedo de venir ella misma hasta aquí? ¿Por... la granizada?

—No es únicamente el granizo —contestó Anica con un sentido oculto entre líneas que me inquietó—. Esa es de hecho la verdadera razón por la que estoy aquí, Jasna, para advertiros. La gente del pueblo tiene miedo. Y quien tiene miedo es capaz de muchas cosas. Hace dos semanas que se suceden acontecimientos extraños.

Primero encontraron algunas ovejas muertas en el prado. Un lobo las había desgarrado, pero no se había comido la carne. Desde entonces los hombres hacen guardia por las noches, pero aún no han visto ningún lobo. Y desde que murió Stana, ha ido creciendo la inquietud...

—¿Stana? ¿Muerta? —casi grité.

Anica abrió los ojos de par en par.

—¿Es que no lo sabías...?

—¿Cuándo? ¿Qué ha pasado?

—Mataron a una de sus ovejas. Hace cuatro días. Y como era bastante pobre, no quiso desperdiciar la carne y comió de ella. Empezó a tener dolores y dos días más tarde estaba muerta.

No podía decir que Stana y yo hubiésemos sido amigas pero lo sentía por ella. Jamás le habría deseado un final así.

Entre tanto se había hecho algo más oscuro en la estancia y la cara de Anica flotaba como una máscara clara en aquella penumbra.

—Otros también han enfermado..., entre ellos la mujer del carpintero, el sirviente de un *hajduk* y Dajana.

—¿Dajana también?

Ahora tuve que sentarme.

—No fueron precisamente amables contigo, pero aun así las apreciabas, ¿verdad? —dijo Anica conmovida.

—Aprecio a demasiada gente —murmuré—. Y demasiadas veces a la gente equivocada.

—En ese caso sólo espero que sepas distinguir de qué lado estoy yo. Quiero ser sincera, Jasna: las cosas están mal y Pandur está completamente fuera de sí, porque teme por la vida de Dajana. Para colmo esta noche ha muerto de repente uno de vuestros trabajadores, precisamente el que más maldecía en vida a Jovan. Él... se quedó sin aire y escupió sangre, como si un ser invisible le estuviera aplastando el cuerpo. Juró antes de morir que alguien se le había aparecido durante la tormenta y que le había estrangulado. Dijo que fue Jovan.

—Pero él yace en la tumba —susurré y pensé al mismo tiempo con un escalofrío «¿Y si fuera Nema?».

Anica miró pensativa hacia la ventana.

—Esperemos que así sea. De todos modos, Branka me ha pedido que te dé un recado: el sábado debes rociar la tumba con agua del arroyo hirviendo. Eso destruirá a Jovan, en caso de que hubiese... vuelto. En el pueblo han pintado cruces con brea en todas las puertas, tú también deberías hacerlo. Y... también quiero pedirte algo, Jasna... Quiero que adviertas a Danilo. Tiene que cuidarse de la gente del pueblo. Lo mejor sería que no se dejara ver por allí. Son como lobos cuando se trata de proteger a la comunidad... Es por lo que ellos creen que es... Cerrad bien las puertas, por favor.

Yo asentí y Anica me sonrió agradecida.

—Bien —dijo cogiendo la cesta de la mesa—. Se ha hecho tarde. Tengo que irme.

—¡Espera! —dije levantándome de la silla de un brinco—. Te acompañaré durante un trecho.

Desearía poder decir que la acompañé por amistad, pero la verdad es que de buena gana me habría ido corriendo con ella. El ciclo ya había tomado el color azul oscuro del anochecer y había convertido el linderero del bosque en una negra y puntiaguda mancha. El viento del atardecer era frío. Disimuladamente le eché a Anica una mirada de soslayo y vi que estaba temblando en sus empapadas ropas. En silencio me quité el pañuelo de lana seco de los hombros y se lo ofrecí. Ella titubeó, pero finalmente lo aceptó. Me quedé en el borde del bosque mirando cómo se alejaba y se fundía con las sombras de los árboles. Pensé en los lobos y en que ella en su cabaña, tan apartada del pueblo, vivía solitaria como un fantasma, y simplemente sentí miedo por ella.

* * *

Me alegré de tener a Sívac a mi lado mientras regresaba. Cada paso que daba en dirección a las torres me costaba más esfuerzo. «Lo mejor sería echar hoy mismo el agua hirviendo sobre la tumba», pensé. A mitad del camino, mi perro se detuvo y aguzó las orejas. Ladraba una vez y volvía a escuchar. Intenté reconocer lo que él había percibido, pero no vi nada. Luego, salió de pronto disparado, cruzó la campa y entró por la puerta del establo, donde desapareció de mi vista. Me disponía a llamarlo para que volviera cuando de repente aulló lastimeramente. Después, silencio. Eché a correr con los puños apretados y salpicando barro hacia la puerta. El bastón para arrear a las cabras estaba apoyado contra el muro y lo agarré. Corrí al patio. Sívac vino cojeando y gimoteando hacia mí, como si alguien le hubiera propinado una patada. En medio del patio estaba Nema.

—¿Qué haces? —la increpé—. ¿Por qué le pegas a mi perro?

La cara de Nema tenía la expresión de un depredador al que han acorralado. Al ver sus manos me invadió un susto terrorífico: estaban cubiertas de sangre. Nema aprovechó mi indecisión y se giró abruptamente. Algo se le cayó de la mano, pero no lo recogió, sino que huyó. Yo corrí tras ella, pero de nuevo llegué tarde. La puerta casi me rompe la mano. La cerró con tal fuerza como si la vieja hubiera volcado todo su peso contra ella para mantenerme alejada. Furiosa golpee con el bastón contra la madera.

—¡¡¡Te cogeré!!! —grité—. Tú sabes lo que está pasando aquí, ¿verdad? Nema, ¿has visto a Jovan? ¿O has sido tú la que ha ido al pueblo?

Su contestación fue el roce del cerrojo. Cuando saqué la llave y la metí en la cerradura, noté que había algo metido dentro. Maldije y me retiré. A pocos pasos delante de mí, Sívac estaba olfateando la cosa que se le había caído a Nema de las

manos. Me acerqué y me agaché. Un murciélago muerto. Atravesado por el cuchillo de Dušan que yo había dejado clavado en la tumba esa mañana. Era un símbolo mágico con el que mantener alejada a una bruja. O la amenaza de destrucción de alguien...

Hacía mucho tiempo que no había tenido la sensación de estar siendo observada, pero en ese instante sentí claramente que la torre negra miraba hacia mí, acechando. Me repugnó coger el mango pringoso del cuchillo y quitar el animal muerto de él. Me levanté rápidamente y corrí hacia mi torre.

«Tengo que contarles todo a Simeón y a Danilo, tengo que hablarles del sirviente muerto y...», pensé mientras atrancaba con manos temblorosas la puerta. Entonces recapacité y me detuve. Una revelación me alcanzó como un rayo. ¿Cómo había podido ser tan ciega? Los dos habían estado en los últimos días varias veces en el pueblo y alrededores, así que a la fuerza tuvieron que oír algo sobre los ataques de los lobos y sobre la muerte de Stana y... Pero no me habían dicho nada. «Lo saben, y están protegiendo a Nema», pensé sin poder dar crédito.

Capítulo 13

SEMILLAS DE ADORMIDERA

Si entonces hubiera imaginado que todo mi mundo, con sus más firmes creencias, se tambalearía irremediablemente en cuestión de horas, ¿habría huido? No lo sé. Mi miedo hacía tiempo que había sido sustituido por una iracunda testarudez. A pesar de que estaba oscuro había ido a la tumba de Jovan y había echado semillas de adormidera entre las piedras. Pasara lo que pasara, él no iba a poder levantarse sin antes contar cada una de las semillas y eso al menos le mantendría ocupado toda la noche y un día más. Al día siguiente iría al pueblo para hablar con Milutin y con Branka. Pero mientras era mi deber proporcionarme cierta seguridad y evitar males mayores. Deseaba tanto la cercanía de Dušan..., y sin embargo dependía de mí misma para salir bien librada, de modo que tenía que mantener la cabeza serena y protegerme lo mejor que sabía. Seguía sin comprender por qué Simeón y Danilo se quedaban tan tranquilos mientras el pueblo era destruido. ¿Tan profundamente arraigados estaban su odio y su sentido de la venganza?

Volvieron tarde. Sus caballos estaban cansados y caminaban al trote con las cabezas agachadas. Danilo miró hacia lo alto de mi torre, pero yo había apagado las luces y me asomaba escondida en la seguridad de las sombras.

Simeón trajo una lámpara y la colocó, como todas las noches, sobre el muro. Bajo su luz sus rasgos parecían demacrados y tristes, y yo me pregunté en qué estaría pensando en ese momento. Con los hombros caídos se dirigió al establo y cerró la puerta.

Yo sabía que Nema seguía atrincherada en la casa y que probablemente estaría tan tensa como yo. Rápidamente cogí el resto de las semillas de adormidera, los ajos y el cuchillo de Dušan que había lavado para eliminar la sangre de murciélago. Nadie debía verme, así que salté por la ventana trasera. El cielo se había despejado, una luna pálida colgaba del cielo como una máscara. Me habría alegrado tener a Bela a mi lado, pero ella no se mostró, ni siquiera dejó que escuchara un susurro suyo.

Agachada y a hurtadillas di un gran rodeo a mi propia torre y me encaminé a la parte trasera del edificio principal. Las contraventanas de la habitación de Nema estaban cerradas, como siempre; tan sólo la luz de las velas que brillaba a través de las rendijas era señal de que aún estaba despierta. Saqué el ajo, lo corté por la mitad y lo restregué en forma de cruz sobre las contraventanas. Las semillas de adormidera las esparcí sobre el alféizar. Ahora ningún vampiro podría abandonar la casa por ese lado. Luego, rodeé el edificio, me acurruqué al resguardo de la escalera junto a la puerta y esperé.

Pasó mucho tiempo, pero finalmente se giró una llave en la cerradura. Percibí

pasos a hurtadillas, sigilosos. Nema pasó rápidamente por mi lado. Se detuvo un instante para mirar hacia mi torre, luego se agachó aún más y siguió a hurtadillas. A la débil luz de la lámpara no pude reconocer lo que hacía, pero en cualquier caso no iba hacia el portón para abandonar la finca, sino hacia el establo. Escuché abrirse la puerta. Se escuchó la voz de Simeón; después, durante mucho rato, el silencio. Aproveché y esparcí semillas de adormidera en el umbral de la puerta, unté el ajo y hasta metí un diente de ajo en el agujero de la cerradura, para cerrarle a Nema el paso de vuelta a la casa. Acto seguido yo también fui a hurtadillas al establo y me apreté contra la fachada. Con manos temblorosas corté el ajo restante y me unté con él cuello y manos para mi propia protección.

Me pareció que había pasado una eternidad hasta que la puerta volvió a abrirse. Nema salió con rapidez y, agachada, se dirigió... ¡a mi torre! A los pocos pasos ya la había alcanzado y la agarré por el brazo.

—¿Qué es lo que me traes esta vez? —le eché en cara—. ¿Un nuevo conjuro contra las brujas?

Ella emitió un jadeo asustado. A la luz de la luna el blanco de sus ojos brillaba azulado mientras que su boca abierta era una mancha negra. Algo pesado cayó y rozó mi rodilla, hizo un ruido como si se hubiera roto algo de arcilla. Un líquido cálido, pegajoso empapó mis pies y un olor metálico me envolvió. ¡Sangre de caballo! Ágil como una serpiente la vieja se giró. Yo estaba demasiado sorprendida como para esquivarla y su huesudo puño me alcanzó con toda fuerza en la sien. Tras mis párpados aparecieron destellos de dolor. Me tambaleé, pise un trozo de la jarra rota y perdí el equilibrio. Nema aprovechó el momento para deshacerse de mi garra y huir.

Antes de que me diera cuenta ya había cruzado la mitad del patio. Salí corriendo tras ella, pero se escabulló y se metió en la casa. Sin embargo esta vez no tuvo tiempo de cerrar la puerta y dejarme fuera. Mis talones martilleaban los escalones mientras la perseguí hacia su alcoba. Enganché un pico de su falda y en el umbral de su habitación la hice caer. Con un dolorido quejido aterrizó con dureza en el suelo y se pegó contra la pared. La llama de una vela, que había sobre un arcón, vaciló.

—Puedes hacerlo fácil o difícil —jadeé—. No quiero pelearme contigo, pero te juro que lo haré si no me contestas, ¿entendido?

Nema apretó los labios y me miró como si yo fuera un perro rabioso al que era mejor no provocar. Sus manos llenas de cicatrices estaban apretadas en forma de puños, pero no hizo ademán de levantarse.

—Nema, ¿eres tú..., eres tú el vampiro? ¿Tú has llevado la desgracia al pueblo?

La vieja resopló. Su boca gesticuló, sus ojos me maldijeron. En ese mismo momento fui consciente de que algo no iba bien: a pesar del ajo y de las semillas de adormidera, Nema había entrado en casa sin ningún problema.

Veloz como un rayo agarró un cubo que había al lado de la puerta y me lo lanzó. Alcé el brazo para protegerme del golpe y me retorcí al instante del dolor, porque me alcanzó en el codo. Llegó a su aposento y pasó la cerradura delante de mis narices. El

suelo crujió, las contraventanas golpearon. Yo me levanté como pude y volé por el pasillo de vuelta al patio. Junto al muro agarré la lámpara y corrí todo lo rápido que pude dando la vuelta a la casa. Las contraventanas estaban abiertas, también ahí había fallado el hechizo, lo que me demostró que Nema no podía ser el vampiro. Cuando volví la vista intuí una sombra que huía corriendo en dirección a la colina. La perdí de vista, pero ya imaginaba yo adónde iba. Pues bien, ¡ese plan se lo iba a estropear!

La falda se me llenó de espinos y me faltaba el aliento en los pulmones, pero no reduje la velocidad hasta que no tuve a la vista los arbustos de enebro; entonces me detuve respirando a bocanadas. La luz de la lámpara titilaba. No había peligro. Las piedras sobre la tumba de Jovan resplandecían a la luz de la luna. No estaban dispersas y la cruz de la tumba estaba derecha... tal como lo habíamos dejado. En la semioscuridad tan sólo veía el contorno de una sombra junto a la tumba. O no me oía o se había dado por vencida. La cuestión es que no se giró hacia mí. Estaba arrodillada y ensimismada ante la tumba, de perfil. El tronco de su cuerpo se acunaba hacia delante y hacia atrás como si se hubiera vuelto loca. Asustaba verla así. Sigilosa coloqué mi lámpara junto a un arbusto. Me acerqué e inspiré profundamente para hablarle a Nema cuando oí algo que convirtió mi corazón en un trozo de hielo: un finísimo y agudo murmullo de gimoteo, un sonido terrorífico, como el de un animal que sufre sin comprender su dolor. «¡Así que Nema no es muda!», pensé mientras seguía caminando como en un sueño. Me incliné para ver mejor. El manto de nubes se abrió y un rayo de luna cayó sobre largas piernas... ¡Aquella no era Nema! El horror me invadió como una fría ola cuando reconocí el cabello oscuro de Jovan y el brillo de su mecha blanca. «¡Corre!», gritó una voz en mi interior, pero mis piernas no me obedecían. Se me cayó el mundo encima y literalmente me desplome de rodillas, con las manos en el suelo.

Sin duda los días bajo tierra habían mermado las fuerzas de Jovan. Parecía envejecido y más delgado. Todavía seguía abrazándose a sí mismo y acunándose como si estuviera llorando su propia muerte. Vi su mano, que se asemejaba a una pálida zarpa, y el mechón de su cabello se balanceaba adelante y atrás. Mis manos, como si tuvieran vida propia, encontraron una piedra en el suelo y la cogieron con fuerza, pero habría sido una locura defenderse a pedradas contra un vampiro al que ningún conjuro había podido sujetar a su tumba. «¡Tienes que irte de aquí, ponte a salvo antes de que te vea!», me ordené a mí misma.

Apenas me sentía las piernas pero logré levantarme, con infinito sigilo. Una brisa movió los arbustos y los hizo susurrar. Mi falda ondeaba como una bandera.

De pronto Jovan levantó la cabeza y olfateó el aire. ¡Había olido el ajo! Miró por encima de su hombro. ¡Me miró directamente!

Fue como si mi corazón y el tiempo se hubieran detenido a la vez. Contemplé con horror la cara de la muerte, la misma cara desfigurada que me había estado persiguiendo en mis sueños. Reconocí la boca abierta, los ojos redondos de la muerte...

El vampiro se levantó de un brinco y se giró abruptamente hacia mí con las garras de sus manos en alto... Una extraña sombra tambaleándose. Daba la impresión de tener dificultades para dominar sus extremidades. «Claro, ha estado tumbado quieto mucho tiempo y debe volver a acostumbrarse a caminar erguido», argumentó mi cerebro.

Sentí un áspero cosquilleo en la garganta, pero no me oí gritar. En mis oídos sólo retumbaba el agudo chillido del muerto viviente que se cortó abruptamente. Los músculos del brazo me dolían como si me lo hubiera dislocado y de repente mi mano estaba vacía: sin pensarlo había lanzado la piedra contra el vampiro... y por lo visto le había dado. El monstruo se tambaleó hacia atrás y se sujetó el brazo. Se retorció de dolor y soltó un llanto aún más terrorífico que el chillido. Pensé que se abalanzaría sobre mí, y sin embargo, me miró con los ojos muy abiertos y, gimiendo, cayó de rodillas. De esa manera fui capaz de evaluar que ese cuerpo era mucho más delgado que el de Jovan, y su cara era claramente más estrecha, la nariz extrañamente corta, como deforme.

—¡La bruja! —sollozó aquel cuerpo haciendo la señal de la cruz—. ¡Virgen Santa! ¡La bruja! ¡Virgen Santa, ayúdame!

«Pero si los vampiros no lloran», me dije desconcertada. «No tienen sentimientos. ¡Y tampoco rezan!».

La criatura repetía esas palabras como una invocación una y otra vez, hasta que después de muchos interminables segundos comprendí que ese monstruo estaba realmente asustado y mis creencias se desmoronaron.

—¿Quién es la bruja? —conseguí decir a duras penas.

Soltó un sonido de miedo y se arrastró hacia atrás.

—¡Tú! Tú... quieres comerte mi corazón. ¡Virgen Santa, protégeme!

No me corría la sangre en las venas y mis piernas seguían empujándome para salir corriendo, pero mi sentido común me ordenaba que me quedara allí. «No es Marja, nunca ha sido Marja...». ¿Entonces...? La voz del monstruo sonaba humana..., joven y deformada por el miedo. No hablaba con claridad, lo que tal vez se debiera a que sus labios estaban tan deformes como su nariz.

—¡Yo no soy ninguna bruja! —dije con tanta serenidad como si estuviera hablándole a un animal asustado—. ¿Quién dice eso?

Escuché su acelerada y dificultosa respiración.

—Nema —susurró, y tosió una tos seca—. Ella dice que tengo que mantenerme alejado de ti. No debo dejarme ver, ¡pero tú hace tiempo que me persigues! Tú... me pones ajo y también me colocaste el espejo con el conjuro. ¡Quieres destruirme! ¡Nos quieres matar a todos!

A pesar de que estaba oscuro, vi de repente muchas cosas con una claridad cegadora: el espejo, la cara deformada en la ventana, la figura en la noche, la piedra lanzada contra mi contraventana...

Cuánto miedo debía de tenerme si incluso recurría a la magia para repeler a una

bruja: la paloma muerta, el espino blanco... y el murciélago. Debió de coger el cuchillo de la tumba. Probablemente Nema sólo había intentado eliminar esa prueba antes de que yo la descubriera. De nuevo tosió e inspiró para coger aire.

—Yo no voy a hacerte nada —dije intentando tranquilizarle.

El viento silbó entre los arbustos, acarició mi piel y empujó mis rizos hacia mis mejillas. Asustado, el hombre se tapó la cara con ambas manos, se tambaleó hacia atrás y soltó un tortuoso ahogo. Debía de ser el olor a ajos. Una horrible sospecha me cerraba la garganta. Nema no me había mentido cuando en el establo me señaló que un hombre con un mechón blanco bebía la sangre. ¡El mechón blanco!

—¿Eres... hijo de Jovan? —pregunté con suavidad—. ¿Cómo te llamas?

El hombre se tambaleaba como si apenas se pudiera mantener en pie de debilidad.

—Vampiro —susurró con la voz ahogada por el miedo.

Luego, puso los ojos en blanco y se derrumbó desmayado junto a la tumba.

Capítulo 14

LA ELECCIÓN DE SANIYE

No sé lo que percibí primero: los ladridos del perro, que corrió junto a la criatura inconsciente como si le conociera desde hacía mucho, la voz horrorizada de Danilo llamándome... o el grito de Simeón. Una luz acarició la cruz de la tumba y rozó el cuerpo inmóvil.

—¿Qué le has hecho? —gritó Simeón y corrió hacia él, dejándome a un lado.

Nema, deshecha en lágrimas, seguía a Simeón y me lanzó una terrible mirada. Fue ella quien se inclinó sobre el desmayado. Su cabello le cubrió como si fuera un abanico gris.

«¡Llora por un monstruo!», pensé, y tiritando, me abracé a mí misma. Todo estaba al revés. Ellos tenían que haber ahuyentado al muerto viviente o haberle destruido, pero sin embargo lo cuidaban como si se tratara de un humano herido.

Nema giró cuidadosamente al hombre boca arriba y, con un cariño que nunca antes había visto en ella, le apartó el cabello de la cara.

—Por suerte no está herido, pero está otra vez ardiendo de fiebre —murmuró Simeón preocupado—. ¿Le has dejado salir de la alcoba?

Nema movió la cabeza negativamente e hizo algunos gestos que yo no comprendí. Aturdida, di un paso atrás, me di la vuelta y quise salir corriendo de vuelta a mi torre o con Viento..., lejos de allí. Pero choqué contra Danilo. Por un segundo nos mantuvimos inertes uno frente al otro... y luego me sorprendió cuando simplemente me tomó en sus brazos y me apretó contra él. Como si quisiera protegerme. Esta vez no me asusté de él echándome atrás, sino que más bien me agarré a él enterrando mi cara en su hombro. Mis dientes castañeaban y todo mi cuerpo temblaba. De buena gana no habría vuelto a abrir los ojos nunca más. Pero por mucho que apretara los párpados, no conseguía ahuyentar la imagen del muerto viviente.

—No te hará nada —me susurró Danilo—. Te lo prometo.

—¡Pero es un vampiro!

—Sí... —contestó, y con una voz ronca bajo el peso de ese secreto, añadió—: Pero no va a hacerte daño.

—¿Danilo? —le llamó Simeón—. ¡Ven aquí, yo no puedo llevarle todo el camino solo!

Danilo me soltó con tanto titubeo como si lo que debía hacer le repulsara desde lo más profundo de su alma. Fue hacia el monstruo y lo levantó del suelo. Con una mirada me indicó que le siguiera.

No sé por qué no me marché corriendo en aquel momento. ¿Aunque adónde

hubiera podido huir?

Ya no me habría sentido segura ni siquiera en la iglesia. Mi capacidad de razonamiento y lógica se había desprendido de mí y lo único a lo que todavía podía agarrarme era a la promesa de Danilo de que no iba a pasarme nada. Así que caminé paso a paso colina abajo como en un sueño..., aturdida e incapaz de emprender otro camino.

El brazo izquierdo del vampiro colgaba y se movía en vaivén como si me estuviera llamando y me animara a seguir esa procesión fantasmal. Nos dirigíamos a la torre negra, hacia la parte trasera del edificio principal. De pronto nos detuvimos; era un edificio principal. De pronto nos detuvimos; era un lugar visible sólo desde la torre negra. Precisamente hacía unos cuantos meses una de nuestras cabras se había enganchado en los matorrales espinosos que crecían allí y yo había ido a liberarla, pero por aquel entonces estaba tan ocupada teniendo miedo de la torre negra que siempre miraba arriba, nunca hacia abajo...

En el suelo había una trampilla, casi invisible por la vegetación que crecía sobre ella, similar a la del sótano de la despensa, pero bien camuflada con sarmientos y ramas. Simeón la levantó; si Nema no hubiera ahuyentado de inmediato a Sívac, este se habría colado por el túnel.

En ese momento el vampiro, en brazos de Danilo, volvió en sí. Empezó a gemir y a toser sin parar, y me dio la impresión de que olfateaba como un perro. También Simeón inspiró con energía y enseguida levantó asustado la mano.

—¡Dios bendito, apestas a ajo! —increpó a Danilo—. ¿Es que quieres matarle?

Danilo se mordió el labio inferior como si le hubiera pillado en falta y yo me di cuenta de que se le había impregnado el olor al abrazarme.

—¡Venga, vete, ya lo sujeto yo! —ordenó Simeón, y sin mirarme, añadió en voz más contenida—: ¡Marchaos los dos!

Con la sensación de estar viendo un sacrilegio, observé cómo Danilo dejaba recaer el peso del cuerpo inmóvil, con sumo cuidado, en los brazos de Simeón; luego apoyó la cabeza del hombre sobre el hombro del aquel. En ese gesto había respeto, pero no amor.

Después de que la puerta se tragara a Nema, a Simeón y al muerto viviente, un silencio se posó sobre la finca iluminada por la luna. Sentí la sangre de caballo derramada pegada en mis medias. Había refrescado y el viento aullaba en el tejado de la torre. El frío me devolvió a la realidad y me enfrentó a lo incomprensible.

—¿Permitís que mate a la gente del pueblo sin inmutaros? —susurré llena de horror.

Mis dientes empezaron de nuevo a castañear y me dolían las articulaciones, atravesadas por un gélido fuego.

—Él no ha matado a nadie —murmuró Danilo.

—¿Y qué hay de Stana y los demás? Anoche murió uno de nuestros sirvientes que creyó haber visto a Jovan, ¡pero fue a ese monstruo!

Danilo movió la cabeza negativamente.

—¡Sea lo que sea lo que está pasando en el pueblo, mi hermano no ha sido!

Hermano... Esa palabra sonaba errónea y asustaba, igual que pensar que era hijo de Jovan.

—Desde el funeral, Nema ha pasado todas las noches con él —continuó Danilo—, y si no estaba ella, hacíamos guardia Simeón o yo. Tú misma has visto lo débil que está. Aunque hubiera podido ir al pueblo, él no puede invocar ninguna tormenta de granizo y preferiría morir antes de hacer daño a una persona.

—Pero si es un...

Danilo asintió y dejó caer la cabeza como alguien que se da por vencido.

—Sí, lo es. Por eso no lleva un nombre cristiano, sino que se le nombró por lo que es: Vampiro. A pesar de que no se ha levantado de ninguna tumba. Eso es lo más cruel de esta maldición: que no nos alcanza cuando hemos muerto. Mi hermano está vivo en un cuerpo que se desintegra. Y sólo Dios sabe lo que será de él cuando muera. Tal vez entonces se convierta definitivamente en un monstruo y pierda hasta su alma —Danilo carraspeó e hizo una prolongada pausa, antes de añadir con voz afectada—: A veces pienso que sería mejor acabar con su vida para proporcionarle paz. Pero me siento responsable de él, es mi hermano y mi padre le amaba más que a mí.

Se me puso la piel de gallina y se me erizó el vello de los brazos.

—¡Sois... de verdad una familia de vampiros! —susurré.

—Ese es nuestro destino —dijo Danilo—. Aunque mi hermano es el que más lo sufre. Le ocultamos desde su nacimiento. Tampoco tú deberías haberle visto. Le ordenamos que se mantuviera alejado de ti. Por eso Nema le contó que tú eras una bruja, para que se quedara en el sótano de la torre. Pero no sirvió de nada. Y desde que padre murió, está como loco de dolor e intenta continuamente salir de la torre para ir a su tumba. Cuando anoche salió en mitad de la granizada, tuve que hacerle volver a la fuerza.

Disimuladamente miré el araño de su frente. De modo que no había sido un caballo el que le había empujado contra la puerta.

—Simeón y yo atrancamos las puertas —siguió contando—, pero Nema no soportaba encerrarle como si fuera un perro.

—Todas estas noches que no estuviste... y tantos días..., no estabas con...

Danilo sonrió con tristeza.

—¿Pensabas que todo ese tiempo había estado con Anica? No, desde su boda me he mantenido alejado de ella. Sólo nos volvimos a ver hace unas semanas y quedé con ella... El resto del tiempo lo pasaba con él. No puede estar mucho tiempo solo. Constantemente roza el umbral de la muerte y sufre como un torturado bajo el inmensurable miedo de que eso ocurra.

Aquella red de mentiras y secretos iba calando cada vez más en mí y sentí que me iba enredando más y más en ella.

Recordé las veces en que notaba a todas tan preocupados y por qué el velo de dolor cubría siempre las torres. Ahora comprendía cuánto había temido Jovan por la muerte de su hijo. «La muerte llama cada vez con más fuerza a nuestra puerta», le escuché decir. Y también comprendí por fin la consternación de Simeón por la venta de los corceles. «Con cinco tendremos suficiente», había dicho Danilo. ¿Cuántas veces necesitaba el vampiro sangre fresca? Todo el tiempo había estado hablando de él en mi presencia...

—Entonces, cuando se encuentra cerca de la muerte, ¿le ayuda la sangre? ¿Igual que a Marja? —le pregunté.

Danilo asintió.

—Sí, Jasna, él es un monstruo. Dios sabe lo que es. Pero reza.

—¿Cuánto tiempo pensabais ocultármelo?

—El tiempo que fuera necesario, hasta que muriera. O hasta que se hubiera vuelto humano. Mi padre creía en ello. Un nieto que soportara la luz del sol sin quemarse habría sido la señal divina de que habíamos sido perdonados. Estaba convencido de que la maldición también liberaría a Vampiro.

—¡Pero si tú soportas la luz!

Danilo tragó y jadeó casi desesperadamente.

—¿Ah, sí? ¿Y por cuánto tiempo más? Me despierto cada mañana temiendo la salida del sol. Tantas veces deseé que fuera verdad eso de que no soy hijo de mi padre —ahora su voz temblaba, no sabría decir si de dolor o de ira—. Cuanto más amaba a mi hermano desde que nació, más me odiaba a mí por no ser yo el que sufriera en su lugar. Y a mi madre también la odiaba por mostrarle en su desgracia lo que nos deparaba a todos tarde o temprano. Fue él quien la confinó en la torre. Ella vivía tras ventanas tapiadas, en el sótano. A veces Simeón me llevaba con ella. Apenas puedo recordarla. Estaba todo tan oscuro que no podía ni ver su cara, pero escuchaba su voz y su risa. Ella me abrazaba y me cantaba.

La voz de Danilo se había suavizado al pronunciar aquellas palabras, como si hubiera regresado al pasado. Pero en mí hervía una ira desenfrenada. Me estaba clavando las uñas en la palma de las manos.

—Y tú has asumido que a mí me alcanzará el mismo destino que a tu madre, ¿verdad? —dije apretando los dientes—. ¡Todos vosotros lo habéis hecho!

—Jasna, por favor, escucha... —Danilo intento echarme el brazo encima, pero yo salté hacia atrás y le aparté la mano con todas mis fuerzas.

—¡No vuelvas a tocarme jamás! —le grité—. Puede que para ti mi vida no valga nada, pero yo no os voy a permitir que me otorguéis ese destino. ¡Yo no tengo nada que ver con eso!

—¡Escúchame...! —dijo Danilo intentando calmarme.

—Pues sí que tenías una buena razón para no casarte con Anica —le bufé de nuevo—. ¡A ella sí quisiste protegerla! Posiblemente hasta estuviste de acuerdo con que se casara con Luka. Así tenías una razón para no cortejarla.

Danilo intentó no perder la compostura.

—Jasna, te resulta siempre muy fácil juzgar sobre los demás, ¿eh? Pues puede que tengas razón: al principio lo pensé, lo reconozco. Mejor que le ocurra a otra, a una extraña que no significa nada para mí... Pero cuando te conocí, me di cuenta de que no podía ser cómplice de esto. Desde entonces no he vuelto a tocarte y tampoco lo haré en el futuro. No tendré ningún hijo. Y algún día, cuando yo sea el último Vukovic en morir, la maldición por fin habrá llegado a su fin.

—¿Y Anica? ¡Te has acostado con ella! ¿Qué pasa si se queda embarazada? ¿Sabe ella lo que eres?

«Naturalmente que no», me contesté a mí misma. «De lo contrario ella no se preguntaría qué es lo que ata a Danilo a la finca».

—Amar a alguien a quien los demás llaman hombre-diablo es una cosa —contestó—, ¿pero y si el hombre-diablo lo es de verdad?

—De modo que eres demasiado cobarde para dejar que al menos la mujer que amas tome la decisión por sí misma —dije con frialdad.

Incluso en la oscuridad vi cómo las manos de Danilo se apretaban formando puños.

—¿Eres consciente de lo que significa aquí, en Las Tres Torres, ser valiente o cobarde? ¿Lo que significa tener ante tus ojos tu propia muerte a diario y tener miedo de cada nuevo día? Lávate para quitarte el ajo y te enseño de qué imagen estoy preservando a Anica. Y luego dime si de verdad tiene elección entre amarme o maldecirme.

* * *

El pasadizo que conducía bajo tierra hasta el sótano de la torre era estrecho y largo, un pozo que terminaba en un túnel de la altura de un hombre.

«En esta cripta es donde pasa Nema todos los días», pensé y me estremecí mientras bajaba peldaño a peldaño. Olía a humedad, a piedra, a lluvia y a polvo viejo. La luz de mi lámpara titilaba sobre paredes irregulares. Los pasos de Danilo me seguían como un eco.

—¿Estamos ahora bajo la torre? —mi voz sonó hueca y profunda.

—Sí —contestó Danilo—. El pasadizo data de la época de los turcos. ¡Y ahora ven! ¿O es que no quieres acabar el vía crucis de la familia Vukovic?

El pasadizo terminaba en una pesada puerta. Estaba un poco abierta y por la rendija salía luz. Danilo me adelantó y abrió la puerta.

—Jasna está aquí —dijo al interior de la habitación—. Quiere verle.

Escuché los gemidos aterrados de Nema.

—¿Por qué la traes aquí? —protestó Simeón—. Ella no debería verle, ella... —pero entonces escuchó el crujido tras la puerta y se calló de inmediato.

Realmente podía sentir su terror cuando entré con la mirada gacha. Una alfombra

de color marrón oscuro con dibujos entrelazados se tragó mis pasos. «¡Mirale!», me ordené.

Levanté la cabeza... e inspiré para coger aire. ¡Me esperaba de todo, menos aquello! ¡El brillo del oro de los iconos! Docenas de rostros de santos que me miraban desde las paredes. Luz de velas tras velos que atenuaban la iluminación y daba a la bóveda del sótano un aire de iglesia. En la pared frente a mí había una especie de estante sobre el que había colocados más iconos. Sobre él había colocada una cruz tan grande como mi antebrazo. Estaba negra del hollín, únicamente los adornos de las puntas brillaban. Al oír un gemido ahogado me sobresalté. Una cortina me tapaba la vista, pero en ese mismo momento la corrieron a un lado.

—Está ahí tendido —dijo Danilo dejando libre el paso.

En aquella iglesia subterránea, la cama, con sus mantas bordadas y relucientes, parecía un altar. Sólo pude reconocer cabello negro alborotado y un tembloroso hombro. Nema estaba sentada junto a la cama. En sus ojos se reflejaban todos los temores y miedos que seguramente le estaban pasando por la cabeza. Simeón estaba sentado a su lado con los labios apretados y pálidos de ira.

Vampiro gimió y giró la cabeza. Al verle a la luz, me sentí como si mi pecho y mis hombros se petrificaran. Fue mil veces peor que lo que había vislumbrado a la luz de la luna y comprendí que efectivamente no tenía ni idea de la carga que Danilo llevaba desde hacía tantos años. «Un cuerpo que se descompone...». La piel de Vampiro era blanca como la nieve, pero en algunas partes vi marcas de color negruzco, marrón y rojas como de quemaduras. Sus ojos yacían en profundas cavidades azuladas, los labios eran casi inexistentes, de manera que los dientes quedaban a la vista y eran increíblemente largos y de color rojo. La punta de la nariz y las orejas habían desaparecido y la mano que yacía sobre la manta tenía aspecto de zarpa, con manchas y uñas como garras.

Nema le subió la manta hasta el mentón, como si quisiera protegerle de mi horrorizada mirada. «Baja la lámpara», me indicó por señas. Pero yo de todos modos ya no era capaz de soportar aquella imagen más tiempo. Bajé la lámpara y me giré buscando ayuda en Danilo, que también se había vuelto de espaldas y estaba de pie junto a la puerta con los brazos cruzados.

—Fue ayer..., recibió la luz del día junto a la tumba —explicó Simeón— y su piel ha sufrido daños. Tardará varios días en recuperarse.

A pesar de que Simeón había hablado en voz baja, Vampiro se movió. Una persona normal habría abierto primero los ojos para ver lo que estaba pasando, pero esta criatura olfateaba como un perro. Por lo visto me percibía como algo extraño, porque abrió los ojos y se incorporó súbitamente, aunque Nema enseguida le cogió por los hombros.

—¡Dios mío que estás en los Cielos, protégenos!

Los balbuceos que salían de aquella boca deformada exacerbaron mi miedo. Retrocedí a trompicones hasta que choqué con un pilar de piedra de la bóveda.

—Tranquilo —le dijo Simeón a Vampiro—. Ella no es ninguna bruja, sino la esposa de Danilo. No te hará nada. Es buena y te protegerá, como todos nosotros.

Con esas palabras su mirada se desvió hacia mí y se volvió insistente como si esperara de mi una promesa. Luego, miró a Nema, que le tranquilizó con gestos cuyo significado seguramente sólo sabía interpretar él, porque su acelerada respiración se calmó un poco. Tosió, cerró los párpados y volvió a echarse debilitado hacia atrás.

A esas alturas yo también me sentía como si estuviera delirando.

—¿Por qué... tiene una cruz? —me escuché susurrar—. ¿No debería asustarse de ella?

Simeón movió la cabeza negativamente.

—No. La cruz lo protege. Al igual que a la Virgen María. Él ayuna y reza e implora a Dios que los libere a Danilo y a él de esta maldición. Es incapaz de hacerle daño a una mosca.

Nema sollozó y acarició su zarpa, y comprendí que ella amaba a Vampiro como si fuera su propio hijo. Tuve que mirar hacia otro lado. Mis dedos ardían del calor que emanaba de la lámpara así que la coloqué en un lateral sobre la estantería del icono. Un reflejo de la luz le dio un color rojizo y violeta a una telaraña. La luz provenía de una cajita rota, adornada con cristales de colores. Al estilo ornamental otomano...

Hasta entonces no me había fijado en los demás objetos que había sobre el estante: el peine de Marja, algunas sortijas, un broche y una cadena de plata envejecida y negra de la que colgaba un pequeño tulipán pintado con esmalte azul. Jovan un día me explicó que ese color se llamaba azul de Mahoma. Por un instante volví a ver el baile de Bela ante mis ojos, sus manos formando la flor de un tulipán. Y por fin comprendí lo que ella había querido decirme.

Al girarme abruptamente casi volqué la lámpara. Simeón y Nema me miraron fijamente como si yo no estuviera en mis cabales.

—¡Estas cosas son de Marja! —exclamé con contundencia—. Ella amaba los tulipanes y no provenían de Belgrado, ¡sino de territorio turco!

Nema se levantó de golpe. Su mentón temblaba y sus huesuda y rojas manos estaban apretadas. Pensé que iba a lanzarse sobre mí, pero salió corriendo. Danilo no la retuvo. La cortina se infló y después se cerró la puerta con un fuerte portazo. Simeón se pasó la mano sobre los ojos, como si tuviera que apartar el cansancio de muchos años.

—Es una historia muy larga —murmuró—, de la que ha resultado mucho sufrimiento.

—¡Cuéntamela! —insistí—. ¿Cuál era el verdadero nombre de Marja?

—Saniye —oí decir en voz baja a Danilo, que estaba detrás de mí.

Vampiro movió los labios.

—Yo estoy pagando por sus pecados —susurró con esa débil y ronroneante voz que tanto espeluznaba.

Saniye... Me sentí mareada y mis ojos ardían. En busca de sostén, me apoyé en el

estante.

—¿Y Nema? —pregunté dirigiéndome nuevamente a Simeón—. Por favor, quiero saber toda la verdad.

El anciano parecía estar luchando consigo mismo, pero se levantó de repente y vino hacia mí. No pude retroceder más y de pronto estuvo tan cerca de mí que sentí su aliento y el olor a tabaco me subió por la nariz.

—Su nombre era Gizem —dijo en voz baja—. Era la criada de Saniye.

—¿Marja... tenía una criada?

Simeón asintió y bajó la voz, como si no quisiera que Vampiro lo escuchara.

—Era la hija de un otomano adinerado. Un comerciante. Fue en su palacio en Estambul donde estuvimos como invitados. Jovan jamás debería haberse encontrado con Saniye. Debes saber que entre los turcos las mujeres están separadas y que únicamente los hombres de sus familias pueden hablar con ellas. Pero a Jovan y a Saniye los juntó el destino. Estuvieron hablando y, en fin..., eran jóvenes y se enamoraron. Cada hora robada era una temeridad, a los dos les podía haber costado la vida, pero a veces es precisamente el peligro lo que hace tan valiosa una mirada, una y otra vez consiguieron encontrarse. Nema ayudó a su ama, pero un palacio tiene demasiados ojos y el ojo más tenaz era el de la mano derecha del señor de la casa.

—¿El... turco al que Jovan apuñaló?

Simeón asintió perdido en sus pensamientos.

—¡Su señor le dejaba mano libre y el turco se aprovechaba de su poder! Jovan intentó hacerse su amigo para evitar su desconfianza, pero ese hombre era un demonio. Todos sus sirvientes tenían heridas de sus maltratos. Una vez un cantante actuó durante la cena. Cuando este se equivocó en la entonación, aquel turco ordenó que sujetaran y ante nuestros ojos le clavó un puñal en el cuello cortándole las cuerdas vocales. Era un maestro haciendo que la gente hablara... o, si no lo conseguía, haciéndoles callar.

Inconscientemente me llevé la mano al cuello. No tuve que preguntarle quién más había enmudecido a sus manos. Cuando Nema no llevaba pañuelo en la cabeza saltaba a la vista una pequeña cicatriz en su cuello... justo en el lugar donde, en un hombre, se ve la nuez.

Simeón asintió como si hubiera oído mis pensamientos.

—Nema era la confidente y mensajera de Saniye —murmuró—. Creímos que ella nos delataría, pero mantuvo silencio incluso cuando el turco la torturo. Le costó su voz... Imploré a Jovan que nos marcháramos de inmediato. Y aunque accedió dijo que teníamos que esperar a la mañana siguiente. Sus sentimientos ardían ya con demasiado furor como para que la razón los hubiera podido apagar. Naturalmente aquella noche se vio por última vez con Saniye. Cuando lo descubrí le maldije por ello. Sin embargo, ¿qué iba a hacer, abandonarle? No, le busqué, pero el turco fue igual de rápido que yo. Lo que ocurrió después, ya lo sabes —trago con dificultad y bajó la cabeza.

—Él maldijo a los dos amantes —susurré.

Simeón cerró los ojos.

—Sus almas y las de sus descendientes pertenecían al diablo —dijo con ruda voz—. En adelante estarían manchados de sangre, los fantasmas torturarían a Jovan y de sus entrañas sólo saldrían frutos muertos y demoníacos.

No fui capaz de mirar a Vampiro. Parecía haberse quedado dormido, ni siquiera su respiración silbaba ya.

—No tuvimos más remedio que huir, y Saniye y Gizem vinieron con nosotros. Nadie sabía de qué parte de Serbia procedíamos. Esa fue nuestra suerte. Saniye aprendió rápido las oraciones y lo suficiente del idioma como para poder pronunciar el Credo ante un sacerdote, que certificó su conversión a la fe ortodoxa y le dio un nuevo nombre.

—¿Cómo pronunció Nema el Credo? —le pregunté.

—El Señor escucha las palabras de los mudos —Simeón suspiró profundamente—. Milutin no tardó en darse cuenta de que Marja provenía del lado turco y puso al padre de Jovan en contra de su propio hijo. Naturalmente se desató una discusión. Intenté apaciguar a Petar, pero el anciano quiso echar a Marja. La insultaba llamándola «hereje turca» y le prohibió la entrada en la torre Jelena. Creo que murió de pena.

—Y Milutin... ¿sabe de su existencia? ¿Sabe de Vampiro?

—Nadie lo sabe. Si lo supieran, no tardaría en arder la siguiente torre.

Con la mirada perdida en el pasado, Simeón continuó contándome:

—Por Saniye, Nema perdió su voz, pero por Vampiro sería capaz de dar la vida. Si no hubiera sido por ella, él también habría parecido en la torre.

Curiosamente esa parte de la historia apenas me sorprendió. Únicamente añadió una nueva imagen: la de Nema, de joven con el cabello negro, trepando por la ventana de la torre, con un bulto a la espalda que pretendía salvar de las llamas.

—Jovan no creía que la maldición realmente los fuera a alcanzar —dijo Simeón cerrando la historia—. Ante los ojos de Dios, pensaba, no puede ser pecado salvar a un amigo y matar a un hereje... ¡Qué equivocado estaba!

Me aparté a un lado y puse algunos pasos de distancia entre el viejo y yo. Hacía rato que también le tenía miedo a él, a su fija mirada, a su dureza, que ahora sentía con claridad, y a su sufrimiento. Nuevamente me invadió la rabia.

—En esta finca hay tantas «verdades» como alcobas —dije con amargura—. Y todas son diferentes. ¿Es esta versión la verdadera? ¿La definitiva?

—La única válida para nosotros —contestó Simeón señalando a Vampiro—. Sólo cuando se acabe su sufrimiento podrá comenzar una nueva verdad.

Mi garganta estaba tan reseca que apenas podía tragar, y me dolía.

—¿Y eso cuándo será? —dije con incredulidad.

—Cuando tú y Danilo tengáis un hijo —contestó Simeón, como si fuera lo más normal, como si las leyes de esa familia valieran para mí como la palabra de Dios.

Me desconcertaba y me repugnaba.

Miré a Danilo. Seguía de pie junto a la puerta. Tenía que haber sido él quien le contestara a Simeón, pero en vez de decir algo se dio media vuelta y salió corriendo. Al parecer Sívac había estado esperando fuera a que se abriera la puerta. Velozmente se coló en el interior del sótano, me saludó con alegres jadeos y corrió escopetado hacía el lecho de Vampiro.

—¡No! —exclamé, pero era demasiado tarde.

Mi perro ya había saltado a la cama del monstruo, movía contento el rabo y dejó oír un ladrido en señal de invitación. Vampiro parpadeó. Me sobrecogí al ver que la mano de zarpa se dirigió hacia Sívac. Y entonces ocurrió algo que me descolocó por completo: Vampiro sonrió y por un instante, a través de sus rasgos deformes, se transparentó la imagen de otro rostro..., los rasgos suaves y amables de un hombre joven. Eso definitivamente fue demasiado para mí.

—¡Yo no tengo nada que ver con vuestra maldición! —grité a Simeón.

Exclamó algo detrás de mí que no entendí, pero por lo menos no me siguió cuando salí corriendo al exterior.

* * *

La consternación no disminuyó mientras me cambié de ropa ya en mi torre y me lavé la sangre de caballo seca. Por oleadas sentía escalofríos y a la vez mis mejillas ardían. Estaba desorientada. En el exterior se anunciaba el amanecer. Las golondrinas cantaban, oía a las cabras y no podía creer que incluso ese día saliera el sol y la vida siguiera su curso, como si nada hubiera ocurrido.

No tenía mucho que llevarme: mi cruz y algunos vestidos; algo de pan, además de un poco de dinero. Cuando me encaminé hacia el establo, esperaba que Simeón intentara retenerme con la escopeta cargada. Iba concienciada de que prefería morir que pasar un solo día más en las torres. Sin embargo, el viejo no estaba allí y tampoco Nema se dejó ver. Con manos temblorosas ensillé a Viento y lo monté dentro del establo. Luego, conduje el caballo hacia el portón donde Danilo ya me estaba esperando.

—Nos abandonas —dijo.

No fue una pregunta.

—Esto ya no es asunto mío —respondí—. Ahora depende de ti que les expliques a Simeón y a Nema que no habrá nieta. ¡Y cuéntaselo a Anica, por Dios! O de lo contrario lo haré yo.

Me asusté cuando Danilo se acercó y agarró las riendas de Viento.

—¡No tienes derecho a hacer eso! —me bufó.

—¿Quién osa hablar aquí de mis derechos? —le lancé de vuelta—. ¿Un hombre que no sólo es un mentiroso, sino también un maldito y un mestizo turco?

Sabía lo hirientes que eran mis palabras, pero tenía hiel en la boca y ni un ápice

de compasión en el corazón. Agarré el manajo de llaves que aún seguía llevando en mi cinto y se lo tiré a Danilo a los pies. Viento se asustó y quiso salir huyendo, pero Danilo lo agarraba con mano de hierro.

—¿Te vas al pueblo? —me preguntó—. ¿Dónde te vas a alojar? ¿En casa de esa vieja bruja acaso?

—¡Eso ya no te importa! —cualquier otro día habría tenido miedo del brillo furioso en los ojos de Danilo, pero ese día ya no tenía nada que perder—. ¿Qué vas a hacer, Vukovic? ¿Bajarme a la fuerza del caballo y encerrarme, igual que hizo Jovan con Saniye?

Cuando me contestó, la voz de Danilo sonó sorprendentemente tranquila:

—No tengo intención de retenerte, Jasna. Pero por mucho que me odies o nos desprecies a todos, tendrás que aceptar las consecuencias de lo que hagas: si le cuentas a alguien algo sobre Vampiro, verás arder la finca. Nos encerraremos juntos en la torre y esperaremos a que llegue nuestro fin —inspiró profundamente y luego soltó las riendas de mi caballo—. Y otra cosa, no puedo prometerte que no vayan a ir también a por Anica.

Tragué saliva. Aquella mañana reconocí que Danilo podía ser muchas cosas, pero no era un cobarde. Dejarme ir fue un acto de valentía, porque efectivamente la vida de su comunidad, de su núcleo familiar, dependía de mí. Siempre había creído que tener poder en tus manos sabría a triunfo y a victoria, pero ahora descubrí que su sabor era amargo e insípido.

Capítulo 15

LA HIJA DEL PADISHAH

El cielo era de color gris opaco y, a pesar de que aún estábamos a primeros de octubre, el aire olía ya a nieve. La escarcha hacía brillar de color plateado la hierba y le daba al árbol del ahorcado un aspecto de fantasma con brazos blancos. Yo seguía completamente aturdida. Cabalgué sin saber muy bien dónde quedarme, ni que iba a hacer ahora. Y por ello cabalgué al lugar que tantas veces me había dado ya cobijo: a la cabaña de Branka, esperando poder esconderme allí para descansar, al menos durante un rato.

Ya desde lejos me percaté de que el pueblo había cambiado: en todas las puertas destacaban las cruces de brea a la vista y ramilletes de espino blanco; muchos de los tejados estaban dañados por el granizo; las cabras y las vacas estaban atadas junto a las casas, y nunca había visto tantas ovejas en la colina. Al parecer la gente había agrupado sus animales formando una única manada que ahora estaba custodiada por varios hombres armados.

Para no provocar malestar apareciendo así, cabalgando siendo mujer, me bajé de inmediato del caballo.

—¿Adónde vas? —gruñó uno de los hombres que estaba en el prado al verme caminar hacia las casas con Viento cogido de las riendas.

—A ver a Branka.

Me miró de forma extraña, pero no me detuvo a pesar de que ya tenía el palo en la mano. Me esforcé por seguir caminando con calma, pero tras la primera casa azucé a Viento al trote y corrí junto a él colina arriba hacia la cabaña de Branka. Completamente sin aliento y con piernas temblorosas, llegué arriba. Para mi sorpresa, justo salían Olja y Zvonka por la puerta, como si me hubieran estado esperando.

—¿No me digáis que Branka también ha enfermado? —dije.

Mientras Zvonka hizo la señal de la cruz, Olja echó el mentón con decisión hacia delante y se cruzó de brazos.

—¿Qué buscas tú aquí? —me preguntó en tono severo.

—Visitar a Branka.

—Ah, sí, uno de los pastores ya le dio el recado de que tenías intención de venir a verla. Pero al parecer vuestro difunto señor ha llegado antes al pueblo —con un gesto señaló los desperfectos de la granizada y el cielo, del que volvía a caer la lluvia como una cortina de hilos transparentes.

—¿Qué significa eso? ¿Se encuentra mal Branka? —pregunté inquieta.

—Enfermó ayer y esta misma mañana ya estaba muerta —susurró Zvonka.

Mis dedos se agarrotaron alrededor de las riendas. Por Stana no había llorado,

pero ahora me brotaron las lágrimas.

—Pero... cómo... —tartamudeé.

—Fue muy rápido —volvió a tomar la palabra Olja—. Se encontró indispuesta y tenía horribles dolores de tripa. Su corazón se aceleró, sudaba, le subió la fiebre y le salieron manchas azules en el cuello. Hoy, poco antes del amanecer, se despertó sobresaltada. Cuando yo también me desperté por sus jadeos, intentaba respirar y coger aire, y miraba fijamente hacia la ventana. Luego, murió.

—Ha sido el vampiro —afirmó Zvonka—. Vino a buscarla y la mató. También ha echado a perder la cosecha y mata a nuestras ovejas. Quiere acabar con el pueblo y arrebatarnos a todos la vida.

En ese momento nada me hubiera gustado más que salir corriendo a ver a Milutin. Deseaba poder explicarle todo y así aliviar mi alma de tan terrible secreto. Pero eso era imposible. A pesar de mi desesperación, me obligué a mantener la calma, intenté pensar: en el momento en que la muerte alcanzó a Branka, el hermano de Danilo estaba luchando contra una fiebre muy alta. No me podía imaginar que esa débil criatura hubiera podido atraer todas esas desgracias, corriera al pueblo y matara a tantas personas. Desde luego a Branka no. Y también otro pensamiento me cerró los labios: por nada en el mundo sería yo quien condenaría a muerte a Danilo.

Viento empezó a inquietarse y percibí un movimiento extraño de reojo. Una docena de personas se había acercado. Se colocaron en torno a la cabaña de Branka formando un frente común.

La tristeza por Branka seguía anudándome la garganta, así que mi voz sonó quebrada y áspera cuando exclamé:

—¡No ha sido Jovan! Su tumba está intacta. Yo misma lo comprobé ayer y también esta mañana. Y esparcí las semillas de adormidera que Branka me envió. ¡Él no fue!

—¡Y el granizo qué! —dijo Zvonka temerosa—. Esta mañana encontramos otras tres ovejas muertas.

—¡Jovan no ha invocado el mal tiempo! —insistí—. Si vosotros mismos nos habéis estado observando y habéis visto que hemos cumplido todos los rituales... ¡Todo está como es debido! ¡Id a la tumba y comprobadlo vosotros mismos! Y Danilo tampoco tiene nada que ver con esto. ¡Estuvo todo el tiempo conmigo! Nosotros hemos sufrido los mismos daños por culpa de la tormenta.

Los habitantes del pueblo se mantuvieron en silencio y me miraron de forma hostil.

—¿Qué opina Milutin de todo esto? —quise saber.

Mudas miradas se cruzaron entre ellos. Para mi sorpresa, fue la asustada Zvonka la que se apiadó y me contestó:

—Milutin dice que recemos. Dice que hoy iré a la tumba de Jovan y lo comprobaré por sí mismo. Y ya ha hablado con el *hadnack*. Él dará parte de las defunciones al administrador del distrito. El *hadnack* ha dicho que el comandante de

Jagodina nos va a enviar a un médico, para reconocer y atender a los enfermos.

Para mis adentros suspiré aliviada. Esa noticia no era de las peores. Los austríacos eran hombres racionales. Los oficiales conocían a Jovan y seguramente no permitirían que le ocurriese nada malo a su hijo. En silencio le agradecí a Milutin su consideración.

—¿Cómo están Dajana y los demás enfermos?

De nuevo ese rápido cruce de miradas.

—Al menos Dajana está algo mejor —contestó Zvonka.

—Rezaré por ella —dije de todo corazón y fui hacia la valla para atar a Viento.

De repente el grupo se movió en bloque.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó uno de los hombres cortándome el paso.

Me limpié con la manga las lágrimas de las mejillas y le miré extrañada.

—¡A la casa, naturalmente! Tengo que despedirme de Branka.

—Reza en tu casa —gruñó el hombre—. Aquí no eres bienvenida.

—¿Pretendes impedirme una oración de despedida? ¿Con qué derecho? ¡Ella era mi amiga! Y sea lo que sea lo que vosotros penséis de mí..., ella siempre me abrió la puerta. Jamás habría permitido que alguien me negara el acceso a su lecho de muerte, y yo...

La bola de barro me pilló tan desprevenida cuando me dio en el pecho, que con un grito salté hacia detrás. Aún estaba intentando buscar con la mirada al malhechor, cuando ya venía volando el siguiente puñado de porquería.

—¡Lárgate! —me increpó Olja.

Viento levantó la cabeza y se desbocó. Las riendas se me escurrieron dolorosamente de la mano.

—¿Os habéis vuelto locos? —les chillé, mientras caía toda una lluvia de bolas de barro y piedras sobre mí y mi caballo.

No puedo recordar cómo conseguí subirme al caballo. De algún modo logré sujetar al asustado Viento y alcanzar el estribo. Ni siquiera había terminado de sentarme en la montura cuando el caballo erizó las orejas y, con las riendas sueltas, salió disparado. Yo me aferré con desesperación a su crin y no me caí de puro milagro.

* * *

La puerta de la cabaña de Dušan no estaba abierta y las otras dos cabañas estaban abandonadas. Una de ellas tenía un pronunciado saliente de tejado a dos aguas. Allí debajo dejé a Viento para que estuviera protegido de la lluvia que ahora caía a cántaros. De un clavo de la pared colgaban dos sacos. En uno había un poco de avena que le di a Viento.

La cabaña de Dušan seguía teniendo el mismo aspecto miserable que cuando la pisé por primera vez. Busqué leña para el fuego, pero precisamente en la cabaña de

un leñador no encontré ni un tronco. Así que me sacudí el agua del cabello y escurrí mi falda lo mejor que pude. Luego cogí mi cruz y me eché en el catre.

Sentía el frío hasta lo más profundo de mis huesos, un dolor de cabeza martilleaba con cada una de mis pulsaciones mis sienes. A pesar de que era completamente de día, me tumbé del todo sobre el lecho y enterré mi cara en la áspera manta. Olía familiar..., a resina y madera de roble, y también un poco a su piel. Si cerraba los ojos, era casi como si Dušan estuviera allí conmigo. Esa presencia que no era tal me consoló y me transportó lejos.

Cuando volví a despertar, mi frente y mis mejillas estaban ardiendo de fiebre. Los escalofríos sacudían mi cuerpo y tenía tanta sed, que mi lengua se me pegaba al paladar.

Una mano fría se posó sobre mi frente. Yo me estremecí.

¡Bela!

Mi hermana no brillaba y aun así reconocí cada detalle de su rostro.

—¿Dónde has estado tanto tiempo? —susurré—. ¿Por qué no me advertiste?

En vez de darme una contestación, Bela posó su mano sobre mi boca y me indicó que me mantuviera callada. De pronto ya no estaba, pero sobre mis labios aún sentía la presión que me cerraba la boca. Parpadeé, porque una corriente acarició mis párpados. El viento debía de haber abierto la puerta. La habitación estaba a oscuras pero ante mí se enmarcaba un rectángulo de color azul oscuro salpicado con las primeras estrellas. Y en primer plano vi el lobo de color gris claro.

Traté de levantarme de un brinco, de gritar, sin ningún resultado. Mi cuerpo seguía petrificado. Pensé en tirar algo contra él... El lobo asomó la cabeza en la habitación y olfateó. Cuando dio un paso hacia el interior de la cabaña, sus uñas tamborilearon en el suelo de madera. Me dolían los labios de lo fuerte que la mano invisible de Bela me los estaba apretando contra los dientes.

Oí algo en el exterior... Alguien pasó de largo, muy cerca de la cabaña. Una orden susurrada.

Una palabra impaciente, extranjera. El lobo lo escuchó y desapareció tan raudo como si mi parpadeo lo hubiera transportado a otra parte. Escuché los pasos que se alejaban y en ese instante la mano de Bela se desintegró. «¡Alguien le da órdenes! El lobo tiene un amo», razoné aún. Y supe que había escapado por los pelos de la amenaza oscura de la que mi hermana me había advertido.

Pasó una eternidad antes de que me atreviera a moverme. De rodillas, me arrastré hasta la puerta y la cerré con sigilo. La atranqué y me volví a poner a salvo sobre el lecho. Intenté con todas mis fuerzas mantenerme despierta, pero estaba mareada y me sentía muy mal. Confusos sueños febriles me mantuvieron presa hasta que las pisadas de un caballo me hicieron de nuevo sobresaltarme. Viento relinchó y recibió una contestación. Nuevamente sonaron pisadas; luego, alguien llamó con fuerza a la puerta.

—¿Jasna? ¡Abre!

Sentí tal alivio que rompí a llorar. Me levanté de la cama tambaleándome, desatranqué la puerta y caí en los brazos de Dušan. Se sorprendió tanto que titubeó, antes de abrazarme con tal fuerza que me quedé sin respiración.

—¡Maldita sea, precisamente aquí tenías que estar! —susurró—. He estado en el pueblo y he oído que la gente te había echado de allí. Entonces cabalgué a las torres y he... ¿Jasna? ¡Pero si estás temblando!

Me metió en la cabaña dejando la lluvia fuera. La penumbra nos envolvió. Yo seguía aferrada con fuerza a Dušan. No le habría soltado por nada en el mundo. Su mano encontró el camino hacia mi frente. Me sobrecogí, porque estaba helada.

—¡Tienes fiebre!

Pude sentir cómo de repente su corazón empezó a latir más deprisa, como si sintiera miedo.

—Había... un lobo en la puerta... —mis palabras eran inconexas e incluso el susurrar me costaba esfuerzo—. Un lobo gris... claro. Más grande que nuestros lobos. Ya lo había visto y...

Intenté respirar, pero no pude seguir hablando. Mis piernas cedieron y, si Dušan no me hubiera sujetado, me habría derrumbado.

—Tranquila —murmuró mientras, tambaleándome, me llevaba a su lado hacia la cama—. ¡Duerme, mi espinita! —me susurró al oído y yo misma me sorprendí de lo fácil que resultó después de tantos sustos.

* * *

La fiebre me paralizaba, hacia que mi corazón galopara y me mostraba imágenes engañosas. Una y otra vez veía ante mí a Vampiro y, del susto, yo boqueaba intentando respirar. ¡Era él quien mataba a la gente y ahora también venía a por mí! Cuando temblaba de frío, pensaba que estaba en la bóveda del sótano, y cuando ardía de calor, gimoteaba imaginando que el sol iba a quemar mi piel y que me convertiría en un monstruo. Mas el mortal sol era tan sólo el fuego del hogar, igual que el líquido que sentía sobre mis labios y que intentaba rechazar no era sangre de caballo, sino agua del río, que olía a nieve y provocaba dolor a mis dientes de lo fría que estaba.

La voz de Dušan me guió durante aquellas horas en las que pensaba que iba a morir. De todas las historias que me contó, sólo me acuerdo de un cuento sobre las hadas del bosque y una leyenda sobre un cabestro con los cuernos de oro que se llamaba Zlatorog y cuyas gotas de sangre hacían brotar del suelo rosas capaces de hacer milagros. Cuando por fin caí en un sueño más profundo, soñé con imágenes de santos enmarcados en oro y Sívac saltando sobre una cama, moviendo el rabo de alegría y expectación.

Todo un día y toda una noche sufrí las ráfagas de la fiebre, pero esta cada vez llegaba con menos fuerza y comprendí que ningún vampiro quería hacerme daño. Intuí junto a mi cama una presencia femenina que representaba la enfermedad. No era

la Peste, la vieja y fea mujer con largos y despeinados cabellos, sino una chica de mejillas sonrojadas que bordaba con un hilo invisible. Como si la voz de Dušan ahuyentara a esos demonios de mi lecho, con cada despertar iban perdiendo más y más fuerza, hasta que por fin pude volver a dormir por primera vez sin delirios, tranquila.

* * *

El río sonaba con tanta fuerza y tan cerca en mis oídos que pensé que me encontraba flotando sobre el agua. Por suerte, cuando me moví, crujió la paja seca debajo de mí. Un tallo se me estaba clavando a través de la manta y me pinchaba en el hombro. Iba a echar la mano para quitarlo, cuando sentí en la punta de mis dedos una piel cálida. Abrí los ojos y vi a Dušan a la luz matinal. Durmiendo. Conmigo, sobre una cama. Y no sólo eso: mi cabeza yacía sobre su brazo izquierdo y mi mano reposaba sobre su pecho. Su camisa estaba un poco abierta. La cruz de madera sobre su clavícula.

A pesar de que la garganta me escocía y tenía mucha sed, no me atreví a moverme. Observé la curva de sus pómulos, sus cejas y su boca, que incluso durmiendo parecía dibujar una sonrisa burlona. Sus párpados temblaban ligeramente y me entretuve contando cada pestaña. Era una cercanía que me inquietaba profundamente. Mi corazón se aceleró como si todavía tuviera fiebre. El siguiente sentimiento que se mezcló entre mi confusión fue de vergüenza. Fui consciente de que ya no llevaba falda, sino únicamente la simple enagua, que bajo la manta se me había subido hasta los muslos. No sabía si me había desvestido yo misma o si Dušan me había visto desnuda. Pensar en ello me hacía ruborizarme y rápidamente retiré la mano.

Ese movimiento hizo que él inspirara profundamente, parpadeó y giró la cabeza. Miré sus ojos verdes, con ese destello especial dorado, pálido, que también se encontraba en su cabello. Al estirar su mano hacia mí, me eché atrás, pero enseguida entendí que tan sólo quería comprobar si mi frente seguía caliente. De todas formas me aparté un poco de él. Dušan comprendió de inmediato y retiró el brazo sobre el que yo estaba echada. Sin embargo, no se levantó ni apartó su mirada, sino que se giró hacia mí. Pensativo, sus ojos fueron recorriendo mi despeinado cabello, mi frente y mis hombros.

—En sueños te asustabas de un vampiro —dijo en tono serio—. Has dicho que te estaba esperando en una bóveda y que te perseguía —al ver que yo callaba preocupada, continuó hablando—: ¿Te has escapado, verdad? Nadie que pretende volver descuelga una cruz de su gancho en la pared. ¿Qué fue tan terrible que tuviste que abandonar la finca?

De repente sentí miedo de que Dušan pudiera leer mis pensamientos. Me subí la manta hasta la barbilla y cerré los ojos.

—He huido de mi matrimonio —murmuré.

Al menos eso no era mentira del todo; lo demás lo enterré tan dentro de mi pecho que el horror quedó en un lejano pinchazo. Tan lejos de las torres, de repente resultaba fácil, casi como si el río se llevara todas mis preocupaciones consigo. Y como si la fiebre también hubiera quemado mi miedo, pude afrontar el recuerdo de Vampiro como si de un cuadro se tratara. Él no había causado mi enfermedad y tampoco tenía poderes sobre los animales. La alegría de Sívac al verle no respondía a ninguna imposición ni poderes mentales, sino a la confianza y el afecto.

—¿Los hombres de tu finca... no te buscarán? —preguntó Dušan.

—No —contesté en voz baja.

Volví a recordar a Simeón y la historia de Marja y ahí fue cuando la consternación creció otra vez en mi pecho.

Escuché crujir la paja. Dušan se había sentado y se ataba su camisa. Luego, apoyó los codos sobre las rodillas y, agotado, se pasó las manos por el cabello.

—Me alegro de que te encuentres mejor —dijo después de un rato—. De verdad que pensé... —hizo una pausa y me sonrió casi con rubor.

La facilidad con la que conversábamos en el pasado había desaparecido de un plumazo y noté que algo nuevo había nacido, algo que no sabía si me gustaba o me asustaba.

—Esta cama al menos es más segura que tu cama de matrimonio —murmuró—. Yo me prepararé mi lecho en la otra cabaña.

Se levantó y se dirigió hacia el hogar sin mirarme. En sus movimientos había una extraña timidez, como si temiera mi cercanía.

Avivó las brasas, puso más leña, que soltó bastante humo; hasta después de un rato, no logró que ardiera una mísera lumbre.

—Te lo advierto, esta cochambrosa cabaña no es precisamente un palacio —dijo con una sonrisa torcida—. Pero al menos tenemos siempre suficiente agua. Allí te he dejado un cubo.

En cuanto hubo cerrado la puerta tras de mí, fui con temblorosas piernas hacia el cubo. Mi enagua estaba manchada de sudor, así que me la quité, me lavé y saqué el otro vestido del hatillo.

Cuando salí por la puerta me sorprendió lo mucho que había cambiado el paisaje en tan sólo dos días: olía a hierba mojada y barro. El Morava se había desbordado un poco. La pradera se había convertido en un húmedo terreno inundado y algunos árboles parecían salir de espumosos y gaseosos valles.

—¡Me gustabas más sin ese pañuelo atado a la cabeza! —me dijo Dušan desde su carro de leñador ante el que estaba atando a Šarac—. A la luz del fuego tienes un brillo de zorro pecador en tus rizos.

Antes simplemente le habría contestado con algún sarcasmo, pero ese día tan sólo me ruboricé.

—Vuelve a la casa y descansa, tienes aspecto de necesitar que te aten al poste de la puerta para que no te caigas.

—¿Vas... al pueblo?

—Sí. Me he pasado estos días sentado junto a tu cama, pero ahora tengo que encargarme de volver a llenar la despensa —al parecer pretendía que sonara alegre, pero entre líneas entendí demasiado bien su preocupación—. No te acomodes demasiado en la cabaña. Como el Morava siga subiendo —señaló al río—, no tendremos más remedio que mudarnos a la vieja cabaña de leñadores del bosque. Aunque aquello no sea tan bonito, al menos estaremos secos.

Fue el tono de sus palabras, como si fuera lo más normal del mundo, lo que me conmovió. Yo tenía que ser una carga para él, sin embargo no me echó de su lado y no hizo preguntas. No me insistía, simplemente dijo «estaremos».

—Tengo algo de dinero —dije.

Dušan negó con un gesto de mano.

—Guárdatelo. Este año el aire huele muy temprano a nieve. Y si después de esta cosecha malograda por el granizo y las fuertes lluvias es verdad que nos espera un invierno de hambruna, nos vendrá muy bien ese dinero.

Las sencillas palabras de Dušan me hicieron sentir con toda crudeza que mi vida anterior había acabado definitiva e irremediabilmente. Había abandonado mi comunidad familiar y era una apátrida, vivía con un errante con el que no estaba casada. Cualquiera que oyera eso me calificaría de *bludnica*. Y luego estaba también lo otro.

—¡Dušan, aquí había un lobo!

—¿El lobo gris del que tenías miedo? Sí, ya lo han visto varios. Debe de ser un macho solitario, recorre la zona y ronda el pueblo. Probablemente haya sido el que ha matado las ovejas. Parece muy listo, pero los hombres le darán su merecido.

—Es que no estaba solo. ¡Oí que alguien lo llamaba! Seguro que fue la persona que estuvo en la finca la noche en que nos robaron los caballos.

Dušan dejó lo que estaba haciendo y dubitativo frunció la frente.

—¿De verdad? ¿Estás segura de que no estabas delirando por la fiebre?

Asentí con fuerza con la cabeza.

—¡Iré contigo al pueblo! ¡Tengo que contárselo a Milutin!

Dušan se mordió el labio inferior y parecía estar pensando. Luego estiró con extremado cuidado una tira de las riendas, le dio a Šarac una palmada en el cuello y vino hacia mí. Durante un instante pensé que iba a abrazarme, pero se detuvo ante mí.

—Es verdad..., aún no lo sabes... —murmuró—. El sacerdote... murió anteanoche.

—¿Milutin? —me agarré a la puerta como si el suelo bajo mis pies se tambaleara.

—Y también el *hajduk* que estaba enfermo, y su mujer —añadió Dušan—. Hay otros cuatro enfermos. Entre ellos Ruzica. Ya ves, ni siquiera la muerte desprecia la belleza.

—¿Cómo sabes todo eso? ¡Si tú no has estado en el pueblo!

—Un pastor pasó por aquí mientras estabas con fiebre. Dijo que, desde la muerte

de Milutin, el pueblo vivía asustado. Muchas familias se encierran por las noches juntas para hacer la guardia en grupo. A estas alturas todos están convencidos de que es un vampiro.

«Pues, con toda seguridad, ninguno de Las Tres Torres».

—¿Qué dice el *hadnack*? —conseguí preguntar casi sin aliento.

—Al menos mantiene a la masa bien controlada: llamó al orden a todos los vecinos y les explicó en la plaza de la iglesia que en breve llegarían al pueblo un médico y varios oficiales para investigar el caso. Los acompañará un patriarca para que los enfermos reciban la Extremaunción y bendiga a los difuntos de la cabaña.

—Aun así iré contigo. Tengo que contarles lo del lobo y lo de esa figura oscura.

—¿Y crees en serio que ahora van a escucharte? No. En agradecimiento te volverán a apedrear. Tú haz el favor de quedarte aquí y recupera las fuerzas.

—¡Es que tengo que evitar a toda costa que vayan a Las Tres Torres!

El rostro de Dušan se oscureció.

—Así que es eso. Acabas de escapar de tu cama matrimonial, ¿y ya estás preocupada por Danilo? ¿No será que sí le amas?

—Tan sólo deseo que no le ocurra nada malo.

Dušan resopló con aire despectivo por la nariz. De repente, me dio la espalda y se fue detrás de la cabaña. Oí el tintineo del metal. Cuando volvió llevaba los arcos para montar a Viento en la mano.

—Me voy a llevar esto conmigo al pueblo —dijo y tiro el aparejo al carro—. Tú serías capaz de cabalgar medio muerta hasta el pueblo.

—¡No he venido aquí para dejar que me des órdenes! —exclamé.

—No. Has venido a complicarme la vida —respondió y por primera vez volvió a lucir esa sonrisa burlona. Cogió las riendas y se subió con agilidad al carro—. Si tanto te importa tu esposo, le contaré a Manko lo del oscuro. En cuanto el enterrador; lo sepa, lo sabrán todos. Y ahora deja de mirarme como si fueras a matarme y procura no desmayarte en el umbral, que pareces una sábana, ¡paliducha!

Iba a contestarle pero muy a mi pesar tuve que reconocer que Dušan tenía razón. Si ahora ya me temblaban las piernas, no me imaginaba cómo iba a poder cabalgar.

—¿Y si vuelve mientras tú estás fuera? —pregunté en voz baja.

—No tardaré mucho —prometió Dušan—. Atranca las ventanas y la puerta y pon la cruz detrás. Y... —la voz de Dušan se volvió más tierna y adquirió un tono insistente—, ¡llame quien llame, no contestes y no dejes entrar a nadie a la cabaña! A nadie más que a mí, ¿me has oído? Aunque le conozcas.

* * *

Mi vida pendía de un hilo. En una situación de incertidumbre, llena de preguntas e inseguridades.

Durante aquellos días en la cabaña de los balseiros conocí a un Dušan mucho más

serio, que a ratos incluso parecía inquieto y preocupado. A veces se detenía a escuchar como si esperara a alguien, pero cuando se lo mencionaba, él le restaba importancia con un gesto. Nunca antes había visto que un hombre hiciera trabajos para una mujer; sin embargo, Dušan se ocupaba de los caballos, iba a recoger pan de maíz y manzanas silvestres para la sopa, paja fresca para la cama y mantenía vivo el fuego.

—No soy ninguna condesa y tú no eres mi sirviente —dije sonriendo.

—Será mejor que no te acostumbres demasiado a esto —me respondió seco—. En cuanto dejes de tener el aspecto de que un simple estornudo puede tumbarte, irás tú misma a cargar la leña, quedas advertida.

En los cuidados de Dušan y en su seriedad había un orgullo que me gustaba. Mucho habían cambiado las cosas entre nosotros. Mi huida nos había unido de un modo distinto. Nuestras bromas habían perdido fuerza. Teníamos plena confianza el uno en el otro y aun así nos comportábamos como dos extraños que se rodeaban con precavidas bromas sin acercarse demasiado.

Como yo por las noches no quería estar sola en la cabaña, Dušan se quedaba conmigo. Cuando poco después de caer la noche, me metía bajo la manta, él se sentaba ante el fuego de espaldas a mí. Me mantenía despierta mucho tiempo, escuchando con el corazón palpitando, hasta que oía cómo enrollaba su manta formando una almohada y se estiraba ante la chimenea. Nunca intentó meterse en mi cama o tocarme. Era yo la que al apilar la leña para el fuego rozaba su mano como por casualidad y cada vez, aunque él me sonreía, me evitaba. Eso me hacía sentir extrañamente vacía. Esa forma de retraerse no pegaba nada con su ser, y en más de una ocasión me desconcertaba tanto que no sabía si simplemente estaba siendo cortés o si de verdad sentía algo por mí. ¿Habrían sido sus palabras tan sólo fanfarronerías, a fin de cuentas? ¿Y sus regalos, simples caprichos, porque le divertía enamorar a la señora de una finca? Cuando me sumergía en esas ideas, solía sacarme alguna discusión de la manga y después me quedaba aún más desconsolada que antes.

—Dajana apenas ha mejorado —comentó Dušan cinco días después—. Pero no ha vuelto a morir más gente, ni tampoco han vuelto a atacar a las ovejas. Quién sabe, a lo mejor nos hemos desecho ya del lobo y de su amo.

Así lo deseaba sinceramente, pero no podía creerlo. Como tantas otras veces, mis pensamientos volaron hacia mi comunidad familiar y me pregunté cómo estarían.

—¿En qué estás pensando? —me interrogó Dušan de pronto—. Pareces tan preocupada. ¿Sigues teniendo miedo?

Bajé enseguida la mirada y moví la cabeza negativamente. Cuánto me habría gustado desahogarme contándoselo todo, pero en momentos como este era como si Bela me siguiera tapando la boca.

«Probablemente, la razón por la que Dušan sigue pareciéndome tan extraño sea el secreto que debo guardar incluso ante él», pensé para mis adentros. Cuando cerraba los ojos e intentaba no dejarme amedrentar por la desfigurada cara de Vampiro, sino

sentir esa otra parte... humana... de su ser, conseguía por unos instantes reconocer al hijo de Jovan, el hermano de Danilo. Y seguramente eso era para Nema: un joven que no tendría más de diecisiete años. Cuanto más tiempo permanecía lejos de las torres, mejor comprendía aquello que durante todo el tiempo en que había permanecido allí nunca había comprendido: su incondicional unión y fuerza para llevar un destino de ese calibre.

* * *

Una noche, Dušan y yo estuvimos mucho tiempo sentados frente al fuego. Habíamos dejado de hablar desde hacía ya un buen rato. Era el momento en que yo me tendría que haber levantado para acostarme, pero permanecí sentada mirando fijamente las ya débiles ascuas. Había una extraña tensión en la cabaña, como si hubiera algo que debía ser pronunciado y ninguno de los dos quisiera ser el primero en hacerlo. Cuando el silencio duraba ya demasiado, carraspeé y dije:

—Cuéntame una historia.

—¿Otra? —murmuró.

Como tantas veces en los últimos días, tuve la impresión de que Dušan estaba decaído. Tal vez también él estuviera ocultándome algo que le pesaba en el alma.

—¿Qué tal una sobre tierras turcas? —pregunté en voz baja.

Dušan suspiró y cogió la rama de fresno con la que avivaba la brasa, hasta que volvió a cobrar vida.

—¡Está bien! ¿Pero sabes qué? Hoy te voy a poner un acertijo. Y la historia no será en tierras turcas, sino de Persia. Me la contó un comerciante de Osijek. ¿Quieres oírla?

Sólo fui capaz de asentir sin mediar palabra de lo mucho que me atrapaba la imagen de Dušan. A la luz de las ascuas, su cabello tomaba un brillo rojizo y sus rasgos parecían más tiernos que de costumbre.

—Está bien —dijo sonriendo—. Pues erase una vez un *Padishah*..., es decir, un gran señor, ¡un príncipe! Este tenía una bella hija —con una mirada pícara de soslayo hacia mía, añadió—: No era ninguna tierna damisela, no, sino una joven con rebeldes rizos y los ojos con el brillo de las oscuras castañas. Su risa era impetuosa y todo aquel que la veía le abría enseguida su corazón.

Incliné la cabeza hacia delante escondiendo mi sonrisa tras un mechón de mi cabello.

—De esta bella hija del príncipe se enamoraron tres hermanos, pero sabían que sin valiosos regalos no valía la pena ni siquiera llamar a la puerta del *Padishah*. Así que se marcharon a una lejana ciudad y allí, con mucho esfuerzo y trabajo, ganaron mucho dinero. El primer hermano ganó cien dinares. Con ellos se fue al mercado en busca de un regalo. Un comerciante le ofreció un espejo. «¡Este espejo te muestra a cualquier persona en cualquier parte del mundo!», dijo. «Tan sólo te costará cien

dinares». El mayor de los hermanos no lo dudó y compró el espejo. El hermano mediano también había ganado cien dinares. A él, un comerciante le ofreció una alfombra: «Esta alfombra puede volar. ¡Donde quiera que sea, adonde quieras ir, ella te llevará!». El hermano mediano accedió a la oferta y le dio al hombre todo su dinero. El más joven también tenía cien dinares en su bolsillo. «¡Compra este bonito limón!», le tentó un comerciante. «¡Sólo cuesta cien monedas!». El joven se indignó por el alto precio, pero el comerciante le guiñó un ojo y dijo: «Es un limón muy especial. Córtalo por la mitad y pónselo a un muerto que aún esté caliente bajo la nariz. En cuanto lo huela, ¡volverá a estar vivo!». Así que el más joven cogió el limón. Al final los tres hermanos coincidieron a la salida del mercado y juntos miraron en el espejo. Se asustaron mucho al ver a la amada hija del príncipe moribunda en su lecho. «¡Rápido, volemós con la alfombra junto a ella!», exclamó el mediano. Y así los tres saltaron sobre la alfombra y volaron sobre ciudades y ríos de regreso a su patria. Allí la gente lloraba y se lamentaba, porque en aquel mismo momento acababa de fallecer la hija del príncipe. Entonces, el hermano más joven cogió el limón, lo cortó por la mitad y se lo puso a la bella bajo la nariz... ¡Y visto y no visto! Ella saltó del lecho de muerte y estaba sana y alegre. El *Padishah* estaba tan agradecido, que accedió de buen grado a conceder la mano de su hija a uno de los hermanos, pero entonces comenzó la disputa entre ellos. «Sin mi espejo ni siquiera habríamos visto que se estaba muriendo», dijo el mayor. «Y sin mi alfombra no habríamos llegado a tiempo en su ayuda», argumentó el mediano. «Sí, pero sin mi limón ella ahora aún seguiría muerta», dejó caer el más joven. El *Padishah* reflexionó durante mucho tiempo...

Dušan dejó la rama de fresno a un lado y me miró muy serio.

—¿Qué opinas, Jasna? ¿A qué veredicto llegó? ¿Quién se merece más a la hija del *Padishah*?

Tras la pregunta de Dušan se escondía una cuestión muy distinta y yo lo pensé bien antes de darle mi respuesta.

—Si yo fuera el *Padishah*, habría contestado que el más joven —dije—. Él fue el único al que la salvación de su amada le ha costado algo. El mayor y el mediano pueden seguir utilizando el espejo y la alfombra, porque estos objetos no han perdido valor por su uso. Sin embargo, el más joven cortó su limón y eso fue un verdadero sacrificio por su amor. Pero... —añadí recalcándolo—, yo no soy ningún *Padishah* que da a su hija al mayor postor. Yo habría preguntado a la hija a cuál de los hermanos elegiría ella. ¡Porque ninguna otra cosa cuenta! Y si yo fuera la hija, siempre elegiría al que me hace reír, ¡al de los ojos verdes, o a ninguno!

Una pequeña mariposa aleteaba en mi pecho cuando Dušan me miró. Sus muestras de amor no habían sido fanfarronerías, eso lo veía ahora con claridad. En su mirada había ternura, pero también algo diferente, algo oscuro, que era casi como un dolor. El deseo hacia él me sobrevino con tanta crudeza, que todo en mí gritaba por abrazarle, por cerrar los ojos y dejarme envolver por completo por su cercanía. Pero

entonces me volvió a alcanzar la vergüenza y el temor. Rápidamente me levanté, me sacudí la ceniza de la falda y me fui hacia la cama de paja. Como cada noche me solté mi cinturón y me quité el *jelek* y la falda, con las mejillas ardiendo y en la nuca la chispeante pregunta de si Dušan me estaría observando mientras lo hacía. «¿De verdad es pecado desear que él me bese?», pensé.

Me tumbé de cara a la pared sobre la cama y me quedé escuchando. Después de un rato oí cómo Dušan se estiraba en el suelo.

—Hoy hace más frío que de costumbre. Sin manta tendrás frío —dije.

—¡Sin mis besos tú tendrás mucho más frío! —fue su respuesta burlona.

Yo estaba aturdida e inquieta. Había abandonado a Danilo, pero el lazo del matrimonio seguía válido. Aunque el recuerdo de mi noche de bodas me producía mucho más miedo que el infierno. Sin saber qué hacer, miraba fijamente a la pared de madera, le daba vueltas a la cabeza, y me preguntaba qué hacer. Dušan también estaba sospechosamente callado. Los dos estábamos atentos a nuestra respiración. En algún momento me dormí de tanto esfuerzo y tanto pensar.

Cuando en mitad de la noche volví a despertar, la fiebre me sobrevino de nuevo, de repente. Mi corazón palpitaba y toda mi piel estaba en llamas, pero esta vez era un calor que me inundaba. Mis sentidos seguían la respiración que sentía en mi nuca. Jamás habría creído que pudiera estar tumbada tan cerca de un hombre sin sentir temor... con el único deseo en el corazón de tocarle. Escuché atentamente, pero no habría podido decir si Dušan estaba despierto o dormido. Sigilosamente me giré boca arriba. Me retraje cuando mi mano rozó la suya. A veces un cuerpo habla con más claridad que una boca. Dušan no estaba dormido en absoluto. Tenía la mano apretada en un puño, como si de lo contrario se delatara, y aun así sentí que su piel ardía tanto como la mía, que su respiración era forzosamente tranquila y que en la oscuridad buscaba sentir mis movimientos tanto como yo los suyos. De pronto la noche me lo puso fácil. Me acerqué a él y le abracé, enterré mi nariz en su cabello y en su cuello e inspiré el familiar aroma a piel y sabrosa resina. Sorprendido inspiró. Luego, puso sus brazos con tanto cuidado a mi alrededor como si temiera romperme. Sus labios rozaron mi sien y tan sólo de pasada sentí la verdad de Nevena muy cerca de mí. El anhelo, la calidez, la seguridad. Resultó fácil besarle, fácil explorar su piel con mis manos..., su pecho, los hombros y brazos. Cuando su mano acarició mi cintura, pensé extrañada qué diferente era aquello comparado con el forzado contacto que tuve que soportar de Danilo. Fue la última vez que pensé en mi noche de bodas.

Nevena tenía razón: en aquello no había sufrimiento y ni un ápice de castigo. Sentía como si estuviera apagando una ardiente sed y a la vez me sintiera cada vez más sedienta de tanta pasión. No me reconocía a mí misma cuando me pegué a los labios de Dušan absorbiéndolos, entregándome apasionada a sus caricias y apretándole contra mí. Sonreí cuando me acarició con sus dedos mi cabello y, como en ese momento le estaba besando, él lo notó y también se rió.

—¡Espinita mía, si ya no pinchas! —me ronroneó al oído y yo le subí la camisa

para sentir aún más su piel.

Hubo muchas cosas que me sorprendieron en aquellos momentos: que los dedos de Dušan que recorrían mi piel dejaran un haz de calor y de deseo tras ellos; sus jadeos cuando le besé el pecho; y mi cuerpo, que parecía buscar por si mismo una cercanía que hasta entonces tanto miedo me había provocado.

No me dolió. Fue como un despertar, tierno y de algún modo cálidamente aterrador. Me transportó lejos y luego me volvió a dejar temblorosa y aturdida en los brazos de Dušan. Lo último que sentí antes de que me durmiera después de una eternidad, agotada y todavía sorprendida, fue el beso de Dušan en una comisura de mi boca.

* * *

Tras mis párpados la luz brillaba en un rojo tan claro, como si el sol estuviera iluminando mi cara. De todas formas mantuve los ojos cerrados y puse atención a la respiración de Dušan. En algún momento sentí que él me acariciaba la mejilla con el dorso de la mano, con suavidad. Giré la cabeza, besé su muñeca y sentí las cicatrices de las ataduras en mis labios. Cuando parpadeé vi a través de las pestañas que me miraba con una seria ternura. Pero también había algo así como tristeza en su rostro y yo me pregunté, temerosa por un instante, si las verdades de la última noche seguían vigentes. En ese momento él me acercó a su cuerpo y yo acurruqué mi mejilla en su hombro.

—El río sube cada vez más —murmuró en mi cabello—. Pronto tendremos que buscar otro sitio donde quedarnos.

Habría esperado cualquier cosa, menos que la realidad pudiera volver a caer tan repentinamente sobre nosotros. Contrariada, me acordé de todo lo que de buen grado habría querido olvidar.

—¿La cabaña de los leñadores? —pregunté.

Dušán asintió, me besó en la frente y se incorporó en la cama.

—¿Estás segura de que quieres ir allí conmigo?

Aquella mañana aprendí que las palabras también nos pueden hacer sentir desnudos y vulnerables. La ternura por Dušan volvió a crecer con fuerza en mí y sonreí.

—Soy la hija del *Padishah* —le respondí y bostecé—. He elegido a mi marido. Es demasiado tarde. Ya no puedes deshacerte de mí.

Habría esperado que mi contestación al menos le hubiera robado una sonrisa, sin embargo él se mordió el labio inferior y evitó mi mirada.

—Tú ya tienes un marido —murmuró.

—Gracias por recordármelo precisamente ahora —dije enfadada—. Pero eso ya lo sabías todo este tiempo, ¿por qué te molesta ahora, de repente?

Dušán me soltó abruptamente, se levantó, reunió sus prendas y empezó a vestirse.

En sus gestos había una furiosa prisa.

—No me molesta —gruñó y se pasó los dedos con rapidez por el cabello—: O tal vez sí. No lo sé.

Tragué saliva. ¿Cuándo iba a poder contarle todo? Hablarle del horrible secreto de las torres... y de Nema, que en realidad se llamaba Gizem. Precisamente de ella me había estado acordando en los últimos días. Cuando nos sentábamos a la mesa a rezar, ella siempre mantenía las manos por debajo. ¿Tal vez para esconder que en realidad ella no las juntaba para rezar? ¿Qué ocurriría si ella seguía profesando su antigua fe?

—¿Dušan? —pregunté con media voz—. ¿Qué pasaría si yo... no estuviera casada?

Se detuvo y frunció la frente. La luz matinal y la desconfianza le hicieron parecer más rudo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Yo... sólo quiero saberlo —dije para salir del paso—. ¿Qué pasaría entonces?

Dušan me miró con insistencia.

—Me estás ocultando algo, ¿verdad? Todos estos días, desde que llegaste.

—Tú tampoco me cuentas nada de ti —le respondí contrariada—. Cuando quiero saber más de tu vida, me respondes contándome historias. Cuando te pregunto qué estás escuchando, tan sólo oigo evasivas.

Dušan suspiró y torció la boca formando una sonrisa burlona.

—¿Qué pasaría si te lo contara y tú después ya no me querrías? Crees que soy un tipo agradable, te gustan mis historias y... al parecer también mis besos. Pero yo en realidad no soy amable.

—Lo creas o no, ¡eso no es ninguna sorpresa para mí!

Por fin apareció un sonriente destello en sus ojos. Se acercó a mí y tomó mi cara entre sus manos.

—¿Y si además fuera un mentiroso? ¿Si tuviera una mujer y cinco hijos en Osijek? —murmuró—. ¿Si fuera un asesino o un deshonroso verdugo que le corta a la gente el cuello con un hacha? ¡Entonces ya no me amarías!

—¿Cuándo he dicho yo que te amase? —dije con fingida consternación.

Durante un segundo me miró perplejo, pero luego también tuvo que echarse a reír.

—¡Au! —exclamó y se levantó—. Y además soy tonto. Pensaba seriamente que ya no tenía nada que temer si me acercaba a tu afilada lengua.

Jamás había sospechado lo fácil que era perderse en el amor. En los brazos de Dušan hasta la idea de pasar un invierno en una cabaña de leñadores me resultaba seductora. Y cuando esa mañana salí ante la puerta y los copos de la nieve de octubre se enredaron en mis cabellos, no pensé en la cosecha perdida, ni en la inminente inundación, sino que simplemente me quedé prendida de su inmaculada blancura.

Los amantes sufren muchas formas de ceguera o cierran los ojos a la realidad con demasiada benevolencia. Ven belleza donde no la hay y pasan por alto cualquier

inconveniente. Bela posiblemente me había estado alertando durante todos esos días.
Pero yo no la oí.

Capítulo 16

DIEZ TUMBAS

Supe que algo fuera de lo normal había ocurrido en cuanto vi que Dušan regresaba habiendo transcurrido tan sólo una hora desde que se marchara cabalgando por la mañana. Yo estaba fregando la olla de la sopa en el gélido río, pero al ver a Šarac acercarse con su jinete a toda velocidad, solté la olla sin más sobre el medio inundado muelle y volví a la cabaña corriendo.

—¿Por qué has vuelto tan pronto? —pregunté a Dušan.

—No es un buen día para hacer negocios —me contestó saltando del caballo.

—¿Por qué no?

Dušán dudó si contestarme o no.

—¿Ha ocurrido algo en el pueblo? —seguí preguntando—. ¡Venga, dílo ya!

—Han llegado los austríacos —respondió malhumorado—. Y el *hadnack* ha ordenado que desentierren a los muertos...

Mis manos ya estaban entumecidas por el agua helada, pero de golpe el frío se apoderó de todo mi ser. Crucé los brazos y me armé de valor para lo que iba a oír después.

—¿A qué muertos están desenterrando?

Dušán enganchó su pulgar en el fajín y clavó su mirada en la nieve.

—A Vukovic —dijo finalmente—. Esta mañana un par de hombres fueron a recoger su ataúd. Y los demás, los que murieron después, también van a ser examinados.

Tuve que cerrar los ojos por unos momentos. Había olvidado lo pesada que había sido la carga que tuve que soportar en la finca, hasta ahora, que volvía a posarse sobre mis hombros. Nada hubiera deseado más que hacer como si las torres ya no fueran asunto mío, pero naturalmente eso era imposible. Tenía que ir a ver al patriarca recién llegado.

—¡Tengo que ir inmediatamente al pueblo! —dije atándome el pañuelo a la cabeza.

Dušán me observaba con los ojos estrechos.

—¿Por qué quieres ir con tanta urgencia?

—Si han llegado los austríacos, también habrá venido un patriarca. Tengo que hablar con él.

—¿Por qué?

—Porque tengo que contarle lo del lobo. Si el pueblo aún está en peligro...

—¿Qué te importa a ti el pueblo? —Dušan escupió y apoyó el codo sobre la montura—. No te han tratado bien, ¿verdad? Y peor aún la gente de las torres.

—¿Qué quieres decir con eso? —repliqué igual de enfadada que él.

—Solo ato cabos. ¿O acaso quieres hacerme creer que huiste porque todos eran muy amables contigo?

—No sé qué te pasa —dije poniéndome a la defensiva—, pero yo me voy al cementerio. No es necesario que vengas conmigo si no quieres —eché a correr a la parte trasera de la cabaña y ya estaba cogiendo los arreos de Viento cuando unas pisadas de caballo me hicieron girarme.

—¡Eh! —Dušan había vuelto a montar sobre la grupa de Šarac y me ofrecía su mano—. Te llevaré —dijo malhumorado—. ¡Venga, sube!

Aunque estaba enfadada con él, no quería perder tiempo. Así que cogí la mano de Dušan y dejé que me subiera al caballo.

La nieve volaba a nuestro alrededor cuando pasamos por delante del árbol del ahorcado. Esta vez el camino no llevaba al pueblo, sino campo a través hacia el vallado camposanto sobre la colina. En cuanto quedó a la vista, Dušan detuvo a su caballo bayo.

—El resto lo haces a pie. Y sin mi —me agarró el antebrazo y no tuve más remedio que desmontar.

—¿Qué diablos pasa contigo? —le regañé.

Dušán estaba pálido y sujetaba las riendas de Šarac demasiado tensas.

—Con lo importantes que son los del pueblo para ti, seguro que no querrás ser vista con el errante. Además, imagino que te encontrarás con tu marido.

Con el susto que me había llevado al oír el informe de Dušan, no había caído en que Danilo también habría ido al cementerio. Era más que probable.

—¡Y qué! —respondí—. Pues veré a mi marido, ¿qué tiene de malo?

—¿Te estás escuchando? —me bufó Dušan—. Aún sigues diciendo «mi marido» como si no lo hubieras abandonado y continuaras perteneciendo a esa familia. Y mírate: en cuanto has sido capaz de ponerte en pie, sólo te has preocupado de los tuyos.

—¡Ya no son los míos!

—¿Estás segura? Cuando vuelvas a ver a Danilo... —Dušan enmudeció abruptamente.

Y por fin comprendí lo que de verdad le preocupaba.

—¿Piensas que voy a volver con él?

—Bueno, ahora ya sabes lo que te espera conmigo —dijo Dušan tenso—. Un par de besos y de noches bonitas..., pero eso también pierde su esplendor cuando el día a día se vuelve duro. Y la vida de los errantes es dura, Jasna. El invierno ni siquiera ha empezado aún. Tal vez el precio que debes pagar por tener un hogar cálido y una gran finca ya no te parezca tan alto.

«Si tú supieras lo alto que es ese precio», pensé.

—En ese caso está claro que no me conoces mucho mejor que yo a ti —le contesté con frialdad—. ¿O piensas que me dejaré comprar?

—Todo se puede comprar —fue su seca respuesta—. Todo y todos.

Era el otro Dušan. Uno al que me hubiera gustado abofetear de buen grado por sus palabras cínicas e hirientes.

—Vaya, de modo que piensas que soy capaz de meterme en cualquier cama y que beso a cualquier hombre, ¿no? —le grité—. ¿Por quién me has tomado? ¿Por una puta? ¡Cuántas veces te he dicho que yo ya he tomado mi decisión!

—Tener que huir es algo muy distinto a decidir —me contradijo Dušan—. Cuando se toma una decisión, uno elige. ¿Pudiste elegir tú?

Eso ya fue demasiado.

—¡Vete al infierno, Dušan! —le bufé—. ¡Date un baño en el gélido río a ver si se te refresca un poco esa maldita cabezota!

—Y tú vete con tu comunidad familiar —dijo con una sonrisa amarga—. Espero que encuentres el camino a pie.

No apunté demasiado bien y la bola de nieve pasó de largo de Šarac por un buen trozo. Juré y maldije mientras miraba irse a Dušan, pero pronto la rabia y el enfado dieron paso a un profundo decaimiento. ¿Tenemos siempre elección? También esas habían sido las palabras de Anica. Intentaba convencerme a mí misma de que Dušan no estaba en lo cierto, pero tuve que reconocer que al menos él se había dado cuenta de una cosa: fui a buscarle porque tuve que huir. Y lo quisiera o no, el destino que sufriera Danilo y los demás no me dejaba indiferente en absoluto, por mucho que lo deseara.

* * *

La ladera del cementerio era un campo blanco a través del cual cruzaba un sendero embarrado hasta el portón de entrada. No pensaba que me fuera a costar tanto atreverme a cruzar por ese portón. Fue como si tiraran de mí para que regresara a mi antigua vida. Con la imagen de las tumbas levantadas, igual que heridas negras en la nieve, volvieron también el miedo y los horribles recuerdos. Y a pesar de que sabía que era mejor no dejarme ver con Dušan, me sentí furiosa y decepcionada porque él me había dejado sola.

Era un camposanto bien cuidado. Muchas tumbas estaban adornadas con flores o rodeadas de boj, las cruces negras se alzaban de la nieve. Los habitantes del pueblo se agrupaban a cierta distancia. El más anciano del pueblo, Pandur, estaba delante con algunos oficiales y con un enjuto sacerdote que observaba cómo Manko y el carpintero Sime sacaban un ataúd de la tumba. Ese patriarca no podía ser más opuesto al robusto Milutin. Tenía los hombros caídos, lo que resultaba extraño en un hombre tan alto, y sus rasgos faciales los tapaba una poblada barba de color castaño con canas.

Todavía no me había descubierto nadie; todos los ojos estaban pendientes del acontecimiento. Estiré el cuello y con inquietud busqué a Danilo o a Simeón con la

mirada. Me daba mucho apuro encontrarme con ellos. Sobre todo temía a Simeón. ¿Y si intentaba llevarme a la fuerza de nuevo a la finca?

Me mantuve en la parte de atrás y observé uno a uno a los visitantes, pero para mi tranquilidad no descubrí a nadie de mi comunidad familiar. Sin embargo, sí vi una cara conocida. ¡Anica! También ese día se mantenía un poco apartada, una solitaria figura cuya humilde falda se inflaba con el viento. Es sorprendente lo mucho que puede cambiar la imagen que uno tiene de una persona con las propias vivencias. Aunque seguía furiosa con Dušan, ahora comprendía de todo corazón el amor que sentía Anica por Danilo, su desesperación y hasta su orgullo. Y por fin era capaz de reconocer lo mucho que me alegraba de volver a verla.

La gente empezó a darse con el codo unos a otros y chistaban, igual que la nieve chisporrotea sobre las ascuas. También el sacerdote se percató de la inquietud y buscó el origen. Le saludé asintiendo con amabilidad hacia él. Pretendía seguir mi camino rápidamente hacia Anica cuando en el grupo de los soldados reconocí al médico Tramner. Nuestras miradas se cruzaron al mismo tiempo y me sorprendió ver en su rostro un destello de alegría.

—¡Vaya, pero si es Jasna Vukovic! —exclamó dirigiéndose hacia mí en su idioma—. Te estaba esperando. ¿Y dónde está tu marido?

Me sentí demasiado atropellada como para no contestar.

—En las torres —contesté con timidez.

Cuando me escucharon hablar en un idioma extranjero, la gente me miró de forma aún más hostil. E incluso Anica parecía todo, menos contenta de verme.

—¿Qué haces, por qué te acercas a mí? —me susurró en cuanto la gente se cansó de dislocarse los cuellos mirando hacia nosotras.

—Quería preguntarte cómo está Danilo —contesté igual de bajo.

—Eso lo sabrás mejor tú que yo —murmuró—. Hace semanas que no lo veo. No sé cómo lo has conseguido, pero efectivamente le mantienes lejos de mí.

¡De modo que Anica pensaba que yo seguía viviendo en la finca! Y si lo pensaba ella, los habitantes del pueblo tampoco sabrían nada de mi huida. Obviamente ni a Simeón ni a Danilo les interesaba que se corriera la voz. Y también significaba que Danilo iba en serio con sus pretensiones y no le había contado a Anica la verdad.

—¿Has estado en las torres? —murmuré.

Anica resopló.

—Para lo que me sirvió, podía habérmelo ahorrado. ¿Qué estáis haciendo allí? Los caballos están encerrados en el establo y todas las puertas están atrancadas. ¿Os estáis escondiendo tras esos malditos muros? Ni siquiera tú me abriste, y cuando Danilo se asomó a la ventana y me descubrió, cerró de inmediato las contraventanas —el sentimiento de humillación que sonaba en esas palabras me dolió, pero sobre todo me preocupaba lo que estaba oyendo.

Ante mis ojos imaginé cómo Danilo y Simeón habrían discutido, cómo todo se venía abajo y cómo, a pesar de tanta desavenencia, se habían unido para cuidar de

Vampiro. Con sólo pensar en lo que harían los habitantes del pueblo si supieran de él, me recorría un gélido escalofrío por la espalda.

—Fíjate a lo que hemos llegado, ahora corro tras tu maldito marido como una gata en celo —añadió Anica en un tono apenas audible—. Seguro que piensas que sólo he venido aquí para verle. Pues te equivocas. Estoy aquí por Milutin. Él siempre fue bueno conmigo.

Cuando puse mi mano sobre su antebrazo, ella se echó atrás. Me acerqué tanto a ella, que seguro que podía sentir mi aliento.

—Anica —susurré—, yo no mantengo a Danilo lejos de ti. Por favor, no se lo digas a nadie, pero... hace semanas que abandoné las torres.

Su cabeza se giró bruscamente hacia mi con los ojos desorbitados.

—¿Qué? Pero dónde...

A modo de advertencia puse el dedo sobre mis labios. Anica iba a decir algo más, pero en ese momento sonó un traqueteo. Todas las cabezas se dirigieron hacia el portón. Me estremecí al ver lo que traían en la carreta de difuntos tirada por una mula: el ataúd de Jovan. Anica me cogió con mano firme de la cintura y yo se lo agradecí infinitamente.

—Vamos —dijo en voz baja cuando Pandur me llamó con un gesto de mano—. Sea lo que sea lo que haya pasado, hoy tienes que acompañar a tu suegro.

Titubeante, me acerqué a la carreta y caminé junto a la mula negra, que se esforzaba por tirar de su carga en el último tramo de la cuesta. Temblaba al pensar que Jovan yacía en esa caja manchada de tierra. «¿Y si de verdad se ha convertido en vampiro?», me vino de repente a la cabeza. «O peor aún: ¿y si tiene el mismo aspecto que Marja y su hijo menor?».

Los oficiales y el *hadnack* me miraron con curiosidad. A su lado había un tamborilero rubio y pálido con la piel como la leche aguada. Obviamente se sentía muy mal. También el doctor Tramner parecía afectado. Al menos inspiró profundamente cuando el ataúd fue bajado de la carreta y lo depositaron ante él.

—No es un buen día —murmuró con tristeza—. Tu suegro era un buen hombre, le apreciaba sinceramente. Es deshonroso que importunemos su paz. Jasna, si no quieres verlo, deberías apartarte.

Yo moví la cabeza negativamente.

—Está bien —dijo Tramner, se inclinó hacia mí y murmuró—: Espera a que hayamos terminado el reconocimiento y luego ven a verme. He traído algo de Jagodina que debo entregarte.

—¿De Jagodina? ¿Para mí?

Pero Tramner ya se había apartado de mi. En cambio, el patriarca se me acercó.

—¿Es este el señor de tu casa? —su voz sonaba ruda y profunda y cuando alcé la mirada, contemplé unos bondadosos ojos castaños bajo unas pobladas cejas.

—Sí, eminencia.

Unas amables arruguitas se agrupaban alrededor de los ojos del sacerdote.

—Sé fuerte —me animó—. Yo he visto muchos vampiros y los he destruido. Y si este es uno, le liberaremos. Así encontrará la paz y no seguirá atormentándose.

Su tranquilidad me inspiró tal confianza que incluso fui capaz de esbozar una sonrisa. El ataúd de Jovan fue depositado sobre la nieve.

—¡Ábranlo! —ordenó Tramner.

El *hadnack* les hizo una señal a Manko y al carpintero, a la que los dos se santiguaron, cogieron sus palas y, haciendo palanca, abrieron la tapa del ataúd.

—¿Andelko? —dijo el *hadnack* y el sacerdote se acercó.

Yo misma me sujetaba las manos con tanta fuerza que podía sentir cada uno de mis latidos en los dedos. Demasiado bien comprendía al chico tamborilero, cuya palidez había tomado ya un tono verdoso.

Manko apartó con el pie la tapa del ataúd. Traté de ser valiente, pero giré rápidamente la cabeza a otro lado. El olor a planta de regaliz y a tierra putrefacta me produjo náuseas. Oí el grito de horror de los habitantes del pueblo y la oración del sacerdote. Entonces me obligué a mirar yo también.

En un primer instante simplemente me sentí aliviada. Seguía siendo Jovan, pero había algo sospechosamente inusual: parecía bien alimentado, su piel incluso tenía buen color y le había crecido algo de barba. Después de tantas semanas no mostraba ningún signo de descomposición. Entonces también yo tuve miedo.

—¡Vampiro! —siseaban los habitantes del pueblo.

Los austríacos contemplaban el cadáver con una mezcla de duda y asombro.

—Parece que le hayan crecido las uñas —dijo uno de los oficiales—. Y fijaos en la barba. ¡Sigue creciendo!

—Eso no tiene por qué ser milagroso —zanjó Tramner seco—. El pelo y las uñas de los seres humanos tienen su vida propia, igual que el musgo, que sigue creciendo durante un tiempo sobre un tronco muerto —se inclinó hacia delante—. No hay signos de descomposición —dijo a sus acompañantes en un tono puramente objetivo, y metió la mano en el ataúd.

Di un respingo hacia atrás, para no tener que ver nada más. El chico tamborilero tenía náuseas, pero no podía apartar la mirada de la escena.

—Tiene sangre líquida y balsámica en la boca y no muestra rigidez en las articulaciones —comprobó Tramner mientras proseguía sin ningún tipo de emoción con su reconocimiento.

El patriarca observaba al médico con atención. Su mirada no auguraba nada bueno y yo me imaginaba que él ya había emitido su veredicto sobre Jovan. Antes de que Tramner se dirigiera al siguiente ataúd, Andelko les hizo una señal a los del pueblo y de inmediato dos hombres corrieron hacia la casa mortuoria. Poco después volvían con una piel de buey, estacas de espino blanco y un hacha. Así que el final definitivo de Jovan estaba sellado: le echarían la piel de buey por encima para protegerse de las salpicaduras de sangre y, a través del cuero, le clavarían la estaca en el corazón.

Pero el examen de los cadáveres aún no había finalizado. La singular procesión se movió de una tumba a la otra. Un ataúd detrás del otro fue sacado de la tierra, todas y cada una de las nueve personas que habían fallecido desde el entierro de Jovan fueron examinadas.

No fui capaz de mirar a los muertos, pero escuché con atención lo que el médico decía: ninguno de los difuntos mostraba señales de descomposición. Con cada nombre que el *hadnack* pronunciaba en voz alta para el médico y el escribano, yo me sentía aún más desgraciada.

—Branka, viuda, cincuenta y cinco años de edad. Fallecida hace ocho días, tras una noche de enfermedad.

—Milutin, sacerdote, sesenta y tres años de edad. Fallecido hace cinco días, tras una noche de fiebre.

—Jovica, *hajduk* de cuarenta y tres años, y su hija menor Ruzica, diecisiete años de edad. Ambos fallecidos hace dos días.

Me giré buscando a Anica con la mirada, pero comprobé decepcionada que ella ya se había marchado del cementerio.

Finalmente, cuando todas las manos ya estaban moradas de frío y los árboles dejaban largas sombras, el médico se irguió y dictó al escribano las últimas frases. Los hombres que portaban las estacas y la piel de buey ya se estaban acercando, cuando de repente Tramner ordenó volver a cerrar todos los ataúdes. Entre el gentío se propagó una exclamación de indignación.

—¿Cómo es posible? —gritó Pandur hacia el patriarca—. ¡Pero si todos son vampiros! ¡Dígaselo a estos señores! ¡No podemos dejar a estos monstruos aquí, sin más! ¡Tenemos que destruirlos de inmediato!

Andelko ya se había acercado y hablaba con Tramner en su idioma; expuso su petición de forma sosegada y clara. Tradujo las palabras de Pandur y añadió con voz tronante: tenemos que empalarlos, cortarles la cabeza y quemar sus cuerpos. Sólo entonces el pueblo volverá a encontrar la paz.

Tramner sacudió la cabeza negativamente.

—Para eso precisaríamos de la aprobación de Belgrado. No hay motivo para decapitar a un muerto que en vida no haya cometido ningún delito. La Justicia es clara: únicamente a los delincuentes se les castiga con la profanación de sus cadáveres. Pero estos eran todos ciudadanos irreprochables.

Al parecer Pandur debió de entender algunas cosas, porque apretó el puño.

—¡Si no se les destruye, tendremos que abandonar el pueblo! —vociferó zarandeando su bastón—. ¡Aquí tenemos a enfermos a los que esos de ahí están torturando! ¡Mi Dajana sigue en cama gimiendo y sufriendo, por el amor de Dios!

Andelko le amonestó para que se controlara y tradujo sus palabras.

—Se requiere una autorización especial de la comandancia superior en Belgrado —explicó Tramner sin inmutarse—. ¡Sin la autorización del príncipe Carlos Alejandro de Württemberg, aquí no se va a decapitar a nadie!

—¡Entonces nos iremos todos! —amenazó Pandur.

Los del pueblo asintieron y repitieron la exclamación; todo el gentío susurraba igual que si fueran un enjambre de abejas.

Tramner era un hombre sereno, pero entonces también a él se le hinchó una vena en la frente.

—¡Redactaré un informe! —tronó en voz tan alta que la gente retrocedió asustada—. ¡Y hasta que yo no reciba respuesta e instrucciones, aquí nadie toca a los muertos!

Al instante se pusieron todos a hablar a la vez. Los habitantes del pueblo estaban indignados y se lamentaban. Pandur hablaba muy nervioso con Tramner para convencerle, pero este le rechazaba con un gesto de la mano.

—Que el *hadnack* los haga entrar en razón... —gruñó dirigiéndose a los oficiales—. ¡Esta superstición es una verdadera peste!

Con largas zancadas se dirigió a su caballo, atado junto a la casa mortuoria. Yo ya pensaba que me dejaría atrás, pero me indicó con la mano que le siguiera. No habíamos llegado ni al portón cuando el sacerdote ya nos había alcanzado.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar la autorización? —preguntó esforzándose por contenerse.

Tramner se encogió de hombros.

—¿Tres días? ¿Tres semanas? No lo sé.

Andelko suspiró.

—Eso es mucho tiempo —murmuró—. Señor, os lo ruego, haced todo lo posible para que los vampiros puedan ser destruidos.

—Suponiendo que sean vampiros —contestó Tramner.

Chasqueó con la lengua y su caballo se puso en movimiento. Yo me quedé un poco rezagada mientras el sacerdote caminaba al lado del caballo de Tramner intentando todavía convencer al médico.

—¡Cómo es posible que lo dudéis! Si vos mismo lo habéis visto.

—Tal vez sea así, tal vez no, Andelko —respondió el médico en tono cansino—. Por ahora únicamente son cadáveres en circunstancias sospechosas. Habría que llevar a cabo un estudio quirúrgico y averiguar de qué murieron esas personas en realidad. En fin, yo hice un reconocimiento a los enfermos, pero los que fallecieron comieron carne de las ovejas que se encontraron muertas en el prado. Tal vez los lobos no se comieran a los animales porque las ovejas sufrían alguna enfermedad. Posiblemente la carne tuviera algo venenoso. O simplemente es a causa de las extrañas costumbres locales de Cuaresma. Esos alimentos que consumen aquí: ¡caldo de salvado, sopa de manzanas silvestres con vinagre, cebollas crudas, ajos, col con vinagre!... Y luego está el aguardiente, los prolongados ayunos y de nuevo las comilonas entre los días de ayuno... Eso llevaría a la tumba hasta al más fuerte de los ciudadanos de Hamburgo.

—No hay razón para que os burléis de nosotros —dijo el sacerdote muy digno.

—¿Acaso lo hago? —Tramner le miró desde arriba con el ceño fruncido.

No obstante, se detuvo, bajó de su caballo y caminó hombro con hombro con Andelko hacia el pueblo.

—No es mi intención ofender a nadie —dijo como introducción.

Yo aceleré el paso. Milutin seguro que me habría echado de allí, pero el nuevo sacerdote no parecía tener nada en contra de que una mujer se uniera a los hombres.

—Pero Jovan..., él parecía estar... vivo —apunté con firme voz dirigiéndome a Tramner.

—Eso dice más de la naturaleza de la tierra que del propio muerto —contestó—. En mi opinión, el motivo es la humedad. Estos casos existen. En algunos lugares, la tierra contiene una fuerza balsámica, es decir, conservadora. La humedad hace que el cuerpo entre en una fermentación interna; por eso mantiene ese aspecto de frescura durante tanto tiempo. En las minas de las montañas alemanas se han encontrado así cadáveres que llevaban décadas muertos y aun así parecía como si fueran a abrir los ojos de un momento a otro.

El sacerdote se detuvo abruptamente. Hasta entonces se había podido controlar, pero ahora su barbilla temblaba. Era la viva imagen de la indignación.

—¿Cómo podéis creer eso? —gritó con la voz temblorosa de ira—. ¡Sólo Dios decide sobre la benevolencia de la descomposición, no la tierra! —la última palabra la escupió literalmente, y con media voz añadió—: Yo he visto a muchos vampiros... Pensad lo que queráis, pero si no me dejáis llevar a cabo mi cometido a favor de estas almas, yo personalmente ayudaré a esta gente a recoger sus pertenencias y a mudarse de aquí. Porque en verdad no les quedará otra opción.

Sin más palabras, nos dejó plantados y se apresuró con los hombros encogidos hacia el pueblo. Me quedé mirándole con un mal presentimiento. ¡Tenía que ir a hablar con él inmediatamente!

Tramner suspiró.

—Ya lo ves, muchacha. No me lo tomes a mal, pero sois un pueblo muy supersticioso. ¡Y por si fuera poco resulta que ahora también tengo sobre mi conciencia el futuro de este pueblo!

No le contradije. ¡Cómo iba a explicarle que entendía perfectamente los sentimientos del sacerdote y los habitantes del pueblo! Sólo habían pasado unos días desde que yo misma hubiera jurado en mi delirio febril que un vampiro me estaba succionando mi fuerza vital.

—Vos... ¿de verdad que no creéis en vampiros? —pregunté.

—¿Quieres que sea sincero? No.

—¿Pero entonces cómo os explicáis las muertes?

El médico siguió andando lentamente.

—Creo que anda en juego algo muy distinto a los poderes sobrenaturales, Jasna —respondió—. ¡No es más que miedo! Para las personas, es lo más peligroso. Sobre todo en tiempos de epidemias. El miedo, por sí solo, puede llevar a la muerte. La preocupación, la melancolía y la tristeza son los tres males que vagan con él. A través

de pesados sueños las fuerzas del cuerpo y del alma se debilitan tanto que la gente enferma. Y la fiebre prepara al cerebro para ver fantasmas y alucinaciones. Eso son las pesadillas: la fantasía muestra a los enfermos aquello que más temen. Por eso a veces actuamos con los muertos tal como la gente lo desea, porque sólo así cesa el miedo y no enferman más personas.

Durante un buen rato caminé en silencio a su lado.

—¿Qué pasaría si alguien que está vivo es un vampiro? —pregunté finalmente con el corazón en un puño—. ¿Si recibió una maldición de alguien y debido a ello su piel se quema bajo el sol?

El médico se detuvo y me miró arqueando las cejas.

—Sólo he oído hablar de ello —me apresuré en decir—. El caso de... un chico, que fue maldecido y cuya alma pertenece al diablo.

—¡Muy interesante! Cuéntame más sobre ese caso —me pidió Tramner.

Me humedecí los labios y empecé cautelosamente a contar los hechos maquillados, me inventé otra familia y describí a Vampiro con todo lujo de detalles.

Después de que yo terminara, Tramner inspiró profundamente por la nariz y estrechó los ojos.

—Bueno, sería un caso interesante, si se confirmara su existencia. Aunque más bien suena a una historia de terror.

—¿Y si no lo fuera?

—Humm, a veces la creencia en una maldición ya es en sí misma una maldición —dijo Tramner pensativo—. La mente actúa sobre el cuerpo y el miedo y la imaginación pueden influir sobre él. Pero aunque esa enfermedad de la piel no provenga de la imaginación, no tiene por qué ser obra del diablo, ni mucho menos.

Enfermedad... Sonaba a herejía y mis creencias se rebelaban contra ello, pero a pesar de todo escuchaba al médico austríaco conteniendo la respiración.

—En fin, lo cierto es que hay ciertos hechos que no podemos negar, por mucho que no podamos explicarlos —continuó diciendo—. Sin embargo, no por eso debemos atribuir todos los milagros de la naturaleza a Dios o al diablo. La naturaleza está llena de fuerzas ocultas. Actúan por ejemplo en la transmisión de la varicela. ¿O qué ocurre con la locura agresiva de algunos perros? Pero todo eso no tiene ni lo más mínimo que ver con magia diabólica. El diablo practica su labor con la ayuda de brujas, no con la de la naturaleza.

Mientras cruzábamos el pueblo hacia la casa del *hadnack*, reflexioné sobre esas palabras que me desconcertaban y luchaban en mi interior; la imagen de que no todo provenía de Dios o del diablo era demasiado bárbara para aceptarla sin más. ¿Si fuera así, qué era todavía válido de mis creencias? Aunque de hecho, había muchas cosas que ocurrían a pesar de que no se correspondían con los Mandamientos. Ante Dios, mi amor por Dušan era adulterio... y por lo tanto provenía del diablo. Pero a pesar de ello, yo no lo sentía en absoluto así.

—Espera aquí —me pidió Tramner cuando llegamos ante el acuartelamiento.

Entonces me acordé de que me quería entregar algo. Inquieta, me moví de un lado a otro hasta que por fin volvió a salir y, para gran sorpresa mía, me hizo entrega de una carta. Estaba cerrada con un sello medio roto y atada con hilo.

—Lleva meses encima de la mesa del superior de Jagodina —explicó el médico—. Allí no hay ninguna Jasna Vukovic. Si yo no me hubiera enterado por pura casualidad, seguramente no la habrías recibido nunca.

—Pero... si yo, yo no... —tartamudeé—, no tengo a nadie que pueda escribirme una carta... ¿De quién es?

—¿Así que no sabes leer?

Negué con un movimiento de cabeza.

—Por desgracia yo tampoco puedo —dijo Tramner—. Está escrita en serbio con alfabeto cirílico. Así que vas a tener que pedir a Danilo o a Simeón que te la lean. Salúdales de mi parte y transmíteles mi más sincero pésame. No creo que vaya a tener la oportunidad de visitarles esta vez.

—Gracias —murmuré inquieta.

Aparte de Jelka no recordé a nadie que tuviera algo que comunicarme. ¿Pero qué podía haberla movido a pagar al escribano del pueblo un dineral? ¿Tal vez por fin se había casado? No me atreví a pensar en otra cosa.

—¡Ah, y si quieres escribir una carta de respuesta, tráemela aquí! —exclamó Tramner tras de mí—. En cuanto acabe con el asunto de los difuntos, tengo que ir a Cuprija y un par de semanas después a Jagodina. Tal vez encuentre a algún viajante allí que te la lleve.

Ensimismada, me dirigí a la plaza de la iglesia. El sol de la tarde invernal estaba derritiendo la nieve. El ciruelo estaba desnudo, sus ramas crujían al viento. El papel golpeaba mi mano y lo metí bajo mi cinto, me alisé la falda y llamé a la puerta de la casa parroquial.

Andelko abrió enseguida.

—Vaya, la mujer que habla el idioma de los señores que se creen superiores. ¡Pero entra!

Los meses que llevaba en ese pueblo habían bastado para hacerme olvidar que también existían sacerdotes que simplemente daban la bienvenida a las personas extrañas y no las marginaban. Sentí un nudo en la garganta mientras entraba, con la sensación de estar cometiendo un sacrilegio profanando el lugar sagrado de Milutin. Milutin había sido de todo menos derrochador en su forma de vivir. Todo allí era viejo, la estancia principal recordaba casi a un almacén. Algunos baúles se apiñaban en la pared. La mesa sobre la que había una jarra de vino y un jarro estaba arañada, y la puerta que seguramente conducía a su habitación tenía manchas oscuras de humedad. Lo más lujoso era probablemente una estera enrollada sobre el suelo. Al parecer solía cubrir la trampilla en el suelo que ahora estaba abierta. Allí dónde caía la luz, reconocí en lo hondo un montón de zanahorias y un barril de col en vinagre. El sacerdote se acababa de echar un cazo en un cuenco. El olor avinagrado me recordó

que mi estómago estaba rugiendo de hambre.

—¡Siéntate, mujer! —me invitó Andelko y tomó asiento él también—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Quieres confesarte?

Temerosa y nerviosa, negué. Con todo lo que había ocurrido en los últimos días hacía mucho que había traspasado «la línea» y dudaba que una confesión pudiera redimirme.

—Ah, entonces te ha enviado ese médico impío para que me convenzas de sus charlatanerías —gruñó el patriarca.

Cogió el jarro lleno de aguardiente y lo vació de un trago. No había duda: Andelko era un hombre orgulloso y Tramner le había ofendido. Por muy amable que se mostrara, su interior ardía de ira.

—¡Suéltalo ya! —me pidió con impaciencia.

—Yo... quería hablar con vos. Sobre mi suegro.

Andelko asintió.

—Él es uno de ellos, ¿verdad? —dijo preocupado—. ¡Ay, qué desgracia! Pero le liberaremos. Lo permitan o no esos señores.

En las últimas palabras del patriarca había una oscura firmeza. Su mano izquierda envolvía el jarro vacío y sus dedos tamborileaban sobre él. Sentí la furiosa inquietud de un hombre que quería actuar a toda costa, pero que se tenía que contener.

Luego, sonrió, aunque lo reconocí sólo por sus ojos.

—No tienes por qué tener miedo. Al menos hoy. Manko vigilará a los muertos. Yo sellaré los ataúdes. Tu suegro ya no puede hacerte nada.

—Yo no sólo he venido por él, quería...

—Tu marido es un *dhampiro*, ¿no es así? El hijo de un vampiro y de esa mujer que vino del lado de los turcos, ¿no?

Bajo la mesa, mis dedos se agarraron a mi delantal, mientras le contestaba con tranquilidad:

—Sé que la gente del pueblo le llama el hombre-diablo. Pero por favor os lo pido, no dé crédito a esos rumores. Yo le conozco, es devoto de Dios y bueno.

Entonces Andelko, sorprendido, arqueó las cejas.

—¿Qué te hace pensar que yo le iba a condenar? ¿Por qué iba a hacerlo? Los medio-vampiros son capaces de encontrar a los vampiros. Incluso a aquellos que se camuflan o se hacen del todo invisibles. ¡Tu marido debería haber venido hoy al cementerio! —me miró con rostro serio—. Ah, ya entiendo: ¡tienes miedo por tu amado! ¿Temes que los habitantes del pueblo le cuelguen del árbol más próximo y luego le corten la cabeza? —dijo soltando un despectivo resoplido—. ¡Ya sabré yo evitarlo! Un *dhampiro*, por su propio sino, no puede ser malo en absoluto. Sin gente como él, más de una vez habríamos estado perdidos en la lucha contra Satán. Además, yo no sentencio a nadie sólo porque haya nacido bajo una estrella infeliz. Al fin y al cabo, todas las personas son pecadoras.

Mis manos se relajaron. Lentamente me atreví a sentirme un poco más segura.

—Vos... venís de Jagodina, ¿no es así?

El patriarca movió la cabeza negativamente.

—El sacerdote de Jagodina no quiso venir. A mí me trajeron de Kuklina —en su voz había un apenas disimulado orgullo cuando añadió—: Debieron pensar que era apto. Como he dicho, he descubierto y destruido a muchos muertos vivientes.

Kuklina. Recordaba bien lo que había dicho una muchacha sobre ese sacerdote en mi primera visita al pueblo: que uniría en matrimonio hasta al diablo con una turca.

—¿Puedo haceros una pregunta, eminencia?

—Para eso estoy aquí, ¿no?

Respiré profundamente y pregunté lo que me atormentaba desde que estuve en la alcoba de Vampiro:

—Si vos no condenáis a nadie por su nacimiento, ¿daríais vuestra bendición matrimonial a un hombre que, por ejemplo, viniera al mundo como musulmán y más tarde abdicara en favor de la verdadera fe?

—Naturalmente. Quien se confiese pertenece a nuestra comunidad, independientemente de que antes fuera musulmán, latino o, por mí, incluso un ateo.

—¿Y si su padrino de boda aún profesa su anterior creencia?

—Eso no es admisible de ninguna manera. Un matrimonio únicamente es válido con padrinos creyentes de verdad. De no ser así, sería nulo.

Esperaba que Andelko no notara lo que esa respuesta despertaba en mí. Fue como una liberación. ¡Si Nema no había profesado la fe ortodoxa, había esperanza de que no tuviera que seguir siendo Jasna Vukovic hasta el final de mis días! No seguiría siendo una adúltera y mis hijos y los de Dušan no tendrían por qué ser bastardos.

—De todos modos, los turcos no son el mal de este pueblo —dijo el patriarca, y se rió de repente, como si el aguardiente se le hubiera subido a la cabeza—. El mal son tus enemigos, aquellos que ves a diario y crees tus amigos. A través de ellos actúa Satán sobre nosotros. Pon tu mano sobre la mesa.

—¿Por qué?

—Ahora lo verás. ¡Venga! —Andelko se inclinó hacia delante.

Olía a licor, a col y a sudor ácido. Además su sotana se había impregnado con el olor a tierra podrida del cementerio. Me costó mucho esfuerzo no apartar la cabeza a un lado. Pero el sacerdote tamborileaba impaciente sobre el jarro hasta que, titubeando, accedí a su petición. Entonces se sacó la cadena con la cruz que llevaba colgada al cuello por la cabeza. Me sobrecogí cuando de pronto me apretó la cruz sobre la palma de mi mano y enseguida la retiró.

—¡Ja! ¿Lo ves? —exclamó con aire triunfal—. ¡Tú no eres uno de ellos! Porque un vampiro llamado por el diablo habría gritado de dolor. ¿No lo sabías? Bueno, yo tampoco lo supe durante bastante tiempo. Pero existen. Sólo hay que encontrarlos a tiempo —sus ojos adquirieron un brillo siniestro—. ¡Y yo los conozco! Me sé todos los engaños y trucos del diablo. Los muertos vivientes se vuelven de año en año más malvados. Cambian, ¿sabes? Ahora incluso se comportan como los vivos.

Rápidamente bajé la mirada. «Este sacerdote puede ser peligroso. Jamás deberá saber de la existencia de Vampiro», pensé.

—Antes se escondían en sus tumbas, pero hoy la frontera entre los vivos y los muertos se ha hecho más vulnerable que nunca. Pero esos oficiales no me creerían jamás —escupió con amargura.

Retiré mi mano de la mesa.

—He visto a un lobo... —dije—. Dos veces. Tiene... un amo que le da órdenes.

Los ojos de Andelko se agrandaron. Apresurado, echó más aguardiente y se bebió también el segundo jarro hasta el fondo.

—Continúa —dijo a media voz.

No le conté que había visto al lobo junto a las cabañas de los balseros, sino estando yo por la noche en las cercanías del río. El sacerdote absorbió cada palabra que yo decía. Una vez hube terminado, dio un golpe sobre la mesa y se levantó de un salto.

—¡Si ya lo sabía yo! —dijo caminando inquieto de un lado a otro de la habitación—. Cuando le di la extremaunción a la hija del *hajduk*, en su lecho de muerte, habló de ello, que el lobo iba por las noches a verla. Tal vez lo que tenemos aquí tiene que ver con otra cosa...

—¿Con qué?

—Con un hombre lobo —contestó Andelko preocupado—. Hay muchas posibilidades: una persona que en vida es un hombre lobo se convierte tras su muerte en un vampiro. Tal vez el lobo sea uno de los que han muerto. Podría tratarse incluso de Milutin, el sacerdote.

Intenté imaginarme que el lobo fuera Milutin con otro cuerpo. Vale, era un lobo gris y Milutin tenía el cabello gris, pero aun así...

—¿Pero entonces quién le daba órdenes? —pregunté.

—Uno de los que fallecieron antes que él y se convirtió en vampiro. Los vampiros tienen poder sobre los lobos.

Parpadeé. Era desconcertante, pero para el sacerdote todo parecía encajar a la perfección.

—Un hombre lobo... —murmuró mientras su inquieta mirada vagaba por la habitación—. Sería fácil vencerle, ya que aún es humano y no un muerto viviente. Bastaría con tirarle hierro encima, con ello le reventaría la piel de lobo y por ahí saldría el hombre a la luz. Y si aún viviera... —Andelko parecía haber tenido otra idea—. ¡Mujer, piensa! ¿Conoces a alguien que pueda ser sospechoso? ¿Alguien que se comporte de forma extraña?

Era una locura, pero por un instante el sacerdote había conseguido contagiarme su desconfianza. Me vino a la cabeza Dušan. Pero borré esa sospecha con fuerza de mí.

—No —dije con firmeza—. No conozco a nadie sospechoso.

Andelko asintió y se pasó la mano por la barba.

—En ese caso esperemos que fuera Milutin o alguno de los otros muertos y que

derrotemos el mal con ellos —se dirigió a la puerta e imaginé que me iba a enviar a casa, sin embargo continuó hablando—: De modo que no quieres confesarte... Pues deberías rezar por las almas de los difuntos.

Estaba tan estupefacta que me quedé boquiabierta.

—¿En la iglesia...?

—Un sótano con zanahorias no sería el lugar más apropiado.

—Es que... no traigo ninguna vela.

El patriarca le restó importancia con un gesto de mano.

—¿Crees que los santos son avaros comerciantes y contadores de velas? Aun así te darán la bienvenida. ¡Ven conmigo!

Posiblemente fue en aquel instante cuando Andelko se ganó mi confianza. Era repulsivo, bebía y apestaba a sudor. Decía locuras y era peligroso por su determinación y su orgullo, pero interpreté que era un sacerdote de todo corazón.

«Si alguien puede anular mi matrimonio, ese es él», pensé para mí con el pulso acelerado.

* * *

Branka me había contado la verdad al describirme la iglesia: ¡Jamás había visto una casa de Dios más majestuosa!

Me adentré en el brillo deslumbrante de los dorados iconos y me sentí acogida. Los santos me sonreían con ternura: el Arcángel San Miguel, la Virgen María, San Juan Apóstol y el Arcángel San Gabriel. Cuando el sacerdote cerró la puerta y se fue a una habitación tras una pared de separación adornada con más retablos, me envolvió el silencio. Las llamas de las velas titilaban en el aire de incienso, mientras yo decía mis oraciones. ¡Cuánto había deseado formar parte de la comunidad! Tanto como me extrañó ser consciente, casi de forma nostálgica, de que no pertenecía a ese lugar.

En silencio me levanté y, ya iba a salir, cuando noté entre mi cinto la carta. Titubeé si atreverme, pero finalmente reuní valor.

—¿Eminencia? —mi voz retumbó en la iglesia.

Andelko apareció entre los santos y me miró con cara de interrogante.

—¿Vos sabrías leer esto? —le pregunté mostrándole la carta.

Era una pregunta justificada, ya que no todos los patriarcas, ni mucho menos, sabían leer y escribir.

Andelko, contrariado, me señaló con un gesto que me acercara y echó una mirada al manchado sobre.

—Es para ti —dijo—. ¿Quieres que te la lea?

Al yo asentir, abrió el escrito.

—Es de junio —gruñó—. ¿Conoces a una tal Jelka Alazovic?

¡Claro que sí! Seguro que me había puesto más pálida que el joven tamborilero en

el cementerio.

—Es mi hermana —susurré sin aliento.

El sacerdote carraspeó y empezó a leer en voz alta:

Querida Jasna: tengo que comunicarte que Dios se ha llevado a nuestro padre con él. Fue poco después de que tú te marcharas. No sufrió. Por la mañana dijo que le dolían el estómago y el corazón y por la tarde se echó la mano al pecho, se hincó de rodillas en el campo y murió. Le hemos enterrado junto a madre y Nevena. Menos mal que al menos no tenemos que temer estar solas en casa, porque Lazar Kosac ya fue apresado y ahorcado. Después de que tú te marcharas cabalgando, Bela se escapó. Uno de la aldea la encontró a casi cinco millas de distancia. ¿Recuerdas que siempre decíamos que Bela era como un gato, que siempre vuelve a la casa y no por las personas? Pues en realidad la casa le es indiferente; al parecer ella siempre volvía únicamente por ti. Ahora Danica tiene que cuidar de ella a todas horas. Jasna, todas nosotras rezamos por ti y deseamos que te haya ido bien.

Con el pico de mi pañuelo de cabeza me limpié avergonzada las mejillas y los ojos. Andelko volvió a doblar la carta y me la devolvió.

—Mis condolencias —dijo en voz baja—. Pero tu padre está ahora con el Señor y espera en paz el día del Juicio Final. Rezaré por él. ¿Fue un buen hombre?

Tragaba y me ahogaba con más y más lágrimas, mientras volví a guardarme la carta.

—Todo lo bueno que se puede ser en la desgracia —contesté con evasivas.

Capítulo 17

DECISIONES

Me avergonzaba por haberme deshecho en llanto en presencia del sacerdote. Pero ahora, en el camino de vuelta, me avergonzaba aún más porque las lágrimas de dolor por mi padre se hubieran secado tan pronto. Lo que de verdad me había conmovido era el inmenso cariño y la preocupación que sentía por Bela.

Había comenzado a nevar de nuevo. Los últimos rayos de luz se habían despedido y las sombras habían tomado el grisáceo brillo del crepúsculo. En mi trayecto de regreso a la cabaña de los balseros fui girándome una y otra vez porque me parecía oír crujidos y pasos. Las palabras de Tramner no habían sido menos desconcertantes que la sospecha de Andelko de que Milutin hubiera sido un hombre lobo. En el cruce de caminos recogí una rama del suelo que bien podría servirme de garrote y saqué el cuchillo de Dušan. La imagen de la brillante cuchilla de hierro me tranquilizó un poco. Continué apresurada, intentando no hacer demasiado ruido. Y no me equivoqué: oí crujidos entre las malezas. Seguramente era algo inofensivo, un zorro o algún otro animal, pero aun así eché a correr lo más veloz que pude, mientras en silencio maldecía a Dušan por haberme dejado sola en el pueblo.

Cuando divisé las cabañas, mis pulmones estaban a punto de estallar de la carrera y mis piernas, que no estaban acostumbradas a tanto movimiento, me dolían. Aliviada tiré el palo al Morava. Aunque de eso me arrepentí enseguida, porque detrás de las cabañas estaba ocurriendo algo extraño: había un griterío y sonó un golpe seco, pisadas de caballos y relinchos. «¡Simeón ha descubierto dónde estoy y quiere llevarme de vuelta!», fue mi primer pensamiento. Eso me hizo titubear, pero después agarré con más fuerza el cuchillo y volé hasta la parte trasera de las cabañas.

¡A la sombra de la cabaña, Dušan se estaba peleando con un tipo que yo no había visto antes! Era dos veces más ancho que Dušan, su largo cabello estaba atado con una cinta de cuero formando una coleta. El hacha de Dušan estaba tirada en el suelo, el forastero debió golpeársela de la mano, y ahora luchaban cuerpo a cuerpo con los puños. No muy lejos de ellos estaba Viento tirando de una cuerda que otro hombre, de cabello rojo, agarraba con fuerza. ¡Stasko el loco!

—¡Eh! —le grité.

Los ojos de Stasko se abrieron como platos al verme ir hacia él cuchillo en mano. Lanzó un grito agudo e, increíblemente, soltó la cuerda y puso pies en polvorosa. Viento se desbocó, se le cayó la silla de montar y huyó al galope con las riendas sueltas al viento. Un nuevo golpe seco hizo que me girara. Dušan se encogió y cayó al suelo.

—¡Bastardo! —siseó entre dientes.

No supe de dónde saqué el valor. Tan sólo vi que el tipo volvía a coger impulso y que Dušan estaba demasiado aturdido como para defenderse. ¡Le rompería el cráneo! Ya había cogido los arreos del suelo y corriendo cogí impulso con ella. La embocadura de hierro voló como un arma y se estrelló contra la sien del hombre. Este gimió y se tambaleó. Luego, se detuvo con las piernas abiertas y agitó aturdido la cabeza como un oso. Lleno de odio se me quedó mirando.

—¡Hembra asquerosa! —rugió.

—¡Lárgate! —grité levantando el cuchillo.

—¡Déjala en paz! —le advirtió Dušan.

El tipo estrechó los ojos y su cara se llenó con una sonrisa.

—¿Tú no eres la de Las Tres Torres? —dijo y añadió dirigiéndose a Dušan—: Vaya, conque así va el negocio ahora. ¡Por qué no sólo robar el caballo, si también puedes tener a la señora de la finca!

Su risa atronadora me puso aún más furiosa.

—¡Él no lo ha robado, el caballo es mío! ¡Tú eres el maldito ladrón! —grité—. ¡Y si tú y el ladrón de amigo que tienes volvéis a acercaros a nosotros, será vuestro último día!

De reojo vi que Dušan se levantaba y la hoja de su hacha destelló a mi lado. Codo con codo nos plantamos ante ese hombre.

—¡Venga, lárgate de una vez de aquí, Mirko! —dijo Dušan.

La mirada del rudo individuo iba del hacha al cuchillo, de un lado a otro, hasta que sus puños se relajaron y su sonrisa se volvió aún más mezquina. Escupió con aire despectivo y retrocedió un par de pasos, como alguien que se da por vencido.

—¿Conque tu caballo, eh? —preguntó dirigiéndose a mí—. ¿Estás segura, fierecilla? ¿No será más bien que os estáis repartiendo el botín?

Respirando con fuerza nos quedamos mirándole huir hasta que desapareció entre los arbustos. Entonces el hacha de Dušan cayó. Me guardé el cuchillo y le miré desconcertada.

—Espero que Viento no haya regresado a las torres —dije pensativa—. Conocías a ese tipo, así que debe de ser uno de los errantes. ¿No se habían ido? ¿Te has peleado más veces con él?

Dušan no contestó y justo en ese momento me saltó algo a la vista en esa silla de montar que había caído. No era la de Viento, sino la que encontré a mi llegada colgando de un clavo. En aquel instante y con la fiebre, no me di cuenta de lo mucho que se parecía a la de Viento. Y entonces descubrí una mancha oscura en la correa de cuero del cuello: Era una gota de sangre seca, de hace mucho.

El amor nos ciega y nos duelen los ojos cuando de repente volvemos a ver la luz. Me sentí como si alguien hubiera abierto de golpe la puerta al cuarto secreto de Dušan y lo que ahí salió a relucir ya no tenía nada del resplandor de sus historias.

—¡Eres uno de los ladrones que robaron las yeguas de Jovan! —conseguí decir con dificultad.

Dušan estaba de pie con los brazos caídos, la sangre fluía de una herida bajo su ojo izquierdo, pero no sentí ni una pizca de compasión.

—¡Eres un ladrón! ¡Y efectivamente fue cosa de los errantes! ¿Por eso ibas tantas veces a rondar por la finca? ¿A ver lo que había allí para robar?

—Nosotros no somos errantes... No somos gitanos, si te refieres a eso —me contestó Dušan—. Los gitanos son gente honrada. En cambio la banda de Mirko se compone de un puñado de ladrones, de proscritos, de canallas, de tipos que huyeron de los calabozos, como yo.

—¿Tú robaste las yeguas?

Escupió en el suelo.

—Ayudé a Mirko a hacerlo. Estuve espiando la finca.

Hubiera esperado arrepentimiento en él, explicaciones, promesas, pero sólo había una fría altivez, que hacía hervir la ira en mi interior.

—Todo el mundo tiene un precio, ¿verdad? —le recriminé—. ¡Al menos ahora sé que esta mañana estabas hablando de ti!

—El robo no cayó sobre un inocente —respondió Dušan—. Más bien fue un ajuste de cuentas, pendientes desde hace tiempo. Jovan hizo negocios con Mirko y se lo debía. Incluso los ladrones, a veces, no son más que otra especie de comerciantes. Y ya sabes que tu suegro rara vez saldaba sus cuentas. La madre de Anica murió sin que nunca recibiera el dinero prometido por el casamiento de su hija con Luka. Los sirvientes del pueblo aún están esperando recibir el sueldo de los últimos meses. Puedes creerme si te digo que tu generoso Jovan no era menos codicioso que nosotros.

Jovan. Cuando pronunció su nombre, me sobresalté. Irremediablemente vi el ataúd abierto ante mí.

—Tú... estuviste por ahí la noche en que murió Jovan —dije apenas audible—. Te estuviste peleando con alguien. ¿Le... mataste tú?

Dušan me miró tan estupefacto como si le hubiera abofeteado.

—Ya es suficientemente grave que antes fuera un ladrón —dijo ofendido—. Pero peor aún es ver que tú me tomas por un asesino.

—¿Entonces no fuiste tú?

—¡Maldita sea, no! —me gritó—. Aquella noche estuve contigo, ¿o es que ya no te acuerdas? Y si, me peleé, sí, con Mirko. Se negaba a darme mi parte de la venta de las yeguas porque yo quería salirme de la banda.

—¿Por qué no me contaste nada de eso?

—No podía decírtelo.

—Pero sí podías robar a la comunidad familiar a la que yo pertenecía, ¿verdad? —le bufé.

—Así es, Jasna. Ahora ya lo sabes. ¿Y ahora qué? ¿Quieres que vaya corriendo a la iglesia a confesarme? ¿Qué podría yo decirle a Dios? Si Él ya sabe que los humanos son avariciosos y se aferran a la vida. Sabe que prefieren robar antes que

morirse de hambre, devotos y libres de pecado. No serás tú quien me juzgue, Jasna. ¡Porque tú no tienes ni idea de lo que es eso! —dijo levantando las manos apretadas en puños con las cicatrices de las ataduras en las muñecas—. Tú no sabes lo que significa que te quiten el honor y la vida. Los únicos que me dieron cobijo cuando me perseguían con perros fueron los hombres de Mirko: Stasko, Zoran, Arnod y los demás. Yo les podía ser útil, así que me enviaban de avanzadilla para espiar dónde merecía la pena robar algo. A personas que tenían un hogar y un cálido fuego. Que pertenecían a una comunidad. Nosotros les quitábamos algo y continuábamos nuestro camino.

Tuve que cerrar los ojos y apretar mis puños contra ellos. En mi cabeza todo daba vueltas y los pensamientos se atropellaban.

—Eres un ladrón —dije más para mi misma que para él.

—Y tú, una adúltera.

—¡Cómo te atreves a compararlo! ¡Es algo completamente diferente! —exclamé.

—Pecado, es pecado, ¿o no? —me respondió con una risa amarga—. No espero que lo entiendas. ¿Cómo ibas a hacerlo? Eres pobre, pero tú siempre has tenido un techo sobre la cabeza. Cuando los habitantes del pueblo te echaron, ¿cómo te sentiste? Pues yo he tenido que vivir eso más de una vez a lo largo de mi vida. Tú no sabes lo que es estar realmente sin patria. La primera vez que nos vimos, ¿te sorprendió verme sentado bajo el árbol del ahorcado? Yo no le tengo miedo a eso. Es la única patria que tengo asegurada.

—Y ahora es cuando debería sentir lástima por ti, ¿no? —dije con un desprecio apenas disimulado—. No sé si recibiste tu parte en el botín. Por si acaso, toma, aquí tienes al menos los arreos que pertenecieron a Jovan.

Le tiré la silla a los pies.

Dušan se mordió el labio inferior y me miró a los ojos.

—Ya no estoy con ellos —dijo con voz tranquila.

—Qué pena —le bufé—. ¡Alguien como tú se aburrirá llevando una vida de leñador! ¿Cuánto tiempo vas a soportar una vida honrada? ¿Un invierno?

—¡Bruja! —siseó.

—¡Ladrón! —le respondí.

Dušan se cruzó de brazos. La ira brotaba incluso en su mirada y tuve la impresión de que había metido los puños bajo las axilas para no cogerme por los hombros y zarandearme.

—Efectivamente soñé con ello —dijo en voz baja—. Ser un leñador. Tener una cabaña. Unos ingresos. Tal vez... una mujer. Pero incluso esa a la que quiero se la tuve que robar a otro. Así son las cosas del amor. No sobreviven ante el peso de la realidad —su rostro mostró aún más rechazo—. Si eres lista volverás al lugar donde tu vida es tan buena. De todos modos, tu caballo ya estará allí.

En el mundo que yo había conocido hasta entonces, las mujeres no pegaban a los hombres. Pues bien, yo ya debía de vivir en otro mundo, porque cogí impulso y le

pegué tan fuerte como pude. Dušan se quedó demasiado sorprendido como para defenderse. Soltó un grito de dolor cuando rocé su herida y saltó hacia atrás.

—¡Y por ti me he arriesgado a que ese monstruo de Mirko me mate! —le grité. Luego, me di media vuelta y corrí hacia el río.

* * *

Precisé de un buen rato hasta que mi respiración se calmara y mi ira dejara de desbordarme. El frío viento que venía desde el Morava y me aireaba el cabello me sentó bien. Mi mano ardía y en los dedos aún tenía la sangre de la herida de Dušan. ¡El golpe había sido considerable!, y aún estaba lo suficientemente furiosa para regodearme por ello. El Morava llevaba mucha agua, espumeaba y ronroneaba. Caminé hasta el embarcadero. El frío entumecía el ardor de mis nudillos y tuvo el efecto de serenarme. En la mano izquierda seguía agarrando el cuchillo con el mango de fresno. Oí que Dušan echaba su hacha sobre el carro y arreaba a Šarac con un chasquido. El carro se alejó traqueteando. Yo no volví la mirada y estaba segura de que tampoco Dušan se giraría al dejar atrás la cabaña de los balseiros.

Un resoplido me sacó de mis pensamientos. Al mirar hacia atrás, descubrí a Viento. Su negro pelaje era como una sombra sobre el prado de la ribera del río en la oscuridad del anochecer, ¡pero realmente estaba allí! Y cuando lo llamé, alzó las orejas y vino con la cuerda a rastras trotando hacia mí.

—Y yo que creía que habías vuelto —murmuré.

Cariñosa, le acaricié la cabeza y le peiné la crin. Él me pasó el hocico por los hombros y me resopló en la nuca. La similitud con la afectuosidad de Negro me hizo sonreír a pesar de todo. En un abrir y cerrar de ojos volvió el recuerdo: mi pobre padre, las manos de Bela, el olor de la estancia principal y el aroma de hojas de tilo. En ese instante comprendí lo que también podía ser patria: un recuerdo. El cobijo de volver a un hogar que reconoces. Un caballo que regresaba confiado después de haberse escapado. La leña que se atiza en una estufa para que dé calor. Alguien que me dio un cuchillo y me contaba historias cuando estuve con fiebre, alguien que temía más perder mi amor que abandonar a sus compinches delincuentes. «Todas las personas son pecadoras», retumbaron las palabras de Andelko en mis oídos.

* * *

A pesar de que ya había oscurecido, no me fue muy difícil seguir las huellas de Dušan. Las ruedas del carro habían dejado profundas sendas tanto en la nieve como en el barro e incluso Viento parecía saber dónde estaba Šarac y galopaba tras él. No tarde en vislumbrar el carro que Dušan conducía hacia la orilla del bosque. Poco antes de llegar a las malezas, lo detuvo y saltó de él para guiar a Šarac. Entonces escuchó los cascos de Viento y se giró abruptamente.

—¡Jasna...! —exclamó sorprendido.

No llegó a decir nada más. Me deslicé de la grupa de Viento y Dušan me recogió y me abrazó otra vez con tanta fuerza que me dejó sin respiración.

—Si tienes algo más que decirme, déjalo por favor. Únicamente soporto una limitada cantidad de malas noticias por día. Y hoy ya han sido suficientes. Mi suegro es un vampiro y he recibido la noticia de que mi padre lleva muerto medio año.

—¿Qué? Tu padre... —susurró.

—Y tengo que decirte algo más.

—Pero cómo...

—Te guste o no: voy a seguir tu consejo y volver con mi marido, pero no para quedarme, sino para hablar con él. Creo que Nema es musulmana. Y cuando... todo esto de Jovan y los demás haya acabado, intentaré que declaren mi matrimonio nulo. Entonces habrá llegado tu turno de elegir: vuelve con los ladrones y te habrás librado de mi. ¡Porque ni en sueños pienso tener a un ladrón por marido!

Dušan me apretó aún más fuerte contra sí. Sentí sus labios en mi cuello; luego, cogió mi cara en sus manos y me besó. Su boca era cálida y su beso fogoso y tierno a la vez y por un momento me transportó muy lejos. No abrí los ojos cuando Dušan me contestó con una sonrisa en la voz:

—¡En ese caso no tengo elección, espinita mía!

* * *

Sorprendentemente la cabaña de leñadores no estaba tan alejada del río como yo había supuesto. Bajita y diminuta, se apretujaba en un claro entre dos abetos. Su tejado estaba cubierto de tierra y el musgo se extendía sobre él. No ofrecía la seguridad de las vistas abiertas y de la orilla de un río, y el recuerdo del lobo me preocupó por un instante. En su interior olía a abeto y resina y cuando Dušan y yo nos acurrucamos juntos aquella noche sobre el lecho, oímos el arañar de pequeñas uñas en las paredes. Nos acostamos con las cautelosas caricias de dos amantes que aún tienen que conocerse. Y aunque no podía ver a Dušan porque en aquella cabaña había más oscuridad que en el río en la noche más negra, percibí una cosa con total claridad: el brillo de sus historias me bastaba.

Capítulo 18

EL EXAMEN

Por lo visto la amenaza de abandonar el pueblo en masa había impresionado al comandante de Jagodina. Tan sólo diez días después de la solicitud de permiso que Tramner tramitó para ejecutar a los cadáveres, llegó otra delegación al pueblo. Un médico militar de Belgrado, dos enfermeros y algunos oficiales se acuartelaron en Medveda. Los habitantes le encargaron a Dušan cantidades increíbles de leña; de ese modo nos enteramos de que la ejecución de los difuntos había sido concedida. Todas las monedas y tesoros guardados fueron reunidos para pagarle por ese trabajo. Nos pasamos días enteros buscando rama y troncos muertos, lo suficientemente secos para que pudieran prender aun sin haber estado almacenados durante un tiempo. Los pastores salieron con hachas y cuchillos para trocear arbustos secos y llevar más materiales combustibles al cementerio.

—Los austriacos han montado mesas y han clausurado el portón del cementerio —me informó Dušan después de que hubiera descargado otro cargamento de leña en el mismo cementerio—. No dejan entrar a nadie, únicamente a Flückinger. Ha ordenado que tumben a los muertos sobre las mesas y los está abriendo en canal.

—Dios santo —murmuré.

—Manko dice que ha examinado sus intestinos y que están en “estado de vampiros”. Mañana los decapitarán y quemarán —me miró de forma significativa—. Los austriacos se marchan, pero el sacerdote quiere quedarse una semana más.

Los dos sabíamos lo que eso significaba.

Cuando los difuntos se ganaron su descanso, no fue ningún día de fiesta. En su campo con manzanos habían abierto una fosa del tamaño de una casa y la habían llenado con leña y ramas. Los austriacos habían abierto el portón al cementerio y para los demás asuntos habían dado carta blanca al patriarca; se limitaron a permanecer juntos al muro del cementerio sosteniendo pañuelos ante sus narices para evitar el pestazo y el humo. Ya de lejos pude ver cómo movían las cabezas para ver llegar a los habitantes del pueblo con estacas y hachas al cementerio. Yo estaba de pie sobre la colina y observé como amontonaron el ataúd de Jovan junto a los demás en la fosa. Cuando incendiaron la leña y la columna de humo se alzó al cielo, recé por última vez por mi suegro.

* * *

Dos días después permaneció el olor a madera en el ambiente; el viento transportaba nieve y copos de ceniza. El tercer día por fin dejó de nevar y la nieve de octubre empezó a derretirse de nuevo en las orillas del río. Había llegado el momento de

hablar con Andelko.

El domingo por la mañana ensillé a Viento. El sol calentaba mi cara y realzaba el brillo rojizo en el pelaje de Viento. Era un día de esperanza, de expectativas de dejar atrás de una vez el pasado. Sin embargo, ese sería en realidad el día en que iba a perder a Dušan.

Cabalgué en dirección al pueblo con el sol matinal cegándome. Tomé el desvío que conducía al río, pasando por nuestras cabañas, que las avariciosas aguas del Morava ya habían alcanzado. El agua salpicaba las patas de Viento cuando le arreé para subir hacia el árbol del ahorcado. Mucho antes de que quedara a la vista, reconocí una figura negra que venía hacia mi desde la dirección del pueblo. Me vio, se quedó parada de repente y luego empezó a correr hacia mí.

—¡Jasna!

Su grito retumbó sobre la nieve derritiéndose. En aquel sonido había algo que hizo que mi corazón se acelerara de inmediato. La falda de Anica ondeaba al viento, las trenzas medio desechas bailaban sobre sus hombros. Golpeé con mis talones en los costados a Viento y galopé a su encuentro. La viuda inspiró profundamente para coger aire; se sujetaba el costado. Su chal de lana se escurría de sus hombros y vi que su blusa tenía un desgarro en el hombro.

—¿Quién ha sido? —grité saltando del caballo—. ¿Qué ha pasado?

—¡Danilo! —dijo jadeando y señalando hacia el pueblo—. Se lo han llevado de la finca.

—¿Quién?

—Pandur y Manko..., y el carpintero, y un par de hombres más...

—¿Por qué?

Anica me miró de forma extraña. Tragó saliva; seguía intentando respirar. Tuve que esperar a que volviera a coger aliento, pero de buena gana la habría agarrado y la habría sacudido de impaciencia.

—¿Cuándo estuviste por última vez en el pueblo? —me preguntó finalmente.

Fue cuando de verdad tuve un mal presentimiento.

—Durante la quema —contesté—. ¿Qué ha ocurrido desde entonces?

—¡Que todo sigue igual! —soltó con la voz quebrada—. Un día después de que se marcharan los austriacos, el lobo volvió a matar algunas ovejas. Los hombres le echaron a los perros, pero también los mató. Y luego murieron en una sola noche cuatro personas: Zvonka, Dajana, que ya casi se había recuperado, y las hijas de los soldados. Todos juraron en el lecho de muerte haber visto a un vampiro. ¡Dicen que tiene la piel blanca y dientes de lobo!

Me agarré a la crin de Viento. Ahora también yo tenía la sensación de ahogarme.

—El lobo también ha venido por mí —susurró Anica—. ¡Esta noche ha matado a mi pobre perro y yo ni siquiera lo oí ladrar! Iba a ir de inmediato a ver al patriarca, y cuando llegué al pueblo vi que estaban arrastrando a Danilo a la plaza de la iglesia. Al parecer Andelko tenía intención de ir a ver a Danilo en los próximos días para

pedirle su ayuda en la búsqueda del vampiro, pero en vez de esperar a que Andelko fuera a las torres, Pandur y los demás salieron por su cuenta y han traído a Danilo sobre la carreta al pueblo —su voz temblaba cuando continuó—: le han maniatado. ¡Yo quise ayudarlo, pero se lanzaron sobre mí! ¡Pandur está completamente fuera de sí por la muerte de Dajana!

Se me había quedado de repente la boca tan seca que apenas podía tragar. Viento debió sentir mi miedo porque empezó a escarbar con la pata delantera.

—¿Qué dice Andelko? —le pregunté—. ¿Y el *hadnack*?

Anica se encogió de hombros, desconsolada.

—El *hadnack* está en Cuprija y al patriarca no le he visto. A mí me han echado del pueblo. ¡Jasna, le van a matar! Tienes que ir a ver al administrador y...

Moví la cabeza negativamente y le ofrecí mi mano.

—¡Sube! —ordené.

* * *

Nadie vigilaba las ovejas y no había nadie para detenernos cuando nos bajamos del caballo y entramos al pueblo. Parecía abandonado, pero el lejano murmullo de innumerables voces exaltadas demostraba que la impresión era falsa. Las voces procedían de la plaza de la Iglesia. Até a Viento a una verja, caminamos hacia la casa parroquial y, al resguardo de una caseta, espiamos la plaza.

Todo el pueblo estaba allá congregado. Algunos niños se habían subido al ciruelo y miraban a la puerta cerrada de la casa de Andelko. Justamente estaba sopesando si atreverme a mezclarme entre el alborotado gentío y exigir ante Andelko la entrega inmediata de mi esposo, cuando el sacerdote salió al exterior. Cerró la puerta tras de sí y echó la llave. Cuando deslizó su mirada de reproche sobre la masa, se hizo el silencio.

—De modo que creéis que podéis aplacar a un hombre honrado así porque sí y traerlo aquí a la fuerza, ¿no?

—¡Las buenas palabras no sirven con él, eminencia! —dijo el carpintero Sime—. Ese maldito diablo quiere que todos sucumbamos. Ni siquiera ha abierto la boca. ¡Si no se lo sacamos a la fuerza, no dirá una sola palabra!

Los habitantes del pueblo asistieron con murmullos. La mano de Anica y la mía se encontraron. Nos agarramos una a la otra, ella sin saber qué hacer y yo pensando un plan.

—¡No necesitamos la fuerza! —tronó Andelko—. ¡Danilo Vukovic no es ningún diablo, sino un *dhampiro*! Deberíais mostrarle respeto.

Era evidente que el sacerdote se esforzaba por controlar su ira.

—No tolero el modo en que le habéis traído aquí, pero ya está hecho. Aunque os advierto que, sea lo que sea lo que diga... —y a modo de advertencia alzó en alto la llave—, ¡nadie, nadie en absoluto, va a tocarle ni un pelo a Danilo Vukovic!

Permanecerá aquí hasta que hayamos tomado una decisión. Mañana podréis hablar con él, pero el Señor os castigará si alguno de vosotros osa tocar siquiera la manilla de la puerta de mi casa.

Con un gesto decisivo guardó la llave en su cinto. Suspiré aliviada. Imaginaba a Danilo en el interior de la casa parroquial y recé para que se encontrara bien.

—No obstante, no ha sido en vano que le hayáis traído —continuó Andelko muy serio—. Danilo y yo hemos estado conversando y me ha dado una pista —el sacerdote inspiró profundamente como si tuviera que animarse a sí mismo y dijo—: Él sabe dónde se esconde el vampiro que está atacando a este pueblo. ¡Y no está en el cementerio, oh, no!

«No puede ser que Danilo haya delatado a su hermano», pensé.

Un murmullo se extendió entre el gentío, los niños se abrazaron asustados a las ramas. Olja y algunas mujeres comenzaron a lamentarse y a chillar a voz en grito.

Andelko deslizó su mirada por encima de los reunidos.

—¡Ahora depende de vosotros! —exclamó—. Podemos esperar al *hadnack* y a que nuestros señores, allá en Viena, deliberen durante semanas sus decisiones y firmen sus instrucciones por triplicado antes de que podamos actuar, o bien... —bajó la voz— rompemos esa dependencia, vamos a la finca Vukovic y ponemos hoy mismo fin a los asesinatos.

Anica inspiró y contuvo la respiración.

—¿A Las Tres Torres? —cuchicheó.

No fui capaz de responder; a esas alturas mis pensamientos volaban y calculé rápidamente cuánto tiempo tardarían los hombres en llegar a las torres.

Todos los ojos se habían dirigido a Pandur. El mandamás del pueblo elevó el mentón y, apoyándose con fuerza sobre su bastón, subió cojeando la escalera hasta colocarse junto a Andelko; desde allí se dirigió a los habitantes del pueblo. La pena por Dajana le había marcado profundos surcos en sus ya de por sí arrugados rasgos.

—¡Id por las estacas! —decidió con su ronca voz de fumador—. Y por la piel de buey. ¡Los hombres más fuertes vendrán con nosotros!

Por un segundo cerré los ojos. Junto al lecho mortuorio de Jovan había hecho el juramento de silencio para proteger la vida de Vampiro. Pero ahora el silencio no iba a ayudarle.

Anica se sobresaltó cuando la cogí bruscamente de la muñeca y tiré de ellas tras de mí.

—Tienes que hacer algo por Danilo —le susurré mientras caminamos hacia Viento—. Y también por alguien a quien tú... aún no conoces.

* * *

Jamás había cabalgado de forma tan temeraria. El fuerte abrazo de Anica en mi cintura casi me dejaba sin respiración. Cuando el bosque quedó a la vista, me vi

obligada a darle a Viento un respiro y dejar que fuera más despacio. El pueblo estaba exaltado..., aún retumbaban los gritos de los hombres en los oídos... sin embargo el bosque parecía fantasmalmente tranquilo. Los rayos de sol se clavaban en el sotobosque a través de las copas de los árboles creando una red de luz. Para mi inmenso alivio escuché golpes de hacha y los seguí como un llamamiento. Por fin, a orillas de un claro, vi el destello de la hoja de hacha. Salté del caballo, tiré de Anica tras de mí y corrí entre los árboles hacia Dušan. Él inmediatamente dejó el hacha en el suelo y me cogió al vuelo.

—¿Jasna, que ocurre?

—¡Tenemos que ir a las torres!

Escuchamos crujidos al acercarse Anica a nosotros pisando ramas secas. Cuando me vio en los brazos de Dušan, se quedó boquiabierta de la sorpresa.

—¿Estás con él? —exclamó incrédula—. ¿Tú, Jasna? ¿El ejemplo de virtud y honradez?

—¿Me pregunta eso la mujer que baila con los tipos como Mirko y otros ladrones? —le respondí secamente—. Ahórrate las burlas para más tarde. No tenemos tiempo que perder.

Me humedecí los labios, cogía aire y empecé a trancas y a barrancas a contar todo. Ni Dušan ni Anica me interrumpieron, pero su rostro cambió de un silencio expectante al asombro, y luego se convirtió en incredulidad y desconcierto.

—¡No deben encontrarle! —dije—. Si descubren a Vampiro, morirá, y entonces también habrá acabado la vida de Danilo. En cuanto el patriarca vuelva a Kuklina, Pandur y los demás le asesinarán.

Dušan se había quedado pálido y miraba con gesto inescrutable a lo lejos hacia el claro. Anica miraba el suelo. Había cruzado los brazos con fuerza, como si tuviera que sujetarse a sí misma. Con ese furioso orgullo que a esas alturas me era ya tan familiar en ella, alzó la barbilla. En su mirada había una inmensa decepción.

—Así que Danilo me ha estado ocultando durante más de quince años que tiene un hermano... —dijo con voz temblorosa—. Y a ti, la novia comprada, ¿a ti te ha confesado su secreto?

Dušan seguía sin intervenir. Era difícil para mí sopesar si se había tomado mal que no le hubiera dicho antes la verdad sobre los Vukovic.

—Se trata de dos vidas —les imploré—. Anica, tú debes ir a la cabaña de leñadores. Tapa bien las ventanas, de forma que no entre la luz del sol, y espéranos allí. Y no te asustes cuando le veas. Tiene aspecto de monstruo pero no lo es.

Era una mujer orgullosa y herida, pero asintió con la cabeza y la quise por ello. Y por fin también Dušan me devolvió la mirada y me di cuenta de que en efecto estaba enfadado conmigo.

—En fin, parece que todos tenemos nuestros secretos —dijo y se marchó al carro.

* * *

El pañuelo que llevaba a la cabeza salió volando en algún momento de la cabalgada y cada músculo de mi cuerpo me dolía cuando el bosque se empezó a aclarar y aparecieron las torres ante nosotros. De golpe todo volvió a mí: la presión, las pesadillas, la incertidumbre.

La finca parecía abandonada. Sívac no vino a mi encuentro, las gallinas habían desaparecido y sólo algunas plumas se agolpaban junto al muro y no se oía balar a las cabras, en cambio, había muchos objetos rotos en el camino...: una jarra, platos de la estancia turca... en la planta superior una de las contraventanas se balanceaba al viento; todas las demás estaban cerradas. Llamé a Simeón y a Nema, pero nadie contestó. La puerta principal estaba atrancada.

—¡Tal vez estén con él! —le dije a Dušan.

Corrimos a la parte trasera del edificio principal con los caballos, que después de la dura cabalgata trotaban tras nosotros, y busqué la trampilla en el suelo. En cuanto la encontré, un tintineo en el interior de la casa me hizo girarme. «¿Habrían llevado a Vampiro al Edificio principal?», me enfurecí por no haber caído desde un principio. Mi mirada se clavó en la contraventana de la alcoba de Nema.

—¡Dušan, tengo que entrar ahí!

Eché una mirada de experto a la estropeada madera y asintió.

—Apártate a un lado —dijo descolgando su hacha de la silla de montar.

La contraventana se partió fácilmente igual que una rama seca. Metí la mano por el hueco, desatranqué la ventana y trepé a la alcoba de Nema. Estaba vacía. La puerta estaba cerrada y, cuando la abrí con sigilo, la oscuridad me dio la bienvenida. Olía a cerrado a hollín y a cera enfriada.

—¿Nema? —pregunté en voz baja y recorrí con sigilo el pasillo.

Un clic junto a mi oreja me dejó petrificada.

—La traidora ha vuelto —dijo una voz ronca—. ¿A qué has venido, Jasna?

—¡Simeón! —Miré al lado y retrocedí soltando un gemido. Su escopeta estaba apuntándome. Por una décima de segundo pensé que iba a dispararme, pero luego bajó el arma.

—Danilo aún no ha vuelto —dijo cansado y tan ausente como si no estuviera del todo cuerdo—. Se fue esta mañana a la tumba y lleva fuera desde entonces. ¿Qué opinas? ¿Se habrá largado él también? ¿Igual que su cobarde esposa?

No me atreví a contestarle. El dedo de Simeón seguía sobre el gatillo, pero ya no hacía ademán de amenazarme.

—De todos modos ya es demasiado tarde —dijo suspirando—. Demasiado tarde para todo —con los hombros caídos caminó arrastrando los pies hacia la estancia turca y empujó la puerta.

El haz de luz de una vela cayó sobre el suelo. Había caído paja de la mesa sobre el suelo y a la luz de la vela intuí una sábana que tapaba el cuerpo delgado. El dolor me cerró la garganta.

—¡Vampiro! —susurré.

Entonces me fijé mejor: sobre una silla había un delantal doblado y sobre él mi manojo de llaves, que antes había sido de Nema.

—No, no es Vampiro. Es Nema. La atacó un lobo —murmuró Simeón—. Ayer cuando iba al manantial por agua. Pobre mujer.

El suelo se tambaleó a mis pies. Mis pequeñas y afiladas uñas se hincaron en las palmas de mis manos y dejaron huellas de medias lunas de lo fuerte que apreté mis puños. Fue como en mis pesadillas, pero mucha más definitivo. Había discutido con Nema y la había acusado, nunca nos habíamos abierto la una a la otra, y a pesar de todo, en medio de los hombres, ella había sido para mí algo así como una familia. Y ahora, con ella también se había perdido la esperanza de conseguir anular mi matrimonio.

En aquellos momentos podría haberme dado por vencida. Pero me obligue a pensar en el paso siguiente.

—Simeón, ¿dónde está?

—Bajo la torre, ¿dónde iba a estar?

—¿Le has dejado solo allí abajo? —exclamé.

—Alguien tenía que velar por Nema —me respondió y con amargura añadió—: a buenas horas te acuerdas de preocuparte por él.

Cogí las llaves de Nema, regresé corriendo a la alcoba y trepé por la ventana. Dušan había forzado la trampa del suelo y me esperaba con impaciencia.

—¡Ya era hora! —me bufó—. Están llegando. Cuando el viento gira hacia nosotros, se les puede oír.

Fue un milagro que con tanta prisa no nos partiéramos la crisma bajando por aquella escalera. El pasadizo estaba oscuro; únicamente se veían las otras de luz del contorno de la puerta mostrándonos el camino. Nerviosa, intenté palpar la llave adecuada. Mientras Sívac, al otro lado, lloriqueaba expectante y arañaba la puerta. ¡Así que al menos él estaba con Vampiro! La tercera llave entró.

—¡No te asustes! —le susurré a Dušan, y abrí la puerta.

Sívac empezó a saltar sobre mí completamente fuera de sí de la alegría de volver a verme, ladró e intentó lamerme la cara. Tuve que emplearme a fondo para apartarle a un lado y poder llegar al lecho de Vampiro. Este tosió y abrió los ojos. A pesar de que estaban nublados por la fiebre, me reconoció e hizo una mueca con la boca que debió de ser una sonrisa.

Aquel día aprendí mucho sobre el miedo, lo verdaderamente peligroso que es, según me había dicho el médico Tramner: al igual que nos ciega el amor, el miedo nos quita la capacidad de ver lo que de verdad tenemos ante nosotros. Al mirar a Vampiro sin miedo, no vi al monstruo en sus rasgos.

—Tenemos que sacarte de aquí —le dije al moribundo muchacho—. ¡No tengas miedo, no te ocurrirá nada!

—¡Jesús! —susurró Dušan a mi lado sin poder creérselo—. ¡Y tú te asustas de los ladrones!

Iba a abrir la boca y explicarle, convencerle, asegurarle..., cuando Dušan me sorprendió. Si alguna vez me había preguntado si me amaba, ahora estaba recibiendo la respuesta: sencillamente se dirigió a Vampiro, le habló en todo tranquilizador y le envolvió con premura pero con sumo cuidado en una manta.

—¡Rápido! ¡Ve tú delante y trae a Šarac ante la entrada! —me ordenó.

Pasó mucho rato, demasiado, hasta que Dušan por fin apareció en la escalera. Llevaba al enfermo con tanto mimo, que Vampiro, en su inconsciencia febril, despertó incluso antes de ver la luz del día. Dušan se montó a caballo y le sentó ante él en la silla de montar. Luego le tapó la cara con la manta par que estuviera protegido del sol. Lo último que vi de Vampiro fue que estaba completamente tranquilo, esa tranquilidad que tan sólo brinda una profunda inconsciencia.

* * *

Sívac empinó las orejas y de repente salió escopeteado ladrando en dirección a la colina. Corrí en busca de Viento e intenté alcanzar el estribo, pero mi caballo estaba tan nervioso por el alboroto que armaba Sívac que no hacía más que girarse y evitarme. A lo lejos se escucharon voces, en la cercanía algo crujió y una brusca exclamación me sobrecogió.

—¿Qué haces?

—¡Simeón!

Estaba en la ventana de la alcoba de Nema y me miraba fijamente desde sus rojos y trasnochados ojos.

—¡No te lo vas a llevar! —gritó—. ¡No debes abandonar la finca!

—¡Jasna, deprisa! —me advirtió Dušan mirando aterrado hacia la colina.

La mirada de Simeón se clavó en Šarac y en sus dos jinetes. Entonces su boca se abrió de estupefacción. Jamás había visto una expresión tal en el rostro de una persona. No fue únicamente que se hubiera hecho la luz en su mente, sino que ese conocimiento estaba lleno de odio.

—¡Tú no! —exclamó a Dušan y saltó por la ventana—. ¡Tú no vas a tocarle!

—Simeón, nosotros sólo pretendemos ponerle a salvo —dije—. Anđelko y...

—¿A salvo? —gruñó Simeón—. ¿Con los ladrones? ¡Ese es uno de los de la banda de Fruška Gora! Reconocería a su caballo en cualquier sitio. ¡Es uno de los hombres de Lazar!

—Pero..., pero si... Kosac fue detenido y ahorcado —tartamudeé.

—¿Y qué? Lazar fue quién nos guió a Jovan y a mí a casa de tu padre —escupió Simeón con desprecio—. ¿Y ahora vienen sus secuaces a cobrárselo con el hijo de Jovan? ¡Oh no! ¡No lo harán!

En ese instante ocurrieron tantas cosas. Desconcertadas, miré a Dušan. Esperaba ver sorpresa en su rostro, un movimiento negativo de cabeza, escuchar una indignada defensa... por lo contrario, vi la cara de una persona a la que habían quitado la última

máscara. Se mordía el labio inferior y bajó la mirada.

En su primer momento sólo sentí vacío. El tiempo se convirtió en miel pegajosa y espera. Lo más extraño era que todo a mi alrededor siguió revoloteando, incluso más rápido que antes. Las voces de hombres estaban muy cerca, Simeón venía con largos pasos hacia mí y Šarac echó la cabeza arriba y vi el blanco de sus ojos. Mientras mis pensamientos se agolpaban y me surgían miles de preguntas, había otra parte de mí que me ordenaba con voz sensata hacer lo preciso.

—¡Vete, llévatelo de aquí! —le susurré a Dušan. Él asintió. Sin titubear, apretó a Vampiro contra sí y picó espuelas a Šarac. Simeón levantó la escopeta y apuntó al caballo que se alejaba como el viento. En mi mente ya lo veía caer.

Solté las riendas de Viento y eché a correr. Con todas mis fuerzas embestí a Simeón y los dos caímos. Mientras nos precipitábamos al suelo, me agarré a su brazo. El cañón de la escopeta se alzó y apuntó a las nubes. Un disparo desgarró el aire. Me sentí como si me hubiera dado, tan palpable fue el estallido; un golpe de aire y ruido. Simeón maldecía y me golpeaba, fui lanzada a un lado y aterricé junto a la trampilla del suelo. Al contraluz vi una sombra sobre mí. Me acurruqué, protegiendo la cabeza con mis brazos, y cerré con fuerza los ojos. Luego oí el golpe, pero no fui capaz de sentirlo.

Cuando me atreví a mirar con cautela por entre mis brazos, la sombra seguía ahí, mas no era Simeón, sino Andelko el que se inclinó sobre mí y me puso la mano sobre el hombro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado. Yo me levanté como pude y me encontré en medio de los hombres del pueblo. Sime, Pandur, Manko y algunos más, aproximadamente una docena, se hallaban allí reunidos. Manko llevaba una antorcha, los demás tenían estacas, cruces y ristras de ajo colgadas al cuello. Atrás de todos se apiñaban Olja y otra mujer.

Simeón estaba inconsciente a los pies del rudo carpintero, que seguía sosteniendo el palo en la mano con el que había golpeado al anciano. Yo rogué a Dios que no le hubieran malherido.

Sime le quitó a Simeón la escopeta.

—Parece que hemos llegado justo a tiempo —gruñó—. ¿Quería matarte, mujer?

Moví con fuerza la cabeza negativamente.

—No le hagáis nada. Él... está loco de dolor y de miedo. Un lobo ha matado a nuestra criada Nema y él la estaba velando. Yo le asusté. ¡Ha sido un error!

Andelko frunció la frente. Noté que no me creía ni una sola palabra, pero le agradecí que no dijera nada.

A la velocidad del rayo sopesé lo que debía hacer. Mi cabello, asustado por el disparo, había huido; nadie sabía que yo ya no vivía en la finca, de modo que tenía que hacer mi papel de señora de la casa, y en lo otro..., en Lazar Kosac y en Vampiro, en eso mejor no pensar ahora.

—¿Adónde da esta trampilla? —me preguntó el enterrador.

—Es una estancia de oración —contesté sosegada, y con el mismo sosiego recogí las llaves de Nema del suelo y me las colgué del cinto, como si únicamente se me hubieran soltado—. A menudo los hombres se recogen ahí —les expliqué mientras me sacudía el polvo de la falda—. Durante los días festivos, Danilo cumple ahí con sus oraciones. Yo vine para presentarles mis respetos a los santos y a rezar. Simeón debió oír cómo salía... y... lo cierto es que lleva días viviendo con gran miedo por el lobo y dice incongruencias. Debió de pensar que alguien estaba rondando por la casa.

En silencio recé para que ninguno mirase hacia la contraventana rota. Y mi oración fue atendida.

Andelko se asomó por el hueco.

—¡Dame la antorcha! —le ordenó a Manko, y bajó por la escalera.

Disimuladamente observé a los del pueblo: sus desconfiados y serios rostros estaban marcados por semanas de temor y por la perspectiva de un inminente invierno de hambruna. Ellos evitaban cruzar sus miradas con la mía; tan sólo Olja me miraba fijamente y con hostilidad. Me alegré cuando por fin Andelko volvió a salir a la luz del día.

—Tu suegro era un hombre muy devoto —dijo simplemente y le entregó la antorcha a Manko.

«¡No lo sabe!», pensé con un sentimiento de alivio, que me mareaba. «¡Danilo no le dijo dónde encontrar a su hermano!».

El sacerdote señaló a Simeón, que empezaba a removerse.

—Encerrad a este pobre infeliz hasta que vuelva a estar cuerdo —dijo, bondadoso—. Lo mejor será en una de las torres. Evica, mira dónde han colocado a la difunta y cuida de que no entre ningún animal en la estancia. Y tú, Jasna, llévame a vuestro establo. Tenemos que encontrar la tumba de un vampiro en vuestra finca. Y para ello necesitamos un caballo negro. No una yegua.

—¿Un vampiro? ¿Aquí? —intenté sonar sorprendida—. ¿Y dónde esta mi esposo? —añadí con firmeza—. ¿Por qué no está con vos?

El sacerdote se dirigió a los habitantes del pueblo.

—Adelantaos vosotros. Yo tengo que hablar con Jasna.

Andelko esperó hasta que el grupo se hubo alejado un buen trecho; luego caminamos juntos hacia el establo. Con la mirada recorrí la orilla del bosque y confié en que Dušan cumpliera su palabra y pusiera a Vampiro a salvo.

—Tu esposo está conmigo en la casa parroquial —murmuró el sacerdote—. A salvo, al menos eso espero. Se encuentra bien... bueno, excepto por el hecho de que no le han tratado con guantes de seda precisamente —suspiró y movió la cabeza negativamente—. La gente le odia. Pero tal vez eso cambie si encontramos de una vez el vampiro.

—¿De verdad le ha hablado de un vampiro? —le pregunté.

Andelko sacudió la cabeza.

—Directamente no. Debe ser un gran secreto, pero yo sé leer entre líneas y ¡un

caballo negro nos mostrará el camino!

Sacaron el caballo negro más joven del establo. Su pelaje estaba sucio y su crin despeinada; hacía mucho tiempo que nadie se ocupaba de él. No se me escapó la mirada de repugnancia de Olja al ver la vajilla rota en el patio y el establo de las gallinas vacío. Se encendieron más antorchas y se las repartieron, mientras yo le colocaba al caballo la cabezada y le entregaba las riendas a Andelko. El sacerdote estaba nervioso, su inquieta mirada se deslizaba hacia la colina y al bosque.

—Vamos —murmuró.

Condujo al joven caballo patio a través y a lo largo de la muralla. Los hombres y Olja nos siguieron a cierta distancia. Podía sentir las miradas en mi nuca. Me parecía estar interpretando un papel en una pieza de comediante: la señora de la finca, que hacía tiempo que ya no lo era. «¿Y yo quien soy? ¿La amante de un ladrón y un mentiroso?», pensé con amargura.

Intenté mantener la calma y me obligué a seguir caminando con la cabeza alta al lado de Andelko.

El sacerdote condujo al caballo alrededor de la torre negra, pasando por delante de mi antigua torre, y desde allí por encima de la colina. La tumba de Jovan aún estaba abierta, pero el animal no se desbocó ni siquiera en su cercanía.

El sol de octubre había perdido ya su fuerza y un frío viento avivaba el fuego de las antorchas. Tras una hora, el caballo seguía sin encontrar nada. El mal ambiente se extendió entre los presentes.

—¿Y si no hay ningún vampiro, qué? —exclamó Pandur—. ¿Dónde buscaremos entonces? A lo mejor el *dhampiro* te ha tomado el pelo a propósito, patriarca...

Andelko tenía pinta de estar a punto de soltar algún juramento, pero tan sólo movió la cabeza y tiró porfiando de las riendas. El caballo estaba aburrido, bajó la cabeza e intentó arrancar una bocanada de hierba que asomaba entre dos montones de nieve. El sacerdote le puso la mano derecha sobre la cruz del tiro y con la izquierda estiró con todas sus fuerzas del estribo. Luego lo condujo colina abajo, hacia el camino que yo solía tomar para ir al pueblo.

—¡Tal vez a orillas del bosque...! —exclamó sin entusiasmo un hombre desde atrás.

En ese instante el caballo relinchó, se empinó sobre las patas traseras y dio un salto lateral. El sacerdote gritó de susto, soltó la cruz del caballo y las riendas, y el animal salió dando brincos. Mientras Olja aún miraba perpleja tras el caballo, Andelko se giró con una sonrisa triunfal hacia los habitantes del pueblo y señaló el lugar en el que hacía más de medio año yo había cortado los tulipanes dorados.

—¡Cavad aquí! —ordenó.

No sé qué me pasó por la cabeza durante la siguiente hora. Los hombres trabajaron duro y sudaron, mientras paletada a paletada iban abriendo malhumorados la arcillosa tierra. Durante ese tiempo yo fui parte del grupo. Estaba igual de tensa y, sin saber que hacer, permanecí gélida junto al hoyo. Las miradas iban y venían, se

murmuraban oraciones y durante todo ese rato me estuve preguntando, con un mal presentimiento, qué más me habrían ocultado Jovan y Danilo.

—Aquí hay algo —dijo el enterrador Manko golpeando con la pala contra algo de madera en el fondo del hoyo.

Conteniendo la respiración, los que estábamos alrededor observamos cómo poco a poco Manko y el carpintero dejaban a la vista una caja. Era negra, como el roble de los pantanos, pero ni mucho menos tan dura. Cuando uno de los hombres la golpeó con la pala, se rompió un trozo. Con un grito, el grupo retrocedió a una y luego se atrevió a volver lentamente. Todos lo vimos: el sol caía sobre una delicada mano blanco como la nieve, con dedos puntiagudos; en uno de ellos había un anillo ennegrecido. «¡No se quemó!», me pasó por la cabeza. ¿Pero por qué me había dicho eso Danilo?

—¡Jesús santo! —chilló Olja.

También los hombres gritaron como locos. Tiraron las palas, treparon de la fosa y corrieron junto a los demás.

—¿Qué pasa? —gritó Andelko con voz de trueno—. ¡Ahora no es el momento para la cobardía! —pasó por delante del robusto carpintero y recogió con gesto exagerado la pala del suelo, dando a entender su desprecio por el miedo de Sime.

Caminó sin temor alguno hacia la tumba y, para la estupefacción de los presentes, saltó al hoyo donde un escalón en la tierra le brindó suficiente apoyo. Con movimientos decididos y enérgicos, fue levantando la madera con la pala, trozo a trozo. Una segunda mano quedó a la vista en el ataúd, un vestido de antaño debió de ser blanco pero que ahora había tomado un tono grisáceo. Cuando ya sólo quedaba oculta la cara, Andelko tiró la pala agarró con ambas manos el último trozo de madera de la tapa de ataúd y lo arrancó con todas sus fuerzas. Olja saltó gritando a un lado al ver que la madera volaba directamente hacia ella. Luego, ella también enmudeció.

Saniye había destacado por su gran belleza. Sí bien su hijo menor estaba desfigurado, a ella el sol le había ocasionado muchos menos daños. La cara parecía una máscara de cera, el tiempo no había dañado sus rasgos. En la armoniosa curva de sus cejas y en el serio gesto alrededor de su boca se intuía orgullo. El cabello negro le caía a ambos lados, un colgante en forma de tulipán adornaba su frente. Junto a su cabeza había una estatuilla de barro con forma de niño. A las recién paridas y a las madres jóvenes que morían prematuramente, se les colocaban estatuillas de sus hijos en los ataúdes para que las consolaran y no se les pasara por la cabeza volver por ellos. Sentí alivio al ver que sólo había una estatuilla.

Todavía hoy me sorprende no haber tiritado de miedo como los demás habitantes del pueblo, pero es que sólo pude acordarme del caso del que me habló Tramner sobre el muerto de la mina alemana. Tenía que ser el agua manantial combinado con el suelo tan arcilloso lo que impedía que la carne se pudiera en las fosas. Andelko se irguió y se limpió la cara. Los otros habían sudado como toros, pero sobre su frente

no brillaba ni una sola gota de sudor.

—¡La turca! —gritó Olja—. ¡La bruja! ¡Ella mató a mi hermana! ¡Y esa lo sabía y se lo ha callado! ¡Ella también es uno de ellos!

Su dedo índice señaló en mi dirección. Todas las miradas estaban puestas en mí. Los puños se apretaron alrededor de las estacas de espino blanco. Andelko no dijo nada. ¡No decía ni una palabra!

—¡Yo no lo sabía! —me defendí—. ¿Habría venido con vosotros si así fuera? ¡Olja, tú me conoces! ¡Yo no soy ningún vampiro!

—Ella llevó esa hierba turca a la iglesia —se animaba Olja—, pero Milutin era listo. ¡Ya sabía él por qué no la dejó entrar en la iglesia! Él nos los dijo: ¡si se es demasiado confiado, se le da entrada al mal! ¡Por eso ella le estranguló!

—Mi esposa tuvo miedo de ella hasta su último aliento —gruñó Sime.

—¡Eso no es verdad! —grité indignada.

En busca de ayuda, me giré hacia Andelko. El sacerdote se frotaba las manos, con la mirada perdida. El ambiente amenazaba con dar un vuelco, eso lo sabíamos los dos, y él parecía estar pensando qué hacer.

—¡Branka también murió por su culpa! —siguió Olja—. ¡Dijiste que ibas a ir a visitarla y vaya si lo hiciste! ¡Entraste por la ventana por la noche y la estrangulaste!

—¡No! —grité.

Pandur me miraba con malas intenciones. Al ver la imagen de Saniye no me había asustado, pero ahora estaba aprendiendo lo que era tener un miedo de muerte.

—¡No soy ningún monstruo! —aseguré—. Y la mujer de la tumba tampoco lo es. Es tan sólo un cuerpo. ¡Una funda que se ha conservado!

Un siseo de una docena de bocas fue la respuesta.

—¡Bajad las estacas! —dijo Andelko con serenidad, y vino hacia mí—. ¿Vosotros creéis que ella es un vampiro? Bueno, en una cosa tenéis razón: existen los vampiros muertos y también los vivos. Pero ante estos hay que comprobarlo exhaustivamente para no matar a un inocente. ¡Olja, extiende la mano!

Yo entendí y suspiré aliviada. La hermana de Zvonka se quedó blanca, pero obedeció. Andelko se quitó su cruz y la apretó contra su mano.

—¡Nada! —exclamó—. Si ella fuera una de ellos, habría gritado de dolor. Jasna, ¿te someterás tú al mismo examen?

Yo asentí con demasiado entusiasmo. Me temblaban las piernas, pero di un paso al frente. Andelko se giró hacia mí y me sonrió para tranquilizarme.

—¡No te muevas! —murmuró en tono de advertencia. Yo asentí levemente y extendí mi mano temblorosa. Suavemente me cogió con la mano derecha la muñeca y con la izquierda alzó su cruz al aire. Entonces la bajó sobre la palma de mi mano.

El dolor fluyó con tal fuerza en mi antebrazo que de mi boca salió un grito antes de que mi mente lo comprendiera. Retiré mi brazo al sacerdote, me agarré la muñeca y retrocedí, tropezando. No era la palma de mi mano la que ardía, sino el lugar en el que su mano derecha había apretado con fuerza... en el mismo instante en que la cruz

había tocado mi piel. En la parte anterior de mi brazo había una herida de un pinchazo casi invisible que ardía más que miles de picotazos de ortigas. Pero ni mucho menos era tan doloroso como aquella traición.

—¡Tiene una espina en la mano! —grité—. ¡Es un fraude! ¡Sabía desde el principio dónde estaba la tumba! ¡También con la espina ha hecho que el caballo se asustara!

Los habitantes del pueblo no me contestaron, dudo que ni siquiera me escucharan. Únicamente miraban concentrados a Andelko. Este se volvió a colgar la cruz al cuello sin concederme ni una mirada.

—Mira por dónde... teníais razón —concluyó en tono seco—. ¡Atadla!

Capítulo 19

SAADABAD

A los hombres no les resultó difícil reducirme, a pesar de que me defendí con todas mis fuerzas. Mientras sus rudas manos me agarraban, me vi a mi misma en el espejo de miedo de Olja: la novia maldita venida del extranjero, la bruja sobre cuya conciencia recae la muerte de su hermana Zvonka... sentí su profundo odio proveniente de su dolor y su desesperación, e incluso fui capaz de comprenderla.

Cuando poco después recuperé el conocimiento, con la cabeza dolorida, sólo reconocí en un principio la luz borrosa de unas velas. Poco a poco fui comprendiendo que me habían llevado al sótano bajo la torre negra. Apoyada contra la pared, estaba casi tumbada en medio de iconos de santos. Tenía las manos atadas a la espalda.

Andelko estaba sentado sobre la cama, no muy lejos de mí, observándome tan receloso como si de verdad me tomara por un vampiro. Me despabilé de golpe y traté de levantarme de un salto, pero él movió la cabeza de modo de advertencia.

—No te molestes —dijo en un tono tranquilo.

Los latidos de mi acelerado corazón se multiplicaban en mis muñecas atadas. Con una rápida mirada capté el destrozo que me rodeaba. Cada uno de los cuadros había sido arrancado de la pared, las cortinas estaban tiradas en el suelo, los cajones y puertas de la cómoda abiertos de par en par, incluso la alfombra estaba enrollada... obviamente el patriarca había registrado el lugar a fondo ¿Qué buscaba? A sus pies yacían los restos de arcilla de la estatuilla hallada en la tumba de Saniye.

—La dichosa muda que teníais me tomó el pelo de lo lindo —dijo Andelko separando los trozos de la estatuilla con el piel—. Y yo me tragué su mentira. Pero esta cosa, aunque efectivamente hueca, está vacía. Qué infame por su parte, ¿no crees?

Me costó tragar de tan seca como tenía la boca y me estallaba la cabeza del golpe que me había propinado Sime. Aun así en ese instante me sentí completamente lúcida: «Habla de Nema, ella conocía a Andelko y él es el que le da las órdenes al lobo, así que si el lobo ha atacado a Nema»...

—¡Tú no eres sacerdote! —conseguí pronunciar—. Tú la has matado. ¡Tú eres el que lleva semanas rondando con tu lobo por el pueblo!

«¡Él es el oscuro!», decía un grito en mi cabeza. Intenté apartarme de él, pero enseguida choqué contra la columna que soportaba el arco.

—Bueno, no es del todo cierto —respondió sin inmutarse—. Por supuesto que Andelko es el sacerdote de Kuklina. Y yo soy Andelko..., por lo menos hoy. No fue difícil dar con él de camino hacia aquí. Y como aparte de Milutin y algún otro vecino del pueblo, desgraciadamente de los que han fallecido..., nadie lo conocía, tampoco

nadie se cuestionó si tenían ante sí al verdadero patriarca. Casualmente su sotana de sacerdote me sienta como guante, pero aunque el bajo me hubiera llegado por las rodillas, esta gente no habría sospechado nada. El que tiene miedo se cree todo lo que le ponen delante.

Siguió hablando con esa tranquilidad contenida, pero sus dedos tamborileaban sobre sus rodillas, una inquietud latente que me hizo estar alerta. «¿Dónde estaba Bela? ¿Por qué no me has avisado con tiempo esta vez?», pensé mientras disimuladamente luchaba contra las ataduras.

El falso patriarca observó durante un rato cómo me esforzaba; luego se levanto despacio.

—Un bonito escondite... turco y serbio al mismo tiempo. ¿Con que aquí es donde se escondía Jovan para suplicarle a Dios su misericordia y perdón?

Agudicé mi oído y dejé de resistirme a mis ataduras. Ese hombre sabía que Jovan esperaba el perdón, pero no sabía nada de Vampiro. Eso confirmaba que Danilo no le había dicho nada.

—¿Dónde está, Jasna? —su gélida voz retumbó en el sótano.

—¿Quién?

—Sabes perfectamente a qué me refiero. ¡El tesoro! Tiene que estar en la finca, sé que Jovan lo escondió en alguna parte.

Poco a poco empecé a entender lo que quería decir.

—¿El... oro turco?

Me hubiese imaginado cualquier cosa, pero no que la explicación a todo fuera tan sencilla.

Aquel oscuro individuo se había situado en el centro de la estancia.

—Es increíble que ese miserable ladrón de Jovan diese con una mujer tan lista para su testarudo hijo.

Debía de llevar escrita mi preocupación por Danilo en la cara, porque ese tipo me mostró una sonrisa carente de gracia y dijo con indiferencia:

—No te preocupes, aún vive. Todavía no he acabado con él. Ya me ocuparé, igual que de Simeón —su voz bajo el tono hasta convertirse en un amenazador susurro—. Uno de los tres me dirá dónde está lo que es mío.

Apoyé los pies en el suelo e intenté levantarme ayudándome de la pared. Algo estrecho y alargado se me clavó en la cintura. ¡Mi cuchillo! Me entraron sudores. ¡Tenía un arma! Envuelto en un trozo de cuero, estaba enganchado en mi cinto. Los hombres no lo habían visto.

«Piensa, habla con él, ¡gana tiempo!», me ordené a mí misma. Mis pensamientos revoloteaban e iban juntando nuevas piezas de la historia, en busca de motivos y recuerdos de las pasadas semanas. Las ovejas, la gente del pueblo, Jovan...

—¿Por qué tiene que pagar todo un pueblo, sólo porque tú estás buscando el oro turco? —pregunté retándole—. ¿Quién eres? ¿Un ladrón tal vez? ¿Lazar Kosac?

Iba a preguntarle si no sería un verdadero vampiro, pero no me atreví ni a

imaginarlo. Ante mis ojos reviví una escena: el oscuro bosque nocturno y a mi suegro, cuyo caballo se desbocó ante el lobo, si bien tal vez no fue la caída lo que le mató...

—Créeme, darías gracias a Dios si tan sólo fuera un ladrón —dijo el hombre—, y mi nombre tampoco es Lazar Kosac. Por lo visto nadie te ha hablado de Isaac.

Yo moví la cabeza negativamente. Mis dedos intentaron coger las puntas sueltas de la cuerda, pero no llegaba a agarrarlas.

—Hace mucho que Jovan se gastó el oro turco —dije con firme voz—. Él no era tan rico como todos pensaban. Tras su muerte, Danilo tuvo que vender parte de sus caballos.

El hombre que por lo visto se llamaba Isaac se acercó a mí. Instintivamente encogí las piernas dispuesta a propinarle una patada, pero tenía buen ojo y se puso de cuclillas de manera que no le alcanzase.

—Mi paciencia se está agotando —me advirtió en tono amable.

Abrió su mano derecha y me enseñó lo que ocultaba en ella. Tal como yo había sospechado, era algo puntiagudo, aunque no era una espina, sino una aguja. Estaba sujeta a un anillo de tela apenas visible, del color de la piel. Mi antebrazo seguía ardiendo en el lugar donde me había pinchado.

—Esta aguja está impregnada de una sustancia que, al herir la piel, provoca un gran ardor —explicó el muy canalla—. Pero también tengo un veneno más especial: una noche de dolores, náuseas, fiebre, y después la muerte.

Eso al menos contestaba a una de mis preguntas: un auténtico vampiro no tendría que recurrir al veneno para matar. De modo que Tramner tenía razón con su suposición. La carne de las ovejas había sido envenenada. Y a las personas que habían muerto recientemente las había visitado como falso sacerdote antes de que enfermaran. ¿Les habría mezclado el veneno en la bebida mientras estuvo sentado con ellos a la mesa, escuchando como un hipócrita sus historias sobre los acontecimientos en el pueblo?

—¿Acaso se iba a creer alguien que yo, siendo según vosotros un vampiro, muriese igual que mis supuestas víctimas a las que tú has envenenado? —le escupí las palabras a la cara—. ¡Yo no sé dónde está el oro turco! Y si Jovan no te lo dijo antes de que le tiraras del caballo y le mataras, dudo que te vayas a enterar nunca.

—Lo cierto es que me hubiera gustado charlar con él y a bien seguro que me lo habría contado, pero no llegamos a tanto —respondió el hombre—. Jovan siempre fue un cobarde. Yo no le toqué, su caballo se desbocó y él solito se cayó de la silla. Probablemente muriera de miedo incluso antes de tocar el suelo. Es una pena que no pudiera contestarme ni una sola pregunta.

Olvidé mis ataduras al instante. Sólo había una cosa a la que Jovan temiera.

—¡Eres el turco! —susurré—. ¡Has venido a vengarte! Pero eso... ¡es imposible! El oscuro arqueó las cejas a modo de aprobación.

—¡Vaya, de modo que si sabes algo sobre la familia Vukovic! Y probablemente

más de lo que me quieres contar —sonrió con malicia y sus dientes brillaron a través de su barba.

—Das órdenes a un lobo —continúe yo—. ¿Quién es el lobo? —cogí aire—. Se llama Akay, ¿verdad? Te oí decir ese nombre cuando estuviste con él junto al río.

Ahora el hombre sí que se quedó sorprendido.

—¿Y qué hay de Saniye? —seguí preguntándole—. Sabías desde el principio dónde estaba la tumba, ¿no? Danilo cree que su madre se quemó.

Por primera vez destelló en sus ojos algo similar al interés. Y lo peor era que yo aún seguía viendo bondad en ellos.

—A ver si resulta que Simeón se fue de la lengua en su canto fúnebre y habló del hijo perdido...

—Él sólo me contó que hubo un asesinato —dije con cautela.

En mi cabeza se repetían sus últimas palabras: ¿hijo?, ¿puede ser hijo de Jovan? No... este hombre era demasiado viejo. Debía de tener unos diez años más que Jovan. Más parecía como un...

—¿Eres el hermano mayor de Jovan? ¿Te fuiste con él a tierras turcas?

—Me fui mucho antes que él —respondió el hombre, y la burla había desaparecido de su voz—. Muchísimo antes. Tenía catorce años cuando me escapé.

—¿A tierras turcas? ¿Por qué?

El hermano de Jovan me miró largo rato. Parecía estar sopesando algo. Me estremecí al leer en su rostro la verdad: de todos modos yo ya estaba sentenciada a morir, y él tenía tiempo; al igual que todos los vengadores que he conocido, disfrutada explicando hechos y pensamientos propios a sus víctimas, antes de enviarlas a la muerte.

—Porque yo quería otra cosa, algo más que discutir con mis hermanos por las malditas torres, y por las que ya se habían roto la crisma de mi padre y mis tíos —me explicó—. Me uní a un comerciante turco. Tuve suerte, el comerciante me tomó aprecio, se dio cuenta de mi talento y me aceptó como acompañante de viaje, primero; más tarde fui para él como un hijo. Trataba con joyas, oro y plata y piedras preciosas. Aquí en el pueblo me habría pasado la vida arreando ovejas por el campo. ¡Sin embargo en Estambul y en Edirne todo era posible! ¡Todo! Me convertí a la otra fe y recibí el nombre de Yasar.

Aunque me resultaba repugnante, no era capaz de evadirme de su historia.

—¿Y Saniye? —le pregunté—. ¿Quién era realmente? Simeón me contó que era la hija de un adinerado otomano.

—No más adinerado que yo. Yo aprendí y trabajé duro, durante muchos años. Aún eran buenos tiempos. La plata barata del Nuevo Mundo todavía no había viciado los precios y así pude reunir sin problemas el alto precio que pedía su padre por ella —recordándolo sonrió—. Los poetas escribían canciones sobre la belleza de Saniye. *Beyaz lale*, la llamaban en Estambul, “tulipán blanco”. Su piel era como la luz virginal, incluso el sultán Ahmed se había fijado en ella.

A pesar de que por su aspecto no se parecía a su hermano, reconocí a Jovan en sus gestos y palabras, pero la historia de Yasar sobre aquel esplendor y maravillas acabó de manera mucho más amarga que en las narraciones de ensueño de Jovan.

—Ya has visto a Saniye de muerta —continúo—. Pues en vida era mil veces más bella. Tal vez fue mi felicidad lo que por aquella época me hizo imprudente y generoso. Le enviaba dinero a mi padre, aunque nunca recibí una contestación ni un agradecimiento, y no fue hasta mucho más tarde cuando me enteré de que, si bien mi padre aceptaba de buen grado mi dinero, hacía tiempo que me había repudiado como hijo. Decía que un turco jamás podría ser de su propia sangre. Eran las palabras de ese patriarca, Milutin, al que mi padre seguía incondicionalmente. Pero entonces, veinte años después de que yo me marchara, apareció mi hermano en Estambul. Joven, avaricioso, lleno de planes, con demasiado dinero en el equipaje para negociar.

Las palabras de Jovan sonaban en mis oídos como una segunda voz: «Yo era un joven comerciante cuando vi todo aquel esplendor. Un insensato al que le cegaba la riqueza. ¡Amigos, una riqueza incalculable!». El mismo lugar, dos personas, dos historias.

—Me recordaba un poco a mi mismo —dijo Yasar—, así que los acogí en mi casa, a él y al hermano adoptivo de mi padre. Tenía que haberlo sabido.

Yo seguía intentando encontrar algún parecido entre los hermanos. Me lo imaginé sin la barba, sin ese cabello revuelto y estropeado..., y efectivamente, el aire de la frente, alta y recta, así como el corte de las cejas me resultaban familiares. Pero no me recordaban a Jovan..., ¡sino a Danilo!

—Le llevé conmigo a invitaciones de amigos —siguió contando Yasar—, le dejé a solas con Saniye en la creencia de que él respetaría a mi mujer como a un familiar. Incluso me alegré de ello, porque en aquella época yo tenía mucho trabajo. La fiesta anual del tulipán estaba próxima. El sultán Ahmed me había encargado que consiguiera un regalo para un invitado de Persia que le había traído los bulbos de una especie de tulipán especial. Yo había recibido el dinero por adelantada para que comprara lo mejor. ¡El sultán Ahmed iba a hacer que le entregaran ese regalo tan especial al invitado... por mí! A mis espaldas había dejado años de duro trabajo y ahora, por primera vez, iba a tener acceso al palacio. ¡Estaba pisando el umbral a un futuro brillante! Sin embargo, yo jamás llegaría a pisar el palacio de Saadabad.

El rostro de Yasar se había oscurecido. Pensativo, recogió la cajita decorada, ahora partida del suelo. Algunas de las piedras de cristal debieron de saltar de su sujeción por la fuerza con la que al parecer la había tirado antes contra el suelo.

—Lo habían planeado desde hacia tiempo —dijo en voz baja—. Querían huir juntos... pero no sin dinero. Y cuando los descubrí, porque volví antes de lo previsto a recoger el regalo, me atacaron como lobos. A Simeón le pude herir. Y pude haber matado a Jovan, pero necio de mí, titubeé un instante —sonrió con tristeza—. Mi propio hermano mostró menos escrúpulos. Su cuchillo me alcanzó sin el menor titubeo. Y mi bella Saniye, con su corrupto y avaro corazón, se quedó mirando sin

pestañear y cogió el tesoro que yo había buscado para el sultán Ahmed. ¡Los maldije a los dos! Dije de ellos que eran como lobos y que por ellos deberían morir despedazados por los lobos. ¡Y les dije que los encontraría!

Me estremecí.

—¡Simeón piensa que estás muerto! —susurré.

—Y lo estuve, pero todo es cuestión de negociar, ¡todo! Eso no lo tuvo en cuenta mi hermano. Algunos nacemos dos veces. Una vez por Dios y otra por el diablo —se levantó el hábito de religioso y me señaló una cicatriz en el punto entre el cinto y las costillas.

Habría jurado que nadie podría sobrevivir a una herida así.

—En aquel momento morí —dijo tras un breve y siniestro silencio—. Muchas veces a las personas se le puede quitar la vida de muchas maneras distintas y mi hermano fue meticuloso. En Estambul mi futuro había llegado a su fin. Había perdido el regalo que el Sultán Ahmed me había confiado. Pero eso aún no le bastó a Jovan. También me quitaría la casa de mi padre. Mi padre había desheredado a Jovan pero Simeón, en nombre de su hermano adoptivo, cambió el testamento. Todo lo que necesitó fueron dos testigos bien pagados que confirmaran que Petar había expresado ese deseo en su lecho de muerte. Una bonita costumbre. Y el *hajduk* Jovica y otro tipo no se hicieron mucho de rogar.

—¿Por eso tuvieron que morir?

—A todos les pasé factura.

—También a Saniye, ¿verdad?

—Yo prendí el fuego. Y vi dónde la enterraron, a escondidas, por la noche. Se había tirado de la torre.

«Realmente no lo sabe», pensé. «No sabe nada de Vampiro y tampoco sabe que Saniye, en su huida, ya estaba embarazada de él y que Danilo es su hijo».

En cambio Jovan si lo supo durante todos estos años. Ahora todo cobraba sentido: el enfado de Jovan contra su mujer, cuánto debió de reprocharle que ya llevara al hijo de su hermano en sus entrañas..., y que ese hijo estuviera sano, ¡mientras su propio hijo nacía enfermo! Ahora también encajaban en el cuadro las otras piezas que me faltaban: lo mucho que había sufrido por el hecho de ser el asesino de su hermano, que hubiera escondido el tesoro... yo podía entenderlo. Nadie en su sano juicio haría uso de una riqueza que estaba tan maldita. Bajo una culpa tan pesada, el amor pronto se desquebrajó, y finalmente había despreciado a Saniye y a Danilo. Danilo... estaba segura de que no sabía nada de todo esto.

—Jovan me robó a mi mujer, mi herencia y mi futuro en el Saadabad —dijo Yasar—. Así que yo les robé su futuro a ellos. Uno tras otros. La finca sucumbirá.

—Y esta estancia será mi tumba, ¿verdad? —le increpé.

—Oh, no —me contestó—. Tu sentencia la han pronunciado otros. Los del pueblo te colgarán del árbol del ahorcado. Y luego procederán contigo como con todos los vampiros.

—¡Yo sé quién eres!

Yasar se inclinó tanto hacia mí que pude ver mi imagen reflejada en sus ojos.

—Qué pena que no se lo puedas revelar, porque antes te habré quitado la voz, tal como lo hice en su día con Gizem —me susurró—. Verás llegar tu fin muda.

Su sonrisa seguía siendo amable, sus ojos, castaños como los de Danilo, bondadosos y cálidos; la locura se ocultaba muy bien tras ellos. Un olor peculiar emanaba de él, una mezcla entre sudor, incienso y otra cosa más que no sabía identificar.

—Aún tienes tiempo para pensar dónde está lo que estoy buscando —dijo para finalizar—. Y después seguirás teniendo una elección: dímelo y tendrás una muerte rápida y piadosa; ocúltamelo y me encargaré de que tu verdugo sea de lo más patoso.

Se levantó y se fue hacia la puerta. Mi manojito de llaves tintineaba en su mano.

—¿Por qué ahora? —pregunté tras él—. ¿Después de tantos años? ¿Dónde has estado todos estos años?

En la puerta, Yasar se giró nuevamente hacia mí.

—¿Es que no has visto a Saniye? ¿Acaso no parecía como si tan sólo estuviera dormida? Para mí el tiempo es algo distinto que para ti.

Capítulo 20

EL MORAVA

La puerta volvió a cerrarse y quedé sola con el titileo de las velas. No esperé ni un segundo: me encogí lo más que pude en el suelo y estiré los brazos de tal manera que pudiera deslizarme entre ellos para así poder pasarlos hacia delante, pero fue inútil. Con los dedos entumecidos, tiré del nudo de mi cinto y maldije cuando tampoco conseguí aflojarlo. Ninguno de los objetos en la habitación era lo suficientemente afilado como para cortar las cuerdas. ¡Pero había velas! Me quemé la muñeca colocando el cinto contra la llama de la vela, con el miedo latente de que el vestido se prendiera fuego. Olía a lana chamuscada, pero de repente noté el cinto más flojo. Al sentir calor, me tiré en la alfombra y rodé de un lado a otro para sofocar cualquier llama. Junto con mi cinto también cayó al suelo el cuchillo. Rodé hasta él y pude cogerlo. Fue ese momento de salvaje y desesperado triunfo en el que decidí que Yasar no iba a vencerme.

Soltar las ataduras me costó un esfuerzo inmenso. Exhausta y hambrienta, me acurruqué en el suelo con los hombros doloridos y me froté por encima de las marcas de las ataduras en mis entumecidas muñecas hasta que volví a sentir los dedos.

—¡Bela! —susurré al terrible y denso silencio de la habitación—. Bela, ¿dónde estás?

Nada. Mal que bien, tuve que reconocer que dependía de mí misma. El recuerdo de Dušan me produjo una punzada, pero lo ahuyenté y me obligué a pensar. «Esta habitación es un sótano con pasadizo secreto hacia el exterior», reflexioné. Mi mirada recayó sobre los objetos desperdigados. El dorado icono de la Virgen María que Yasar había tirado al suelo estaba tan pulcramente pulido que en él vi un pálido reflejo del techo. Instintivamente miré hacia arriba. «¿Cómo encontró Vampiro el espejo?», pensé. «Debió de ir a la torre negra». Y entonces por fin caí en la cuenta: donde hay una salida, también tenía que haber una entrada... ¡En la torre!

Fijé los ojos hacia arriba e inspeccioné el hollín ennegrecido del techo. Y las velas titilaban..., luego ¡por alguna parte entraba aire a la habitación! Me giré abruptamente y coloqué mi mano ante la llama. Efectivamente noté una débil corriente, apenas apreciable. Cogí la vela y me dejé guiar por ella. La corriente venía de arriba, de una hornacina encima de la cama.

Los quebrados santos me observaban con caras de reproche mientras yo apartaba la cama empleando todas mis fuerzas, para acto seguido arrastrar la cómoda en su lugar. Si me subía encima de la cómoda llegaría al techo. Mis manos se pusieron negras del hollín al palpar a lo largo de la madera. Seguí una rendija y por fin..., ¡por fin!..., sentí la corriente. Era una trampa, aunque no se movió ni un ápice cuando

golpeé desde abajo. Decidida, cogí el cuchillo y rasqué a lo largo de la rendija. Ahí había una ranura por la que entraba una corriente de aire a la habitación; con algo de esfuerzo cabían mis dedos por ella. Pero cuando empujé con todas mis fuerzas, la tapa únicamente se levantó un poco y enseguida volvió a caer con un sonido seco. Alguien había puesto por fuera algo pesado encima.

Me sentí mareada de pánico, pero de nuevo me eché contra ella. La trampilla se levantó algo más y volvió a caer. Se escuchó algo. Y ese ruido azuzó mi esperanza: lo que había ahí encima ¡se había desplazado un poco!

Ya no recuerdo cuántas veces lo intenté. Cada vez que tenía que tomarme un descanso, más me desesperaba, porque el peso que había encima tan sólo parecía haberse movido una centésima parte de un palmo. ¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Una hora? ¿Dos? Mi única referencia eran las velas. Una tras otra se habían ido consumiendo. ¡Estaba tardando mucho, demasiado!

Tan sólo quedaba una vela a punto de apagarse cuando volví a trepar sobre la cómoda. La sangre me golpeaba en las sienes del esfuerzo que estaba haciendo. Luego, ¡algo se escurrió y la trampilla se levantó! Del alivio que sentí empecé a sollozar. Cogí el cuchillo y lo metí por la ranura, reuní por última vez mis fuerzas y empujé contra la madera para abrirla definitivamente. La tapa desapareció como si se hubiera desintegrado. Salté y perdí el equilibrio, cuando de repente dos manos agarraron mis muñecas.

Antes de que la última vela se apagara definitivamente, pude ver las cicatrices de ataduras.

—¡Apóyate! —me susurró Dušan—. ¡Con fuerza!

Sus dedos se clavaron profundamente en mis brazos. Me esforcé por no gritar mientras él tiraba de mí hacia arriba, por encima del borde. Jadeando aterricé sobre el suelo embarrado, en la penumbra, en medio de plumas de palomas y excrementos. En diagonal, por encima de mi bostezaba el agujero puntiagudo e irregular del suelo del piso superior. En alguna parte de allí arriba había estado yo, aquella vez, cuando coloqué el espejo allí. Y el objeto que había estado haciendo de peso sobre la tapa del sótano era, ahora lo veía, un trozo de una viga chamuscada.

—Esto se llama llegar justo a tiempo, ¿eh? —me susurró Dušan.

Jamás me había sentido tan aliviada por verle... y a la vez tan furiosa. Su cabello mojado se pegaba contra su frente, también él se había quedado sin aliento. Quise contestarle algo, pero él me advirtió poniendo el dedo índice sobre los labios y escuchó alertado. Entonces yo también lo oí: voces de hombre muy cerca de allí. Eran Pandur y Manko, que estaban conversando junto a la torre. A través de un agujero volaron algunos copos de nieve extraviados hacia nosotros. En el ambiente flotaba el olor a humo.

—Tenemos que esperar a que se marchen —murmuró Dušan y se acurrucó a mi lado—. Están quemando un ataúd junto al camino y el sacerdote acaba de ir a tu torre.

—No es ningún sacerdote, está buscando un tesoro —le contesté susurrando—. ¿Cómo me has encontrado? ¿Te enseñó Lazar Kosac a olfatear tu mercancía?

—Eso y más —murmuró—. Con su banda aprendí mucho. Demasiado —en la penumbra me echó una mirada agobiada—. Lazar Kosac era el padre de Mirko y no se llamaba Lazar. Ese es un nombre de ladrón..., así pues el que quiere infundir miedo y terror toma ese nombre. El Lazar Kosac cuyo lugar ocupó el padre de Mirko murió hace un año. Y volverá a haber otro, y la gente creerá que el ladrón ha hecho un pacto con el diablo para salvar su vida, y le temerán.

—¡Entonces todo lo que me contaste era mentira!

—No... —gruñó—. Es sólo que no era toda la verdad. Todo lo que te he contado es cierto. Formaba parte de una banda, sí. Ya te lo dije. También se puede negociar con ladrones. Jovan lo sabía bien.

«Porque él mismo era un ladrón», pensé con amargura.

—Cuando regresó de Hungría a Novi Sad, se dio cuenta enseguida de que yo era un espía. Le ofreció a Lazar dinero si encontraba una novia para su hijo. Tenía que ser una de siete hijas y no debía tener ningún hermano. En fin, no tuvimos que buscar mucho; en la aldea del valle se deshacían cotilleando sobre vosotras.

—¡Me conocías! ¡Sabías desde un principio lo que me ibais a hacer!

—¡No Jasna! No. A quien habíamos visto era a tu hermana. Te juro que yo no te conocía. Te vi por primera vez cuando te marchaste cabalgando con Jovan. Él nos había prometido un buen dinero por una novia... y para que le dejáramos marchar ileso. Pero cuando Mirko reclamó el dinero, se nos escapó sin más.

¡La temeraria carrera en Fruška Gora! Lo recordaba perfectamente.

—Poco después la banda fue descubierta, el padre de Mirko hecho preso y ahorcado. Cinco de nosotros escapamos. Yo aún tuve suerte, porque nadie me conocía como ladrón, ya que en la aldea me presenté como leñador. De todos modos teníamos que huir..., así que cabalgamos tras Jovan para recuperar nuestra parte.

—De modo que yo valía cuatro caballos robados —le bufé—. ¡Un buen precio por una novia ignorante que se muere de miedo!

—Jasna —dijo con ternura.

Quiso apartarme un rizo de la frente, pero yo le aparté la mano de un manotazo.

—¡No vuelvas a tocarme nunca más! —le escupí—. ¿Eso es todo lo que buscabas? ¿Los caballos? ¿O estabas merodeando por aquí porque querías encontrar algo más? Estuviste en la casa—, incluso en mi torre y cuando yo regresé antes de lo esperado, tuviste que huir tan precipitadamente que tiraste el vino.

Le costó mucho darme una contestación.

—Sí —confesó finalmente—. Había oído alguna que otra historia sobre el oro turco.

Yo resoplé.

—¿Y para qué colocaste el espejo sobre el alféizar?

—En... el espejo podía ver si alguien se acercaba a la casa.

—¡Maldito ladrón!

—Eso ya pasó. Te lo he prometido.

—¿Y qué valor tienen tus promesas? ¿Qué vale una palabra salida, de tu boca?
¡Si ni siquiera conozco tu verdadero nombre!

Tragó y miró hacia la puerta.

—Matej —dijo en voz baja—. Me llamo Matej Veletok.

Mi mirada se clavó en las plumas de paloma sobre el suelo, sobre pelusas y una pluma de cuervo. Intenté acordarme de todo lo bueno, de la cabaña de balseros, pero me costaba perdonarle.

—Siento haberte dejado sola aquí —dijo después de un rato—. Cuando coloqué a ese pobre junto al arroyo en la hierba y oí el disparo, quise regresar, pero entonces te vi cruzar con el sacerdote por el patio. Yo pensé...

—¿Vampiro está a salvo? —le interrumpí con brusquedad.

Matej asintió con la cabeza.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Esperaremos hasta que todo se tranquilice. Después correremos hacia el borde del bosque. Allí nos espera Danilo.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Está libre? ¿Le has sacado de la casa parroquial? ¿Cómo?

—Toda casa tiene dos puertas —contestó Matej—. Aunque la segunda sea invisible. Anica me estuvo dando la lata, así que pensé: «Ya que tú no le amas, lo salvaré para ella».

—Ahórrate tus bromas. ¡Yo seguro que ya no me reiré de ellas!

Las voces de fuera sonaban más lejanas, en alguna parte relinchaba un caballo.

—¿Jasna? —dijo Matej tras un rato en voz baja—. Sea lo que sea que pienses de mí, tienes que saber una cosa: no me quedé únicamente por el tesoro turco. Al principio estuve espionando la finca, pero la noche en que murió Jovan, cuando fui a verte..., entonces ya hacía tiempo que no se trataba de eso.

Curiosamente sus palabras sólo consiguieron entristecerme.

—¿Cómo sabías que yo estaba aquí? —le pregunté.

—No fue difícil descubrirlo. Cuando cabalgué hasta el pueblo estaban colocando una nueva soga en el árbol del ahorcado. Olja estaba con ellos. Y como podrás imaginarte, ella me lo contó todo enseguida.

¡Oh, sí, podía imaginármelo!

Afuera ya no debía de quedar nadie, aunque a lo lejos se escuchaban gritos.

—¡Ven conmigo! —susurró.

Preocupada miré hacia arriba. Matej había saltado por el agujero al primer piso. Sin embargo, ¿cómo íbamos a subir ahora?

Al principio me retraje cuando fue a cogerme de la mano, pero luego dejé que me ayudara a ponerme en pie. Se encaminó en dirección a la puerta. Yo apreté su mano y le retuve.

—Matej —susurré; era un sentimiento extraño pronunciar su verdadero nombre —. ¿Hasta dónde llega tu pacto con el diablo? ¿Tú has..., has matado a alguien?

En la penumbra de la estancia nos miramos a los ojos. Dolía acordarse de los buenos momentos, y recé porque al menos esta vez recibiera la respuesta verdadera.

—No —dijo Matej muy serio.

Eché mano a la hasta cruz que llevaba colgada al cuello. Con una leve presión soltó la unión que sujetaba las piezas de la cruz y sacó una especie de funda. A la vista quedaron varias piezas metálicas que debió de elaborar algún maestro herrero con esmero y mucho tiempo. Ganchos de hierro. Matej sonrió al ver mi perpleja cara.

—Son unas llaves muy especiales —me susurró—. Por eso yo era tan valioso para Mirko que incluso intentó convencerme a palos de que me quedara con ellos. Yo era el experto en abrir todo tipo de cerradura..., incluida la de vuestro establo. Si Sime no estuviera vigilando con su escopeta, hace rato que nosotros dos podríamos haber tomado el camino más corto al exterior.

* * *

La puerta que daba a la torre negra chirrió en las oxidadas bisagras. Matej se asomó sigiloso por la abertura y me hizo una seña con la mano para que le siguiera. Había dejado de nevar, pero un viento gélido nos abofeteó la cara. Mis pies descalzos se hundieron en la esponjosa manta blanca de nieve cuando corrimos por detrás de mi antigua torre y desde allí continuamos hacia el borde del bosque.

—¡No mires atrás! —me ordenó Matej.

El aire frío pinchaba en mis pulmones. Estaba cansada, pero sólo tenía que pensar en la soga de la horca para que mis pies volaran por encima del suelo. Por fin vi junto al borde del bosque relucir la clara piel de Šarac. Y al lado un caballo oscuro, sobre cuya grupa se sentaba un jinete: ¡Danilo sobre Viento! Al vernos, cabalgó enseguida en nuestro encuentro. «¡A salvo!», pensé infinitamente aliviada. Pero entonces escuché los ladridos. Matej me había pedido que no mirara atrás, pero ya era demasiado tarde.

Las orejas de Sívac volaban con cada salto, mientras corría completamente fuera de sí de alegría y ladrando escandalosamente a través del prado directamente hacia nosotros. ¡Fue mi propio perro, patoso y encantador, el que nos delató!

Una contraventana se abrió abruptamente en mi torre y en el mismo momento en que apareció la cara de Yasar, vino también Sime corriendo escopeta en mano de detrás de la torre; captó la situación con una sola mirada y apuntó.

—¡Jasna! —gritó Matej—. ¡Arriba!

Yo salté al caballo y Matej se alzó detrás de mí sobre Šarac. Este se estremeció asustado cuando cayó el primer disparo. Aún pude echar una mirada al rostro agobiado de Danilo; luego, salimos escopeteados de allí.

¡Ahora sabía por qué Matej había puesto a su caballo el nombre del corcel de un

héroe! Šarac echó las orejas atrás y se convirtió en una flecha. A pesar de que llevaba a dos jinetes encima, adelantó a Viento. Las ramas me atizaban en la frente así que me agaché todo lo que pude. Notaba el peso de Matej apretado sobre mi espalda, y oí que soltó un silencioso juramento. Detrás de nosotros sonaba las pisadas de Viento. Un nuevo disparo me hizo gritar. Poco después los árboles desaparecieron y volamos a través de un prado.

Hacía tiempo que yo ya había perdido las riendas y la posibilidad de dirigir a Šarac. El caballo eligió su propio camino y galopó durante una eternidad, o eso me pareció, por colinas y rodeando la orilla de un bosque... directamente hacia el Morava. El agua salpicó bajo sus cascos, sobre piedras. Nunca había estado en ese lugar; había una parte de la orilla bastante elevada, desde la que se veían abajo los cantos rodados, y un poco más allá, bajo un peñón, el agua del Morava espumeaba en un remolino. No debí mirar al agua. Ese instante que desvió mi atención casi nos cuesta a Matej y a mi la vida.

Vi la sombra gris sólo de reojo. El lobo nos atacó sin hacer ningún ruido: brillaron unos ojos amarillos y vi una boca que se lanzaba a por mi pie descalzo; afortunadamente me libré porque en ese mismo momento Šarac se alzó asustado sobre sus patas traseras. La crin a la que me sujetaba se me escapó de los dedos. Los brazos de Matej seguían abrazando mi cintura. El Morava y el suelo volaron hacia nosotros. En esos escasos fragmentos de tiempo capté una imagen de la orilla de enfrente. Habría jurado que vi allí a mi hermana Bela. Descalza, en camisón. Su claro cabello ondeaba tan lentamente al viento como si estuviera bajo el agua. La caída me robó de golpe todo el aire de los pulmones. Un casco pisó directamente ante mis narices en el suelo; luego tan sólo vi a Šarac alejarse a toda prisa y me enfrenté a los ojos amarillos.

—¡Akay! ¡Atrás! —le grité.

Fue suficiente para que el lobo se detuviera sorprendido. Desconcertado por la orden, dada por una boca extraña, esperó. Ahora que lo veía por primera vez a la luz del día, reconocí lo que tenía de especial: era más grande que un lobo común y su morro era más ancho, las patas más fuertes, pero no era un hombre lobo; más bien un mezcla de lobo con algún perro de gran tamaño. Recuerdo que pensé estupefacta: «¿Así de fácil?».

Oí cascos de otro caballo y grité:

—¡Danilo!

Pero no era Danilo, sino la muerte vestida con el hábito negro del sacerdote. Montaba a pelo sobre el caballo negro que había conducido ese mismo día hasta la tumba de Saniye. En la mano sostenía una escopeta.

Yasar soltó un silbido y su perro-lobo se agachó y fue hacia él. El caballo bailó nervioso de una pata a la otra sin desbocarse, increíblemente. Mi mano se deslizó hacia el cinto... y entonces me acordé de que yo misma me lo había quitado, ¡mi cuchillo estaba en la torre negra! La desesperación me estranguló la garganta.

¡Estábamos completamente desarmados!

—Aún me debes una respuesta —gruñó Yasar.

Matej gimió, aturdido por la caída, y se incorporó sujetándose la cabeza. Temblorosa le ayudé a ponerse en pie y me coloqué a su lado. Yasar chasqueó con la lengua y azuzó al caballo hacia nosotros. Paso a paso, fuimos retrocediendo. Agobiada, eché una mirada por encima de mi hombro al pequeño precipicio. No había escapatoria. Detrás de nosotros sólo quedaba el Morava. Y yo no sabía nadar.

—¿Y bien? —me preguntó Yasar estrechando los ojos de forma amenazadora.

Matej se apoyaba con todo su peso sobre mí. Podía sentir su acelerada respiración. De repente se soltó de mi abrazo y saltó hacia delante.

—¡No! —grité.

Yasar únicamente levantó la escopeta, pero no disparó.

Matej metió la mano bajo su chaqueta y sacó a la luz un objeto negro: la cruz de Vampiro con las puntas doradas.

—Esto es lo que estabas buscando, ¿verdad? —dijo jadeando—. ¡Déjala marchar a ella y te lo daré!

Una risa sacudió la barba de Yasar.

—¿Es que me tomas por un sacerdote? —se mofó.

Matej tragó. Estaba pálido como la cal y se tambaleaba.

—¡Prefiero no decirte por lo que te tomo! —dijo entre dientes.

Con un gesto iracundo en el que pude leer toda su desesperación, sacó una de las puntas doradas a modo de capuchón de la cruz y la tiró con desprecio a un lado. Tintineando cayó ante mis pies y se detuvo sobre una roca. Estaba llena de sangre. «¡El disparo de Sime le ha dado!», me vino como un estallido a la cabeza.

Matej volcó la cruz. Sobre su mano cayeron unas piedras, como de cristal rojo..., sólo que brillaba mucho más que el cristal.

El tesoro turco. O más bien: las joyas.

Rubíes pulidos en forma de pétalos. La luz del sol tardío los hacía destellar. Me fijé en los diminutos engarces de oro y pude intuir el aspecto que el regalo debía de tener cuando estaba montado: el más valioso de los tulipanes, hecho de piedras preciosas, con un tallo de oro.

En la mano de Matej también había un anillo, adornado así mismo con hojas de tulipanes, sólo que mucho más pequeñas.

—Esto es lo que recibirás si la dejas marchar —dijo Matej con voz ronca.

Yasar clavó su mirada en las joyas, me apuntó a mí con su escopeta y extendió la otra mano.

—¡Matej, no! —grité al ver que sus dedos se cerraron alrededor de esas preciosidades y alzaba su puño encima de la mano de Yasar.

Pero antes de soltar el tesoro, me echó una rápida mirada: «¡Corre!».

En ese momento pasaron infinidad de cosas...

Los rubíes que emiten un destello. Matej aprovecha ese diminuto instante en que

Yasar mira las piedras. Veloz como un rayo, coge impulso y le propina al caballo de Yasar un golpe.

Cascos de caballo, relinchos y la escopeta que se va para arriba.

Un disparo se pierde en el cielo y el lobo se sobrecoge y huye.

—¡Corre! —grita Matej cuando se abalanza sobre Yasar.

Pero mucho antes de ver cómo Yasar golpea a Matej con la culata de la escopeta y lo deja inconsciente, yo ya había decidido que ¡nunca más volvería a huir!

Cuando su caballo se encara hacia mí para empujarme al río, asumo que voy a morir, pero me da igual, mientras consiga agarrar a Yasar.

De pronto dos brazos salen de la nada, abrazan mi pecho y tiran de mí hacia atrás. Me libero de la patada del caballo por los pelos y únicamente siento ya el soplo de aire en mi frente.

—¡Salta! —me sisea Bela al oído.

—¡No! —gimo yo.

Doy un salto hacia delante, me agarro del hábito de sacerdote, me engancho a él y sólo entonces me dejo caer con todo mi peso hacia atrás.

Oigo el grito de indignación de Yasar al perder el equilibrio.

Luego, los dos caemos.

Durante la caída veo los preciosos pétalos de tulipán. Giran en el aire, destellan y brillan, y aunque sé que estoy precipitándome hacia mi fin, hay una parte en mí que queda cautiva por su belleza. El cabello de Bela vuela por encima de mi mejilla. Pero no, es el faldón del hábito de sacerdote. De pronto identifico a qué huele la piel de Yasar: a tierra húmeda y a la planta del regaliz.

Y entonces llega el agua.

Helada.

Miles de cuchillos punzantes de frío. Burbujas de aire como renacuajos vivos sobre mi piel.

Muchos sonidos retumban a mi alrededor, como el griterío de animales. Pero no soy yo la que grita. No soy capaz.

Epílogo

LOS ANCESTROS DE DRÁCULA

¿Dientes afilados, belleza sobrenatural y predilección por la seducción de mujeres hermosas? ¡No, si se trata del primario *Vampyrus* de la tradición serbia! Porque si el que sale de la tumba es este vampiro, estaremos ante un muerto viviente, que mata al ganado, destroza las casas, echa a perder las cosechas y estrangula a la gente hasta que mueren. Y aun así, sin él no habría existido el personaje literario que John Polidori y Bram Stoker crearon y que hoy relacionamos con el concepto de «vampiro». Ambos autores se inspiraron en relatos sobre vampiros del siglo dieciocho. En la frontera militar entre el Reino Otomano y Hamburgo se produjeron extraños acontecimientos. Las personas morían en circunstancias inexplicables, por ejemplo en un pueblo junto al Morava. Los habitantes del pueblo estaban convencidos de que un recién fallecido estaba haciendo de las suyas como vampiro y solicitaron del comandante austriaco el permiso para destruirlo. Una delegación proveniente de Belgrado viajó hasta allí, reconoció el cuerpo del sospechoso y exhumó también a los demás difuntos. La destrucción (clavar estacas, decapitar y quemar) se concedió y se redactó un informe exhaustivo sobre los «cadáveres sospechosos de vampirismo». Este informe del médico de campaña Flückinger despertó un gran interés hasta llegar a una verdadera histeria vampírica, que en Europa trajo consigo toda una oleada de tratados y estudios.

¿Pero qué hay detrás de las creencias populares sobre el antiguo vampiro del sudeste de Europa? En algunas zonas el hombre lobo y el vampiro se mezclan en un único ser («*vukodlak*», hombre lobo, también puede significar vampiro); las fronteras entre vampiro y bruja también se nublan a menudo. El fantasma de la noche, o espectro que succiona sangre, no tiene al parecer nada que ver con el vampiro primario de la creencia popular, ¡ya que este habitualmente no succiona sangre! La sangre en la boca de un vampiro es la manifestación simbólica de la fuerza vital de su víctima. Así, también puede robar toda la fuerza a un campo de trigo. A este «vampiro» se le reconoce porque no tiene la boca llena de sangre, sino de harina cuando se le encuentra en la tumba.

Se puede leer más sobre ello, entre otras, en la maravillosamente detallada disertación de Peter Mario Kreuter, en mi opinión el mejor y más fundamentado libro de divulgación científica sobre este tema. De gran ayuda fueron también las disertaciones de Jutta Novosadtko y otros científicos cazavampiros.

El vampiro primario también es interesante desde el punto de vista de la medicina histórica. Naturalmente, las enfermedades por si solas no bastan para explicar la creencia en los vampiros, pero cuanto menos también han contribuido a ello.

¿Ejemplos? Una persona que en aquella época hubiera sufrido de una enfermedad de la sangre llamada «porfiria» habría tenido los siguientes síntomas: dientes de color rojo oscuro o marrón («dientes de sangre»), retirada de las encías (;dientes más largos!) y uñas calcificadas como garras; a la luz del sol su piel sufriría daños hasta la deformación, tendría una grave anemia, una capacidad extremadamente buena del sentido del olfato y una instintiva aversión al ajo, cuyo consumo habría dañado aún más su deterioro de la pigmentación. Antiguamente, estos síntomas se podían aliviar bebiendo sangre de animal.



NINA BLAZON (Eslovenia, 28 de diciembre de 1969). Durante su infancia creciendo en el pueblo bávaro de Neu-Ulm, Nina disfrutaba explorando los bosques "prohibidos" a la búsqueda de dinosaurios, hombres-lobo y "ciervos monstruo" con otros niños del pueblo.

Dado su gusto por las aventuras y las criaturas extrañas, no resulta sorprendente que los libros favoritos de su infancia incluyan los trabajos de Astrid Lindgren (*Pippi Calzaslargas*) y *La historia interminable* de Michael Ende. Estos libros sirvieron como inspiración a Nina cuando empezó a escribir poesía y obras de teatro a los 13 años.

A pesar de la falta de apoyo de sus padres, Nina consiguió un puesto de trabajo en el periodismo y empezó a dar un mayor desarrollo a su obra. Acredita los libros de Theodore Sturgen como la mayor influencia en sus escritos, y vive siguiendo su propio consejo de «¡Nunca olvides tu cuaderno de notas!», ya que a menudo se siente inspirada por gente normal haciendo cosas las cosas normales de cada día.

En su novela *El pacto de los lobos* (primavera de 2008), Nina explora su fascinación por las sociedades secretas, que complementa con hechos históricos de un juicio de brujas alemán del s. XVII —dos temas oscuros y misteriosos que crean un entorno aterrador para un elenco de personajes hechizadores.

Hoy en día Nina Blazon vive con su marido en Stuttgart, Alemania —a 80 kilómetros del Bosque Negro. Disfruta con sus viajes por Escandinavia, la Historia, el cine, montando a caballo e, indudablemente, explorando los bosques en busca de criaturas

oscuras y aventuras espeluznantes.